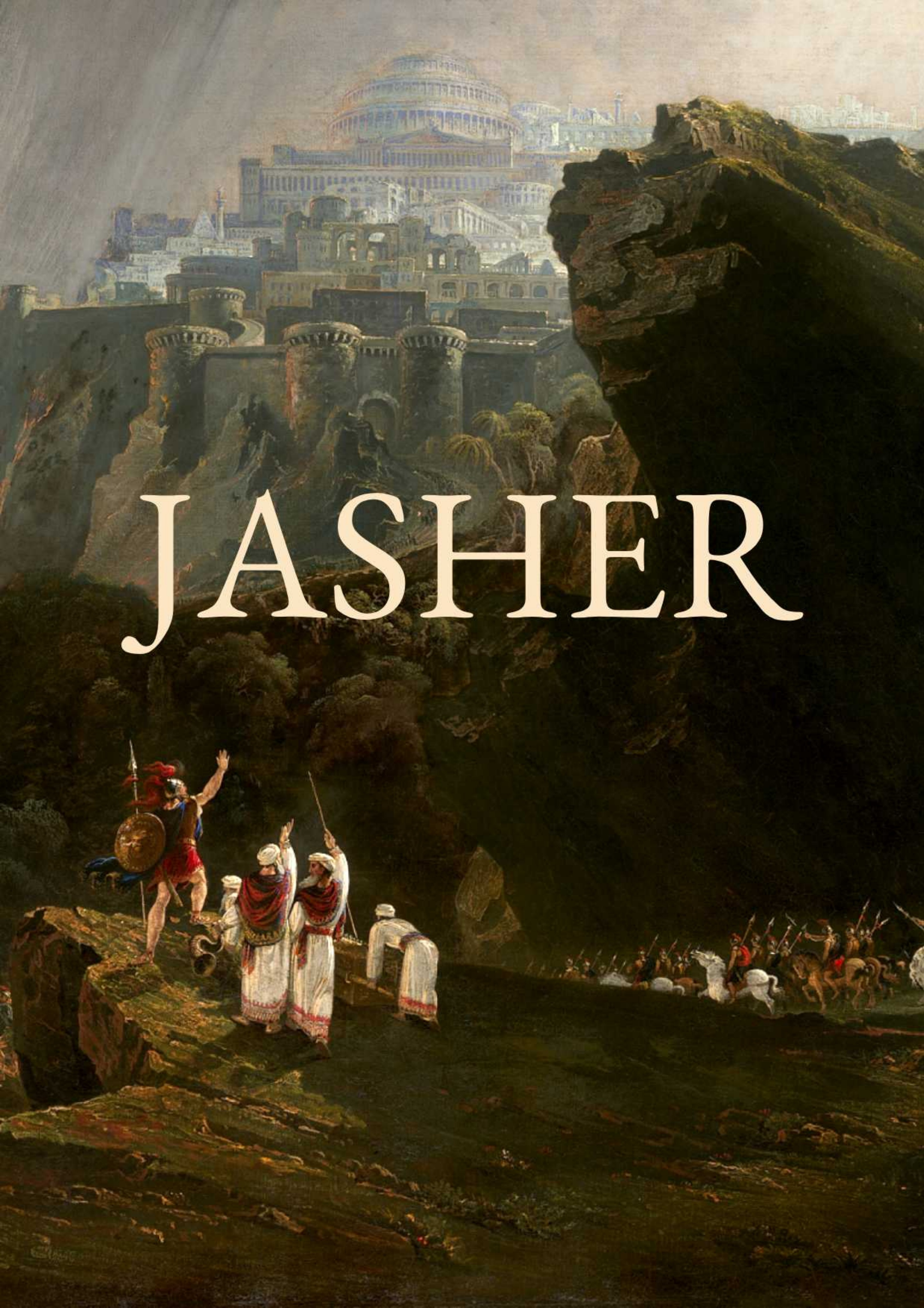

JASHER

CAPÍTULO 1

1Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza. Y creó Dios al hombre a su imagen.
2 Y formó Dios al hombre de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente, dotado de capacidad para hablar.
3 Y dijo Jehová: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él.
4 Y el Señor hizo caer un sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y formó carne sobre ella, y la trajo a Adán; y despertó Adán de su sueño, y he aquí que una mujer estaba de pie delante de él.
5 Y dijo: Esto es hueso de mis huesos, y se llamará Varona, porque del varón fue tomada; y llamó Adán su nombre Eva, porque ella fue madre de todos los vivientes.
6 Y los bendijo Dios, y llamó sus nombres Adán y Eva el día que los creó. Y dijo el Señor Dios: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra.
7 Y tomó Jehová Dios al hombre y a su mujer, y los puso en el huerto de Edén, para que lo labraran y lo guardasen; y les mandó y les dijo: De todo árbol del huerto podrás comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.
8 Y cuando Dios los hubo bendecido y les dio órdenes, se fue de ellos; y el hombre y su mujer habitaron en el jardín, conforme al mandamiento que el Señor les había ordenado.
9 Y la serpiente que Dios había creado con ellos en la tierra vino a ellos para incitarlos a transgredir el mandamiento que Dios les había ordenado.
10 Y la serpiente sedujo a la mujer para que comiera del árbol del conocimiento; y la mujer escuchó la voz de la serpiente, y transgredió la palabra de Dios, y tomó del árbol del conocimiento del bien y del mal, y comió; y tomó de él y dio también a su marido, el cual comió.
11 Y Adán y su mujer transgredieron el mandamiento que Dios les había ordenado; y Dios lo supo, y se encendió su ira contra ellos y los maldijo.
12 Y Jehová Dios los echó aquel día del huerto de Edén, para que labrasen la tierra de que fueron tomados; y fueron y habitaron al oriente del huerto de Edén; y conoció Adán a su mujer Eva, la cual dio a luz dos hijos y tres hijas.
13 Y llamó el nombre del primogénito Caín, diciendo: Por voluntad de Jehová he adquirido varón. Y llamó el nombre del otro, Abel, porque dijo: En vano vinimos a la tierra, y en vano seremos quitados de ella.
14 Y los niños crecieron, y su padre les dio posesión de la tierra; y Caín fue labrador de la tierra, y Abel pastor de ovejas.
15 Y aconteció que al cabo de algunos años trajeron una ofrenda aproximada al Señor; y Caín trajo del fruto de la tierra, y Abel trajo de los primogénitos de sus ovejas, de la grosura de ellas; y Dios se volvió e inclinó a Abel y a su ofrenda, y descendió fuego del Señor desde los cielos, y lo consumió.
16 Pero el Señor no miró hacia Caín y hacia su ofrenda, ni él se inclinó a ella, porque había traído del fruto inferior de la tierra delante del Señor; y Caín estuvo celoso contra su hermano Abel a causa de esto, y buscó un pretexto para matarlo.
17 Y algún tiempo después, Caín y Abel su hermano, fueron un día al campo para hacer su trabajo; y ambos estaban en el campo, Caín cultivando y arando su tierra, y Abel apacentando su rebaño; y el rebaño pasó por aquella parte que Caín había arado en la tierra, y a Caín le dolió mucho por esto.
18 Y se acercó Caín a su hermano Abel, y le dijo: ¿Qué hay entre tú y yo, que vienes a vivir y a traer tus ovejas a pastar en mi tierra?
19 Y Abel respondió a su hermano Caín, y le dijo: ¿Qué hay entre tú y yo, que tú comes la carne de mis ovejas, y te vistes con su lana?
20 Ahora pues, quítate la lana de mis ovejas con que te has vestido, y dame su fruto y su carne que has comido; y cuando hayas hecho esto, yo me iré de tu tierra, como has dicho.
21 Y Caín dijo a Abel su hermano: Si yo te mato hoy, ¿quién demandará de mí tu sangre?
22 Y Abel respondió a Caín, diciendo: Ciertamente el Dios que nos hizo en la tierra, él vengará mi causa, y él demandará mi sangre de ti, si me matares; porque Jehová es juez y árbitro, y él pagará al hombre conforme a su maldad, y al hombre impío conforme a la maldad que haya hecho sobre la tierra.
23 Y ahora, si me matares aquí, seguramente Dios conoce tus intenciones secretas, y te juzgará por el mal que declaraste hacerme hoy.
24 Y cuando Caín oyó las palabras que Abel su hermano había hablado, he aquí que la ira de Caín se encendió contra su hermano Abel por haber declarado esta cosa.
25 Y se apresuró Caín y se levantó, y tomó la parte de hierro de su instrumento de arar, y con ella hirió repentinamente a su hermano, y lo mató; y Caín derramó la sangre de su hermano Abel sobre la tierra, y la sangre de Abel fluyó sobre la tierra delante del rebaño.
26 Después de esto, Caín se arrepintió de haber matado a su hermano, y se entristeció mucho, y lloró por él, y se afligió en gran manera.
27 Y se levantó Caín, y cavó un hoyo en el campo, y puso en él el cuerpo de su hermano, y revolvió sobre él el polvo.
28 Y supo Jehová lo que Caín había hecho a su hermano; y apareció Jehová a Caín, y le dijo: ¿Dónde está Abel tu hermano que estaba contigo?
29 Entonces Caín disimuló y dijo: No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano? Y Jehová le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra donde lo mataste.
30 Porque has matado a tu hermano, y has fingido delante de mí, y has pensado en tu corazón que yo no te veía, ni que sabía todas tus acciones.
31 Pero tú hiciste esto, y mataste a tu hermano por vanidad y porque él te habló lo recto; y ahora, por tanto, maldito seas de la tierra que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano, y en la cual lo sepultaste.
32 Y cuando la labres, no te dará más su fuerza como al principio, porque espinos y cardos producirá la tierra, y tú andarás errante y vagando por la tierra hasta el día de tu muerte.
33 Y en aquel tiempo salió Caín de delante de Jehová, del lugar donde estaba, y anduvo errante por la tierra hacia el oriente de Edén, él y todo lo que le pertenecía.

34 Y conoció Caín a su mujer en aquellos días, la cual concibió y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Enoc, diciendo: En aquel tiempo comenzó el Señor a darle descanso y tranquilidad en la tierra.
35 Y en aquel tiempo comenzó también Caín a edificar una ciudad; y edificó la ciudad, y llamó el nombre de la ciudad Enoc, conforme al nombre de su hijo; porque en aquellos días Jehová le había dado reposo sobre la tierra, y no se movió ni vagó como en el principio.
36 E Irad nació de Enoc, e Irad engendró a Mechuyael, y Mechuyael engendró a Metusael.

CAPÍTULO 2

1 Y fue en el año ciento treinta de la vida de Adán sobre la tierra, que conoció de nuevo a Eva su mujer, la cual concibió y dio a luz un hijo a su semejanza y a su imagen, y llamó su nombre Set, diciendo: Porque Dios me ha designado otra descendencia en el lugar de Abel, a quien mató Caín.
2 Y vivió Set ciento cinco años, y engendró un hijo, y llamó Set el nombre de su hijo Enós, diciendo: Por cuanto en aquel tiempo comenzaron los hijos de los hombres a multiplicarse, y a afligir sus almas y sus corazones, transgrediendo y rebelándose contra Dios.
3 Y fue en los días de Enós que los hijos de los hombres continuaron rebelándose y transgrediendo contra Dios, para aumentar la ira del Señor contra los hijos de los hombres.
4 Y los hijos de los hombres fueron y sirvieron a dioses ajenos, y se olvidaron de Jehová que los había creado en la tierra; y en aquellos días los hijos de los hombres hicieron imágenes de bronce y de hierro, de madera y de piedra, y se inclinaron y las sirvieron.
5 Y cada uno hizo su dios, y se inclinaron a él; y los hijos de los hombres abandonaron a Jehová todos los días de Enós y de sus hijos; y la ira de Jehová se encendió a causa de sus obras y de las abominaciones que hacían en la tierra.
6 Y Jehová hizo que las aguas del río Gihón los inundasen, y los destruyó y los consumió, y destruyó la tercera parte de la tierra; y a pesar de esto, los hijos de los hombres no se apartaron de sus malos caminos, y sus manos aún estaban extendidas para hacer lo malo ante los ojos de Jehová.
7 Y en aquellos días no había ni siembra ni siega en la tierra, y no había alimento para los hijos de los hombres, y el hambre era muy grande en aquellos días.
8 Y la semilla que sembraron en aquellos días en la tierra se convirtió en espinos, cardos y zarzas; porque desde los días de Adán fue esta declaración acerca de la tierra, de la maldición de Dios, la cual maldijo la tierra a causa del pecado que Adán cometió delante del Señor.
9 Y fue cuando los hombres continuaron rebelándose y transgrediendo contra Dios, y corrompiendo sus caminos, que la tierra también se corrompió.
10 Y vivió Enós noventa años, y engendró a Cainán,
11 Y Cainán creció y tenía cuarenta años, y se hizo sabio y tuvo conocimiento y habilidad en toda sabiduría, y reinó sobre todos los hijos de los hombres, y guió a los hijos de los hombres a la sabiduría y al conocimiento; porque Cainán era un hombre muy sabio y tenía entendimiento en toda sabiduría, y con su sabiduría él reinó sobre espíritus y demonios;
12 Y Cainán supo por su sabiduría que Dios destruiría a los hijos de los hombres por haber pecado en la tierra, y que en los últimos días el Señor traería sobre ellos las aguas del diluvio.
13 Y en aquellos días Cainán escribió en tablas de piedra lo que había de suceder en el futuro, y las puso en sus tesoros.
14 Y reinó Cainán sobre toda la tierra, e hizo que algunos de los hijos de los hombres se dedicaran al servicio de Dios.
15 Y cuando Cainán tenía setenta años, engendró tres hijos y dos hijas.
16 Estos son los nombres de los hijos de Cainán: el nombre del primogénito, Mahlaleel, el nombre del segundo, Enán, y el nombre del tercero, Mered; y sus hermanas fueron Ada y Zila. Éstos fueron los cinco hijos que le nacieron a Cainán.
17 Y Lamec hijo de Metusael se casó con Cainán, el cual tomó por esposas a sus dos hijas. Y concibió Ada, y dio a luz a Lamec un hijo, y llamó su nombre Jabal.
18 Y concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Jubal; y su hermana Zila era estéril en aquellos días, y no había tenido descendencia.
19 Porque en aquellos días comenzaron los hijos de los hombres a rebelarse contra Dios, y a quebrantar los mandamientos que él había dado a Adán de ser fructíferos y multiplicarse en la tierra.
20 Y algunos de los hijos de los hombres hicieron beber a sus esposas una bebida que las dejaría estériles, para que conservasen su figura y no se desvaneciese su hermosa apariencia.
21 Y los hijos de los hombres hicieron beber a algunas de sus mujeres, y Zila bebió con ellas.
22 Y las mujeres que daban a luz parecían abominables a los ojos de sus maridos, como viudas mientras sus maridos vivían, porque sólo se unían a las estériles.
23 Y al cabo de los días y de los años, cuando Zila ya era vieja, el Señor le abrió la matriz.
24 Y ella concibió, y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Tubal-caín, diciendo: Después que yo había menguado, lo adquirí de parte del Dios Todopoderoso.
25 Y concibió otra vez, y dio a luz una hija, y llamó su nombre Naama, porque dijo: Después que me marchité, tuve placer y deleite.
26 Y Lamec era viejo y avanzado en años, y sus ojos estaban tan oscuros que no podía ver, y Tubal-Caín, su hijo, lo guiaba. Y fue un día que Lamec fue al campo y Tubal-Caín su hijo estaba con él, y mientras caminaban en el campo, Caín, el hijo de Adán, avanzó hacia ellos; porque Lamec era muy viejo y no podía ver mucho, y Tubal-Caín su hijo era muy joven.
27 Y Tubal-Caín dijo a su padre que tensara su arco, y con las flechas hirió a Caín, que todavía estaba lejos, y lo mató, porque les pareció que era un animal.
28 Y las saetas entraron en el cuerpo de Caín, aunque él estaba lejos de ellas, y cayó a tierra y murió.
29 Y Jehová pagó a Caín el mal conforme a su maldad que había hecho a Abel su hermano, conforme a la palabra que Jehová había hablado.
30 Y aconteció que cuando murió Caín, fueron Lamec y Tubal a ver el animal que habían matado, y vieron, y he aquí que Caín su abuelo había caído muerto en tierra.
31 Y Lamec se entristeció mucho por haber hecho esto, y batiendo sus manos hirió a su hijo y le causó la muerte.

32 Y las mujeres de Lamec oyeron lo que Lamec había hecho, y procuraron matarlo.
33 Y las mujeres de Lamec lo aborrecieron desde aquel día, por cuanto había matado a Caín y a Tubal-caín; y las mujeres de Lamec se apartaron de él, y no le quisieron escuchar en aquellos días.
34 Y vino Lamec a sus mujeres, y las presionó para que le escucharan acerca de este asunto.
35 Y dijo a sus mujeres Ada y Zila: Oíd mi voz, oh mujeres de Lamec, atended a mis palabras; porque ahora habéis imaginado y dicho que yo maté a un hombre con mis heridas, y a un niño con mis llagas, sin haber cometido ninguna violencia; pero sabed que yo soy viejo y canoso, y que mis ojos están pesados por la edad, y que hice esto sin saberlo.
36 Y las mujeres de Lamec le escucharon en este asunto, y regresaron a él con el consejo de su padre Adán, pero no le dieron hijos desde entonces, sabiendo que la ira de Dios aumentaba en aquellos días contra los hijos de los hombres, para destruirlos con las aguas del diluvio por sus malas acciones.
37 Y vivió Mahlaleel hijo de Cainán sesenta y cinco años, y engendró a Jared; y vivió Jared sesenta y dos años, y engendró a Enoc.

CAPÍTULO 3

1 Y vivió Enoc sesenta y cinco años, y engendró a Matusalén; y caminó Enoc con Dios, después de haber engendrado a Matusalén, y sirvió a Jehová, y menospreció el mal camino de los hombres.
2 Y el alma de Enoc estaba envuelta en la instrucción del Señor, en conocimiento y en entendimiento; y sabiamente se retiró de los hijos de los hombres, y se ocultó de ellos por muchos días.
3 Y sucedió que al cabo de muchos años, mientras él servía al Señor y oraba delante de él en su casa, un ángel del Señor lo llamó desde el cielo, y él dijo: Aquí estoy.
4 Y él dijo: Levántate, sal de tu casa y del lugar donde te escondes, y muéstrate a los hijos de los hombres, para enseñarles el camino por donde deben andar, y la obra que deben realizar para entrar en los caminos de Dios.
5 Y Enoc se levantó conforme a la palabra del Señor, y salió de su casa, de su lugar y de la cámara en la que estaba oculto; y fue a los hijos de los hombres y les enseñó los caminos del Señor, y en ese tiempo reunió a los hijos de los hombres y los familiarizó con la instrucción del Señor.
6 Y mandó que se proclamase en todos los lugares donde habitaban los hijos de los hombres, diciendo: ¿Dónde está el hombre que quiera conocer los caminos del Señor y las buenas obras? Que venga a Enoc.
7 Y todos los hijos de los hombres se reunieron con él, porque todos los que deseaban esto fueron a Enoc, y Enoc reinó sobre los hijos de los hombres conforme a la palabra del Señor, y ellos vinieron y se inclinaron ante él y oyeron su palabra.
8 Y el Espíritu de Dios estuvo sobre Enoc, y enseñó a todos sus hombres la sabiduría de Dios y sus caminos, y los hijos de los hombres sirvieron al Señor todos los días de Enoc, y vinieron a oír su sabiduría.
9 Y todos los reyes de los hijos de los hombres, tanto los primeros como los últimos, junto con sus príncipes y jueces, vinieron a Enoc cuando oyeron de su sabiduría, y se inclinaron ante él, y también requirieron de Enoc para que reinara sobre ellos, a lo cual él consintió.
10 Y se reunieron en total ciento treinta reyes y príncipes, e hicieron a Enoc rey sobre ellos, y todos quedaron bajo su poder y mando.
11 Y Enoc les enseñó sabiduría, conocimiento y los caminos del Señor; e hizo la paz entre ellos, y hubo paz en toda la tierra durante la vida de Enoc.
12 Y reinó Enoc sobre los hijos de los hombres doscientos cuarenta y tres años, e hizo justicia y justicia con todo su pueblo, y los guió en los caminos del Señor.
13 Y éstas son las generaciones de Enoc, Matusalén, Eliseo y Elimelec, tres hijos; y sus hermanas fueron Melca y Nahma; y vivió Matusalén ochenta y siete años, y engendró a Lamec.
14 Y fue en el año cincuenta y seis de la vida de Lamec cuando murió Adán; tenía novecientos treinta años cuando murió, y sus dos hijos, con Enoc y Matusalén su hijo, lo sepultaron con gran pompa, como en el entierro de los reyes, en la cueva que Dios le había dicho.
15 Y en aquel lugar todos los hijos de los hombres hicieron gran duelo y llanto por causa de Adán; por eso se ha convertido en costumbre entre los hijos de los hombres hasta el día de hoy.
16 Y murió Adán, por cuanto comió del árbol del conocimiento; él y sus hijos después de él, como Jehová Dios lo había dicho.
17 Y fue en el año de la muerte de Adán, que fue el año doscientos cuarenta y tres del reinado de Enoc, en ese tiempo Enoc decidió separarse de los hijos de los hombres y ocultarse como al principio para servir al Señor.
18 Y Enoc lo hizo así, pero no se ocultó totalmente de ellos, sino que se mantuvo alejado de los hijos de los hombres durante tres días y luego fue a ellos por un día.
19 Y durante los tres días que estuvo en su cámara, oró y alabó al Señor su Dios, y el día en que fue y se apareció a sus súbditos, les enseñó los caminos del Señor, y todo lo que le preguntaron acerca del Señor, él se lo contó.
20 Y él hizo de esta manera por muchos años, y después se ocultó por seis días, y se apareció a su pueblo un día de cada siete; y después de eso una vez al mes, y luego una vez al año, hasta que todos los reyes, príncipes e hijos de los hombres lo buscaron, y desearon de nuevo ver el rostro de Enoc, y oír su palabra; pero no pudieron, porque todos los hijos de los hombres tenían gran temor de Enoc, y temían acercarse a él a causa del temor divino que estaba sentado en su rostro; por lo tanto, ningún hombre podía mirarlo, temiendo que pudiera ser castigado y morir.
21 Y todos los reyes y príncipes resolvieron reunir a los hijos de los hombres y venir a Enoc, pensando que todos ellos podrían hablar con él en el momento en que él apareciera entre ellos, y así lo hicieron.
22 Y llegó el día en que Enoc salió, y todos se reunieron y vinieron a él, y Enoc les habló las palabras del Señor y les enseñó sabiduría y conocimiento, y se inclinaron ante él y dijeron: ¡Viva el rey! ¡Viva el rey!
23 Y algún tiempo después, cuando los reyes y los príncipes y los hijos de los hombres estaban hablando a Enoc, y Enoc les estaba enseñando los caminos de Dios, he aquí que un ángel del Señor llamó a Enoc desde el cielo, y quiso llevarlo al cielo para hacerlo reinar allí sobre los

hijos de Dios, como había reinado sobre los hijos de los hombres en la tierra.
24 Cuando Enoc oyó esto, fue y reunió a todos los habitantes de la tierra, y les enseñó sabiduría y conocimiento y les dio instrucciones divinas, y les dijo: Se me ha requerido ascender al cielo, por lo tanto no sé el día de mi partida.
25 Y ahora, pues, os enseñaré sabiduría y conocimiento, y os daré instrucciones, antes de dejaros, sobre cómo habéis de actuar en la tierra para que podáis vivir; y así lo hizo.
26 Y les enseñó sabiduría y conocimiento, y les dio instrucción, y los reprendió, y puso delante de ellos estatutos y juicios para cumplir en la tierra, e hizo la paz entre ellos, y les enseñó la vida eterna, y habitó con ellos algún tiempo enseñándoles todas estas cosas.
27 Y en aquel tiempo los hijos de los hombres estaban con Enoc, y Enoc les estaba hablando, y ellos alzaron los ojos, y la semejanza de un gran caballo descendió del cielo, y el caballo caminaba en el aire;
28 Y le contaron a Enoc lo que habían visto, y Enoc les dijo: Por mí desciende este caballo a la tierra; ha llegado el tiempo en que debo irme de entre vosotros y no me veréis más.
29 Y el caballo descendió en ese momento y se puso delante de Enoc, y todos los hijos de los hombres que estaban con Enoc lo vieron.
30 Y Enoc ordenó de nuevo que se proclamase una voz, diciendo: ¿Dónde está el hombre que se deleita en conocer los caminos del Señor su Dios? Que venga hoy a Enoc antes de que nos lo quiten.
31 Y todos los hijos de los hombres se reunieron y vinieron a Enoc aquel día; y todos los reyes de la tierra con sus príncipes y consejeros permanecieron con él aquel día; y Enoc entonces enseñó a los hijos de los hombres sabiduría y conocimiento, y les dio instrucción divina; y les ordenó que sirvieran al Señor y anduvieran en sus caminos todos los días de sus vidas, y continuó haciendo la paz entre ellos.
32 Después de esto se levantó y montó a caballo, y salió, y todos los hijos de los hombres fueron tras él, como ochocientos mil hombres, y anduvieron con él un día de camino.
33 Y al segundo día les dijo: Volveos a vuestras tiendas, ¿por qué queréis ir? Quizá muráis. Y algunos de ellos se alejaron de él, y los que quedaron siguieron con él seis días de camino. Y Enoc les decía todos los días: Volveos a vuestras tiendas, para que no muráis. Pero ellos no quisieron volver, y fueron con él.
34 Y al sexto día quedaron algunos de los hombres, y se le adhirieron, y le dijeron: Nosotros iremos contigo al lugar adonde tú vas; vive Jehová, que sólo la muerte nos separará.
35 Y ellos le insistieron tanto para que fuese con él, que él dejó de hablarles; y ellos le siguieron, y no quisieron volver.
36 Y cuando los reyes regresaron, hicieron que se hiciera un censo, para saber el número de los hombres que quedaban que habían ido con Enoc; y fue en el séptimo día que Enoc ascendió al cielo en un torbellino, con caballos y carros de fuego.
37 Y al octavo día todos los reyes que habían estado con Enoc enviaron a traer de vuelta el número de los hombres que estaban con Enoc en aquel lugar desde donde ascendió al cielo.
38 Y todos aquellos reyes fueron a aquel lugar, y hallaron que la tierra estaba llena de nieve, y sobre la nieve había grandes piedras de nieve; y uno le dijo al otro: Ven, rompamos la nieve y veamos; quizá los hombres que quedaron con Enoc están muertos, y ahora están bajo las piedras de nieve; y buscaron, pero no pudieron encontrarlo, porque había ascendido al cielo.

CAPÍTULO 4

1 Y fueron todos los días que vivió Enoc sobre la tierra trescientos sesenta y cinco años.
2 Y cuando Enoc ascendió al cielo, todos los reyes de la tierra se levantaron y tomaron a Matusalén su hijo, y lo ungieron, y lo hicieron reinar sobre ellos en lugar de su padre.
3 Y Matusalén actuó con rectitud ante los ojos de Dios, como le había enseñado su padre Enoc, y asimismo durante toda su vida enseñó a los hijos de los hombres sabiduría, conocimiento y temor de Dios, y no se apartó del buen camino ni a la derecha ni a la izquierda.
4 Pero en los últimos días de Matusalén, los hijos de los hombres se apartaron del Señor, corrompieron la tierra, se robaron y se saquearon unos a otros, y se rebelaron contra Dios y transgredieron, y corrompieron sus caminos, y no escucharon la voz de Matusalén, sino que se rebelaron contra él.
5 Y el Señor se enojó mucho contra ellos, y continuó destruyendo la semilla en aquellos días, de modo que no hubo ni siembra ni cosecha en la tierra.
6 Porque cuando sembraron la tierra para conseguir alimento para su sustento, he aquí que produjeron espinos y cardos que no habían sembrado.
7 Y aun así los hijos de los hombres no se apartaron de sus malos caminos, y sus manos todavía estaban extendidas para hacer lo malo ante los ojos de Dios, y provocaron al Señor con sus malos caminos; y el Señor se enojó mucho, y se arrepintió de haber creado al hombre.
8 Y pensó destruirlos y aniquilarlos, y así lo hizo.
9 En aquellos días, cuando Lamec hijo de Matusalén tenía ciento sesenta años, murió Set hijo de Adán.
10 Y fueron todos los días que vivió Set novecientos doce años; y murió.
11 Y Lamec tenía ciento ochenta años cuando tomó a Asmua, hija de Eliseo hijo de Enoc su tío, la cual concibió.
12 Y en aquel tiempo los hijos de los hombres sembraron la tierra, y se produjo un poco de alimento; pero los hijos de los hombres no se apartaron de sus malos caminos, sino que pecaron y se rebelaron contra Dios.
13 Y la mujer de Lamec concibió, y le dio a luz un hijo en aquel tiempo, al giro del año.
14 Y Matusalén llamó su nombre Noé, diciendo: La tierra estaba en sus días en reposo y libre de corrupción. Y Lamec su padre llamó su nombre Menajem, diciendo: Este nos consolará de nuestras obras y de nuestros duros trabajos sobre la tierra que Dios maldijo.
15 Y el niño creció, y fue destetado, y anduvo en los caminos de su padre Matusalén, perfecto y recto delante de Dios.
16 Y todos los hijos de los hombres se apartaron de los caminos del Señor en aquellos días, al multiplicarse sobre la faz de la tierra con hijos e hijas, y se enseñaron unos a

otros sus malas prácticas y continuaron pecando contra el Señor.
17 Y cada uno se hizo un dios, y robó y despojó cada uno a su prójimo así como a su pariente, y corrompieron la tierra, y la tierra se llenó de violencia.
18 Y sus jueces y gobernantes fueron a las hijas de los hombres y tomaron por fuerza a sus esposas de sus maridos según su elección, y los hijos de los hombres en aquellos días tomaron del ganado de la tierra, las bestias del campo y las aves del aire, y enseñaron la mezcla de animales de una especie con la otra, para con ello provocar al Señor; y Dios vio toda la tierra y estaba corrupta, porque toda carne había corrompido sus caminos sobre la tierra, todos los hombres y todos los animales.
19 Y dijo Jehová: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta las aves del cielo, y hasta los ganados y las bestias del campo; porque me arrepiento de haberlos hecho.
20 Y todos los hombres que anduvieron en los caminos del Señor, murieron en aquellos días, antes que el Señor trajera sobre los hombres el mal que él había declarado, porque esto era del Señor, para que no vieran el mal que el Señor habló acerca de los hijos de los hombres.
21 Y Noé halló gracia ante los ojos de Jehová, y Jehová le escogió a él y a su descendencia, para levantar descendencia de ellos sobre la faz de toda la tierra.

CAPÍTULO 5

1 Y fue en el año ochenta y cuatro de la vida de Noé, que Enoc hijo de Set murió, siendo de novecientos cinco años cuando murió.
2 Y en el año ciento setenta y nueve de la vida de Noé, murió Cainán hijo de Enós; y fueron todos los días de Cainán novecientos diez años, y murió.
3 Y en el año doscientos treinta y cuatro de la vida de Noé, murió Mahlaleel hijo de Cainán; y fueron los días de Mahlaleel ochocientos noventa y cinco años, y murió.
4 Y murió Jared hijo de Mahlaleel en aquellos días, en el año trescientos treinta y seis de la vida de Noé; y fueron todos los días de Jared novecientos sesenta y dos años, y murió.
5 Y todos los que siguieron al Señor murieron en aquellos días, antes de ver el mal que Dios declaró que haría sobre la tierra.
6 Y después de transcurridos muchos años, en el año cuatrocientos ochenta de la vida de Noé, cuando todos aquellos hombres que habían seguido al Señor habían muerto de entre los hijos de los hombres, y sólo quedaba Matusalén, Dios dijo a Noé y a Matusalén, diciendo:
7 Hablad y proclamad a los hijos de los hombres, diciendo: Así dice Jehová: Volveos de vuestros malos caminos, y abandonad vuestras obras, y se arrepentirá Jehová del mal que dijo que os haría, y no acontecerá.
8 Porque así dice Jehová: He aquí que yo os doy un período de ciento veinte años; si os volviereis a mí, y abandonareis vuestros malos caminos, yo también me apartaré del mal que os dije, y no será así, dice Jehová.
9 Y Noé y Matusalén hablaron todas las palabras de Jehová a los hijos de los hombres, día tras día, hablándoles constantemente.
10 Pero los hijos de los hombres no los oyeron, Ni inclinaron su oído a sus palabras, sino que endurecieron su cerviz.
11 Y el Señor les concedió un período de ciento veinte años, diciendo: Si ellos se tornaren, entonces Dios se arrepentirá del mal, para no destruir la tierra.
12 Noé hijo de Lamec se abstuvo en aquellos días de tomar mujer para engendrar hijos, porque dijo: Ahora pues, Dios destruirá la tierra; ¿para qué, pues, he de engendrar hijos?
13 Y Noé era varón justo, fue perfecto en su generación; al cual el Señor escogió para levantar descendencia de su descendencia sobre la faz de la tierra.
14 Y Jehová dijo a Noé: Toma para ti una mujer y engendra hijos, porque te he visto justo delante de mí en esta generación.
15 Y levantarás descendencia, y tus hijos contigo, en medio de la tierra; y fue Noé y tomó mujer; y escogió a Naama hija de Enoc, la cual tenía quinientos ochenta años.
16 Y tenía Noé cuatrocientos noventa y ocho años cuando tomó a Naama por mujer.
17 Y concibió Naama, y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Jafet, diciendo: Dios me ha engrandecido en la tierra. Y concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Sem, diciendo: Me ha hecho Dios un remanente, para levantar descendencia en medio de la tierra.
18 Y Noé tenía quinientos dos años cuando Naama dio a luz a Sem; y los niños crecieron y anduvieron en los caminos del Señor, en todo lo que Matusalén y Noé su padre les enseñaron.
19 Y murió en aquellos días Lamec, padre de Noé, aunque ciertamente no siguió con todo su corazón los caminos de su padre; y murió en el año ciento noventa y cinco de la vida de Noé.
20 Y fueron todos los días de Lamec setecientos setenta años; y murió.
21 Y todos los hijos de los hombres que conocieron al Señor murieron aquel año antes que el Señor trajera el mal sobre ellos; porque el Señor quiso que murieran, para que no contemplaran el mal que Dios traería sobre sus hermanos y parientes, como Él había declarado que haría.
22 En aquel tiempo dijo Jehová a Noé y a Matusalén: Poneos en pie y proclamad a los hijos de los hombres todas las palabras que yo os hablé en aquellos días, para que quizá se conviertan de su mal camino, y yo me arrepienta del mal, y no lo vuelva a traer.
23 Y Noé y Matusalén se levantaron, y relataron a oídos de los hijos de los hombres todas las cosas que Dios había dicho acerca de ellos.
24 Pero los hijos de los hombres no escucharon, Ni inclinaron su oído a todas sus declaraciones.
25 Después de esto dijo el Señor a Noé: He aquí el fin de toda carne a causa de sus malas obras; y he aquí que yo destruiré la tierra.
26 Y toma tú madera de gofer, y ve a cierto lugar, y haz un arca grande, y colócala allí.
27 Y así lo harás: trescientos codos su longitud, cincuenta codos de anchura, y treinta codos de altura.
28 Y te harás una puerta, la cual se abrirá a su lado, y rematarás a un codo por arriba, y la calafatearás con brea por dentro y por fuera.

29 Y he aquí que yo traeré un diluvio de aguas sobre la tierra, y será destruida toda carne; y todo lo que hay debajo del cielo perecerá.
30 E irás tú y tu casa y juntarás dos parejas de todo ser viviente, macho y hembra, y los traerás al arca, para levantar descendencia de ellos sobre la tierra.
31 Y recoge para ti todo alimento que comen todos los animales, y haya alimento para ti y para ellos.
32 Y escogerás para tus hijos tres vírgenes de las hijas de los hombres, las cuales serán mujeres para tus hijos.
33 Y se levantó Noé, e hizo el arca en el lugar donde Dios le mandó; e hizo Noé como Dios le mandó.
34 En su año quinientos noventa y cinco comenzó Noé a hacer el arca, y en cinco años la hizo, como el Señor había mandado.
35 Entonces Noé tomó a las tres hijas de Eliaquim hijo de Matusalén, como esposas para sus hijos, como el Señor le había ordenado a Noé.
36 Y fue en ese tiempo que murió Matusalén hijo de Enoc, de novecientos sesenta años de edad cuando murió.

CAPÍTULO 6

1 En aquel tiempo, después de la muerte de Matusalén, el Señor le dijo a Noé: Entra tú y tu familia en el arca; he aquí que yo reuniré alrededor de ti todos los animales de la tierra, las bestias del campo y las aves del cielo; y todos ellos vendrán y rodearán el arca.
2 Y tú irás y te sentarás a las puertas del arca, y todos los animales, los animales domésticos y las aves se reunirán y se colocarán delante de ti; y los que vinieren y se acostaren delante de ti, los tomarás y los entregarás en manos de tus hijos, quienes los llevarán al arca; y todo lo que estuviere delante de ti, lo dejarás.
3 Y el Señor hizo esto al día siguiente, y animales, bestias y aves vinieron en grandes multitudes y rodearon el arca.
4 Y fue Noé y se sentó a la puerta del arca, y de toda carne que estaba delante de él, metió en el arca, y a todo lo que estaba delante de él dejó sobre la tierra.
5 Y vino una leona con sus dos cachorros, macho y hembra, y los tres se echaron delante de Noé; y los dos cachorros se levantaron contra la leona, y la hirieron, y la hicieron huir de su lugar; y ella se fue; y ellos volvieron a sus lugares, y se echaron en tierra delante de Noé.
6 Y la leona huyó, y se puso en lugar de los leones.
7 Y Noé vio esto, y se maravilló mucho; y se levantó, y tomó los dos cachorros, y los metió en el arca.
8 Y metió Noé en el arca de todos los seres vivientes que había sobre la tierra, y no quedó ninguno que Noé hubiera metido en el arca.
9 De dos en dos entraron Noé en el arca; pero de los animales limpios y de las aves limpias tomó siete parejas, como Dios le había mandado.
10 Y todos los animales, y bestias, y aves, estaban aún allí, y rodeaban el arca por todos lados, y la lluvia no había descendido hasta siete días después.
11 Y aquel día Jehová hizo temblar toda la tierra, y el sol se oscureció, y los cimientos del mundo se agitaron, y toda la tierra se conmovió violentamente, y los relámpagos brillaron, y los truenos rugieron, y todas las fuentes de la tierra se rompieron, como nunca antes lo habían conocido los habitantes; y Dios hizo este acto poderoso, para aterrorizar a los hijos de los hombres, para que no hubiera más maldad sobre la tierra.
12 Y aun así los hijos de los hombres no quisieron volverse de sus malos caminos, y aumentaron la ira del Señor en aquella ocasión, y ni siquiera dirigieron sus corazones a todo esto.
13 Y al cabo de los siete días, en el año seiscientos de la vida de Noé, las aguas del diluvio vinieron sobre la tierra.
14 Y fueron rotas todas las fuentes del abismo, y las cataratas de los cielos se abrieron, y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches.
15 Y Noé y su casa, y todos los seres vivientes que estaban con él, entraron en el arca a causa de las aguas del diluvio; y Jehová lo encerró.
16 Y todos los hijos de los hombres que quedaron sobre la tierra, se agotaron por el mal a causa de la lluvia, porque las aguas caían con más violencia sobre la tierra, y los animales y las bestias todavía rodeaban el arca.
17 Y se juntaron los hijos de los hombres, como setecientos mil hombres y mujeres, y vinieron a Noé al arca.
18 Y llamaron a Noé, diciendo: Ábrenos, para que podamos venir a ti en el arca; ¿por qué moriremos?
19 Y Noé les respondió a gran voz desde el arca, diciendo: ¿No os habéis rebelado todos contra Jehová, y habéis dicho que él no existe? Por eso Jehová ha traído sobre vosotros este mal para destruiros y cortaros de sobre la faz de la tierra.
20 ¿No es esto lo que os hablé hace ciento veinte años, y no quisisteis escuchar la voz del Señor, y ahora deseáis vivir sobre la tierra?
21 Y dijeron a Noé: Estamos dispuestos a volver al Señor; sólo ábrase para nosotros, para que vivamos y no muramos.
22 Y Noé les respondió, diciendo: He aquí, ahora que veis la aflicción de vuestras almas, queréis volver a Jehová; ¿por qué no habéis vuelto durante estos ciento veinte años que Jehová os concedió como período determinado?
23 Pero ahora venís y me decís esto a causa de las angustias de vuestras almas, ahora también el Señor no os escuchará, ni os prestará oído en este día, para que ahora no tengáis éxito en vuestros deseos.
24 Y los hijos de los hombres se acercaron para romper el arca, para entrar a causa de la lluvia; porque no podían soportar la lluvia sobre ellos.
25 Entonces el Señor envió a todos los animales y bestias que estaban alrededor del arca, y los animales los dominaron y los expulsaron de aquel lugar, y cada uno se fue por su camino, y ellos volvieron a dispersarse sobre la faz de la tierra.
26 Y la lluvia seguía descendiendo sobre la tierra, y descendió cuarenta días y cuarenta noches, y las aguas prevalecieron en gran manera sobre la tierra; y murió toda carne que había sobre la tierra y en las aguas, así hombres como animales, bestias, reptiles y aves del cielo; y sólo quedaron Noé y los que estaban con él en el arca.
27 Y las aguas subieron, y crecieron mucho sobre la tierra; y alzaron el arca, y fue levantada de la tierra.
28 Y el arca flotaba sobre la faz de las aguas, y era agitada sobre las aguas, y todos los seres vivientes que había dentro se revolvían, como un potaje en un caldero.

29 Y un gran temor se apoderó de todos los seres vivientes que estaban en el arca; y el arca estuvo a punto de romperse.
30 Y todos los seres vivientes que estaban en el arca estaban aterrorizados; y los leones rugían, y los bueyes mugían, y los lobos aullaban; y todos los seres vivientes que estaban en el arca hablaban y se lamentaban en su propia lengua, y sus voces llegaban a gran distancia; y Noé y sus hijos clamaban y lloraban en sus angustias; tenían gran miedo de haber llegado a las puertas de la muerte.
31 Y Noé oró a Jehová, y clamó a él por esto, y dijo: Oh Jehová, ayúdanos, porque no tenemos fuerzas para soportar este mal que nos ha rodeado, porque las ondas de las aguas nos han cercado, torrentes malignos nos han aterrorizado, las trampas de la muerte han venido delante de nosotros; respóndenos, oh Jehová, respóndenos, ilumina tu rostro hacia nosotros y ten piedad de nosotros, redímenos y líbranos.
32 Y escuchó Jehová la voz de Noé, y se acordó de él.
33 Y pasó un viento sobre la tierra, y las aguas se calmaron, y el arca reposó.
34 Y las fuentes del abismo y las cataratas de los cielos fueron cerradas, y la lluvia de los cielos fue detenida.
35 Y las aguas decrecieron en aquellos días, y el arca reposó sobre los montes de Ararat.
36 Y abrió entonces Noé las ventanas del arca, y clamó aún al Señor en aquel tiempo, y dijo: Oh Señor, que formaste la tierra y los cielos y todo lo que hay en ellos, saca nuestras almas de este confinamiento, y de la prisión en la que nos has puesto, porque estoy muy cansado de suspirar.
37 Y Jehová escuchó la voz de Noé, y le dijo: Cuando se haya cumplido un año entero, saldrás.
38 Y aconteció que al cumplirse el año, cuando Noé estuvo en el arca, las aguas se secaron de sobre la tierra, y Noé quitó la cubierta del arca.
39 En aquel tiempo, el día veintisiete del segundo mes, la tierra estaba seca, pero Noé y sus hijos, y los que estaban con él, no salieron del arca hasta que el Señor se lo dijo.
40 Y llegó el día en que el Señor les dijo que salieran, y todos salieron del arca.
41 Y ellos fueron y volvieron cada uno a su camino y a su lugar; y Noé y sus hijos habitaron en la tierra que Dios les dijo, y sirvieron a Jehová todos sus días; y bendijo Jehová a Noé y a sus hijos cuando salieron del arca.
42 Y les dijo: Fructificad y llenad toda la tierra; fortaleceos y multiplicaos en la tierra, y multiplicaos en ella.

CAPÍTULO 7

1 Estos son los nombres de los hijos de Noé: Jafet, Cam y Sem; y les nacieron hijos después del diluvio, porque habían tomado mujeres antes del diluvio.
2 Estos son los hijos de Jafet: Gomer, Magog, Madai, Javán, Tubal, Mesec y Tiras; siete hijos.
3 Los hijos de Gomer fueron Ascinaz, Refat y Tegarma.
4 Los hijos de Magog fueron Elicanaf y Lubal.
5 Los hijos de Madai fueron Acón, Zeelo, Chazoni y Lot.
6 Los hijos de Javán fueron Eliseo, Tarsis, Quitim y Dudonim.
7 Los hijos de Tubal fueron Arifi, Kesed y Taari.
8 Los hijos de Mesec fueron Dedón, Zarón y Sebasni.
9 Y los hijos de Tiras fueron Benib, Gera, Lupirión y Gilac; éstos son los hijos de Jafet según sus familias, y sus números en aquellos días eran como cuatrocientos sesenta hombres.
10 Y estos fueron los hijos de Cam: Cus, Mitzraim, Fut y Canaán, cuatro hijos. Los hijos de Cus fueron Seba, Havila, Sabta, Raama y Sateca; y los hijos de Raama fueron Seba y Dedán.
11 Los hijos de Egipto fueron Lud, Anom, Patros, Chaslot y Chaftor.
12 Los hijos de Fut fueron Gebul, Hadán, Bena y Adán.
13 Y los hijos de Canaán fueron Sidón, Het, Amori, Gergashi, Hivi, Arkee, Seni, Arodi, Zimodi y Chamothi.
14 Éstos son los hijos de Cam, según sus familias, y sus números en aquellos días eran alrededor de setecientos treinta hombres.
15 Y estos fueron los hijos de Sem: Elam, Asur, Arfaxad, Lud y Aram, cinco hijos; y los hijos de Elam: Susa, Machul y Armán.
16 Los hijos de Asar fueron Mirus y Mokil, y los hijos de Arfaxad fueron Selac, Anar y Ascol.
17 Y los hijos de Lud fueron Petor y Bizayón, y los hijos de Aram fueron Uz, Jul, Gather y Mas.
18 Estos son los hijos de Sem según sus familias; y su número en aquellos días era como trescientos hombres.
19 Estas son las generaciones de Sem: Sem engendró a Arpajsad, Arpajsad engendró a Selac, y Selac engendró a Heber, y a Heber le nacieron dos hijos; el nombre de uno fue Peleg; porque en sus días fueron divididos los hijos de los hombres, y en los postreros días fue dividida la tierra.
20 Y el nombre del segundo era Yoctán, es decir, que en sus días las vidas de los hijos de los hombres fueron disminuidas y menguadas.
21 Estos son los hijos de Joctán: Almodad, Salaf, Cazarmovet, Jerach, Hadurom, Ozel, Dicla, Obal, Abimael, Seba, Ofir, Havila y Jobab; todos éstos son hijos de Joctán.
22 Y Peleg su hermano engendró a En, y En engendró a Serug, y Serug engendró a Nacor, y Nacor engendró a Taré; y Taré tenía treinta y ocho años, y engendró a Harán y a Nacor.
23 Y Cus hijo de Cam, hijo de Noé, tomó esposa en aquellos días en su vejez, y ella dio a luz un hijo, y llamaron su nombre Nimrod, diciendo: En aquel tiempo los hijos de los hombres de nuevo comenzaron a rebelarse y a transgredir contra Dios, y el niño creció, y su padre lo amó mucho, porque era hijo de su vejez.
24 Y las vestiduras de pieles que Dios hizo para Adán y para su mujer, cuando salieron del huerto, fueron dadas a Cus.
25 Porque después de la muerte de Adán y su esposa, las vestiduras fueron dadas a Enoc, hijo de Jared, y cuando Enoc fue llevado ante Dios, se las dio a Matusalén, su hijo.
26 Y cuando murió Matusalén, Noé los tomó y los trajo al arca, y estuvieron con él hasta que salió del arca.
27 Y al salir ellos, Cam hurtó aquellas vestiduras de Noé su padre, y tomándolas, las escondió de sus hermanos.
28 Y cuando Cam engendró a Cus su primogénito, le dio las vestiduras en secreto, y estuvieron con Cus muchos días.
29 Y Cus también los ocultó de sus hijos y hermanos, y cuando Cus hubo engendrado a Nimrod, le dio aquellas prendas por su amor hacia él, y Nimrod creció, y cuando tenía veinte años se puso aquellas prendas.

30 Y Nimrod se hizo fuerte cuando se puso las vestiduras, y Dios le dio poder y fuerza, y fue un poderoso cazador en la tierra, sí, fue un poderoso cazador en el campo, y cazó los animales y edificó altares, y ofreció sobre ellos los animales delante del Señor.

31 Y Nimrod se fortaleció, y se levantó de entre sus hermanos, y peleó las batallas de sus hermanos contra todos sus enemigos alrededor.

32 Y el Señor entregó a todos los enemigos de sus hermanos en sus manos, y Dios lo prosperó de tiempo en tiempo en sus batallas, y reinó sobre la tierra.

33 Por eso en aquellos días se hizo común que cuando un hombre presentaba a los que había entrenado para la batalla, les decía: Como Dios hizo con Nimrod, quien era un poderoso cazador en la tierra, y que tuvo éxito en las batallas que prevalecieron contra sus hermanos, y los libró de las manos de sus enemigos, así Dios nos fortalezca y nos libre este día.

34 Y cuando Nimrod tenía cuarenta años, en aquel tiempo hubo una guerra entre sus hermanos y los hijos de Jafet, de modo que quedaron en poder de sus enemigos.

35 Y Nimrod salió en ese tiempo, y reunió a todos los hijos de Cus y sus familias, alrededor de cuatrocientos sesenta hombres, y alquiló también de algunos de sus amigos y conocidos alrededor de ochenta hombres, y les dio su jornal, y fue con ellos a la batalla, y cuando estaba en el camino, Nimrod fortaleció los corazones del pueblo que fue con él.

36 Y les dijo: No temáis ni os alarméis, porque todos nuestros enemigos serán entregados en nuestras manos, y podréis hacer con ellos como bien os parezca.

37 Y todos los hombres que fueron eran unos quinientos, y pelearon contra sus enemigos, y los destruyeron y los sometieron, y Nimrod puso oficiales sobre ellos en sus respectivos lugares.

38 Y tomó a algunos de sus hijos como garantía, y todos ellos fueron siervos de Nimrod y de sus hermanos, y Nimrod y todo el pueblo que estaba con él regresaron a sus casas.

39 Y cuando Nimrod regresó gozosamente de la batalla, después de haber conquistado a sus enemigos, todos sus hermanos, junto con aquellos que lo conocieron antes, se reunieron para hacerlo rey sobre ellos, y colocaron la corona real sobre su cabeza.

40 Y puso sobre sus súbditos y sobre su pueblo príncipes, jueces y gobernantes, como es costumbre entre los reyes.

41 Y puso a Taré hijo de Nacor como príncipe de su ejército, y lo engrandeció y lo exaltó sobre todos sus príncipes.

42 Y mientras reinaba según el deseo de su corazón, después de haber conquistado a todos sus enemigos alrededor, aconsejó con sus consejeros construir una ciudad para su palacio, y así lo hicieron.

43 Y hallaron un gran valle frente al oriente, y le edificaron una ciudad grande y extensa, y Nimrod llamó el nombre de la ciudad que edificó, Sinar, porque el Señor había sacudido vehementemente a sus enemigos y los había destruido.

44 Y Nimrod habitó en Sinar, y reinó con seguridad, y peleó contra sus enemigos y los sometió, y prosperó en todas sus batallas, y su reino llegó a ser muy grande.

45 Y todas las naciones y lenguas oyeron de su fama, y se reunieron ante él, y se inclinaron a tierra, y le trajeron ofrendas, y él llegó a ser su señor y rey, y todos vivieron con él en la ciudad de Sinar, y Nimrod reinó en la tierra sobre todos los hijos de Noé, y todos estaban bajo su poder y consejo.

46 Y toda la tierra era de una sola lengua y palabras de unión, pero Nimrod no anduvo en los caminos del Señor, y fue más malvado que todos los hombres que fueron antes de él, desde los días del diluvio hasta aquellos días.

47 E hizo dioses de madera y de piedra, y se inclinó ante ellos, y se rebeló contra Jehová, y enseñó a todos sus súbditos y al pueblo de la tierra sus malos caminos; y Mardón su hijo fue más malvado que su padre.

48 Y todo el que oía los hechos de Mardón hijo de Nimrod, decía acerca de él: De los malvados procede la maldad; por lo cual se convirtió en proverbio en toda la tierra, decir: De los malvados procede la maldad, y fue corriente en las palabras de los hombres desde aquel tiempo hasta hoy.

49 Y Taré hijo de Nacor, príncipe del ejército de Nimrod, era en aquellos días muy grande a los ojos del rey y de sus súbditos, y el rey y los príncipes le amaban, y le exaltaban mucho.

50 Y Taré tomó una mujer que se llamaba Amtelo, hija de Cornebo; la cual concibió y le dio a luz un hijo en aquellos días.

51 Y Taré tenía setenta años cuando lo engendró, y llamó Taré el nombre de su hijo que le nació, Abram, porque el rey lo había criado en aquellos días, y lo había engrandecido sobre todos sus príncipes que estaban con él.

CAPÍTULO 8

1 Y fue en la noche que nació Abram, que todos los siervos de Taré, y todos los sabios de Nimrod, y sus hechiceros vinieron y comieron y bebieron en la casa de Taré, y se regocijaron con él aquella noche.

2 Y cuando todos los sabios y encantadores salieron de la casa de Taré, alzaron sus ojos hacia el cielo aquella noche para mirar las estrellas, y vieron, y he aquí una estrella muy grande que salía del oriente y corría por el cielo, y devoró a las cuatro estrellas de los cuatro lados del cielo.

3 Y todos los sabios del rey y sus hechiceros quedaron asombrados ante el espectáculo, y los sabios comprendieron este asunto y conocieron su importancia.

4 Y se dijeron el uno al otro: Esto es solamente una señal del hijo que ha nacido a Taré esta noche, quien crecerá y será fructífero, y se multiplicará, y poseerá toda la tierra, él y sus hijos para siempre, y él y su descendencia matarán a grandes reyes, y heredarán sus tierras.

5 Y los sabios y hechiceros regresaron a sus casas aquella noche, y por la mañana todos estos sabios y hechiceros se levantaron temprano y se reunieron en una casa designada.

6 Y hablaron, y se dijeron el uno al otro: He aquí, la visión que vimos anoche está oculta al rey; no le ha sido revelada.

7 Y si esto llega a saberse al rey en los últimos días, él nos dirá: ¿Por qué me habéis ocultado este asunto, si entonces todos sufriremos la muerte? Vayamos, pues, ahora y contemos al rey la visión que hemos visto, y su interpretación, y entonces quedaremos limpios.

8 Y lo hicieron así; y todos fueron al rey, y se inclinaron ante él hasta el suelo, y dijeron: ¡Viva el rey, viva el rey!

9 Y oímos que a Taré hijo de Nacor, príncipe de tu ejército, le había nacido un hijo; y anoche vinimos a su casa, y comimos y bebimos, y nos regocijamos con él aquella noche.
10 Y cuando tus siervos salieron de la casa de Taré, para ir a nuestras respectivas casas para pasar allí la noche, alzamos nuestros ojos al cielo, y vimos una gran estrella que venía del oriente, y la misma estrella corría con gran velocidad, y se tragaba cuatro grandes estrellas, de los cuatro lados de los cielos.
11 Y tus siervos se asombraron por la visión que vimos, y estábamos muy aterrorizados, y juzgamos lo que vimos, y supimos por nuestra sabiduría la interpretación apropiada de ello, que esta cosa se aplica al niño que nacerá a Taré, quien crecerá y se multiplicará grandemente, y llegará a ser poderoso, y matará a todos los reyes de la tierra, y heredará todas sus tierras, él y su descendencia para siempre.
12 Y ahora, nuestro señor y rey, he aquí que verdaderamente te hemos informado de lo que hemos visto concerniente a este niño.
13 Si al rey le parece bien dar a su padre precio por este niño, lo mataremos antes que crezca y se multiplique en la tierra, y su maldad se multiplique contra nosotros, y perezcamos nosotros y nuestros hijos por su maldad.
14 Y el rey oyó sus palabras, y le parecieron bien; y envió a llamar a Taré; y Taré vino delante del rey.
15 Y el rey dijo a Taré: Me han informado que anoche te nació un hijo, y que así fue observado en los cielos en el momento de su nacimiento.
16 Ahora pues, entregadme al niño, para que lo matemos antes que su maldad surja contra nosotros; y por su precio os daré tu casa llena de plata y de oro.
17 Y respondió Taré al rey, y le dijo: Mi señor y rey, yo he oído tus palabras, y tu siervo hará todo lo que su rey desea.
18 Pero mi señor y rey, te contaré lo que me pasó anoche, para ver qué consejo dará el rey a su siervo, y entonces responderé al rey sobre lo que acaba de decir. Y el rey dijo: Habla.
19 Y respondió Taré al rey: Ayón hijo de Mored vino a mí anoche, diciendo:
20 Dame el caballo grande y hermoso que el rey te dio, y yo te daré plata y oro, paja y forraje por su precio; y le dije: Espera hasta que vea al rey tus palabras, y he aquí todo lo que el rey dijere, eso haré.
21 Y ahora, mi señor y rey, he aquí, yo te he hecho saber esto, y el consejo que mi rey dará a su siervo, eso yo seguiré.
22 Y el rey oyó las palabras de Taré, y se encendió su ira, y lo tuvo por necio.
23 Y el rey respondió a Taré, y le dijo: ¿Tan necio o ignorante o falto de entendimiento eres tú para hacer esto, de dar tu hermoso caballo por plata y oro, o también por paja y forraje?
24 ¿Tan falto de plata y de oro estás, que haces esto, porque no puedes conseguir paja ni forraje para alimentar a tu caballo? ¿Y qué es para ti la plata y el oro, la paja y el forraje, para que des ese hermoso caballo que te di, y como no hay otro en toda la tierra?
25 Y el rey dejó de hablar, y Taré respondió al rey, diciendo: Así ha hablado el rey a su siervo;
26Te ruego, oh rey y señor mío, ¿qué es esto que me dijiste, diciendo: "Da a tu hijo, para que lo matemos, y yo te daré plata y oro por su precio"? ¿Qué haré con la plata y el oro después de la muerte de mi hijo? ¿Quién me heredará? Ciertamente, cuando yo muera, la plata y el oro volverán a mi rey que los dio.
27 Y cuando el rey oyó las palabras de Taré, y la parábola que él trajo acerca del rey, se entristeció mucho y se enojó por esto, y se encendió su ira dentro de él.
28 Y viendo Taré que el furor del rey se había encendido contra él, respondió al rey, diciendo: Todo lo que tengo está en poder del rey; todo lo que el rey quiera hacer a su siervo, hágalo; aun mi hijo está en poder del rey, sin derecho a cambio, él y sus dos hermanos mayores que él.
29 Y el rey respondió a Taré: No, sino que compraré a tu hijo menor por precio.
30 Y respondió Taré al rey, diciendo: Te ruego, mi señor y rey, que permitas a tu siervo hablar una palabra delante de ti, para que el rey oiga la palabra de su siervo. Y dijo Taré: Déme mi rey tres días hasta que considere este asunto dentro de mí, y consulte con mi familia acerca de las palabras de mi rey. E presionó mucho al rey para que accediera a esto.
31 Y el rey escuchó a Taré, y él lo hizo así, y le dio plazo de tres días; y salió Taré de la presencia del rey, y volvió a su casa, a su familia, y les habló todas las palabras del rey; y el pueblo tuvo gran temor.
32 Y al tercer día el rey envió a decir a Taré: Envíame tu hijo por precio, como yo te he dicho; y si no lo haces, yo enviaré y mataré todo lo que tienes en tu casa, hasta que no te quede ni un perro.
33 Y se apresuró Taré, porque el asunto era urgente de parte del rey, y tomó de uno de sus siervos el niño, que su sierva le había dado a luz aquel día; y trajo Taré el niño al rey, y recibió precio por él.
34 Y el Señor estaba con Taré en este asunto, para que Nimrod no causara la muerte de Abram, y el rey tomó al niño de Taré y con toda su fuerza arrojó su cabeza al suelo, porque pensó que había sido Abram; y esto le fue ocultado desde ese día, y fue olvidado por el rey, pues era la voluntad de la Providencia no sufrir la muerte de Abram.
35 Y tomó Taré en secreto a Abram su hijo, y a su madre y a su nodriza, y los escondió en una cueva, y les llevaba su provisión cada mes.
36 Y Jehová estaba con Abram en la cueva, y él crecía; y estuvo Abram en la cueva diez años; y el rey y sus príncipes, adivinos y sabios, pensaron que el rey había matado a Abram.

CAPÍTULO 9

1 Y Harán, hijo de Taré, hermano mayor de Abram, tomó mujer en aquellos días.
2 Harán tenía treinta y nueve años cuando la tomó por esposa, y la mujer de Harán concibió y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Lot.
3 Y concibió otra vez, y dio a luz una hija, y llamó su nombre Milca; y concibió otra vez, y dio a luz una hija, y llamó su nombre Sarai.
4 Harán tenía cuarenta y dos años cuando engendró a Sarai, lo cual era el año décimo de la vida de Abram; y en aquellos días Abram y su madre y su nodriza salieron de la cueva, pues el rey y sus súbditos se habían olvidado del asunto de Abram.

5 Y salió Abram de la cueva, y vino a Noé y a Sem su hijo, y permaneció con ellos para aprender la ley de Jehová y sus caminos; y nadie sabía dónde estaba Abram; y sirvió Abram a Noé y a Sem su hijo durante mucho tiempo.
6 Y estuvo Abram en la casa de Noé treinta y nueve años, y conoció Abram a Jehová desde los tres años, y anduvo en los caminos de Jehová hasta el día de su muerte, como Noé y su hijo Sem le habían enseñado; y todos los hijos de la tierra en aquellos días transgredieron grandemente contra Jehová, y se rebelaron contra él y sirvieron a otros dioses, y se olvidaron de Jehová que los había creado en la tierra; y los habitantes de la tierra se hicieron en aquel tiempo cada hombre su dios; dioses de madera y de piedra que no podían hablar, ni oír, ni librar; y los hijos de los hombres les sirvieron, y ellos se convirtieron en sus dioses.
7 Y el rey y todos sus siervos, y Taré con toda su casa, fueron los primeros de los que sirvieron a los dioses de madera y de piedra.
8 Y tenía Taré doce dioses de gran tamaño, hechos de madera y de piedra, según los doce meses del año, y servía a cada uno de ellos mes tras mes; y cada mes traía Taré su ofrenda y su libación a sus dioses; así hacía Taré todos los días.
9 Y toda aquella generación era mala ante los ojos de Jehová, y cada cual hizo su dios, y abandonó a Jehová que los había creado.
10 Y no se halló hombre en aquellos días en toda la tierra, que conociera a Jehová (porque cada uno servía a su propio Dios), excepto Noé y su casa; y todos los que estaban bajo su supervisión conocían a Jehová en aquellos días.
11 Y Abram hijo de Taré se engrandecía en aquellos días en la casa de Noé, y nadie lo sabía; y Jehová estaba con él.
12 Y Jehová dio a Abram corazón entendido, y conoció que todas las obras de aquella generación eran vanas, y que todos sus dioses eran vanos y que no servían para nada.
13 Y vio Abram el sol que brillaba sobre la tierra, y se dijo: Ciertamente este sol que brilla sobre la tierra es Dios, y a él serviré.
14 Y sirvió Abram al sol aquel día, y oró a él; y cuando llegó la tarde, el sol se puso como de costumbre; y dijo Abram dentro de sí: ¿Será éste Dios?
15 Y Abram continuaba hablando dentro de sí: ¿Quién es el que hizo los cielos y la tierra? ¿Quién creó la tierra? ¿Dónde está?
16 Y la noche oscureció sobre él, y alzó sus ojos hacia el occidente, el norte, el sur y el oriente, y vio que el sol se había ocultado de la tierra, y el día se había oscurecido.
17 Y vio Abram las estrellas y la luna delante de él, y dijo: Ciertamente éste es el Dios que creó toda la tierra y el hombre; y he aquí, estos siervos suyos son dioses alrededor de él. Y sirvió Abram a la luna, y oró a ella toda aquella noche.
18 Y a la mañana siguiente, cuando ya había amanecido, y el sol brillaba sobre la tierra como de costumbre, Abram vio todas las cosas que Jehová Dios había hecho sobre la tierra.
19 Y dijo Abram a sí mismo: Ciertamente éstos no son dioses que hicieron la tierra y a todo el hombre, sino que éstos son siervos de Dios. Y permaneció Abram en la casa de Noé, y allí conoció a Jehová y sus caminos, y sirvió a Jehová todos los días de su vida; y toda aquella generación se olvidó de Jehová, y sirvió a otros dioses de madera y de piedra, y fueron rebeldes todos sus días.
20 Y el rey Nimrod reinó con seguridad, y toda la tierra estaba bajo su control, y toda la tierra era de una sola lengua y palabras de unión.
21 Y todos los príncipes de Nimrod y sus grandes hombres: Fut, Egipto, Etiopía y Canaán con sus familias, y se dijeron unos a otros: Venid, edifiquémonos una ciudad y en ella una torre fuerte, cuya cúspide llegue al cielo, y nos haremos famosos, para que reinemos sobre todo el mundo, a fin de que cese de nosotros la maldad de nuestros enemigos, para que reinemos poderosamente sobre ellos, y para que no seamos dispersados sobre la tierra a causa de sus guerras.
22 Y todos ellos fueron delante del rey, y le dijeron estas palabras; y el rey estuvo de acuerdo con ellos en este asunto, y lo hizo así.
23 Y se reunieron todas las familias, compuestas de unos seiscientos mil hombres, y fueron a buscar un terreno extenso para edificar la ciudad y la torre; y buscaron en toda la tierra, y no hallaron nada como un valle al oriente de la tierra de Sinar, a unos dos días de camino; y partieron allá, y habitaron allí.
24 Y comenzaron a hacer ladrillos y a quemar fuego para edificar la ciudad y la torre que habían pensado terminar.
25 Y la edificación de la torre fue para ellos una transgresión y un pecado; y comenzaron a edificarla; y mientras edificaban contra el Señor Dios del cielo, imaginaron en sus corazones guerrear contra él y ascender al cielo.
26 Y todo este pueblo y todas las familias se dividieron en tres partes: la primera dijo: Subiremos al cielo y pelearemos contra él; la segunda dijo: Subiremos al cielo y pondremos allí nuestros dioses y los serviremos; y la tercera parte dijo: Subiremos al cielo y lo heriremos con arcos y lanzas. Y Dios conocía todas sus obras y todos sus malos pensamientos, y vio la ciudad y la torre que estaban edificando.
27 Y cuando ellos estaban edificando, se edificaron una gran ciudad y una torre muy alta y fuerte; y a causa de su altura, la mezcla y los ladrillos no alcanzaron a los edificadores cuando subieron a ella, hasta que los que subieron habían completado un año completo; y después de eso, llegaron a los edificadores y les dieron la mezcla y los ladrillos; así se hacía cada día.
28 Y he aquí que éstos subían y otros descendían todo el día; y si un ladrillo caía de sus manos y se rompía, todos lloraban sobre él; y si un hombre caía y moría, ninguno de ellos lo miraba.
29 Y el Señor conocía sus pensamientos, y aconteció que cuando ellos edificaban, lanzaron las saetas hacia el cielo, y todas las saetas cayeron sobre ellos llenas de sangre; y cuando las vieron, se dijeron unos a otros: Ciertamente hemos matado a todos los que están en el cielo.
30 Porque esto vino de parte de Jehová, para hacerlos errar, y para raerlos de sobre la faz de la tierra.
31 Y edificaron la torre y la ciudad, y esto hicieron cada día hasta que transcurrieron muchos días y años.
32 Y dijo Dios a los setenta ángeles que estaban delante de él, y a los que estaban cerca de él, diciendo: Venid, descendamos y confundamos sus lenguas, para que ningún

hombre entienda el idioma de su prójimo. Y les hicieron así.
33 Y desde aquel día siguiente, cada uno se olvidó de la lengua de su prójimo, y no podían entenderse para hablar en una sola lengua; y cuando el albañil tomaba de manos de su prójimo cal o piedra que no había ordenado, la arrojaba y la arrojaba sobre su prójimo, para que muriera.
34 Y así lo hicieron durante muchos días, y mataron a muchos de ellos de esta manera.
35 Y el Señor hirió a las tres divisiones que estaban allí, y los castigó conforme a sus obras y designios; a los que dijeron: Subiremos al cielo y serviremos a nuestros dioses, se volvieron como monos y elefantes; y a los que dijeron: Heriremos el cielo con flechas, el Señor los mató, un hombre por mano de su compañero; y a la tercera división de los que dijeron: Subiremos al cielo y pelearemos contra él, el Señor los dispersó por toda la tierra.
36 Y los que quedaron entre ellos, cuando supieron y comprendieron el mal que les sobrevenía, abandonaron el edificio, y también se dispersaron sobre la faz de toda la tierra.
37 Y dejaron de edificar la ciudad y la torre; por eso llamó aquel lugar Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra; he aquí que estaba al oriente de la tierra de Sinar.
38 Y en cuanto a la torre que edificaron los hijos de los hombres, la tierra abrió su boca y se tragó la tercera parte de ella, y también descendió fuego del cielo y quemó la otra tercera parte, y la otra tercera parte quedó hasta hoy, y es de aquella parte que estaba en lo alto, y su circunferencia es de tres días de caminata.
39 Y muchos de los hijos de los hombres murieron en aquella torre, un pueblo sin número.

CAPÍTULO 10

1 Y murió Peleg hijo de Heber en aquellos días, en el año cuarenta y ocho de la vida de Abram hijo de Taré; y fueron todos los días de Peleg doscientos treinta y nueve años.
2 Y cuando el Señor hubo dispersado a los hijos de los hombres a causa de su pecado en la torre, he aquí que se extendieron en muchas divisiones, y todos los hijos de los hombres fueron dispersados por los cuatro ángulos de la tierra.
3 Y todas las familias vinieron a ser cada una según su lengua, su tierra o su ciudad.
4 Y los hijos de los hombres edificaron muchas ciudades según sus familias, en todos los lugares adonde fueron, y en toda la tierra por donde el Señor los había esparcido.
5 Y algunos de ellos construyeron ciudades en lugares de los cuales después fueron extirpados, y llamaron a esas ciudades con sus propios nombres, o con los nombres de sus hijos, o con nombres de sus ocurrencias particulares.
6 Y los hijos de Jafet hijo de Noé fueron y se edificaron ciudades en los lugares donde estaban esparcidos, y a todas sus ciudades llamaron con sus nombres; y los hijos de Jafet se dividieron sobre la faz de la tierra en muchas divisiones y lenguas.
7 Y estos son los hijos de Jafet según sus familias: Gomer, Magog, Medai, Iaván, Tubal, Mesec y Tiras; éstos son los hijos de Jafet según sus generaciones.
8 Y los hijos de Gomer, según sus ciudades, fueron los Francum, que habitaron en la tierra de Franza, junto al río Franza, junto al río Senah.
9 Los hijos de Refat son los bartonim, que habitan en la tierra de Bartonia, junto al río Leda, el cual da sus aguas al gran mar Gihón, que es Océano.
10 Y los hijos de Tugarma fueron diez familias, y estos son sus nombres: Buzar, Parzunac, Balgar, Elicanum, Ragbib, Tarki, Bid, Zebuc, Ongal y Tilmaz; todos éstos se extendieron y descansaron en el norte y se edificaron ciudades.
11 Y llamaron sus ciudades con sus propios nombres; éstos son los que habitan junto a los ríos Hithla e Italac hasta hoy.
12 Pero las familias de Angoli, Balgar y Parzunac habitaban junto al gran río Dubnee; y los nombres de sus ciudades también son según sus propios nombres.
13 Y los hijos de Iaván son los javanim que habitan en la tierra de Macdonia, y los hijos de Medaiare son los orelum que habitan en la tierra de Curson, y los hijos de Tubal son los que habitan en la tierra de Tuscana junto al río Pashia.
14 Y los hijos de Mesec fueron Sibasni, y los hijos de Tiras fueron Rushash, Cusni y Ongolis; todos éstos fueron y se edificaron ciudades; éstas son las ciudades que están situadas junto al mar de Jabus, junto al río Cura, que desemboca en el río Tragan.
15 Y los hijos de Elisa son los Almanim, y ellos también fueron y se edificaron ciudades; esas son las ciudades situadas entre los montes de Job y Sibatmo; y de ellos eran los pueblos de Lumbardi que habitan frente a los montes de Job y Sibatmo, y conquistaron la tierra de Italia y permanecieron allí hasta este día.
16 Y los hijos de Quitim son los romaníes, que habitan en el valle de Canopia, junto al río Tibreu.
17 Y los hijos de Dudonim son los que habitan en las ciudades del mar de Gihón, en la tierra de Bordna.
18 Éstas son las familias de los hijos de Jafet según sus ciudades y lenguas, cuando fueron esparcidos tras la torre; y llamaron sus ciudades según sus nombres y sucesos; y éstos son los nombres de todas sus ciudades según sus familias, que edificaron en aquellos días después de la torre.
19 Y los hijos de Cam fueron Cus, Egipto, Fut y Canaán según sus linajes y ciudades.
20 Todos éstos fueron y se edificaron ciudades según el lugar que hallaron conveniente para ellas, y llamaron sus ciudades con los nombres de sus padres: Cus, Egipto, Fut y Canaán.
21 Los hijos de Egipto fueron los ludeos, los anamios, los lehabos, los naftujitas, los patruseos, los caslujitas y los cafturitas; siete familias.
22 Todos éstos habitaban junto al río Sihor, que es el arroyo de Egipto, y se edificaron ciudades y las llamaron con sus propios nombres.
23 Y los hijos de Patros y Casloc se casaron entre sí, y de ellos salieron los Plishtim, los Azathim, los Gerarim, los Githim y los Ecronim, en total cinco familias; éstos también se edificaron ciudades, y llamaron sus ciudades con los nombres de sus padres hasta hoy.
24 Y los hijos de Canaán también se edificaron ciudades, y llamaron sus ciudades por sus nombres: once ciudades, y otras sin número.

25 Y cuatro hombres de la familia de Cam fueron a la tierra de la llanura; estos son los nombres de los cuatro hombres: Sodoma, Gomorra, Adma y Zeboim.
26 Y estos hombres se edificaron cuatro ciudades en la tierra de la llanura, y llamaron los nombres de sus ciudades con sus propios nombres.
27 Y ellos, sus hijos y todo lo que les pertenecía, habitaron en aquellas ciudades; y fructificaron y se multiplicaron en gran manera, y habitaron en paz.
28 Y fue Seir hijo de Hur, hijo de Hivi, hijo de Canaán, y halló un valle frente al monte de Parán, y edificó allí una ciudad, y habitó allí él y sus siete hijos y su casa; y llamó la ciudad que edificó Seir, conforme a su nombre; ésta es la tierra de Seir hasta hoy.
29 Éstas son las familias de los hijos de Cam, según sus lenguas y ciudades, cuando fueron dispersados por sus países después de la torre.
30 También algunos de los hijos de Sem hijo de Noé, padre de todos los hijos de Heber, fueron y se edificaron ciudades en los lugares donde estaban esparcidos, y llamaron sus ciudades por sus nombres.
31 Y los hijos de Sem fueron Elam, Asur, Arfaxad, Lud y Aram; los cuales edificaron para sí ciudades, y llamaron los nombres de todas sus ciudades con sus nombres.
32 Y Ashur hijo de Sem y sus hijos y su casa salieron en ese tiempo, un grupo muy grande de ellos, y fueron a una tierra lejana que encontraron, y se encontraron con un valle muy extenso en la tierra adonde fueron, y se edificaron cuatro ciudades, y las llamaron según sus propios nombres y acontecimientos.
33 Estos son los nombres de las ciudades que edificaron los hijos de Asur: Nínive, Resén, Calac y Rehoboter; y los hijos de Asur habitan allí hasta hoy.
34 Y los hijos de Siria también fueron y se edificaron una ciudad, y llamaron el nombre de la ciudad Uz, en honor de su hermano mayor, y habitaron en ella; ésta es la tierra de Uz hasta hoy.
35 Y en el segundo año después de la torre, un hombre de la casa de Asur, cuyo nombre era Bela, salió de la tierra de Nínive para morar con su familia dondequiera que pudiera hallar lugar; y llegaron hasta enfrente de las ciudades de la llanura, frente a Sodoma, y habitaron allí.
36 Y se levantó aquel hombre y edificó allí una pequeña ciudad, y la llamó Bela, conforme a su nombre; ésta es la tierra de Zoar hasta hoy.
37 Y éstas son las familias de los hijos de Sem según su lengua y sus ciudades, después que fueron esparcidos sobre la tierra tras la torre.
38 Y todo reino, ciudad y familia de las familias de los hijos de Noé se edificaron muchas ciudades después de esto.
39 Y establecieron gobiernos en todas sus ciudades, para ser gobernados por sus decretos; así hicieron todas las familias de los hijos de Noé para siempre.

CAPÍTULO 11

1 Y Nimrod hijo de Cus estaba todavía en la tierra de Sinar, y reinó sobre ella y habitó allí, y edificó ciudades en la tierra de Sinar.
2 Y estos son los nombres de las cuatro ciudades que edificó, y les puso nombres según los sucesos que les acontecieron durante la edificación de la torre.
3 Y a la primera llamó Babel, diciendo: Por cuanto allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra; y al segundo llamó Erec, porque desde allí los dispersó Dios.
4 Y al tercero lo llamó Eched, diciendo que hubo gran batalla en aquel lugar; y al cuarto lo llamó Calna, porque allí fueron consumidos sus príncipes y sus valientes, y provocaron a Jehová, se rebelaron y prevaricaron contra él.
5 Y cuando Nimrod hubo edificado estas ciudades en la tierra de Sinar, puso en ellas el resto de su pueblo, sus príncipes y sus hombres valientes que habían quedado en su reino.
6 Y Nimrod habitó en Babel, y allí renovó su reinado sobre el resto de sus súbditos, y reinó con seguridad, y los súbditos y príncipes de Nimrod llamaron su nombre Amrafel, diciendo que en la torre sus príncipes y hombres cayeron por su medio.
7 Y a pesar de esto, Nimrod no regresó al Señor, y continuó en la maldad y enseñando maldad a los hijos de los hombres; y Mardón, su hijo, era peor que su padre, y continuó añadiendo a las abominaciones de su padre.
8 E hizo pecar a los hijos de los hombres, por lo cual se dice: De los impíos procede la impiedad.
9 En aquel tiempo hubo guerra entre las familias de los hijos de Cam, mientras habitaban en las ciudades que habían edificado.
10 Y se apartó Quedorlaomer, rey de Elam, de las familias de los hijos de Cam, y peleó contra ellos, y los sometió; y fue a las cinco ciudades de la llanura, y peleó contra ellos, y los sometió, y quedaron bajo su mando.
11 Y le sirvieron doce años, y le pagaban un impuesto anual.
12 En aquel tiempo murió Nacor hijo de Serug, el año cuarenta y nueve de la vida de Abram hijo de Taré.
13 A los cincuenta años de la vida de Abram hijo de Taré, salió Abram de la casa de Noé, y vino a la casa de su padre.
14 Y conoció Abram a Jehová, y anduvo en sus caminos y en sus leyes, y Jehová su Dios estaba con él.
15 En aquellos días su padre Taré era todavía capitán del ejército del rey Nimrod, y aún seguía a dioses extraños.
16 Y llegó Abram a la casa de su padre, y vio doce dioses que estaban allí en sus templos; y la ira de Abram se encendió cuando vio aquellas imágenes en la casa de su padre.
17 Y respondió Abram: Vive Jehová, estas imágenes no quedarán en la casa de mi padre; así hará conmigo Jehová que me creó, si en tres días no las quebrare todas.
18 Abram se apartó de ellos, y se encendió su ira en su interior. Y se fue de prisa de la cámara al patio exterior de la casa de su padre, y halló a su padre sentado en el patio, y a todos sus siervos con él; y vino Abram y se sentó delante de él.
19 Y preguntó Abram a su padre, diciendo: Padre, dime dónde está Dios, que creó los cielos y la tierra, y todos los hijos de los hombres sobre la tierra, y que te creó a ti y a mí. Y Taré respondió a su hijo Abram, y dijo: He aquí, todos nuestros creadores están con nosotros en la casa.
20 Y dijo Abram a su padre: Señor mío, te ruego que me las muestres. Y llevó Taré a Abram a la cámara del atrio interior, y miró Abram, y he aquí que toda la cámara estaba

llena de dioses de madera y de piedra, doce imágenes grandes, y otras más pequeñas que ellas, sin número.
21 Y dijo Taré a su hijo: He aquí, éstos son los que hicieron todo lo que ves sobre la tierra, y los que nos crearon a mí y a ti, y a todo el género humano.
22 Y se inclinó Taré a sus dioses, y se alejó de ellos, y con él se fue Abram su hijo.
23 Y después que Abram se hubo apartado de ellos, vino a su madre, y se sentó delante de ella, y dijo a su madre: He aquí mi padre me ha mostrado a los que hicieron el cielo y la tierra, y a todos los hijos de los hombres.
24 Ahora pues, date prisa, toma un cabrito del rebaño, y haz de él un guisado, para que yo lo ofrezca como ofrenda para que coman los dioses de mi padre; quizá así les resulte agradable.
25 Y su madre lo hizo así; tomó un cabrito, e hizo de él guisados, y lo trajo a Abram; y tomó Abram los guisados de su madre, y los trajo delante de los dioses de su padre, y se acercó a ellos para comer; pero Taré su padre no lo supo.
26 Y vio Abram aquel día que estaba sentado entre ellos, que ellos no tenían voz, ni oídos, ni movimiento, y ninguno de ellos podía extender su mano para comer.
27 Y se burló Abram de ellos, y dijo: Seguramente el guisado que preparé no les agradó, o quizá les fue poco, y por eso no comieron; por tanto, mañana prepararé guisados frescos, mejores y más abundantes que éstos, para que pueda ver el resultado.
28 Y fue al día siguiente que Abram instruyó a su madre acerca de la comida sabrosa, y su madre se levantó y trajo tres hermosos cabritos del rebaño, e hizo de ellos una excelente comida sabrosa, como a su hijo le gustaba, y se la dio a su hijo Abram; y Taré su padre no lo supo.
29 Y tomó Abram el guisado de su madre, y lo trajo delante de los dioses de su padre, a la cámara; y se acercó a ellos para que comiesen, y lo puso delante de ellos; y estuvo Abram sentado delante de ellos todo el día, pensando que quizá comerían.
30 Y mirándolos Abram, he aquí que no tenían voz ni oído, y ninguno de ellos extendía su mano a la carne para comer.
31 Y a la tarde de aquel día, en aquella casa, Abram fue revestido del Espíritu de Dios.
32 Y clamó y dijo: ¡Ay de mi padre y de esta generación perversa, cuyos corazones están todos inclinados a la vanidad, que sirven a estos ídolos de madera y de piedra que no pueden comer, ni oler, ni oír, ni hablar, que tienen bocas sin habla, ojos sin vista, oídos sin audición, manos sin tacto y piernas que no pueden moverse! Semejantes a ellos son los que los hicieron y en ellos confían.
33 Y cuando Abram vio todas estas cosas, se encendió su ira contra su padre, y se apresuró y tomó un hacha en su mano, y vino a la cámara de los dioses, y quebró todos los dioses de su padre.
34 Y cuando acabó de quebrar las imágenes, puso el hacha en la mano del gran dios que estaba allí delante de ellas, y salió; y Taré su padre volvió a casa, porque había oído a la puerta el sonido del hacha al golpear; y Taré entró en la casa para saber qué era aquello.
35 Y oyó Taré el ruido del hacha en la cámara de las imágenes, y corrió a la cámara de las imágenes, y salió al encuentro de Abram que salía.
36 Y entró Taré en la cámara, y halló todos los ídolos caídos y rotos, y el hacha que estaba en la mano del mayor, que no estaba rota; y los guisados que Abram su hijo había hecho aún estaban delante de ellos.
37 Al ver esto, Taré se enfureció mucho, y se apresuró a salir de la cámara y fue adonde estaba Abram.
38 Y halló a Abram su hijo todavía sentado en casa, y le dijo: ¿Qué obra es ésta que has hecho a mis dioses?
39 Y respondió Abram a Taré su padre, y dijo: No así mi señor, porque yo traje delante de ellos guisados, y cuando me acerqué a ellos con la comida para que comiesen, luego todos ellos extendieron sus manos para comer antes que el grande hubiese extendido la suya para comer.
40 Y el hombre grande vio las obras que hacían delante de él, y su ira se encendió violentamente contra ellos, y fue y tomó el hacha que estaba en la casa, y vino a ellos y los destrozó a todos; y he aquí, el hacha todavía está en su mano, como ves.
41 Y se encendió la ira de Taré contra su hijo Abram cuando dijo esto; y en su enojo dijo a Abram su hijo: ¿Qué historia es ésta que has contado? Me dices mentiras.
42 ¿Hay en estos dioses espíritu, alma o poder para hacer todo lo que me has dicho? ¿No son de madera y piedra, y no los he hecho yo mismo? ¿Puedes decir semejantes mentiras, diciendo que el gran dios que estaba con ellos los hirió? Eres tú quien puso el hacha en sus manos, y luego dices que los hirió a todos.
43 Respondió Abram a su padre y le dijo: ¿Cómo, pues, puedes servir a esos ídolos, en quienes nada hay que hacer? ¿Acaso esos ídolos en los cuales confías te librarán? ¿Oirán ellos tus oraciones cuando los invoques? ¿Acaso te librarán de las manos de tus enemigos, o pelearán ellos por ti las batallas contra tus enemigos, para que sirvas a la madera y a la piedra, que no pueden hablar ni oír?
44 Y ahora, ciertamente no es bueno para ti ni para los hijos de los hombres que están relacionados contigo, hacer estas cosas. ¿Sois tan tontos, tan insensatos o tan faltos de entendimiento que servís a la madera y a la piedra, y hacéis de esta manera?
45 ¿Y os olvidáis del Señor Dios, que hizo los cielos y la tierra, y que os creó a vosotros en la tierra, y por ello atraéis tan gran mal sobre vuestras almas por esto, sirviendo a la piedra y a la madera?
46 ¿No pecaron nuestros padres en los días antiguos en este asunto, y el Señor Dios del universo trajo sobre ellos las aguas del diluvio y destruyó toda la tierra?
47 ¿Y cómo podéis continuar haciendo esto y servir a dioses de madera y de piedra, que no pueden oír ni hablar ni libraros de la opresión, atrayendo así sobre vosotros la ira del Dios del universo?
48 Ahora pues, padre mío, abstente de esto, y no atraigas mal sobre tu alma, ni sobre las almas de tu casa.
49 Entonces Abram se apresuró y se apartó de delante de su padre, y tomó el hacha del ídolo más grande de su padre, y lo quebró con ella, y huyó.
50 Y viendo Taré todo lo que Abram había hecho, se apresuró a salir de su casa, y fue al rey, y vino delante de Nimrod, y se puso delante de él, y se inclinó ante el rey; y el rey dijo: ¿Qué quieres?
51 Y él dijo: Ruégote ahora, señor mío, que me escuches. Hace cincuenta años me ha nacido un niño, y así ha hecho a mis dioses, y así ha hablado; y ahora pues, señor mío y rey mío, envía por él para que venga delante de ti, y lo

juzgues conforme a la ley, para que seamos librados de su maldad.
52 El rey envió a tres hombres de sus siervos, los cuales fueron y llevaron a Abram ante el rey. Nimrod y todos sus príncipes y siervos estaban sentados aquel día ante él, y Taré también estaba sentado ante ellos.
53 Y el rey dijo a Abram: ¿Qué es esto que has hecho con tu padre y con sus dioses? Y Abram respondió al rey con las palabras que éste había hablado a su padre, y dijo: El dios grande que estaba con ellos en la casa les hizo tal como has oído.
54 Y el rey dijo a Abram: ¿Tienen poder para hablar y comer e hacer como tú has dicho? Y Abram respondió al rey, diciendo: Y si no hay poder en ellos, ¿por qué los sirves, y haces errar a los hijos de los hombres con tus locuras?
55 ¿Te imaginas que ellos pueden liberarte o hacer algo pequeño o grande para que tú los sirvas? ¿Y por qué no quieres sentir al Dios de todo el universo, que te creó y en cuyo poder está matar y mantener con vida?
56 ¡Oh rey necio, simple e ignorante! ¡Ay de ti para siempre!
57 Yo pensé que enseñarías a tus siervos el camino recto, pero no lo has hecho, sino que has llenado toda la tierra con tus pecados y los pecados de tu pueblo que ha seguido tus caminos.
58 ¿No sabes o no has oído que este mal que haces, nuestros antepasados pecaron en él en los días de antaño, y el Dios eterno trajo las aguas del diluvio sobre ellos y los destruyó a todos, y también destruyó toda la tierra por su causa? ¿Y tú y tu pueblo os levantaréis ahora y haréis una obra semejante a esta, a fin de hacer descender la ira del Señor Dios del universo, y traer el mal sobre ti y sobre toda la tierra?
59 Ahora pues, deja esa mala acción que haces, y sirve al Dios del universo, pues tu alma está en sus manos, y entonces te irá bien.
60 Y si tu corazón malvado no escucha mis palabras para hacerte abandonar tus malos caminos y servir al Dios eterno, entonces morirás en vergüenza en los últimos días, tú, tu pueblo y todos los que están relacionados contigo, oyendo tus palabras o andando en tus malos caminos.
61 Y cuando Abram acabó de hablar delante del rey y de los príncipes, alzó Abram sus ojos al cielo, y dijo: Jehová ve a todos los impíos, y los juzgará.

CAPÍTULO 12

1 Y cuando el rey oyó las palabras de Abram, ordenó que lo pusieran en la cárcel; y estuvo Abram diez días en prisión.
2 Y al cabo de aquellos días el rey ordenó que todos los reyes, príncipes y gobernadores de diferentes provincias y los sabios vinieran delante de él, y se sentaron delante de él, y Abram todavía estaba en la casa de confinamiento.
3 Y el rey dijo a los príncipes y a los sabios: ¿Habéis oído lo que ha hecho Abram, hijo de Taré, a su padre? Así le ha hecho, y yo ordené que lo trajeran ante mí, y así ha hablado; su corazón no le turbó, ni se conmovió en mi presencia, y he aquí que ahora está confinado en la prisión.
4 Por tanto, juzgad qué juicio se debe a este hombre que injurió al rey, que habló e hizo todas las cosas que vosotros oísteis.
5 Y todos respondieron al rey, diciendo: El hombre que injuriare al rey debería ser colgado en un árbol; pero por haber hecho todas las cosas que él dijo, y por haber despreciado a nuestros dioses, debe ser quemado hasta morir, porque ésta es la ley sobre esta materia.
6 Si al rey le place hacer esto, que ordene a sus siervos que enciendan fuego de día y de noche en tu horno de ladrillos, y luego echaremos allí a este hombre. Y el rey lo hizo así, y ordenó a sus siervos que prepararan fuego durante tres días y tres noches en el horno del rey, que está en Kasdim; y el rey les ordenó que sacaran a Abram de la prisión y lo llevaran para quemarlo.
7 Y todos los siervos del rey, príncipes, grandes, gobernadores y jueces, y todos los moradores de la tierra, como novecientos mil hombres, estaban frente al horno para ver a Abram.
8 Y todas las mujeres y los niños se agolparon sobre los tejados y las torres para ver lo que estaba pasando con Abram, y todos estaban juntos a la distancia; y no quedó un hombre que no viniera aquel día para contemplar la escena.
9 Y cuando Abram llegó, los hechiceros del rey y los sabios vieron a Abram, y clamaron al rey, diciendo: Nuestro soberano señor, seguramente éste es el hombre que sabemos que fue el niño en cuyo nacimiento la gran estrella se tragó las cuatro estrellas, lo cual declaramos al rey ahora hace cincuenta años.
10 Y he aquí, ahora su padre también ha quebrantado tus mandamientos, y se ha burlado de ti al traerte otro hijo, al cual tú mataste.
11 Cuando el rey oyó sus palabras, se enojó mucho, y ordenó que trajeran a Taré ante él.
12 Y el rey dijo: ¿Has oído lo que han dicho los encantadores? Dime ahora con verdad cómo lo has hecho; y si dices la verdad, quedarás absuelto.
13 Viendo que el rey estaba tan enojado, Téraj le dijo: «Mi señor y rey, has oído la verdad, y lo que han dicho los sabios es correcto». Y el rey dijo: «¿Cómo has podido hacer esto, desobedecer mis órdenes y darme un hijo que no has engendrado, y tomar por él un precio?».
14 Y respondió Taré al rey: Porque en aquel tiempo se despertó mi afecto por mi hijo, y tomé un hijo de mi sierva, y lo traje al rey.
15 Y el rey dijo: ¿Quién te ha aconsejado esto? Dime, no me ocultes nada, y así no morirás.
16 Y Taré se llenó de gran temor en presencia del rey, y dijo al rey: Harán, mi hijo mayor, me aconsejó esto; y Harán tenía treinta y dos años en aquellos días que nació Abram.
17 Pero Harán no aconsejó nada a su padre, porque Taré dijo esto al rey para librar su alma del rey, porque temía en gran manera; y el rey dijo a Taré: Harán tu hijo, que te aconsejó esto, morirá por el fuego con Abram; porque la sentencia de muerte está sobre él por haberse rebelado contra el deseo del rey al hacer esto.
18 Y Harán en ese tiempo se sintió inclinado a seguir los caminos de Abram, pero lo guardó para sí.
19 Y dijo Harán en su corazón: He aquí ahora el rey ha apresado a Abram a causa de estas cosas que Abram hizo;

y acontecerá que si Abram prevaleciere sobre el rey, yo lo seguiré; y si el rey prevaleciere, yo iré tras el rey.
20 Y cuando Taré hubo hablado esto al rey acerca de Harán su hijo, el rey ordenó que Harán fuera capturado junto con Abram.
21 Y los trajeron a ambos, a Abram y a Harán su hermano, para echarlos en el fuego; y todos los moradores de la tierra, y los siervos del rey y los príncipes, y todas las mujeres y los niños, estaban allí aquel día junto a ellos.
22 Y los siervos del rey tomaron a Abram y a su hermano, y los despojaron de todos sus vestidos, excepto de las vestiduras bajas que tenían sobre ellos.
23 Y ataron sus manos y sus pies con cuerdas de lino, y los siervos del rey los levantaron y los echaron a ambos en el horno.
24 Y Jehová amó a Abram, y tuvo compasión de él; y Jehová descendió, y libró a Abram del fuego, y no se quemó.
25 Pero todas las cuerdas con que lo ataron se quemaron, y Abram quedó allí y anduvo en el fuego.
26 Y murió Harán cuando lo echaron al fuego, y quedó reducido a cenizas, porque su corazón no era perfecto con Jehová; y a aquellos hombres que lo echaron al fuego, la llama del fuego se extendió sobre ellos, y se quemaron, y murieron doce hombres de ellos.
27 Y anduvo Abram en medio del fuego tres días y tres noches; y todos los siervos del rey le vieron andar en medio del fuego; y vinieron y se lo hicieron saber al rey, diciendo: He aquí hemos visto a Abram andando en medio del fuego; y aun las vestiduras inferiores que lleva sobre sí no están quemadas, pero la cuerda con que estaba atado está quemada.
28 Y cuando el rey oyó sus palabras, su corazón desmayó y no las creyó; así que envió a otros príncipes fieles para ver este asunto, y ellos fueron y lo vieron y se lo dijeron al rey; y el rey se levantó para ir y verlo, y vio a Abram caminando de un lado a otro en medio del fuego, y vio el cuerpo de Harán quemado, y el rey se maravilló en gran manera.
29 Y el rey ordenó que sacaran a Abram del fuego; y sus siervos se acercaron para sacarlo, pero no pudieron, porque el fuego estaba alrededor y la llama subía hacia ellos desde el horno.
30 Y los siervos del rey huyeron de allí; y el rey los reprendió, diciendo: Date prisa, saca a Abram del fuego, para que no mueras.
31 Y los siervos del rey volvieron a acercarse para sacar a Abram, pero las llamas cayeron sobre ellos y les quemaron los rostros, y murieron ocho de ellos.
32 Y cuando el rey vio que sus siervos no podían acercarse al fuego para no quemarse, el rey llamó a Abram: Oh siervo del Dios que está en el cielo, sal de en medio del fuego y ven acá delante de mí. Y Abram escuchó la voz del rey, y salió del fuego y vino y se puso delante del rey.
33 Y cuando Abram salió, el rey y todos sus siervos vieron a Abram que venía delante del rey, con sus vestiduras bajas sobre sí, porque no estaban quemadas, pero la cuerda con que estaba atado estaba quemada.
34 Y el rey dijo a Abram: ¿Cómo es que no fuiste quemado en el fuego?
35 Y respondió Abram al rey: El Dios de los cielos y de la tierra, en quien yo confío y en quien todo está en su poder, él me ha librado del fuego en que tú me arrojaste.
36 Y Harán hermano de Abram fue quemado hasta las cenizas; y buscaron su cuerpo, y lo hallaron consumido.
37 Y Harán tenía ochenta y dos años cuando murió en el fuego de Kasdim. Y el rey, los príncipes y los habitantes de la tierra, viendo que Abram había sido librado del fuego, vinieron y se inclinaron ante Abram.
38 Y les dijo Abram: No os inclinéis ante mí, sino inclinaos ante el Dios del mundo que os hizo, y servidle, y andad en sus caminos, porque él es quien me ha librado de este fuego, y él es quien creó las almas y los espíritus de todos los hombres, y formó al hombre en el vientre de su madre, y lo trajo al mundo, y él es quien librará de todo dolor a los que confían en él.
39 Y esto pareció muy maravilloso a los ojos del rey y de los príncipes, que Abram fue salvado del fuego y que Harán fue quemado; y el rey dio a Abram muchos presentes y le dio dos de sus siervos principales de la casa del rey; el nombre de uno era Oni y el nombre del otro era Eliezer.
40 Y todos los reyes, príncipes y siervos dieron a Abram muchos regalos de plata, oro y perlas; y el rey y sus príncipes lo despidieron, y él se fue en paz.
41 Y salió Abram de delante del rey en paz, y muchos de los siervos del rey le siguieron, y se unieron a él como trescientos hombres.
42 Y volvió Abram aquel día, y vino a la casa de su padre, él y los hombres que le siguieron; y sirvió Abram a Jehová su Dios todos los días de su vida, y anduvo en sus caminos, y siguió su ley.
43 Y desde aquel día en adelante Abram inclinó el corazón de los hijos de los hombres para servir al Señor.
44 En aquel tiempo Nacor y Abram tomaron para sí mujeres hijas de Harán su hermano. La mujer de Nacor se llamaba Milca, y la mujer de Abram se llamaba Sarai. Sarai, la mujer de Abram, era estéril y no tenía descendencia en aquellos días.
45 Y al cumplirse los dos años desde que Abram salió del fuego, es decir, en el año cincuenta y dos de su vida, he aquí que el rey Nimrod estaba sentado en Babel sobre el trono, y el rey se durmió y soñó que estaba de pie con sus tropas y ejércitos en un valle frente al horno del rey.
46 Y alzó sus ojos, y vio a un hombre semejante a Abram que salía del horno, y que venía y se ponía delante del rey con su espada desenvainada, y luego saltaba hacia el rey con su espada, y el rey huía de delante del hombre, porque tenía miedo; y mientras corría, el hombre arrojó un huevo sobre la cabeza del rey, y el huevo se convirtió en un gran río.
47 Y el rey soñó que todas sus tropas se hundían en aquel río y morían, y el rey huyó con tres hombres que iban delante de él y escapó.
48 Y el rey miró a estos hombres, y he aquí que estaban vestidos con ropas principescas, como vestiduras de reyes, y tenían la apariencia y majestad de reyes.
49 Y mientras ellos corrían, el río se volvió a convertir en un huevo delante del rey, y del huevo salió un pájaro joven, que llegó hasta la cabeza del rey, y le arrancó el ojo.
50 Y el rey se turbó al ver aquello, y despertó de su sueño, y su espíritu se agitó, y tuvo gran terror.

51 Y por la mañana el rey se levantó de su lecho con temor, y ordenó que todos los sabios y magos se presentaran ante él, y el rey les contó su sueño.
52 Y un siervo sabio del rey, cuyo nombre era Anuki, respondió al rey, diciendo: Esto no es otra cosa sino la maldad de Abram y su descendencia que se levantará contra mi señor y rey en los últimos días.
53 Y he aquí que vendrá el día en que Abram y su descendencia y los hijos de su casa pelearán contra mi rey, y herirán a todo el ejército del rey y a sus tropas.
54 Y en cuanto a lo que has dicho acerca de tres hombres que viste semejantes a ti, y que escaparon, esto significa que sólo tú escaparás con tres reyes de los reyes de la tierra que estarán contigo en la batalla.
55 Y lo que viste del río que se convirtió en un huevo como al principio, y el pajarillo que te sacó el ojo, esto no significa otra cosa sino la descendencia de Abram que matará al rey en los últimos días.
56 Éste es el sueño de mi rey, y ésta es su interpretación; y el sueño es verdadero, y recta la interpretación que tu siervo te ha dado.
57 Ahora pues, mi rey, seguramente tú sabes que ya son cincuenta y dos años desde que tus sabios vieron esto en el nacimiento de Abram, y si mi rey permite que Abram viva en la tierra será para perjuicio de mi señor y rey, porque todos los días que Abram viva, ni tú ni tu reino serán establecidos, porque esto fue conocido anteriormente en su nacimiento; y ¿por qué mi rey no lo matará, para que su maldad pueda ser guardada de ti en días postreros?
58 Y Nimrod escuchó la voz de Anuki, y envió en secreto a algunos de sus siervos para que fueran y prendieran a Abram y lo llevaran ante el rey para que sufriera la muerte.
59 Y Eliezer, el siervo de Abram, a quien el rey le había dado, estaba en ese momento en presencia del rey, y oyó lo que Anuki había aconsejado al rey, y lo que el rey había dicho para causar la muerte de Abram.
60 Y Eliezer dijo a Abram: Date prisa, levántate y salva tu alma, para que no mueras por manos del rey, porque así vio él en un sueño acerca de ti, y así lo interpretó Anuki, y así también aconsejó Anuki al rey acerca de ti.
61 Y Abram escuchó la voz de Eliezer, y se apresuró y corrió a la casa de Noé y de su hijo Sem, y se ocultó allí y halló lugar seguro; y los siervos del rey vinieron a la casa de Abram para buscarlo, pero no lo pudieron encontrar; y buscaron por todo el país y no lo encontraron; y fueron y buscaron por todas partes y no lo encontraron.
62 Y cuando los siervos del rey no pudieron encontrar a Abram, regresaron al rey, pero la ira del rey contra Abram se calmó, ya que no lo encontraron, y el rey apartó de su mente este asunto concerniente a Abram.
63 Y Abram estuvo escondido en casa de Noé durante un mes, hasta que el rey se olvidó de este asunto; pero Abram aún tenía miedo del rey; y Taré vino a ver a Abram su hijo secretamente en la casa de Noé; y Taré era muy grande a los ojos del rey.
64 Y respondió Abram a su padre: ¿No sabes que el rey piensa matarme y raer mi nombre de la tierra, por el consejo de sus malos consejeros?
65 ¿A quién tienes tú aquí y qué tienes en esta tierra? Levántate y vayamos juntos a la tierra de Canaán, para que nos libremos de su mano, para que no perezcas también por causa de él en los últimos días.
66 ¿No sabes o no has oído que no es por amor que Nimrod te da todo este honor, sino que es sólo para su beneficio que te concede todo este bien?
67 Y si te hace un bien mayor que éste, seguramente éstas son sólo vanidades del mundo, porque la riqueza y las riquezas no pueden aprovecharse en el día de la ira y del enojo.
68 Ahora pues, escucha mi voz, y levantémonos y vayamos a la tierra de Canaán, fuera del alcance del daño de Nimrod; y sirve al Señor que te creó en la tierra, y te irá bien; y desecha todas las cosas vanas que persigues.
69 Y cesó Abram de hablar, y Noé y su hijo Sem respondieron a Taré, diciendo: Verdadera es la palabra que te ha hablado Abram.
70 Y escuchó Taré la voz de su hijo Abram, e hizo Taré todo lo que Abram le dijo; porque esto venía del Señor, para que el rey no causara la muerte de Abram.

CAPÍTULO 13

1 Y tomó Taré a su hijo Abram, a su nieto Lot, hijo de Harán, y a Sarai su nuera, mujer de su hijo Abram, y a toda su familia, y partió con ellos de Ur Kasdim hacia la tierra de Canaán. Y cuando llegaron a la tierra de Harán, se detuvieron allí, porque era tierra muy buena para pastos y suficiente para quienes los acompañaban.
2 Y el pueblo de la tierra de Harán vio que Abram era bueno y recto con Dios y con los hombres, y que Jehová su Dios estaba con él; y algunos del pueblo de la tierra de Harán vinieron y se unieron a Abram, y él les enseñó la instrucción de Jehová y sus caminos; y estos hombres permanecieron con Abram en su casa y se adhirieron a él.
3 Y permaneció Abram en la tierra tres años; y al cabo de esos tres años se le apareció Jehová a Abram, y le dijo: Yo soy Jehová, que te saqué de Ur Kasdim, y te libré de las manos de todos tus enemigos.
4 Ahora pues, si escuchas mi voz y guardas mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes, entonces haré caer a tus enemigos delante de ti, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y enviaré mi bendición sobre todas las obras de tus manos, y nada te faltará.
5 Levántate ahora, toma a tu mujer y todo lo que te pertenece, y vete a la tierra de Canaán y mora allí, y allí seré tu Dios y te bendeciré. Entonces Abram se levantó y tomó a su mujer y todo lo que le pertenecía, y fue a la tierra de Canaán, como el Señor le había dicho; y Abram tenía cincuenta años cuando salió de Harán.
6 Y vino Abram a la tierra de Canaán, y habitó en medio de la ciudad, y fijó allí sus tiendas entre los hijos de Canaán, habitantes de aquella tierra.
7 Y apareció Jehová a Abram cuando llegó a la tierra de Canaán, y le dijo: Esta es la tierra que te he dado a ti y a tu descendencia después de ti para siempre; y haré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia por herencia todas las tierras que ves.
8 Y edificó Abram un altar en el lugar donde Dios le había hablado, e invocó allí Abram el nombre de Jehová.
9 En aquel tiempo, al cabo de tres años de habitar Abram en la tierra de Canaán, en aquel año murió Noé; éste era el año cincuenta y ocho de la vida de Abram; y fueron todos los días que vivió Noé novecientos cincuenta años, y murió.

10 Y habitó Abram en la tierra de Canaán, él, su mujer, y todo lo que le pertenecía, y todos los que le acompañaban, junto con los que se unieron a él de los pueblos de la tierra; pero Nacor hermano de Abram, y Taré su padre, y Lot hijo de Harán, y todo lo que les pertenecía, habitaron en Harán.
11 En el quinto año de habitar Abram en la tierra de Canaán, los habitantes de Sodoma y de Gomorra y todas las ciudades de la llanura se rebelaron contra el poder de Quedorlaomer, rey de Elam; porque todos los reyes de las ciudades de la llanura habían servido a Quedorlaomer durante doce años, y le habían pagado un impuesto anual, pero en aquellos días, en el año trece, se rebelaron contra él.
12 Y en el décimo año de habitar Abram en la tierra de Canaán, hubo guerra entre Nimrod rey de Sinar y Quedorlaomer rey de Elam; y vino Nimrod para pelear contra Quedorlaomer y para someterlo.
13 Porque Quedorlaomer era en aquel tiempo uno de los príncipes de los ejércitos de Nimrod, y cuando todo el pueblo de la torre se dispersó y los que quedaron también se dispersaron sobre la faz de la tierra, Quedorlaomer fue a la tierra de Elam y reinó sobre ella y se rebeló contra su señor.
14 Y en aquellos días cuando Nimrod vio que las ciudades de la llanura se habían rebelado, vino con orgullo y enojo a la guerra contra Quedorlaomer, y Nimrod reunió a todos sus príncipes y súbditos, alrededor de setecientos mil hombres, y fue contra Quedorlaomer, y Quedorlaomer salió a su encuentro con cinco mil hombres, y se prepararon para la batalla en el valle de Babel que está entre Elam y Sinar.
15 Y todos aquellos reyes pelearon allí, y Nimrod y su pueblo fueron derrotados delante del pueblo de Quedorlaomer, y cayeron de los hombres de Nimrod como seiscientos mil, y Mardón, hijo del rey, cayó entre ellos.
16 Y Nimrod huyó y regresó avergonzado y deshonrado a su tierra, y estuvo bajo sujeción a Quedorlaomer por mucho tiempo, y Quedorlaomer regresó a su tierra y envió príncipes de su ejército a los reyes que habitaban alrededor de él, a Arioc rey de Elasar, y a Tidal rey de Goyim, e hizo un pacto con ellos, y todos fueron obedientes a sus órdenes.
17 Y fue en el año quince de habitar Abram en la tierra de Canaán, que es el año setenta de la vida de Abram, y Jehová se le apareció a Abram en aquel año, y le dijo: Yo soy Jehová que te saqué de Ur Casdim para darte esta tierra por herencia.
18 Ahora pues, anda delante de mí, y sé perfecto, y guarda mis mandamientos; porque a ti y a tu descendencia daré esta tierra por herencia, desde el río de Egipto hasta el gran río Éufrates.
19 Y vendrás a tus padres en paz y en prosperidad, y la cuarta generación volverá a esta tierra, y la heredará para siempre. Y edificó Abram un altar, e invocó el nombre de Jehová que se le había aparecido, y ofreció sacrificios sobre el altar a Jehová.
20 En aquel tiempo volvió Abram y fue a Harán para ver a su padre y a su madre, y a la casa de su padre; y volvió Abram a Harán con su mujer y todo lo que tenía; y habitó Abram en Harán cinco años.
21 Y muchos del pueblo de Harán, como setenta y dos hombres, siguieron a Abram, y Abram les enseñó la instrucción del Señor y sus caminos, y les enseñó a conocer al Señor.
22 En aquellos días se le apareció Jehová a Abram en Harán, y le dijo: He aquí, hace veinte años te hablé, diciendo:
23 Vete de tu tierra, de tu lugar natal y de la casa de tu padre, a la tierra que te he mostrado, para dártela a ti y a tus hijos; porque allí te bendeciré, y haré de ti una nación grande, y engrandeceré tu nombre, y serán benditas en ti las familias de la tierra.
24 Ahora pues, levántate y sal de este lugar, tú, tu mujer y todo lo que te pertenece, también todo nacido en tu casa y todas las almas que has creado en Harán, y sácalos contigo de aquí, y levántate para volver a la tierra de Canaán.
25 Y se levantó Abram y tomó a Sarai su mujer, y todo lo que le pertenecía, y todos los hijos que le habían nacido en su casa, y las almas que habían hecho en Harán, y salieron para ir a la tierra de Canaán.
26 Abram partió y regresó a la tierra de Canaán, conforme a la palabra de Jehová. Con él fue Lot, hijo de su hermano Harán. Tenía Abram setenta y cinco años cuando salió de Harán para regresar a la tierra de Canaán.
27 Y vino a la tierra de Canaán conforme a la palabra de Jehová a Abram, y plantó su tienda y habitó en el encinar de Mamre, y con él estaba Lot hijo de su hermano, y todo lo que le pertenecía.
28 Y Jehová volvió a aparecer a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Y edificó allí un altar a Jehová que se le había aparecido, el cual está hasta hoy en el encinar de Mamre.

CAPÍTULO 14

1 En aquellos días había en la tierra de Sinar un hombre sabio, entendido en toda sabiduría, y de hermoso aspecto, pero pobre e indigente; su nombre era Rikayón, y apurado para subsistir.
2 Y decidió ir a Egipto, a Oswiris hijo de Anom, rey de Egipto, para mostrar al rey su sabiduría, porque quizá hallaría gracia ante sus ojos para criarlo y mantenerlo; y Rikayon así lo hizo.
3 Y cuando Rikayon llegó a Egipto, preguntó a los habitantes de Egipto acerca del rey, y los habitantes de Egipto le contaron la costumbre del rey de Egipto, porque entonces era la costumbre del rey de Egipto que él saliera de su palacio real y fuera visto fuera sólo un día al año, y después de eso el rey regresaba a su palacio para permanecer allí.
4 Y el día que el rey salió, hizo juicio en la tierra; y todo el que tenía pleito venía aquel día delante del rey para obtener su petición.
5 Y cuando Rikayón oyó de la costumbre en Egipto y que no podía venir a la presencia del rey, se entristeció mucho y estaba muy triste.
6 Y por la tarde salió Rikayon y halló una casa en ruinas, que antiguamente había sido un horno en Egipto, y permaneció allí toda la noche con amargura de alma y angustiado por el hambre, y el sueño se le fue de los ojos.
7 Y Rikayon consideró dentro de sí qué debía hacer en la ciudad hasta que el rey apareciera, y cómo podría mantenerse allí.
8 Y se levantó de mañana y anduvo, y halló en su camino a quienes vendían legumbres y semillas de diversa índole, con las cuales abastecían a los moradores.

9 Y Rikayon quiso hacer lo mismo para conseguir un sustento en la ciudad, pero no conocía las costumbres del pueblo, y era como un ciego entre ellos.
10 Y él fue y obtuvo legumbres para venderlas para su sustento, y la multitud se reunió a su alrededor y se burlaron de él, y le quitaron sus legumbres y no le dejaron nada.
11 Y se levantó de allí con amargura de alma, y suspirando se fue al horno donde había permanecido toda la noche anterior, y durmió allí la segunda noche.
12 Y aquella noche volvió a razonar dentro de sí cómo podría salvarse del hambre, e ideó un plan sobre cómo actuar.
13 Y se levantó de mañana, e hizo ingeniosamente, y fue y alquiló treinta hombres fuertes del populacho, que llevaban en sus manos sus instrumentos de guerra, y los llevó a la cima del sepulcro de Egipto, y los puso allí.
14 Y les mandó, diciendo: Así dice el rey: Fortalecedos y sed hombres valientes, y que nadie sea enterrado aquí hasta que se den doscientas piezas de plata, y entonces podrá ser enterrado. Y aquellos hombres hicieron conforme a la orden de Rikayón con el pueblo de Egipto todo aquel año.
15 Y en ocho meses Rikayon y sus hombres reunieron grandes riquezas de plata y oro, y Rikayon tomó una gran cantidad de caballos y otros animales, y alquiló más hombres, y les dio caballos y permanecieron con él.
16 Y cuando llegó el año, cuando el rey salió a la ciudad, todos los habitantes de Egipto se reunieron para hablarle acerca de la obra de Rikayón y sus hombres.
17 Y el rey salió el día señalado, y todos los egipcios vinieron delante de él, y clamaron a él, diciendo:
18 Viva el rey para siempre. ¿Qué es esto que haces en la ciudad con tus siervos, no permitiendo que se entierre un cadáver hasta que se dé cierta cantidad de plata y oro? ¿Se ha hecho algo parecido en toda la tierra, desde los días de los reyes anteriores y desde los días de Adán hasta el día de hoy, que los muertos no sean enterrados sólo por un precio determinado?
19 Sabemos que es costumbre de los reyes cobrar cada año un impuesto a los vivos; pero tú no sólo haces esto, sino que también a los muertos exiges impuesto cada día.
20 Ahora, oh rey, ya no podemos soportar esto, porque toda la ciudad está arruinada por este motivo, ¿y tú no lo sabes?
21 Y cuando el rey oyó todo lo que habían dicho, se enojó mucho, y su ira ardió dentro de él por este asunto, porque nada sabía de ello.
22 Y el rey dijo: ¿Quién es el que se atreve a hacer esta maldad en mi tierra sin mi orden? Tú me lo dirás.
23 Y le contaron todas las obras de Rikayón y de sus hombres, y el rey se enfureció, y ordenó que trajeran a Rikayón y a sus hombres ante él.
24 Y tomó Rikayón unos mil niños, hijos e hijas, y los vistió de seda y bordados, y los hizo montar a caballo y los envió al rey por medio de sus hombres, y tomó también una gran cantidad de plata y oro y piedras preciosas, y un caballo fuerte y hermoso, como presente para el rey, con el cual vino delante del rey y se inclinó a tierra ante él; y el rey, sus siervos y todos los habitantes de Egipto se maravillaron de la obra de Rikayón, y vieron sus riquezas y el presente que había traído al rey.
25 Y esto agradó mucho al rey y se maravilló de ello; y cuando Rikayón se sentó delante de él, el rey le preguntó acerca de todas sus obras, y Rikayón habló todas sus palabras sabiamente delante del rey, de sus siervos y de todos los habitantes de Egipto.
26 Y cuando el rey oyó las palabras de Rikayón y su sabiduría, Rikayón halló gracia ante sus ojos, y halló gracia y bondad ante todos los siervos del rey y ante todos los habitantes de Egipto, a causa de su sabiduría y de sus excelentes palabras, y desde entonces lo amaron sobremanera.
27 Y el rey respondió y dijo a Rikayón: No se llamará más tu nombre Rikayón, sino que tu nombre será Faraón, por cuanto exigiste tributo de los muertos; por eso llamó su nombre Faraón.
28 Y el rey y sus súbditos amaron a Rikayón por su sabiduría, y consultaron con todos los habitantes de Egipto para hacerlo prefecto bajo el rey.
29 Y todos los moradores de Egipto y sus sabios lo hicieron así, y se puso por ley en Egipto.
30 Y pusieron a Rikayón Faraón como prefecto bajo Oswiris rey de Egipto, y Rikayón Faraón gobernaba sobre Egipto, administrando justicia diariamente a toda la ciudad, pero Oswiris el rey juzgaba al pueblo de la tierra un día del año, cuando salía para presentarse.
31 Y Rikayón Faraón usurpó astutamente el gobierno de Egipto, y exigió tributo a todos los habitantes de Egipto.
32 Y todos los habitantes de Egipto amaban mucho a Rikayón Faraón, y decretaron que a todo rey que reinase sobre ellos y sobre su descendencia en Egipto se le llamase Faraón.
33 Por eso todos los reyes que reinaron en Egipto desde entonces en adelante se llamaron Faraón hasta hoy.

CAPÍTULO 15

1 Y hubo en aquel año una gran hambre en toda la tierra de Canaán, y los moradores de la tierra no pudieron permanecer a causa del hambre, porque era muy grave.
2 Y Abram y todo lo que le pertenecía se levantaron y descendieron a Egipto a causa del hambre, y cuando estuvieron en el arroyo de Mitzraim, permanecieron allí algún tiempo para descansar de la fatiga del camino.
3 Y Abram y Sarai iban paseando por la ribera del arroyo de Mitzraim; y vio Abram a Sarai su mujer, que era muy hermosa.
4 Y dijo Abram a Sarai su mujer: Pues que Dios te ha creado con tan hermosa apariencia, temo a los egipcios, no sea que me maten y te lleven; porque el temor de Dios no hay en estos lugares.
5 Ciertamente harás esto: Di que eres mi hermana a todo el que te pregunte, para que me vaya bien, y vivamos, y no seamos muertas.
6 Y mandó Abram lo mismo a todos los que vinieron con él a Egipto a causa del hambre; también mandó a su sobrino Lot, diciendo: Si los egipcios te preguntan por Sarai, di que es hermana de Abram.
7 Pero con todas estas órdenes, Abram no confió en ellos, sino que tomó a Sarai, la puso en un cofre y la ocultó entre sus vasos, porque Abram estaba muy preocupado por Sarai a causa de la maldad de los egipcios.

8 Y Abram y todo lo que le pertenecía subieron del arroyo de Mitzraim y vinieron a Egipto; y apenas habían entrado por las puertas de la ciudad cuando los guardias se les presentaron, diciendo: Dad al rey el diezmo de lo que tenéis, y entonces podréis entrar en la ciudad. Y Abram y los que estaban con él lo hicieron así.
9 Y vino Abram a Egipto con el pueblo que con él estaba; y vinieron y trajeron el cofre en que estaba escondida Sarai, y los egipcios vieron el cofre.
10 Y los siervos del rey se acercaron a Abram, y le dijeron: ¿Qué tienes aquí en este arca que no hayamos visto? Abre ahora el arca y da al rey el diezmo de todo lo que contiene.
11 Y respondió Abram: No abriré este arca, pero te daré todo lo que pidas de ella. Y los siervos de Faraón respondieron a Abram, diciendo: Es un arca de piedras preciosas; danos el diezmo.
12 Abram respondió: Te daré todo lo que pidas, pero no abras el cofre.
13 Y los oficiales del rey presionaron a Abram, y llegaron al cofre y lo abrieron con fuerza, y vieron, y he aquí que había una mujer hermosa en el cofre.
14 Cuando los oficiales del rey vieron a Sarai, quedaron maravillados de su belleza. Todos los príncipes y los siervos de Faraón se reunieron para ver a Sarai, porque era muy hermosa. Los oficiales del rey corrieron y le contaron a Faraón todo lo que habían visto, y alabaron a Sarai delante del rey. Faraón ordenó que la trajeran, y la mujer se presentó ante el rey.
15 Y vio Faraón a Sarai, y le agradó mucho, y quedó cautivo de su belleza; y el rey se alegró mucho por ella, e hizo presentes a los que le trajeron noticias acerca de ella.
16 Y la mujer fue llevada a casa de Faraón, y Abram se afligió a causa de su mujer, y oró a Jehová que la librara de manos de Faraón.
17 Y Sarai también oró en aquel tiempo, y dijo: Oh Señor Dios, tú le dijiste a mi señor Abram que fuera de su tierra y de la casa de su padre a la tierra de Canaán, y tú prometiste hacerle bien si él cumplía tus mandamientos; ahora he aquí, nosotros hemos hecho lo que nos ordenaste, y dejamos nuestra tierra y nuestras familias, y fuimos a una tierra extraña y a un pueblo que no habíamos conocido antes.
18 Y nosotros vinimos a esta tierra para evitar el hambre, y me ha sobrevenido este mal; ahora pues, oh Señor Dios, líbranos y sálvanos de la mano de este opresor, y hazme bien por tu misericordia.
19 Y Jehová escuchó la voz de Sarai, y envió un ángel para librarla de la mano de Faraón.
20 Y el rey vino y se sentó delante de Sarai; y he aquí un ángel de Jehová estaba sobre ellos, y apareció a Sarai, y le dijo: No temas, porque Jehová ha oído tu oración.
21 Y el rey se acercó a Sarai, y le dijo: ¿Qué te importa ese hombre que te ha traído acá? Y ella respondió: Mi hermano es.
22 Y el rey dijo: Nos corresponde a nosotros engrandecerlo, ensalzarlo y hacerle todo el bien que nos mandares. Entonces el rey envió a Abram plata, oro y piedras preciosas en abundancia, y también ganado, siervos y siervas; y ordenó el rey que trajeran a Abram, y él se sentó en el atrio de la casa del rey; y el rey ensalzó mucho a Abram aquella noche.
23 Y el rey se acercó para hablar a Sarai, y extendió su mano para tocarla; pero el ángel lo hirió fuertemente; y él tuvo miedo, y se abstuvo de tocarla.
24 Y cuando el rey se acercó a Sarai, el ángel lo hirió en tierra, y así hizo con él toda la noche; y el rey tuvo miedo.
25 Y el ángel aquella noche hirió gravemente a todos los siervos del rey, y a toda su casa, a causa de Sarai; y hubo gran lamentación aquella noche entre el pueblo de la casa de Faraón.
26 Y viendo Faraón el mal que le había sobrevenido, dijo: Seguramente por causa de esta mujer me ha sucedido esto. Y se apartó de ella, y le habló palabras agradables.
27 Y el rey dijo a Sarai: Te ruego que me declares acerca del hombre con quien viniste aquí. Y Sarai respondió: Este hombre es mi marido, y yo te dije que era mi hermano, porque tuve miedo de que lo mataras por alguna maldad.
28 Y el rey se apartó de Sarai, y las plagas del ángel de Jehová cesaron de él y de su casa; y supo Faraón que había sido herido por causa de Sarai, y el rey se asombró en gran manera por esto.
29 Por la mañana el rey llamó a Abram y le dijo: ¿Qué es esto que me has hecho? ¿Por qué dices: “Es mi hermana, por eso la tomé para mí por mujer”? Por eso ha venido sobre mí y sobre mi casa esta terrible plaga.
30 Ahora pues, aquí está tu mujer; tómala y vete de nuestra tierra, no sea que todos muramos por causa de ella. Y Faraón tomó más ganado, siervos y siervas, y plata y oro, para dárselos a Abram, y le devolvió a Sarai su mujer.
31 Y el rey tomó una doncella que había engendrado de sus concubinas, y la dio a Sarai por sierva.
32 Y el rey dijo a su hija: Mejor te es, hija mía, ser sierva en casa de este hombre, que ser señora en mi casa, después que hemos visto el mal que nos ha sobrevenido por causa de esta mujer.
33 Y se levantó Abram, y salió de Egipto él y todo lo que tenía; y ordenó Faraón que le acompañasen a él y a todos los que iban con él.
34 Y volvió Abram a la tierra de Canaán, al lugar donde había hecho el altar, donde al principio había plantado su tienda.
35 Y Lot hijo de Harán, hermano de Abram, tenía mucho ganado, ovejas, vacas y tiendas; porque Jehová les había favorecido a causa de Abram.
36 Y cuando Abram moraba en la tierra, los pastores de Lot riñeron con los pastores de Abram, porque sus propiedades eran demasiado grandes para que pudieran permanecer juntos en la tierra, y la tierra no podía sostenerlos a causa de su ganado.
37 Y cuando los pastores de Abram iban a apacentar sus rebaños, no querían entrar en los campos del pueblo de la tierra, pero el ganado de los pastores de Lot hacía lo contrario, porque se les permitía pastar en los campos del pueblo de la tierra.
38 Y el pueblo de la tierra veía esto diariamente, y vinieron a Abram y riñeron con él a causa de los pastores de Lot.
39 Entonces Abram dijo a Lot: ¿Qué es esto que me haces, haciéndome despreciable a los moradores de esta tierra, mandando a tus pastores que apacienten tus ganados en campos ajenos? ¿No sabes que forastero soy yo en esta tierra entre los hijos de Canaán? ¿Por qué me haces esto?
40 Y Abram riñía cada día con Lot por esto; pero Lot no escuchaba a Abram, sino que continuaba haciendo lo

mismo. Y los habitantes de la tierra vinieron y se lo hicieron saber a Abram.
41 Entonces Abram dijo a Lot: ¿Hasta cuándo me serás tropiezo a los moradores de esta tierra? Te ruego, pues, que no haya más contiendas entre nosotros, porque somos hermanos.
42 Pero yo te ruego que te apartes de mí, y vayas y elijas un lugar donde puedas vivir con tu ganado y todo lo que te pertenece, pero mantente alejado de mí, tú y tu casa.
43 Y no temas en apartarte de mí; porque si alguno te hace mal, házmelo saber, y yo vengaré tu causa de él, solamente que apártate de mí.
44 Y cuando Abram hubo hablado todas estas palabras a Lot, Lot se levantó y alzó sus ojos hacia la llanura del Jordán.
45 Y vio que todo aquel lugar era bien regado y bueno para el hombre, y también proveía pasto para el ganado.
46 Y se fue Lot de Abram a aquel lugar, y plantó allí su tienda, y habitó en Sodoma; y estaban apartados el uno del otro.
47 Y habitó Abram en el encinar de Mamre, que está en Hebrón, y plantó allí su tienda; y permaneció Abram en aquel lugar muchos años.

CAPÍTULO 16

1 En aquel tiempo Quedorlaomer rey de Elam envió estos mensajes a todos los reyes vecinos, a Nimrod rey de Sinar, que entonces estaba bajo su dominio, a Tidal rey de Goyim y a Arioc rey de Elasar, con quienes había hecho pacto, diciendo: Subid a mí y ayudadme, para que ataquemos todas las ciudades de Sodoma y a sus moradores, porque se han rebelado contra mí estos trece años.
2 Y subieron estos cuatro reyes con todos sus campamentos, como ochocientos mil hombres, y fueron como estaban, y mataron a todo hombre que encontraron en su camino.
3 Y salieron a recibirlos cinco reyes de Sodoma y de Gomorra: Sinab rey de Adma, Semeber rey de Zeboim, Bera rey de Sodoma, Bersa rey de Gomorra y Bela rey de Zoar, y se juntaron todos en el valle de Sidim.
4 Y estos nueve reyes hicieron guerra en el valle de Sidim, y los reyes de Sodoma y de Gomorra fueron derrotados delante de los reyes de Elam.
5 Y el valle de Sidim estaba lleno de pozos de cal, y los reyes de Elam persiguieron a los reyes de Sodoma; y los reyes de Sodoma con sus campamentos huyeron y cayeron en los pozos de cal; y todos los que quedaron se refugiaron en el monte; y los cinco reyes de Elam vinieron tras ellos, y los persiguieron hasta las puertas de Sodoma, y tomaron todo lo que había en Sodoma.
6 Y saquearon todas las ciudades de Sodoma y de Gomorra, y tomaron también a Lot, hijo del hermano de Abram, y sus bienes, y se apoderaron de todos los bienes de las ciudades de Sodoma, y se fueron; y Unic, siervo de Abram, que estaba en la batalla, vio esto, y contó a Abram todo lo que los reyes habían hecho a las ciudades de Sodoma, y cómo Lot había sido llevado cautivo por ellos.
7 Y oyó Abram esto, y se levantó con unos trescientos dieciocho hombres que estaban con él, y aquella noche persiguió a estos reyes y los hirió, y todos ellos cayeron delante de Abram y de sus hombres, y no quedó ninguno excepto los cuatro reyes que huyeron, y cada uno siguió su propio camino.
8 Y recuperó Abram toda la propiedad de Sodoma, y recuperó también a Lot y su propiedad, sus mujeres y sus niños, y todo lo que le pertenecía; y a Lot no le faltó nada.
9 Y cuando regresó de derrotar a aquellos reyes, él y sus hombres pasaron por el valle de Sidim, donde los reyes habían hecho guerra entre sí.
10 Y Bera rey de Sodoma, y el resto de sus hombres que estaban con él, salieron de los pozos de cal en los cuales habían caído, para recibir a Abram y a sus hombres.
11 Y salió Adonisedec rey de Jerusalén, el cual era Sem, con sus hombres a recibir a Abram y a su pueblo, con pan y vino; y permanecieron juntos en el valle de Melec.
12 Y bendijo Adonisedec a Abram, y le dio Abram los diezmos de todo lo que había traído del botín de sus enemigos; porque Adonisedec era sacerdote delante de Dios.
13 Y todos los reyes de Sodoma y de Gomorra que estaban allí, con sus siervos, vinieron a Abram y le rogaron que les devolviese sus siervos que había hecho cautivos, y que tomase para sí toda la propiedad.
14 Y respondió Abram a los reyes de Sodoma, diciendo: Vive Jehová, que creó los cielos y la tierra, y que redimió mi alma de toda angustia, y me libró hoy de mis enemigos, y los entregó en mi mano, que nada tomaré de vosotros, para que mañana no os gloriéis, diciendo: "De nuestros bienes se enriqueció Abram, que salvó".
15 Porque Jehová mi Dios, en quien yo confío, me dijo: Nada te faltará, porque yo te bendeciré en todas las obras de tus manos.
16 Y ahora, he aquí, aquí está todo lo que es vuestro; tómalo, y vete; vive Jehová, que no tomaré de vosotros desde una alma viviente hasta una correa de calzado y un hilo, excepto el gasto de la comida de los que salieron conmigo a la batalla, y también las partes de los hombres que fueron conmigo, Anar, Ascol y Mamre, ellos y sus hombres, y también los que quedaron para custodiar el bagaje; ellos tomarán su parte del botín.
17 Y los reyes de Sodoma dieron a Abram conforme a todo lo que él había dicho, y le presionaron para que tomase de todo lo que quisiera; pero él no quiso.
18 Y despidió a los reyes de Sodoma y al resto de sus hombres, y les dio órdenes acerca de Lot, y ellos se fueron a sus respectivos lugares.
19 También envió a Lot, hijo de su hermano, con sus bienes, y se fue con ellos; y Lot volvió a su casa, a Sodoma, y Abram y su pueblo volvieron a su casa, a los encinares de Mamre, que están en Hebrón.
20 En aquel tiempo Jehová se apareció otra vez a Abram en Hebrón, y le dijo: No temas; tu recompensa es muy grande delante de mí; porque no te dejaré hasta que te haya multiplicado, y te haya bendecido, y tu descendencia sea como las estrellas del cielo, que no se pueden medir ni contar.
21 Y daré a tu descendencia todas estas tierras que ves con tus ojos; a ellos las daré por heredad para siempre; solamente que te esfuerces y no temáis; andad delante de mí, y sed perfectos.
22 Y en el año setenta y ocho de la vida de Abram, en aquel año murió Reu hijo de Peleg; y fueron todos los días de Reu doscientos treinta y nueve años, y murió.

23 Y Sarai, hija de Harán, mujer de Abram, era todavía estéril en aquellos días, y no le había dado a Abram hijo ni hija.
24 Y cuando vio que no podía tener hijos, tomó a Agar su sierva, la cual Faraón le había dado, y se la dio a Abram su marido por mujer.
25 Porque Agar aprendió todos los caminos de Sarai, y ella le enseñó, y no dejó de seguir sus buenos caminos.
26 Y Sarai dijo a Abram: He aquí mi sierva Agar; vé a ella, para que dé a luz sobre mis rodillas, y yo también tendré hijos por medio de ella.
27 Y al cabo de los diez años de haber habitado Abram en la tierra de Canaán, que fue el año ochenta y cinco de la vida de Abram, Sarai le dio a Agar.
28 Y oyó Abram la voz de Sarai su mujer, y tomó a Agar su sierva, y se unió Abram a ella, la cual concibió.
29 Y cuando Agar vio que había concebido, se alegró mucho, y miraba con desprecio a su señora; y dijo dentro de sí: Esto es, que yo soy mejor delante de Dios que Sarai mi señora, pues en todo el tiempo que mi señora ha estado con mi señor, ella no ha concebido; pero a mí en tan poco tiempo el Señor me ha hecho concebir por medio de él.
30 Y vio Sarai que Agar había concebido de Abram, y tuvo celos de su sierva, y dijo dentro de sí: Ciertamente esto no es otra cosa, sino que ella debe ser mejor que yo.
31 Entonces Sarai dijo a Abram: Mi afrenta sea sobre ti; pues cuando orabas delante de Jehová pidiendo hijos, ¿por qué no rogaste por mí, para que Jehová me diese descendencia de ti?
32 Y cuando yo hablo a Agar en tu presencia, ella desprecia mis palabras, porque ha concebido, y tú no le dices nada; juzgue el Señor entre mí y ti por lo que me has hecho.
33 Y dijo Abram a Sarai: He aquí tu sierva en tu mano; haz con ella como bien te pareciere. Y Sarai la afligió, y Agar huyó de ella al desierto.
34 Y un ángel de Jehová la halló en el lugar donde ella había huido, junto a un pozo, y le dijo: No temas, porque yo multiplicaré tu descendencia; pues darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Ismael. Ahora, pues, vuelve a Sarai tu señora, y ponte sumisa bajo su mano.
35 Y Agar llamó al lugar de aquel pozo Beer-lahai-roi; está entre Cades y el desierto de Bered.
36 Y Agar volvió entonces a casa de su amo, y al cabo de los días Agar le dio a luz a Abram un hijo, y llamó Abram su nombre Ismael; y era Abram de edad de ochenta y seis años cuando lo engendró.

CAPÍTULO 17

1 Y en aquellos días, en el año noventa y un de la vida de Abram, los hijos de Quitim hicieron guerra contra los hijos de Tubal, porque cuando el Señor hubo dispersado a los hijos de los hombres sobre la faz de la tierra, los hijos de Quitim fueron y se encarnaron en la llanura de Canopia, y se edificaron ciudades allí y habitaron junto al río Tibreu.
2 Y los hijos de Tubal habitaron en Tuscana, y sus límites llegaban hasta el río Tibreu; y los hijos de Tubal edificaron una ciudad en Tuscana, y la llamaron Sabina, conforme al nombre de Sabina hijo de Tubal su padre; y habitaron allí hasta hoy.
3 Y fue en aquel tiempo que los hijos de Quitim hicieron guerra contra los hijos de Tubal, y los hijos de Tubal fueron derrotados delante de los hijos de Quitim, y los hijos de Quitim causaron que cayeran trescientos setenta hombres de los hijos de Tubal.
4 En aquel tiempo los hijos de Tubal juraron a los hijos de Quitim, diciendo: No os casaréis con nosotros, ni ninguno dará su hija a ninguno de los hijos de Quitim.
5 Porque todas las hijas de Tubal eran en aquellos días hermosas, pues no se hallaba entonces en toda la tierra mujer tan hermosa como las hijas de Tubal.
6 Y todos los que se deleitaban en la belleza de las mujeres iban a las hijas de Tubal y tomaban mujeres de ellas; y los hijos de los hombres, reyes y príncipes, que se deleitaban mucho en la belleza de las mujeres, tomaban mujeres en aquellos días de las hijas de Tubal.
7 Y al cabo de tres años después que los hijos de Tubal habían jurado a los hijos de Quitim no darles sus hijas por mujeres, unos veinte hombres de los hijos de Quitim fueron a tomar algunas de las hijas de Tubal, pero no hallaron ninguna.
8 Porque los hijos de Tubal cumplieron su juramento de no casarse con ellas, y ellas no quisieron romper su juramento.
9 Y aconteció que en los días de la siega, los hijos de Tubal vinieron a sus campos para recoger su siega, y los jóvenes de Quitim se juntaron y fueron a la ciudad de Sabina; y cada uno tomó una doncella de las hijas de Tubal, y vinieron a sus ciudades.
10 Y los hijos de Tubal oyeron de ello, y fueron para hacer guerra contra ellos, pero no pudieron prevalecer sobre ellos, porque el monte era muy alto para ellos; y cuando vieron que no podían prevalecer sobre ellos, regresaron a su tierra.
11 Y a la vuelta del año los hijos de Tubal fueron y contrataron como diez mil hombres de aquellas ciudades que estaban cerca de ellos, y fueron a la guerra contra los hijos de Quitim.
12 Y los hijos de Tubal fueron a la guerra contra los hijos de Quitim, para destruir su tierra y angustiarlos, y en este combate los hijos de Tubal prevalecieron sobre los hijos de Quitim, y los hijos de Quitim, viendo que estaban muy angustiados, levantaron a los hijos que habían tenido de las hijas de Tubal, sobre el muro que se había edificado, para que estuvieran ante los ojos de los hijos de Tubal.
13 Y los hijos de Quitim les dijeron: ¿Habéis venido a hacer guerra contra vuestros hijos y contra vuestras hijas, y no hemos sido considerados como vuestra carne y vuestros huesos desde entonces hasta ahora?
14 Y cuando los hijos de Tubal oyeron esto, dejaron de hacer guerra contra los hijos de Quitim, y se fueron.
15 Y regresaron a sus ciudades, y los hijos de Quitim se reunieron en aquel tiempo y edificaron dos ciudades junto al mar, y llamaron a una Purtu y a la otra Ariza.
16 Y Abram hijo de Taré era entonces de edad de noventa y nueve años.
17 En aquel tiempo se le apareció el Señor, y le dijo: Yo haré mi pacto entre mí y ti, y multiplicaré en gran manera tu descendencia. Éste es el pacto que yo hago entre mí y ti: Será circuncidado todo varón, tú y tu descendencia después de ti.
18 A los ocho días será circuncidado, y este pacto estará en vuestra carne por pacto perpetuo.

19 Ahora pues, no se llamará más tu nombre Abram, sino Abraham, ni se llamará más tu mujer Sarai, sino Sara.
20 Porque yo os bendeciré a ambos, y multiplicaré tu descendencia después de ti, y llegarás a ser una nación grande, y reyes saldrán de ti.

CAPÍTULO 18

1 Y se levantó Abraham, e hizo todo lo que Dios le había ordenado; y tomó a los varones de su casa, y a los comprados por su dinero, y los circuncidó, como Jehová le había mandado.
2 Y no quedó ninguno a quien no circuncidase; así Abraham como su hijo Ismael fueron circuncidados en la carne de su prepucio; era Ismael de trece años cuando fue circuncidado en la carne de su prepucio.
3 Y al tercer día salió Abraham de su tienda, y se sentó a la puerta, para gozar del calor del sol, en el dolor de su carne.
4 Y el Señor se le apareció en el encinar de Mamre, y envió tres de sus ángeles ministradores para que lo visitaran. Y él estaba sentado a la puerta de la tienda, y alzó sus ojos y vio, y he aquí tres hombres que venían de lejos; y se levantó y corrió a recibirlos, y se inclinó ante ellos, y los introdujo en su casa.
5 Y les dijo: Si he hallado gracia en vuestros ojos, entrad y comed un bocado de pan. Y los estrujó, y ellos entraron, y les dio agua, y se lavaron los pies; y los puso debajo de un árbol a la puerta de la tienda.
6 Y corrió Abraham y tomó un becerro tierno y bueno, y se apresuró a matarlo, y lo dio a su siervo Eliezer para que lo acicalase.
7 Y vino Abraham a Sara a la tienda, y le dijo: Prepara pronto tres medidas de flor de harina, y amásala, y haz tortas para cubrir la olla con la carne. Y ella lo hizo así.
8 Entonces Abraham se apresuró a traerles mantequilla y leche, carne de vaca y de cordero, y se los puso a comer antes que la carne del becerro estuviese completamente cocida; y comieron.
9 Y cuando acabaron de comer, uno de ellos le dijo: Volveré a ti según el tiempo de la vida, y Sara tu mujer tendrá un hijo.
10 Después los hombres partieron y se fueron por sus caminos a los lugares a donde fueron enviados.
11 En aquellos días toda la gente de Sodoma y Gomorra, y de todas las cinco ciudades, eran sumamente impíos y pecadores contra el Señor, y provocaron al Señor con sus abominaciones, y se fortalecieron en la vejez abominable y despreciablemente delante del Señor, y su maldad y crímenes eran grandes en aquellos días delante del Señor.
12 Y tenían en su tierra un valle muy ancho, como de medio día de camino, y había en él fuentes de agua y mucha hierba alrededor del agua.
13 Y todos los habitantes de Sodoma y de Gomorra iban allí cuatro veces al año, con sus mujeres y sus hijos y todo lo que tenían, y se regocijaban allí con panderos y danzas.
14 Y en el tiempo de regocijo todos se levantaban y tomaban a las mujeres de sus vecinos, y algunos, a las hijas vírgenes de sus vecinos, y disfrutaban de ellas, y cada hombre veía a su mujer y a su hija en manos de su vecino y no decía una palabra.
15 Y así lo hacían desde la mañana hasta la noche, y después volvían a sus casas, cada hombre a su casa, y cada mujer a su tienda; así hacían siempre cuatro veces en el año.
16 También cuando un extranjero llegaba a sus ciudades y traía bienes que había comprado con el fin de disponer allí, la gente de esas ciudades se reunía, hombres, mujeres y niños, jóvenes y viejos, e iban a ese hombre y tomaban sus bienes por la fuerza, dando un poco a cada hombre hasta que se acababan todos los bienes del dueño que había traído a la tierra.
17 Y si el dueño de los bienes riñera con ellos, diciendo: ¿Qué obra es ésta que me habéis hecho?, entonces se acercaban a él uno por uno, y cada uno le mostraba lo poco que había tomado, y le injuriaban, diciendo: Sólo tomé lo poco que me diste. Y cuando oía esto de todos ellos, se levantaba y se iba de ellos con tristeza y amargura de alma, y todos ellos se levantaban y lo perseguían, y lo expulsaban de la ciudad con gran ruido y tumulto.
18 Y había allí un hombre de la tierra de Elam, que iba tranquilo por el camino, sentado sobre su asno, el cual llevaba un manto fino de diversos colores, y el manto estaba atado con una cuerda sobre el asno.
19 Y el hombre iba de camino, pasando por la calle de Sodoma, cuando el sol se puso al anochecer; y se detuvo allí para pasar la noche, pero nadie lo dejaba entrar en su casa. Y había en aquel tiempo en Sodoma un hombre malo y perverso, hábil para hacer el mal, y su nombre era Hedad.
20 Y alzó sus ojos, y vio al caminante en la calle de la ciudad; y acercándose a él, le dijo: ¿De dónde vienes, y a dónde vas?
21 Y el hombre le respondió: Yo estoy viajando de Hebrón a Elam, donde pertenezco, y cuando pasé el sol se puso y nadie me dejó entrar en su casa, aunque tenía pan y agua y también paja y forraje para mi asno, y no me falta nada.
22 Y Hedad respondió y le dijo: Todo lo que necesites lo supliré yo, pero no pasarás la noche en la calle.
23 Y Hedad lo trajo a su casa, y quitó el manto del asno con la cuerda, y los trajo a su casa, y dio al asno paja y forraje mientras el viajero comía y bebía en casa de Hedad, y se quedó allí aquella noche.
24 Y por la mañana el viajero se levantó temprano para continuar su viaje, cuando Hedad le dijo: Espera, conforta tu corazón con un bocado de pan, y luego vete. Y el hombre así lo hizo; y permaneció con él, y ambos comieron y bebieron juntos durante el día, hasta que el hombre se levantó para irse.
25 Y Hedad le dijo: He aquí, ahora el día está declinando; sería mejor que permanecieras allí toda la noche, para que tu corazón se conforte. Y él le presionó para que se quedara allí toda la noche; y al segundo día se levantó temprano para irse; pero Hedad le presionó, diciendo: Consuela tu corazón con un bocado de pan, y luego vete. Y él se quedó y comió con él también el segundo día; y luego el hombre se levantó para continuar su viaje.
26 Y Hedad le respondió: He aquí que el día declina; quédate conmigo para consolar tu corazón, y levántate temprano por la mañana y sigue tu camino.
27 Y el hombre no quiso quedarse, sino que se levantó y ensilló su asno; y mientras él ensilló su asno, la mujer de Hedad dijo a su marido: He aquí, este hombre ha permanecido con nosotros dos días comiendo y bebiendo, y

no nos ha dado nada; ¿y ahora se irá de nuestro lado sin darnos nada? Y Hedad le respondió: Calla.
28 Y el hombre enalbardó su asno para ir, y pidió a Hedad que le diera la cuerda y el manto para atarlo al asno.
29 Y Hedad le dijo: ¿Qué dices? Y él le respondió: Tú, mi señor, me darás el cordón y el manto de diversos colores que escondiste en tu casa para que lo guardase.
30 Y Hedad respondió al hombre, diciendo: Esta es la interpretación de tu sueño: la cuerda que viste, significa que tu vida se alargará como una cuerda, y haber visto el manto teñido de toda clase de colores, significa que tendrás una viña en la que plantarás árboles de todo fruto.
31 Y el viajero respondió, diciendo: No así mi señor, porque yo estaba despierto cuando te di el cordón y también un manto tejido de diferentes colores, el cual tú quitaste del asno para guardármelo. Y Hedad respondió y dijo: Ciertamente te he dicho la interpretación de tu sueño, y es un buen sueño, y ésta es su interpretación.
32 Ahora pues, los hijos de los hombres me den las cuatro piezas de plata, que son mi oficio por la interpretación de los sueños, y de ti solamente demandaré tres piezas de plata.
33 Y el hombre se enojó por las palabras de Hedad, y lloró amargamente, y llevó a Hedad ante Serac juez de Sodoma.
34 Y el hombre expuso su causa delante del juez Serac, y Hedad respondió, diciendo: No es así, sino que así está el asunto. Y el juez dijo al viajero: Este hombre Hedad te dice la verdad, porque es famoso en las ciudades por su precisa interpretación de los sueños.
35 Y el hombre clamó a la palabra del juez, y dijo: No así, mi señor; porque fue el día que le di la cuerda y el manto que estaba sobre el asno, para que los guardase en su casa. Y ambos disputaron delante del juez, diciendo el uno: Así fue el asunto, y el otro declarando otra cosa.
36 Y Hedad dijo a aquel hombre: Dame las cuatro piezas de plata, que yo cobro por mis interpretaciones de sueños; no te daré ninguna dispensa; y dame el gasto de las cuatro comidas que comiste en mi casa.
37 Y el hombre respondió a Hedad: En verdad te pagaré lo que comí en tu casa, solamente que me des el cordón y el manto que escondiste en tu casa.
38 Y Hedad respondió delante del juez, y dijo al hombre: ¿No te dije yo la interpretación de tu sueño? La cuerda significa que tus días serán prolongados como una cuerda, y el manto, que tendrás una viña en la que plantarás toda clase de árboles frutales.
39 Esta es la interpretación correcta de tu sueño: ahora dame las cuatro piezas de plata que te pido como compensación, porque no te haré ninguna retribución.
40 Y el hombre lloró ante las palabras de Hedad, y ambos riñeron delante del juez, y el juez dio órdenes a sus siervos, quienes los expulsaron precipitadamente de la casa.
41 Y ellos se fueron de delante del juez riñendo, y los de Sodoma los oyeron, y se juntaron alrededor de ellos, y clamaron contra el extranjero, y lo expulsaron precipitadamente de la ciudad.
42 Y el hombre continuó su viaje sobre su asno con amargura de alma, lamentándose y llorando.
43 Y mientras iba de camino, lloraba por lo que le había sucedido en la corrupta ciudad de Sodoma.

CAPÍTULO 19

1 Y las ciudades de Sodoma tenían cuatro jueces para cada una de las cuatro ciudades; y estos eran sus nombres: Serac en la ciudad de Sodoma, Tircad en Gomorra, Zabnac en Adma, y Menón en Zeboim.
2 Y Eliezer, siervo de Abraham, les puso diferentes nombres, y convirtió a Serak en Shakra, a Sharkad en Shakrura, a Zebnac en Kezobim y a Menon en Matzlodin.
3 Y por deseo de sus cuatro jueces, los habitantes de Sodoma y de Gomorra hicieron construir camas en las calles de las ciudades; y si alguno llegaba a esos lugares, le echaban mano, le llevaban a una de sus camas y le obligaban a acostarse en ellas.
4 Y mientras él se acostaba, tres hombres se paraban a su cabecera y tres a sus pies, y lo medían por la longitud de la cama, y si el hombre era más pequeño que la cama, estos seis hombres lo tendían por cada extremo, y cuando él gritaba, no le respondían.
5 Y si era más largo que la cama, juntaban los dos lados de la cama por cada extremo, hasta que el hombre llegaba a las puertas de la muerte.
6 Y si él continuaba gritando, ellos le respondían, diciendo: Así se hará al hombre que entra en nuestra tierra.
7 Y cuando los hombres oyeron todas estas cosas que hacían los habitantes de las ciudades de Sodoma, se abstuvieron de venir allá.
8 Y cuando un pobre llegaba a su tierra, le daban plata y oro, y hacían pregonar en toda la ciudad que no le dieran ni un bocado de pan para comer; y si el extranjero permanecía allí algunos días y moría de hambre por no haber podido obtener un bocado de pan, entonces a su muerte todo el pueblo de la ciudad venía y tomaba su plata y oro que le habían dado.
9 Y los que podían reconocer la plata o el oro que le habían dado, se lo devolvían; y a su muerte también le despojaban de sus vestiduras, y peleaban por ellas; y el que prevalecía sobre su prójimo las tomaba.
10 Después lo llevaban y lo enterraban bajo algún matorral en el desierto; así hacían siempre con cualquiera que venía a ellos y moría en su tierra.
11 Pasado un tiempo, Sara envió a Eliezer a Sodoma para que viera a Lot y preguntara cómo estaba.
12 Y fue Eliezer a Sodoma, y se encontró con un hombre de Sodoma que peleaba con un extraño; y el hombre de Sodoma despojó al pobre de todas sus ropas, y se fue.
13 Y este pobre clamó a Eliezer, y le suplicó su favor a causa de lo que el hombre de Sodoma le había hecho.
14 Y le dijo: ¿Por qué tratas así al pobre que vino a tu tierra?
15 Y el hombre de Sodoma respondió a Eliezer, diciendo: ¿Es éste tu hermano, o te han puesto hoy los hombres de Sodoma por juez, para que hables acerca de este hombre?
16 Y Eliezer riñó con el hombre de Sodoma a causa del pobre; y acercándose Eliezer para recobrar la ropa del pobre de manos del hombre de Sodoma, se apresuró y con una piedra hirió a Eliezer en la frente.
17 Y la sangre fluyó copiosamente de la frente de Eliezer, y cuando el hombre vio la sangre, agarró a Eliezer, diciendo: Dame mi salario por haberte limpiado de esta mala sangre que estaba en tu frente, porque así es la costumbre y la ley en nuestra tierra.

18 Y Eliezer le respondió: Me has herido, y ahora me pides que te pague tu salario; pero Eliezer no quiso escuchar las palabras del hombre de Sodoma.
19 Y el hombre agarró a Eliezer, y lo llevó ante Shakra, juez de Sodoma, para juicio.
20 Y el hombre habló al juez, diciendo: Te ruego mi señor que así ha hecho este hombre, pues lo herí con una piedra, y le brotó sangre de la frente; y él no quiere pagarme mi salario.
21 Y el juez dijo a Eliezer: Este hombre te dice la verdad; dale su salario, porque ésta es la costumbre en nuestra tierra. Y Eliezer oyó las palabras del juez, y levantó una piedra e hirió al juez; y la piedra le hirió en la frente, y la sangre fluyó copiosamente de la frente del juez. Y Eliezer dijo: Si ésta es la costumbre en vuestra tierra, dad a este hombre lo que yo debería darle, porque ésta ha sido vuestra decisión, tú lo decretaste.
22 Y Eliezer dejó al hombre de Sodoma con el juez, y él se fue.
23 Y cuando los reyes de Elam hicieron guerra contra los reyes de Sodoma, los reyes de Elam capturaron toda la propiedad de Sodoma, y tomaron cautivo a Lot con su propiedad, y cuando esto fue informado a Abraham, él fue e hizo guerra contra los reyes de Elam, y recuperó de sus manos toda la propiedad de Lot, así como la propiedad de Sodoma.
24 En aquel tiempo la mujer de Lot le dio a luz una hija, y él la llamó Paltit, diciendo: Porque Dios le había librado a él y a toda su casa de los reyes de Elam. Y creció Paltit hija de Lot, y uno de los hombres de Sodoma la tomó por mujer.
25 Y un hombre pobre vino a la ciudad para pedir sustento, y permaneció en la ciudad algunos días; y todo el pueblo de Sodoma hizo proclamar su costumbre de no dar a este hombre ni un bocado de pan para comer, hasta que cayera muerto en tierra; y así lo hicieron.
26 Y Paltith, hija de Lot, vio a este hombre tendido en las calles, muerto de hambre, y nadie le quería dar nada para mantenerlo con vida, y estaba al borde de la muerte.
27 Y su alma se llenó de compasión por aquel hombre, y le sustentó secretamente con pan por muchos días, y el alma de aquel hombre revivió.
28 Porque cuando ella salía a buscar agua, ponía el pan en el cántaro; y cuando llegaba a donde estaba el pobre, tomaba el pan del cántaro y se lo daba a comer; así hacía muchos días.
29 Y toda la gente de Sodoma y de Gomorra se maravillaba de cómo aquel hombre podía soportar el hambre durante tantos días.
30 Y se dijeron el uno al otro: Esto sólo puede ser que él come y bebe, pues ningún hombre puede soportar el hambre por tantos días ni vivir como este hombre, sin que ni siquiera su semblante cambie; y tres hombres se escondieron en un lugar donde estaba el pobre, para saber quién era el que le traía pan para comer.
31 Y Paltit hija de Lot salió aquel día a buscar agua, y puso pan en su cántaro de agua, y fue a sacar agua a la casa del pobre, y sacó el pan del cántaro, y se lo dio al pobre, y él lo comió.
32 Y los tres hombres vieron lo que Paltith le hizo al pobre, y le dijeron: Eres tú entonces quien lo ha sostenido, y por eso no ha pasado hambre, ni ha cambiado de apariencia, ni ha muerto como los demás.
33 Y los tres hombres salieron del lugar donde estaban escondidos, y tomaron a Paltit y el pan que estaba en la mano del pobre.
34 Y tomaron a Paltit y la trajeron ante sus jueces, y ellos les dijeron: Así hizo ella, y es ella quien proveyó de pan al pobre, por eso no murió él todo este tiempo; ahora, pues, declaradnos el castigo que le corresponde a esta mujer por haber transgredido nuestra ley.
35 Y los hombres de Sodoma y de Gomorra se juntaron, y encendieron un fuego en la plaza de la ciudad, y tomaron a la mujer, y la echaron al fuego, y fue quemada hasta las cenizas.
36 Y en la ciudad de Adma había una mujer a la cual le hicieron lo mismo.
37 Porque un viajero llegó a la ciudad de Adma para pasar allí la noche, con la intención de regresar a su casa por la mañana, y se sentó frente a la puerta de la casa del padre de la joven, para permanecer allí, porque el sol se había puesto cuando él llegó allí; y la joven lo vio sentado a la puerta de la casa.
38 Y él le pidió agua de beber, y ella le dijo: ¿Quién eres tú? Y él le respondió: Hoy iba de camino, y he llegado aquí cuando se ponía el sol; pasaré aquí la noche, y por la mañana me levantaré temprano y continuaré mi viaje.
39 Y la joven entró en casa y trajo al hombre pan y agua para comer y beber.
40 Y este asunto llegó a conocimiento del pueblo de Adma, y se reunieron y llevaron a la joven ante los jueces, para que la juzgaran por este hecho.
41 Y el juez dijo: El juicio de muerte debe recaer sobre esta mujer porque transgredió nuestra ley, y esta, por tanto, es la decisión concerniente a ella.
42 Y se reunió la gente de aquellas ciudades, y sacaron a la joven, y la ungieron con miel desde la cabeza hasta los pies, como el juez había decretado, y la pusieron delante de un enjambre de abejas que había entonces en sus colmenas, y las abejas volaron sobre ella y la picaron, de modo que todo su cuerpo se hinchó.
43 Y la joven gritó a causa de las abejas, pero nadie hizo caso ni tuvo compasión de ella; y sus gritos subieron al cielo.
44 Y el Señor se enojó por esto y por todas las obras de las ciudades de Sodoma, porque tenían abundancia de alimento y había tranquilidad entre ellas, y aun así no querían sustentar a los pobres y a los necesitados, y en aquellos días sus malas acciones y pecados llegaron a ser grandes delante del Señor.
45 Y el Señor envió a dos de los ángeles que habían venido a la casa de Abraham, para destruir a Sodoma y sus ciudades.
46 Y los ángeles se levantaron de la puerta de la tienda de Abraham, después que hubieron comido y bebido, y llegaron a Sodoma al anochecer; y Lot estaba entonces sentado a la puerta de Sodoma, y cuando los vio, se levantó a recibirlos, y se inclinó a tierra.
47 Y los presionó mucho, y los metió en su casa, y les dio de comer, y comieron; y durmieron en su casa.
48 Y los ángeles dijeron a Lot: Levántate y sal de este lugar, tú y todo lo que tienes, para que no perezcas por la maldad de esta ciudad; porque Jehová va a destruir este lugar.

49 Y los ángeles tomaron la mano de Lot, y la mano de su mujer, y las manos de sus hijos, y todo lo que le pertenecía; y lo sacaron, y lo pusieron fuera de las ciudades.
50 Y dijeron a Lot: Escapa por tu vida. Y él huyó con todo lo que tenía.
51 Entonces el Señor hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra y sobre todas estas ciudades, azufre y fuego de parte del Señor desde los cielos.
52 Y destruyó estas ciudades, toda aquella llanura, y todos los moradores de las ciudades, y todo lo que crecía en la tierra; y Ado mujer de Lot miró atrás para ver la destrucción de las ciudades, porque tuvo compasión de sus hijas que se habían quedado en Sodoma, pues no habían ido con ella.
53 Y cuando miró hacia atrás, se convirtió en una columna de sal; y permanece allí hasta el día de hoy.
54 Y los bueyes que estaban en aquel lugar lamían diariamente la sal hasta las extremidades de sus patas, y por la mañana volvía a brotar; y la volvían a lamer hasta hoy.
55 Y Lot y dos de sus hijas que habían quedado con él huyeron y se escaparon a la cueva de Adulam, y permanecieron allí por algún tiempo.
56 Y Abraham se levantó muy de mañana para ver lo que había sucedido en las ciudades de Sodoma; y miró, y vio que el humo subía de las ciudades como el humo de un horno.
57 Y Lot y sus dos hijas permanecieron en la cueva, e hicieron beber vino a su padre, y se acostaron con él, porque decían que no había hombre sobre la tierra que pudiera hacer surgir descendencia de ellas, pues pensaban que toda la tierra estaba destruida.
58 Y ambas durmieron con su padre, y concibieron y dieron a luz hijos; y la mayor llamó el nombre de su hijo Moab, diciendo: De mi padre lo concebí; y él es padre de los moabitas hasta hoy.
59 Y la menor también llamó a su hijo Benami, el cual es padre de los hijos de Amón hasta hoy.
60 Después de esto, Lot y sus dos hijas se fueron de allí, y él habitó al otro lado del Jordán con sus dos hijas y sus hijos; y los hijos de Lot crecieron, y fueron y tomaron mujeres de la tierra de Canaán, y engendraron hijos, y fueron fructíferos y se multiplicaron.

CAPÍTULO 20

1 En aquel tiempo partió Abraham del encinar de Mamre, y vino a la tierra de los filisteos, y habitó en Gerar. Era el año veinticinco de su estancia en la tierra de Canaán, y el año cien de su vida, cuando llegó a Gerar, en la tierra de los filisteos.
2 Y cuando llegaron a la tierra, él dijo a Sara su mujer: A cualquiera que te pregunte, di que eres mi hermana, para que podamos escapar del mal de los moradores de esta tierra.
3 Y morando Abraham en la tierra de los filisteos, los siervos de Abimelec rey de los filisteos vieron que Sara era muy hermosa, y preguntaron a Abraham acerca de ella, y él respondió: Es mi hermana.
4 Y los siervos de Abimelec fueron a Abimelec, diciendo: Un hombre de la tierra de Canaán ha venido para morar en la tierra, el cual tiene una hermana muy hermosa.
5 Y oyó Abimelec las palabras de sus siervos que alababan a Sara delante de él; y envió Abimelec a sus siervos, los cuales trajeron a Sara al rey.
6 Y llegó Sara a casa de Abimelec, y vio el rey que Sara era hermosa, y le agradó mucho.
7 Y él se acercó a ella y le dijo: ¿Qué es ese hombre con el cual entraste en nuestra tierra? Y Sara respondió y dijo: Es mi hermano, y vinimos de la tierra de Canaán para vivir donde pudiéramos hallar lugar.
8 Y Abimelec dijo a Sara: He aquí mi tierra está delante de ti; coloca a tu hermano en cualquier parte de esta tierra que bien te parezca, y será nuestro deber ensalzarlo y exaltarlo sobre todos los pueblos de la tierra, por cuanto es tu hermano.
9 Y Abimelec envió a llamar a Abraham, y Abraham vino a Abimelec.
10 Y dijo Abimelec a Abraham: He aquí, yo he ordenado que se te honre como deseas por amor a Sara tu hermana.
11 Y salió Abraham de delante del rey, y el presente del rey le siguió.
12 A la hora de la tarde, antes que los hombres se acuesten a descansar, el rey estaba sentado en su trono, y un sueño profundo cayó sobre él; y se quedó acostado en el trono, y durmió hasta la mañana.
13 Y soñó que un ángel de Jehová venía a él con una espada desenvainada en su mano; y el ángel se puso sobre Abimelec, y quiso matarlo a espada; y el rey tuvo miedo en sueños, y dijo al ángel: ¿En qué he pecado contra ti, para que vengas a matarme con tu espada?
14 Y el ángel respondió y dijo a Abimelec: He aquí, tú mueres a causa de la mujer que anoche trajiste a tu casa, porque ella es una mujer casada, la esposa de Abraham que vino a tu casa; ahora, pues, devuelve a ese hombre su mujer, porque ella es su mujer; y si no la devuelves, sabe que de cierto morirás, tú y todo lo que te pertenece.
15 Y aquella noche hubo un gran clamor en la tierra de los filisteos, y los habitantes de la tierra vieron la figura de un hombre que estaba de pie con una espada desenvainada en su mano, y él hirió a los habitantes de la tierra con la espada, sí, continuó hiriéndolos.
16 Y el ángel de Jehová hirió toda la tierra de los filisteos aquella noche, y hubo gran confusión aquella noche y la mañana siguiente.
17 Y toda matriz estaba cerrada, y todo su flujo; y la mano de Jehová estaba sobre ellos a causa de Sara, mujer de Abraham, la cual había tomado Abimelec.
18 Y por la mañana se levantó Abimelec con terror y confusión y con gran temor; y envió y llamó a sus siervos, y les contó su sueño; y el pueblo tuvo gran temor.
19 Y un hombre que estaba entre los siervos del rey respondió al rey, diciendo: Oh rey soberano, devuelve esta mujer a su marido, porque es su marido; pues así le aconteció al rey de Egipto cuando este hombre vino a Egipto.
20 Y dijo de su mujer: Es mi hermana; porque así suele hacer cuando viene a morar en la tierra donde es peregrino.
21 Y Faraón envió y tomó a esta mujer por mujer; y Jehová trajo sobre él graves plagas, hasta que devolvió la mujer a su marido.
22 Ahora pues, oh rey soberano, debes saber lo que sucedió anoche en toda la tierra, porque hubo una consternación

muy grande y un gran dolor y lamentación, y sabemos que fue a causa de la mujer que tomaste.
23 Ahora pues, devuelved esta mujer a su marido, para que no nos suceda como le sucedió a Faraón rey de Egipto y a sus siervos, y para que no muramos. Y Abimelec se apresuró a llamar, e hizo llamar a Sara, la cual vino delante de él; e hizo llamar a Abraham, el cual vino delante de él.
24 Y Abimelec les respondió: ¿Qué obra es ésta que hacéis, diciendo que sois hermano y hermana, y yo he tomado a esta mujer por mujer?
25 Y respondió Abraham: Porque pensé que había de morir por causa de mi mujer; y tomó Abimelec ovejas y vacas, siervos y siervas, y mil piezas de plata, y se las dio a Abraham, y le devolvió a Sara.
26 Y dijo Abimelec a Abraham: He aquí toda la tierra está delante de ti; habita en ella donde escojas.
27 Y Abraham y Sara su mujer salieron de la presencia del rey con honra y respeto, y habitaron en la tierra de Gerar.
28 Y todos los moradores de la tierra de los filisteos, y los siervos del rey, seguían sufriendo a causa de la plaga que el ángel les había infligido toda la noche a causa de Sara.
29 Y envió Abimelec a llamar a Abraham, diciendo: Ruega ahora por tus siervos a Jehová tu Dios, para que quite esta mortandad de entre nosotros.
30 Y oró Abraham por Abimelec y por sus siervos, y Jehová oyó la oración de Abraham, y sanó a Abimelec y a todos sus siervos.

CAPÍTULO 21

1 Aconteció que al cabo de un año y cuatro meses de haber habitado Abraham en la tierra de los filisteos en Gerar, visitó Dios a Sara, y el Señor se acordó de ella; y ella concibió y dio a luz un hijo a Abraham.
2 Y llamó Abraham el nombre del hijo que le nació, que le dio a luz Sara, Isaac.
3 Y circuncidó Abraham a su hijo Isaac a los ocho días, como Dios le había mandado que hiciese a su descendencia después de él; y tenía Abraham cien años, y Sara noventa, cuando les nació Isaac.
4 Y el niño creció, y fue destetado; e hizo Abraham un gran banquete el día que Isaac fue destetado.
5 Y vinieron Sem y Heber y todo el pueblo grande de la tierra, y Abimelec rey de los filisteos, y sus siervos, y Ficol general de su ejército, a comer y a beber y a alegrarse del banquete que hizo Abraham el día que fue destetado su hijo Isaac.
6 También vinieron de Harán Taré, padre de Abraham, y Nacor su hermano, ellos con todos sus parientes, porque se alegraron mucho al oír que a Sara le había nacido un hijo.
7 Y vinieron a Abraham, y comieron y bebieron en el banquete que Abraham hizo el día que fue destetado Isaac.
8 Y Taré y Nacor se alegraron con Abraham, y estuvieron con él muchos días en la tierra de los filisteos.
9 En aquel tiempo murió Serug hijo de Reu, en el primer año del nacimiento de Isaac hijo de Abraham.
10 Y fueron todos los días de Serug doscientos treinta y nueve años, y murió.
11 En aquellos días Ismael hijo de Abraham era ya mayor; tenía catorce años cuando Sara dio a luz a Isaac.
12 Y Dios estaba con Ismael hijo de Abraham, y éste creció, y aprendió a usar el arco, y llegó a ser arquero.
13 Y cuando Isaac tenía cinco años, estaba sentado con Ismael a la puerta de la tienda.
14 Y vino Ismael a Isaac, y se sentó frente a él; y tomó el arco, y lo tensó, y metió en él la flecha, y se dispuso a matar a Isaac.
15 Y vio Sara el acto que Ismael deseaba hacer con su hijo Isaac, y se entristeció mucho a causa de su hijo; y mandó llamar a Abraham, y le dijo: Echa fuera a esta sierva y a su hijo, porque su hijo no ha de heredar con mi hijo, pues así ha procurado hacerle hoy.
16 Y Abraham escuchó la voz de Sara, y se levantó muy de mañana, y tomó doce panes y un odre de agua, y dio a Agar, y la despidió con su hijo. Y Agar se fue con su hijo al desierto, y habitaron en el desierto de Parán con los moradores del desierto; e Ismael era arquero, y habitó en el desierto muchos días.
17 Después él y su madre vinieron a la tierra de Egipto, y se establecieron allí; y Agar tomó mujer egipcia para su hijo, cuyo nombre era Meriba.
18 Y la mujer de Ismael concibió, y dio a luz cuatro hijos y dos hijas; y después Ismael y su madre, su mujer y sus hijos partieron y regresaron al desierto.
19 Y se hicieron tiendas en el desierto, y habitaron allí, y continuaron viajando, y luego descansaron mensualmente y anualmente.
20 Y Dios dio a Ismael ovejas, vacas y tiendas, por amor a Abraham su padre; y el hombre aumentó su ganado.
21 Y habitó Ismael en desiertos y en tiendas, viajando y descansando por mucho tiempo, y no vio el rostro de su padre.
22 Después de algún tiempo, Abraham dijo a Sara su mujer: Iré a ver a mi hijo Ismael, porque tengo deseo de verlo, pues hace mucho tiempo que no lo veo.
23 Y Abraham montó en uno de sus camellos hacia el desierto para buscar a su hijo Ismael, porque oyó que éste habitaba en una tienda en el desierto con todas sus pertenencias.
24 Y Abraham fue al desierto, y llegó a la tienda de Ismael como al mediodía, y preguntó por Ismael, y halló a la mujer de Ismael sentada en la tienda con sus hijos; pero Ismael su marido y su madre no estaban con ellos.
25 Y preguntó Abraham a la mujer de Ismael, diciendo: ¿Adónde ha ido Ismael? Y ella respondió: Se ha ido al campo a cazar. Y Abraham estaba aún montado en el camello, porque no quería bajarse del suelo, como había jurado a su mujer Sara, que no se bajaría del camello.
26 Y dijo Abraham a la mujer de Ismael: Hija mía, dame un poco de agua para beber, porque estoy cansado del camino.
27 Y la mujer de Ismael respondió y dijo a Abraham: No tenemos ni agua ni pan. Y ella permaneció sentada en la tienda, y no reconoció a Abraham, ni le preguntó quién era.
28 Pero ella golpeaba a sus hijos en la tienda, y los maldecía, y también maldecía a su marido Ismael y lo reprochaba, y Abraham oyó las palabras de la mujer de Ismael a sus hijos, y se enojó mucho y se disgustó.
29 Y llamó Abraham a la mujer para que saliera a él de la tienda; y vino la mujer y se puso enfrente de Abraham, porque Abraham estaba todavía montado en el camello.
30 Y Abraham dijo a la mujer de Ismael: Cuando tu marido Ismael regrese a casa, dile estas palabras:

31 Un hombre muy anciano de la tierra de los filisteos vino a buscarte; y éste era su aspecto y su figura; y yo no le pregunté quién era, y viendo que tú no estabas aquí, me habló y dijo: Cuando Ismael tu marido regrese, dile que así te dijo este hombre: Cuando llegues a casa, quita esta estaca de la tienda que pusiste aquí, y pon otra estaca en su lugar.
32 Y terminó Abraham sus instrucciones a la mujer, y se dio la vuelta y se fue en el camello hacia su casa.
33 Después que Ismael volvió de la caza, él y su madre, volvieron a la tienda; y su mujer le habló estas palabras:
34 Un hombre muy anciano de la tierra de los filisteos vino a buscarte, y éste era su aspecto y su figura. Yo no le pregunté quién era, y viendo que tú no estabas en casa, me dijo: Cuando tu marido venga a casa, dile: Así dice el anciano: Quita la estaca de la tienda que pusiste aquí, y pon otra estaca en su lugar.
35 Y oyó Ismael las palabras de su mujer, y conoció que aquél era su padre, y que su mujer no le honraba.
36 Y entendió Ismael las palabras que su padre había hablado a su mujer, y escuchó Ismael la voz de su padre, y rechazó a aquella mujer, y ella se fue.
37 Después Ismael fue a la tierra de Canaán, y tomó otra mujer, y la trajo a su tienda, al lugar donde entonces habitaba.
38 Y al cabo de tres años dijo Abraham: Volveré a ver a Ismael mi hijo, porque hace mucho tiempo que no lo veo.
39 Y montó sobre su camello y fue al desierto, y llegó a la tienda de Ismael como al mediodía.
40 Y él preguntó por Ismael; y su mujer salió de la tienda, y dijo: No está aquí, mi señor, pues ha ido a cazar al campo, y a apacentar los camellos. Y la mujer dijo a Abraham: Entra, mi señor, en la tienda, y come un bocado de pan, pues tu alma está cansada del camino.
41 Y Abraham le respondió: No me detendré, porque tengo prisa por continuar mi viaje; pero dame un poco de agua para beber, porque tengo sed. Y la mujer se apresuró y corrió a la tienda, y sacó agua y pan para Abraham, y los puso delante de él, y le instó a comer; y él comió y bebió, y su corazón fue consolado, y bendijo a su hijo Ismael.
42 Y acabó de comer, y bendijo al Señor, y dijo a la mujer de Ismael: Cuando Ismael llegue a casa, dile estas palabras:
43 Un hombre muy anciano de la tierra de los filisteos vino aquí, y preguntó por ti, y tú no estabas aquí; y le saqué pan y agua, y comió y bebió, y se consoló su corazón.
44 Y me habló estas palabras: Cuando Ismael tu marido venga a casa, dile: La estaca de la tienda que tienes es muy buena; no la quites de la tienda.
45 Y acabó Abraham de dar órdenes a la mujer, y partió a su casa, a la tierra de los filisteos; y cuando Ismael llegó a su tienda, su mujer salió a recibirlo con gozo y con corazón alegre.
46 Y ella le respondió: Un hombre anciano vino aquí de la tierra de los filisteos, y así era su aspecto, y preguntó por ti, y no estabas aquí; entonces saqué pan y agua, y él comió y bebió, y se consoló su corazón.
47 Y me dijo estas palabras: Cuando Ismael tu marido venga a casa, dile: La estaca de la tienda que tienes es muy buena; no la quites de la tienda.
48 Y supo Ismael que era su padre, y que su mujer le había honrado; y Jehová bendijo a Ismael.

CAPÍTULO 22

1 Y se levantó entonces Ismael, y tomó su mujer, y sus hijos, y sus ganados, y todo lo que tenía, y partió de allí, y vino a su padre, a la tierra de los filisteos.
2 Y Abraham contó a Ismael su hijo lo que había sucedido con su primera mujer, según todo lo que ella había hecho.
3 Y habitó Ismael y sus hijos con Abraham muchos días en aquella tierra; y habitó Abraham en la tierra de los filisteos muchos días.
4 Y los días aumentaron y llegaron a veintiséis años, y después de eso Abraham con sus siervos y todo lo que le pertenecía salió de la tierra de los filisteos y se trasladó a una gran distancia, y llegaron cerca de Hebrón, y permanecieron allí, y los siervos de Abraham cavaron pozos de agua, y Abraham y todo lo que le pertenecía vivieron junto al agua, y los siervos de Abimelec rey de los filisteos oyeron el informe de que los siervos de Abraham habían cavado pozos de agua en los límites de la tierra.
5 Y vinieron y riñeron con los siervos de Abraham, y les robaron el gran pozo que habían cavado.
6 Y oyó Abimelec rey de los filisteos este asunto, y él, con Ficol general de su ejército, y veinte de sus hombres, vinieron a Abraham; y habló Abimelec a Abraham acerca de sus siervos, y Abraham reprendió a Abimelec a causa del pozo del cual sus siervos le habían robado.
7 Y dijo Abimelec a Abraham: Vive Jehová, que creó toda la tierra, que no he oído nada de la acción que mis siervos han hecho con los tuyos hasta hoy.
8 Y tomó Abraham siete corderas, y las dio a Abimelec, diciendo: Te ruego que las tomes de mis manos, para que me sirvan de testimonio de que yo cavé este pozo.
9 Y tomó Abimelec las siete corderas que Abraham le había dado, porque también le había dado ganado y vacas en abundancia; y juró Abimelec a Abraham acerca del pozo; por esto llamó aquel pozo Beerseba; porque allí habían jurado ambos sobre él.
10 E hicieron ambos pacto en Beerseba, y se levantó Abimelec, y Ficol general de su ejército, y todos sus hombres, y volvieron a la tierra de los filisteos; y Abraham y todo lo que le pertenecía habitó en Beerseba, y estuvo en aquella tierra muchos días.
11 Y plantó Abraham un gran bosque en Beerseba, y le hizo cuatro puertas que daban a los cuatro confines de la tierra, y plantó en ella una viña; de manera que si algún viajero venía a Abraham, entraba por cualquier puerta que hubiera en su camino, y se quedaba allí, y comía y bebía y se saciaba, y luego se iba.
12 Porque la casa de Abraham estaba siempre abierta a los hijos de los hombres que pasaban y volvían, y que venían diariamente a comer y a beber en la casa de Abraham.
13 Y a cualquiera que tenía hambre y venía a la casa de Abraham, Abraham le daba pan para que comiese y bebiese hasta saciarse; y a cualquiera que venía desnudo a su casa, lo vestía con ropas escogidas, y le daba plata y oro, y le hacía saber a Jehová que lo había creado en la tierra. Esto hizo Abraham todos sus días.
14 Y habitó Abraham con sus hijos y todo lo que le pertenecía en Beerseba, y plantó sus tiendas hasta Hebrón.
15 Y Nacor, hermano de Abraham, y su padre, y todo lo que les pertenecía, habitaron en Harán, porque no entraron con Abraham en la tierra de Canaán.

16 Y a Nacor le nacieron hijos, que le dio a luz Milca, hija de Harán, hermana de Sara, mujer de Abraham.
17 Y estos son los nombres de los que le nacieron: Uz, Buz, Kemuel, Kesed, Chazo, Pildash, Tidlaf y Betuel; ocho hijos. Estos son los hijos que Milca le dio a Nacor, hermano de Abraham.
18 Y Nacor tuvo una concubina que se llamaba Reúma, la cual también le dio a luz a Nacor a Zebac, Gacas, Tacas y Maaca, cuatro hijos.
19 Y los hijos que le nacieron a Nacor fueron doce hijos además de sus hijas, y también ellos tuvieron hijos en Harán.
20 Y los hijos de Uz, primogénito de Nacor, fueron Abi, Cheref, Gadín, Melus y Débora su hermana.
21 Los hijos de Buz fueron Berajel, Naamat, Seva y Madonú.
22 Y los hijos de Kemuel fueron Aram y Recab.
23 Los hijos de Kesed fueron Anamlec, Meshai, Benón e Yifi; y los hijos de Chazo fueron Pildash, Mechi y Ofer.
24 Los hijos de Pildash fueron Arud, Camum, Mered y Moloc.
25 Los hijos de Tidlaf fueron Musán, Cusán y Mutzi.
26 Y los hijos de Betuel fueron Secar, Labán y Rebeca su hermana.
27 Éstas son las familias de los hijos de Nacor, que les nacieron en Harán; y Aram hijo de Kemuel y Recab su hermano salieron de Harán, y hallaron un valle en la tierra junto al río Eufrates.
28 Y edificaron allí una ciudad, y llamaron el nombre de la ciudad del nombre de Petor hijo de Aram, la cual es Aram-na-heraim hasta hoy.
29 Y los hijos de Kesed también fueron a morar donde pudieron hallar lugar; y fueron y hallaron un valle frente a la tierra de Sinar, y moraron allí.
30 Y edificaron allí una ciudad, y llamaron a la ciudad Kesed, conforme al nombre de su padre; ésta es la tierra de Kasdim hasta hoy; y los Kasdim habitaron en aquella tierra, y fueron fructíferos y se multiplicaron en gran manera.
31 Y Taré, padre de Nacor y de Abraham, fue y tomó otra mujer en su vejez, el nombre de ella fue Pelila; la cual concibió y le dio a luz un hijo, y llamó su nombre Soba.
32 Y vivió Taré veinticinco años después que engendró a Soba.
33 Y murió Taré en aquel año, es decir, en el año treinta y cinco del nacimiento de Isaac hijo de Abraham.
34 Y fueron los días de Taré doscientos cinco años, y fue sepultado en Harán.
35 Y vivió Zoba hijo de Taré treinta años, y engendró a Aram, a Aclis y a Merik.
36 Y Aram hijo de Soba hijo de Taré tuvo tres mujeres, y engendró doce hijos y tres hijas; y Jehová dio a Aram hijo de Soba riquezas y posesiones, y abundancia de ganado, de ovejas y de vacas; y el hombre se multiplicó mucho.
37 Y Aram hijo de Zoba, y su hermano y toda su casa partieron de Harán, y fueron a morar donde pudiesen hallar lugar, porque sus posesiones eran demasiado grandes para permanecer en Harán; pues no podían quedarse en Harán junto con sus hermanos, los hijos de Nacor.
38 Y Aram hijo de Soba fue con sus hermanos, y hallaron un valle a lo lejos hacia la tierra del oriente, y habitaron allí.
39 Y edificaron allí una ciudad, y llamaron su nombre Aram, conforme al nombre de su hermano mayor; ésta es Aram Zoba hasta hoy.
40 Y crecía Isaac hijo de Abraham en aquellos días, y Abraham su padre le enseñaba el camino del Señor, para que conociera al Señor, y el Señor estaba con él.
41 Y cuando Isaac tenía treinta y siete años, Ismael su hermano andaba con él en la tienda.
42 Y se jactó Ismael delante de Isaac, diciendo: Yo tenía trece años cuando Jehová habló a mi padre que nos circuncidara, e hice conforme a la palabra que Jehová habló a mi padre, y entregué mi alma a Jehová, y no transgredí su palabra que él mandó a mi padre.
43 Y respondió Isaac a Ismael, diciendo: ¿Por qué te jactas conmigo de esto, de un poco de tu carne que tomaste de tu vientre, acerca del cual Jehová te mandó?
44 Vive Jehová, Dios de mi padre Abraham, que si Jehová dijese a mi padre: Toma ahora tu hijo Isaac, y tráelo como ofrenda delante de mí, yo no me abstendría, antes con gozo accedería a ello.
45 Y oyó Jehová la palabra que Isaac habló a Ismael, y pareció bien a los ojos de Jehová, y pensó probar a Abraham en esto.
46 Y llegó el día en que los hijos de Dios vinieron y se pusieron delante del Señor, y Satanás también vino con los hijos de Dios delante del Señor.
47 Y Jehová dijo a Satanás: ¿De dónde vienes? Y Satanás respondió a Jehová, y dijo: De rodear la tierra, y de andar por ella.
48 Y Jehová dijo a Satanás: ¿Qué es lo que me has dicho acerca de todos los hijos de la tierra? Y Satanás respondió a Jehová, y dijo: He visto a todos los hijos de la tierra que te sirven, y se acuerdan de ti cuando requieren algo de ti.
49 Y cuando les das lo que piden de ti, se quedan tranquilos, te abandonan y no se acuerdan más de ti.
50 ¿Has visto a Abraham hijo de Taré, quien al principio no tenía hijos, y te servía, y te erigía altares dondequiera que iba, y ofrecía ofrendas sobre ellos, y anunciaba continuamente tu nombre a todos los hijos de la tierra?
51 Y ahora que le ha nacido su hijo Isaac, él te ha abandonado, ha hecho gran banquete a todos los moradores de la tierra, y se ha olvidado de Jehová.
52 Porque de todo lo que hizo, no te trajo ofrenda; ni holocausto ni ofrenda de paz, ni buey, ni cordero, ni cabra, de todo lo que mató el día que su hijo fue destetado.
53 Desde el tiempo del nacimiento de su hijo hasta ahora, siendo treinta y siete años, él no edificó altar delante de ti, ni te trajo ofrenda alguna, porque vio que tú diste lo que él pidió delante de ti, y por eso te abandonó.
54 Y Jehová dijo a Satanás: ¿Has considerado así a mi siervo Abraham? Porque no hay otro como él sobre la tierra, varón perfecto y recto delante de mí, temeroso de Dios y apartado del mal. Vivo yo, que si yo le dijera: Trae a Isaac tu hijo delante de mí, no me lo negaría; mucho más si le dijera: Trae delante de mí un holocausto de sus ovejas o de sus vacas.
55 Y Satanás respondió al Señor, y dijo: Habla, pues, ahora a Abraham como has dicho, y verás si él no transgredirá hoy y desechará tus palabras.

CAPÍTULO 23

1 En aquel tiempo vino palabra de Jehová a Abraham, y le dijo: Abraham. Y él respondió: Heme aquí.
2 Y le dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, a quien amas, Isaac, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que te serán mostrados; porque allí verás la nube, y la gloria de Jehová.
3 Y dijo Abraham dentro de sí: ¿Cómo podré separar a mi hijo Isaac de Sara su madre, para ofrecerlo en holocausto delante de Jehová?
4 Y entró Abraham en la tienda, y se sentó delante de Sara su mujer, y le habló estas palabras:
5 Mi hijo Isaac ha crecido y desde hace tiempo no ha estudiado el servicio de su Dios; ahora, mañana iré y lo llevaré a Sem y a Heber su hijo, y allí aprenderá los caminos del Señor, porque ellos le enseñarán a conocer al Señor, así como a saber que cuando ora continuamente delante del Señor, Él le responderá; por lo tanto, allí conocerá la manera de servir al Señor su Dios.
6 Y Sara dijo: Bien has dicho; ve mi señor, y haz con él como has dicho; pero no lo alejes mucho de mí, ni lo dejes estar allí mucho tiempo, porque mi alma está ligada a su alma.
7 Y Abraham dijo a Sara: Hija mía, oremos a Jehová nuestro Dios para que nos haga bien.
8 Y tomó Sara a su hijo Isaac, y él se quedó con ella toda aquella noche; y lo besó y lo abrazó, y le dio instrucciones hasta la mañana.
9 Ella le respondió: «¡Hijo mío! ¿Cómo puede mi alma separarse de ti?». Y lo besó y lo abrazó, y dio instrucciones a Abraham acerca de él.
10 Y Sara dijo a Abraham: Ay señor mío, te ruego que tengas cuidado de tu hijo, y que pongas tus ojos sobre él, porque no tengo otro hijo ni otra hija fuera de él.
11 No lo desampares; si tiene hambre, dale pan; y si tiene sed, dale de beber agua; no lo dejes andar a pie, ni lo dejes sentarse al sol.
12 No le dejes ir solo por el camino, ni le fuerces en nada de lo que desee, sino haz con él según él te diga.
13 Y Sara lloró amargamente toda la noche a causa de Isaac, y le dio instrucciones hasta la mañana.
14 Y a la mañana siguiente escogió Sara un vestido muy fino y hermoso de entre los vestidos que tenía en casa, que Abimelec le había dado.
15 Y vistió con ello a Isaac su hijo, y puso una mitra sobre su cabeza, y puso una piedra preciosa en la punta de la mitra, y les dio provisiones para el camino; y ellos salieron; y fue Isaac con su padre Abraham, y algunos de sus siervos los acompañaron para despedirlos del camino.
16 Y salió Sara con ellos, y los acompañó por el camino para despedirlos; y ellos le dijeron: Vuelve a la tienda.
17 Y oyó Sara las palabras de su hijo Isaac, lloró amargamente; y Abraham su marido lloró con ella, y su hijo lloró con ellos gran llanto; también los que iban con ellos lloraron mucho.
18 Y tomó Sara a su hijo Isaac, y lo sostuvo en sus brazos, y lo abrazó, y lloró con él; y dijo Sara: ¿Quién sabe si después de este día te volveré a ver?
19 Y ellos todavía lloraban juntos, Abraham, Sara e Isaac, y todos los que los acompañaban en el camino lloraron con ellos, y Sara después se apartó de su hijo, llorando amargamente, y todos sus siervos y siervas regresaron con ella a la tienda.
20 Y fue Abraham con Isaac su hijo, para ofrecerlo como ofrenda delante de Jehová, como él le había mandado.
21 Y tomó Abraham consigo dos de sus jóvenes, Ismael hijo de Agar y Eliezer su siervo, y fueron juntos con ellos, y mientras iban por el camino los jóvenes se dijeron estas palabras:
22 Y dijo Ismael a Eliezer: He aquí mi padre Abraham va con Isaac, para ofrecerlo en holocausto a Jehová, como él le mandó.
23 Y cuando él regrese, me dará todo lo que posee, para que lo herede después de él, porque yo soy su primogénito.
24 Y Eliezer respondió a Ismael, y dijo: Ciertamente Abraham te abandonó con tu madre, y juró que no heredarías nada de todo lo que posee; ¿y a quién dará él todo lo que tiene, con todos sus tesoros, sino a mí su siervo, que he sido fiel en su casa, que le he servido noche y día, y he hecho todo lo que él me pidió? A mí me dejará en su muerte todo lo que posee.
25 Y mientras Abraham iba caminando con su hijo Isaac por el camino, vino Satanás y se le apareció a Abraham en la figura de un hombre muy anciano, humilde y de espíritu contrito, y se acercó a Abraham y le dijo: ¿Eres tonto o brutal, que vas a hacerle esto hoy a tu único hijo?
26 Porque Dios te dio un hijo en tus últimos días, en tu vejez, ¿y vas tú y lo matarás hoy porque ninguna violencia hizo? ¿Y harás perecer de la tierra el alma de tu único hijo?
27 ¿No sabes ni entiendes que esto no puede provenir del Señor? Porque el Señor no puede hacer al hombre tal mal en la tierra, como para decirle: Ve y mata a tu hijo.
28 Y Abraham oyó esto y supo que era la palabra de Satanás que trataba de apartarlo del camino del Señor, pero Abraham no escuchó la voz de Satanás, y Abraham lo reprendió de modo que se fue.
29 Y Satanás volvió y vino a Isaac, y se le apareció a Isaac en la figura de un joven apuesto y de hermoso aspecto.
30 Y se acercó a Isaac y le dijo: ¿No sabes que tu padre, el viejo y necio, te trae hoy al matadero por nada?
31 Ahora pues, hijo mío, no le escuches ni le prestes atención, pues es un viejo tonto, y no permitas que tu preciosa alma y tu hermosa figura se pierdan de la tierra.
32 Y oyó Isaac esto, y dijo a Abraham: ¿Has oído, padre mío, lo que éste ha dicho? Así ha hablado.
33 Y Abraham respondió a su hijo Isaac, y le dijo: Ten cuidado con él, y no escuches sus palabras, ni le prestes atención, porque él es Satanás, que procura desviarnos hoy de los mandamientos de Dios.
34 Y Abraham todavía reprendió a Satanás, y Satanás se alejó de ellos, y viendo que no podía prevalecer sobre ellos, se escondió de ellos, y fue y pasó delante de ellos en el camino; y se transformó en un gran arroyo de agua en el camino, y Abraham e Isaac y sus dos jóvenes llegaron a ese lugar, y vieron un arroyo grande y poderoso como las poderosas aguas.
35 Y entraron en el arroyo, y lo atravesaron, y las aguas al principio les llegaban hasta las piernas.
36 Y se adentraron más en el arroyo, y las aguas les llegaban hasta el cuello, y todos estaban aterrorizados a causa del agua; y mientras cruzaban el arroyo, Abraham reconoció aquel lugar, y supo que antes no había agua allí.

37 Y dijo Abraham a su hijo Isaac: Yo conozco este lugar donde no había arroyo ni agua; pero ahora es este Satanás quien nos hace todo esto, para apartarnos hoy de los mandamientos de Dios.
38 Y Abraham le reprendió, y le dijo: El Señor te reprenda, oh Satanás, apártate de nosotros, porque nos guiamos por los mandamientos de Dios.
39 Y Satanás se aterrorizó al oír la voz de Abraham, y se apartó de ellos; y el lugar volvió a ser tierra seca, como al principio.
40 Y fue Abraham con Isaac al lugar que Dios le dijo.
41 Y al tercer día alzó Abraham sus ojos, y vio de lejos el lugar que Dios le había dicho.
42 Y se le apareció una columna de fuego que se extendía desde la tierra hasta el cielo, y una nube de gloria sobre el monte; y la gloria de Jehová se veía en la nube.
43 Y dijo Abraham a Isaac: Hijo mío, ¿ves en el monte que vemos de lejos lo que yo veo sobre él?
44 Y respondió Isaac, y dijo a su padre: Veo, y he aquí una columna de fuego, y una nube; y la gloria de Jehová sobre la nube.
45 Y supo Abraham que su hijo Isaac era acepto delante de Jehová para el holocausto.
46 Y dijo Abraham a Eliezer y a Ismael su hijo: ¿Veis también lo que nosotros vemos sobre el monte que está a lo lejos?
47 Y ellos respondieron y dijeron: No vemos nada más que lo que son las otras montañas de la tierra. Y Abraham supo que no eran aceptados ante el Señor para ir con ellos, y Abraham les dijo: Quedaos aquí con el asno mientras yo y mi hijo Isaac iremos a aquel monte y adoraremos allí ante el Señor y luego regresaremos a vosotros.
48 Y Eliezer e Ismael se quedaron en aquel lugar, como Abraham había mandado.
49 Y tomó Abraham leña para el holocausto, y la puso sobre Isaac su hijo; y él tomó el fuego y el cuchillo, y fueron ambos a aquel lugar.
50 Y mientras iban de camino, Isaac dijo a su padre: He aquí, veo el fuego y la leña; ¿dónde está, pues, el cordero para el holocausto delante de Jehová?
51 Y Abraham respondió a su hijo Isaac, diciendo: Jehová te ha escogido a ti, hijo mío, para que seas el holocausto perfecto en lugar del cordero.
52 Y dijo Isaac a su padre: Haré todas las cosas que Jehová te ha dicho, con gozo y con alegría de corazón.
53 Y Abraham dijo otra vez a Isaac su hijo: ¿Hay en tu corazón algún pensamiento o consejo acerca de esto que no sea correcto? Te ruego que me lo digas, hijo mío; no me lo ocultes.
54 E Isaac respondió a su padre Abraham, y le dijo: Oh padre mío, vive Jehová y vive tu alma, que no hay nada en mi corazón que me haga desviarme ni a la derecha ni a la izquierda de la palabra que él te ha hablado.
55 Ni un miembro ni un músculo se ha movido ni se ha agitado ante esto, ni hay en mi corazón ningún pensamiento ni mal consejo acerca de esto.
56 Pero estoy gozoso y alegre de corazón en esto, y digo: Bendito el Señor que me ha escogido hoy para ser holocausto delante de él.
57 Y Abraham se regocijó mucho por las palabras de Isaac, y prosiguieron su camino y llegaron juntos al lugar que el Señor había dicho.
58 Y se acercó Abraham para edificar el altar en aquel lugar; y Abraham lloraba; e Isaac tomó piedras y mezcla hasta que acabaron de edificar el altar.
59 Y tomó Abraham la leña y la puso en orden sobre el altar que había edificado.
60 Y tomó a su hijo Isaac, y lo ató, y lo puso sobre la leña que estaba sobre el altar, para degollarlo en holocausto delante de Jehová.
61 Entonces Isaac dijo a su padre: Átame bien, y colócame sobre el altar, para que no me vuelva y me mueva, y me suelte por el impacto del cuchillo sobre mi carne, y profane así el holocausto. Y Abraham lo hizo así.
62 Y dijo Isaac a su padre: Padre mío, cuando me hayas matado y me hayas quemado en holocausto, toma contigo lo que quede de mis cenizas, para llevárselo a Sara mi madre, y dile: Este es el olor fragante de Isaac; pero no le digas esto si ella se sienta cerca de un pozo o sobre cualquier lugar alto, no sea que arroje su alma tras mí y muera.
63 Y oyó Abraham las palabras de Isaac, y alzó su voz y lloró cuando Isaac habló estas palabras; y las lágrimas de Abraham corrieron sobre Isaac su hijo, e Isaac lloró amargamente, y dijo a su padre: Apresúrate, oh padre mío, y haz conmigo la voluntad de Jehová nuestro Dios como Él te ha mandado.
64 Y el corazón de Abraham y de Isaac se alegró por esto que el Señor les había mandado; pero el ojo lloraba amargamente mientras el corazón se regocijaba.
65 Y ató Abraham a su hijo Isaac, y lo puso sobre el altar sobre la leña; e Isaac extendió su cuello sobre el altar delante de su padre, y Abraham extendió su mano para tomar el cuchillo para degollar a su hijo en holocausto delante de Jehová.
66 En aquel tiempo los ángeles de la misericordia vinieron delante del Señor y le hablaron acerca de Isaac, diciendo:
67 Oh Señor, tú eres un Rey misericordioso y compasivo sobre todo lo que has creado en el cielo y en la tierra, y tú los sustentas a todos; da, pues, rescate y redención en lugar de tu siervo Isaac, y ten piedad y compasión de Abraham y de Isaac su hijo, que hoy están cumpliendo tus mandatos.
68 ¿Has visto, oh Señor, cómo Isaac, hijo de Abraham, tu siervo, fue atado como una bestia al matadero? Ahora pues, oh Señor, ten compasión de ellos.
69 En aquel tiempo el Señor se apareció a Abraham, y lo llamó desde el cielo, y le dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ahora conozco que temes a Dios al realizar esta acción, y al no negarme tu hijo, tu único.
70 Y alzó Abraham sus ojos y miró, y he aquí un carnero trabado en un zarzal por sus cuernos; aquél era el carnero que Jehová Dios había creado en la tierra, el día que hizo la tierra y los cielos.
71 Porque Jehová había dispuesto este carnero desde aquel día para ser holocausto en lugar de Isaac.
72 Y este carnero venía hacia Abraham, pero Satanás lo agarró y enredó sus cuernos en un zarzal, para que no viniese hacia Abraham, a fin de que Abraham matase a su hijo.
73 Y Abraham, viendo que el carnero venía hacia él, y que Satanás lo detenía, lo tomó y lo trajo delante del altar, y desató a su hijo Isaac de sus ataduras, y puso el carnero en

su lugar; y Abraham degolló el carnero sobre el altar, y lo trajo como ofrenda en lugar de su hijo Isaac.
74 Y Abraham roció de la sangre del carnero sobre el altar, y exclamó y dijo: Esto está en lugar de mi hijo; y sea esto considerado hoy como la sangre de mi hijo delante de Jehová.
75 Y todo lo que Abraham hizo en esta ocasión junto al altar, él exclamaba y decía: Esto es en lugar de mi hijo, y que este día sea considerado delante del Señor en lugar de mi hijo; y Abraham terminó todo el servicio junto al altar, y el servicio fue aceptado delante del Señor, y fue considerado como si hubiera sido Isaac; y el Señor bendijo a Abraham y a su descendencia en ese día.
76 Y Satanás fue a Sara, y se le apareció en la figura de un hombre anciano muy humilde y manso, y Abraham estaba aún ocupado en el holocausto delante del Señor.
77 Y él le dijo: ¿No sabes toda la obra que ha hecho Abraham hoy con tu hijo único? Porque tomó a Isaac y edificó un altar, y lo mató, y lo ofreció en sacrificio sobre el altar; e Isaac lloró y lloró delante de su padre, pero él no lo miró, ni tuvo compasión de él.
78 Y Satanás repitió estas palabras, y se alejó de ella, y Sara oyó todas las palabras de Satanás, y se imaginó que él era un hombre anciano de entre los hijos de los hombres que había estado con su hijo, y había venido y le había dicho estas cosas.
79 Entonces Sara alzó su voz y lloró, y gritó amargamente por su hijo; y se postró en tierra, y echó polvo sobre su cabeza, y dijo: ¡Oh hijo mío, Isaac, hijo mío! ¡Ojalá yo muriera hoy en tu lugar! Y continuó llorando, y dijo: ¡Qué pena me da por ti, hijo mío, hijo mío Isaac! ¡Ojalá yo muriera hoy en tu lugar!
80 Y ella seguía llorando, y decía: Me duele por ti después que te he criado y te he engrandecido; ahora mi gozo se ha convertido en duelo por ti, después que te deseé, y clamé y oré a Dios hasta que te di a luz a los noventa años; y ahora has servido hoy al cuchillo y al fuego, para ser hecha ofrenda.
81 Pero yo me consuelo contigo, hijo mío, en que es palabra del Señor, pues cumpliste el mandato de tu Dios; porque ¿quién puede transgredir la palabra de nuestro Dios, en cuyas manos está el alma de toda criatura viviente?
82 Justo eres tú, oh Señor Dios nuestro, porque todas tus obras son buenas y justas; pues también yo me regocijo con tu palabra que me ordenaste, y mientras mis ojos lloran amargamente se alegra mi corazón.
83 Y Sara recostó su cabeza sobre el seno de una de sus siervas, y se quedó inmóvil como una piedra.
84 Ella después se levantó y anduvo haciendo averiguaciones hasta que llegó a Hebrón; y preguntó a todos los que encontraba andando por el camino, y nadie le pudo contar qué había sucedido con su hijo.
85 Y ella vino con sus siervas y sus siervos a Quiriat-arba, que es Hebrón, y preguntó por su hijo, y permaneció allí mientras enviaba a algunos de sus siervos a buscar dónde había ido Abraham con Isaac; ellos fueron a buscarlo a la casa de Sem y de Heber, y no lo pudieron hallar; y lo buscaron por toda la tierra, y no estaba allí.
86 Y he aquí, Satanás vino a Sara en la forma de un anciano, y vino y se paró delante de ella, y le dijo: Te hablé falsamente, porque Abraham no mató a su hijo y él no está muerto; y cuando ella oyó la palabra, su gozo fue tan sumamente violento a causa de su hijo, que su alma se llenó de gozo; ella murió y fue reunida con su pueblo.
87 Y cuando Abraham hubo acabado su servicio, volvió con su hijo Isaac a sus siervos, y se levantaron y fueron juntos a Beerseba, y regresaron a casa.
88 Y Abraham buscó a Sara, pero no la halló; y preguntó por ella, y le dijeron: Ella fue hasta Hebrón para buscaros a los dos adonde habíais ido; porque así le fue informada.
89 Y Abraham e Isaac fueron a verla a Hebrón, y cuando la vieron muerta, alzaron sus voces y lloraron amargamente por ella. Entonces Isaac se echó sobre el rostro de su madre y lloró sobre ella, y dijo: ¡Madre mía, madre mía! ¿Cómo me has dejado? ¿Adónde has ido? ¡Cómo, cómo me has dejado!
90 Y Abraham e Isaac lloraron mucho por Sara, y todos sus siervos lloraron con ellos; e hicieron duelo por ella con gran dolor.

CAPÍTULO 24

1 Y fue la vida de Sara ciento veintisiete años; y murió Sara; y se levantó Abraham de delante de su muerta, para buscar sepultura donde sepultar a Sara su mujer; y fue y habló a los hijos de Het, moradores de la tierra, diciendo:
2 Forastero y advenedizo soy entre vosotros en vuestra tierra; dadme posesión de sepultura en vuestra tierra, para que pueda sepultar mi muerta de delante de mí.
3 Y los hijos de Het dijeron a Abraham: He aquí la tierra está delante de ti; en lo mejor de nuestros sepulcros sepulta tu muerta, porque nadie te impedirá que sepultes a tu muerta.
4 Y Abraham les respondió: Si os parece bien, id y rogad por mí a Efrón hijo de Zocar, pidiéndole que me dé la cueva de Macpela, que está al extremo de su campo; y yo se la compraré por lo que él pidiere por ella.
5 Y habitó Efrón entre los hijos de Het, los cuales fueron y lo llamaron; y él se presentó delante de Abraham; y Efrón dijo a Abraham: He aquí, tu siervo hará todo lo que pidas. Y Abraham respondió: No, sino que compraré por precio la cueva y el campo que tienes, para que sean heredad de sepultura perpetua.
6 Y Efrón respondió y dijo: He aquí la heredad y la cueva delante de ti; da lo que pidas. Y Abraham respondió: Solamente por su justo precio la compraré de tu mano, y de mano de los que entran por la puerta de tu ciudad, y de mano de tu descendencia para siempre.
7 Y oyó esto Efrón y todos sus hermanos, y pesó Abraham a Efrón cuatrocientos siclos de plata en manos de Efrón y en manos de todos sus hermanos; y escribió Abraham este acuerdo, y lo testificó con cuatro testigos.
8 Y estos son los nombres de los testigos: Amigal hijo de Abisna hitita, Adichorom hijo de Asunac heveo, Abdón hijo de Aquiram gomerita, y Bacdil hijo de Abudis sidonita.
9 Y tomó Abraham el libro de la compra, y lo puso en sus tesoros; y estas son las palabras que Abraham escribió en el libro, es decir:
10 Que la cueva y el campo que compró Abraham a Efrón el hitita, y a su descendencia, y a los que salen de su ciudad, y a su descendencia para siempre, serían compra de Abraham, y de su descendencia, y de los que salen de sus lomos, como posesión de sepultura perpetua; y puso en ello un sello, y lo testificó con testigos.

11 Y la tierra, y la cueva que había en ella, y todo aquel lugar, quedaron en herencia de Abraham, y de su descendencia después de él, de los hijos de Het; he aquí está delante de Mamre en Hebrón, que está en la tierra de Canaán.
12 Después de esto sepultó allí Abraham a Sara su mujer, y aquel lugar con todos sus límites llegó a ser de Abraham y de su descendencia en posesión de sepultura.
13 Y Abraham sepultó a Sara con gran pompa, como se suele hacer con los entierros de los reyes; y fue sepultada con vestidos muy finos y hermosos.
14 Y junto a su féretro estaban Sem, sus hijos Heber y Abimelec, junto a su féretro Anar, Ascol y Mamre, y todos los grandes de la tierra.
15 Y fueron los días de Sara ciento veintisiete años, y murió; y Abraham hizo un gran y doloroso luto, e hizo luto por siete días.
16 Y todos los moradores de la tierra consolaron a Abraham y a Isaac su hijo, a causa de Sara.
17 Y cuando pasaron los días de su luto, Abraham envió a su hijo Isaac, el cual fue a casa de Sem y de Heber, para aprender los caminos de Jehová y sus leyes; y permaneció Abraham allí tres años.
18 En aquel tiempo se levantó Abraham con todos sus siervos, y partieron y regresaron a su casa en Beerseba; y Abraham y todos sus siervos se quedaron en Beerseba.
19 Y a la vuelta del año, murió Abimelec rey de los filisteos, de ciento noventa y tres años de edad, y Abraham fue con su pueblo a la tierra de los filisteos, y consolaron a toda su casa y a todos sus siervos; y él luego se volvió y se fue a su casa.
20 Después de la muerte de Abimelec, los habitantes de Gerar tomaron a Benmalic su hijo, que sólo tenía doce años, y lo pusieron en el lugar de su padre.
21 Y llamaron su nombre Abimelec, como el nombre de su padre, porque así se acostumbraba hacer en Gerar; y reinó Abimelec en lugar de Abimelec su padre, y se sentó en su trono.
22 Y murió también Lot hijo de Harán en aquellos días, en el año treinta y nueve de la vida de Isaac; y fueron todos los días que vivió Lot ciento cuarenta años, y murió.
23 Y estos son los hijos de Lot, que le nacieron de sus hijas: el nombre del primogénito fue Moab, y el nombre del segundo, Benami.
24 Y los dos hijos de Lot fueron y tomaron mujeres de la tierra de Canaán, las cuales les engendraron hijos; y los hijos de Moab fueron Ed, Mayón, Tarso y Kanvil, cuatro hijos, éstos son los padres de los hijos de Moab hasta hoy.
25 Y todas las familias de los hijos de Lot fueron a morar dondequiera que encontraron, porque fueron fructíferos y se multiplicaron abundantemente.
26 Y fueron y se edificaron ciudades en la tierra donde habitaban, y llamaron los nombres de las ciudades que edificaron con sus propios nombres.
27 Y murió Nacor hijo de Taré, hermano de Abraham, en aquellos días, en el año cuarenta de la vida de Isaac; y fueron todos los días de Nacor ciento setenta y dos años; y murió, y fue sepultado en Harán.
28 Y oyó Abraham que su hermano había muerto, se puso muy triste, y estuvo de duelo por su hermano muchos días.
29 Y llamó Abraham a Eliezer su siervo principal, para que le diera órdenes acerca de su casa; y él vino y se puso delante de él.
30 Y Abraham le respondió: He aquí yo soy viejo, no sé el día de mi muerte, porque soy avanzado en días; ahora, pues, levántate y ve, y no tomes mujer para mi hijo de este lugar y de esta tierra, de las hijas de los cananeos entre los cuales habitamos.
31 Pero vete a mi tierra y al lugar de mi nacimiento, y toma de allí mujer para mi hijo; y Jehová Dios de los cielos y de la tierra, que me tomó de la casa de mi padre, y me trajo a este lugar, y me dijo: A tu descendencia daré esta tierra por herencia para siempre, él enviará su ángel delante de ti, y prosperará tu camino, para que tomes mujer para mi hijo de mi linaje y de la casa de mi padre.
32 Y el siervo respondió a su señor Abraham, y dijo: He aquí, yo voy a tu lugar natal, y a la casa de tu padre, y tomaré de allá mujer para tu hijo; pero si la mujer no quiere venir en pos de mí a esta tierra, ¿haré volver a tu hijo a la tierra de tu nacimiento?
33 Y Abraham le respondió: Guardate que no vuelvas acá mi hijo; porque Jehová en cuya presencia he andado, él enviará su ángel delante de ti, y prosperará tu camino.
34 Y Eliezer hizo como Abraham le ordenó, y Eliezer juró a Abraham su señor sobre este asunto; y Eliezer se levantó y tomó diez camellos de los camellos de su señor, y diez hombres de los siervos de su señor con él, y se levantaron y fueron a Harán, la ciudad de Abraham y de Nacor, para traer una esposa para Isaac el hijo de Abraham; y mientras ellos estaban fuera, Abraham envió a la casa de Sem y de Heber, y trajeron de allí a su hijo Isaac.
35 E Isaac volvió a la casa de su padre en Beerseba, mientras que Eliezer y sus hombres llegaron a Harán; y se detuvieron en la ciudad junto al abrevadero, e hizo arrodillar sus camellos junto al agua, y se quedaron allí.
36 Entonces Eliezer, siervo de Abraham, oró y dijo: Dios de Abraham mi señor, te ruego que me des hoy buen día, y que hagas misericordia con mi señor, y designes hoy mujer para el hijo de mi señor de su familia.
37 Y Jehová escuchó la voz de Eliezer, por amor a Abraham su siervo; y aconteció que él se encontró con la hija de Betuel, hijo de Milca, mujer de Nacor, hermano de Abraham; y Eliezer vino a casa de ella.
38 Y Eliezer les contó todas sus cosas, y que era siervo de Abraham; y se alegraron mucho por él.
39 Y todos bendijeron al Señor que hacía esto, y le dieron a Rebeca, hija de Betuel, por mujer para Isaac.
40 Y la joven era de aspecto muy hermoso; era virgen; y Rebeca tenía en aquellos días diez años.
41 Y Betuel y Labán y sus hijos hicieron banquete aquella noche; y Eliezer y sus hombres vinieron y comieron y bebieron y se regocijaron allí aquella noche.
42 Y se levantó por la mañana Eliezer, él y los hombres que con él estaban, y llamó a toda la casa de Betuel, diciendo: Enviadme, para que vaya a mi señor. Y ellos se levantaron y enviaron a Rebeca, y a su nodriza Débora, hija de Uz, y le dieron plata y oro, siervos y siervas, y la bendijeron.
43 Y enviaron a Eliezer con sus hombres, y los siervos tomaron a Rebeca, y él se fue y regresó a su señor, a la tierra de Canaán.

44 E Isaac tomó a Rebeca y ella fue su mujer, y la trajo a la tienda.
45 Y tenía Isaac cuarenta años cuando tomó por mujer a Rebeca, hija de Betuel su tío.

CAPÍTULO 25

1 Aconteció en aquel tiempo que Abraham, en su vejez, tomó otra mujer; el nombre de ella era Cetura, de la tierra de Canaán.
2 Y ella le dio a luz a Zimram, Jocsán, Medán, Madián, Isbac y Súaj, seis hijos. Los hijos de Zimram fueron Abihén, Molich y Narim.
3 Los hijos de Jocsán fueron Seba y Dedán; los hijos de Medán fueron Amida, Joab, Goqui, Eliseo y Notac; y los hijos de Madián fueron Efa, Efer, Enoc, Abida y Eldaa.
4 Los hijos de Isbac fueron Makiro, Beyodua y Tator.
5 Y los hijos de Súa fueron Bildad, Mamdad, Munán y Mebán; todos éstos fueron las familias de los hijos de Cetura la cananea, la cual ella dio a luz a Abraham el hebreo.
6 Y despidió Abraham a todos éstos, y les dio dones, y ellos se fueron de su hijo Isaac, para vivir dondequiera que hallasen lugar.
7 Y todos éstos se fueron al monte del oriente, y se edificaron seis ciudades, en las cuales habitaron hasta hoy.
8 Pero los hijos de Sabá y de Dedán, hijos de Jocsán, con sus hijos, no habitaron con sus hermanos en sus ciudades, sino que partieron y acamparon en los campos y en los desiertos hasta hoy.
9 Y los hijos de Madián, hijo de Abraham, fueron al oriente de la tierra de Cus, y hallaron allí un gran valle en la tierra oriental; y permanecieron allí, y edificaron una ciudad, y habitaron en ella; ésta es la tierra de Madián hasta hoy.
10 Y habitó Madián en la ciudad que él había edificado, él y sus cinco hijos, y todo lo que le pertenecía.
11 Y estos son los nombres de los hijos de Madián según sus nombres en sus ciudades: Efa, Efer, Enoc, Abida y Eldaa.
12 Los hijos de Efa fueron Metac, Mesar, Avi y Tzanúa; los hijos de Efer fueron Efrón, Zur, Alirun y Medin; y los hijos de Enoc fueron Reuel, Requem, Azí, Aliosub y Alad.
13 Los hijos de Abida fueron Chur, Melud, Kerury y Molchi; y los hijos de Eldaa fueron Miker, Reba, Malchiyah y Gabol. Estos son los nombres de los madianitas según sus familias; y después las familias de Madián se extendieron por la tierra de Madián.
14 Estas son las generaciones de Ismael hijo de Abraham, el que Agar, sierva de Sara, le dio a luz a Abraham.
15 E Ismael tomó mujer de la tierra de Egipto, y su nombre era Riba, que es Meriba.
16 Y Riba dio a luz a Ismael a Nebayot, a Cedar, a Adbeel, a Mibsam y a su hermana Bosmat.
17 E Ismael rechazó a su mujer Ribah, y ella se fue de él y volvió a Egipto, a la casa de su padre, y habitó allí; porque había sido muy mala ante los ojos de Ismael y de Abraham su padre.
18 Después Ismael tomó mujer de la tierra de Canaán, cuyo nombre era Malchut, la cual le dio a luz a Nisma, Duma, Masa, Hadad, Tema, Yetur, Nafis y Cedma.
19 Estos son los hijos de Ismael, y estos son sus nombres, siendo doce príncipes según sus naciones; y las familias de Ismael después se extendieron, e Ismael tomó a sus hijos y toda la propiedad que había ganado, junto con las almas de su casa y todo lo que le pertenecía, y fueron a morar donde pudieran encontrar un lugar.
20 Y fueron y habitaron cerca del desierto de Parán, y fueron sus moradas desde Havila hasta Shur, que está delante de Egipto viniendo a Asiria.
21 Y habitó Ismael y sus hijos en la tierra, y les nacieron hijos, y fructificaron y se multiplicaron abundantemente.
22 Y estos son los nombres de los hijos de Nebayoth, primogénito de Ismael: Mend, Send y Mayón. Y los hijos de Cedar fueron Alyón, Kezem, Chamad y Elí.
23 Los hijos de Adbeel fueron Camed y Jabín; y los hijos de Mibsam fueron Obadías, Ebed-melec y Yeús. Éstas son las familias de los hijos de Riba, mujer de Ismael.
24 Los hijos de Misma hijo de Ismael fueron Samúa, Zecarión y Obed; y los hijos de Duma fueron Cezed, Elí, Macmad y Amed.
25 Los hijos de Masa fueron Melón, Mula y Ebidadón; los hijos de Hadad fueron Azur, Minzar y Ebed-melec; y los hijos de Tema fueron Seir, Sadón y Jacob.
26 Los hijos de Yetur fueron Merit, Yais, Alio y Pachot; los hijos de Nafis fueron Ebed-tamed, Abiyasaf y Mir; y los hijos de Cedma fueron Calip, Tajti y Omir. Éstos fueron los hijos de Malchut mujer de Ismael, según sus familias.
27 Todos éstos fueron las familias de Ismael según sus linajes, y habitaron en aquellas tierras donde edificaron ciudades para sí hasta hoy.
28 Y Rebeca hija de Betuel, mujer de Isaac hijo de Abraham, era estéril en aquellos días, y no tenía descendencia; y habitó Isaac con su padre en la tierra de Canaán; y Jehová estaba con Isaac. Y murió en aquellos días Arpaxad hijo de Sem, hijo de Noé, en el año cuarenta y ocho de la vida de Isaac; y fueron todos los días que vivió Arpaxad cuatrocientos treinta y ocho años, y murió.

CAPÍTULO 26

1 Y en el año cincuenta y nueve de la vida de Isaac hijo de Abraham, Rebeca su mujer era aún estéril en aquellos días.
2 Y dijo Rebeca a Isaac: De cierto he oído, señor mío, que Sara tu madre fue estéril en sus días, hasta que mi señor Abraham tu padre oró por ella, y ella concibió de él.
3 Ahora pues, levántate y ora también tú a Dios, y él oirá tu oración, y se acordará de nosotros por su misericordia.
4 Y respondió Isaac a Rebeca su mujer, diciendo: Ya Abraham ha rogado a Dios por mí, para que multiplique su descendencia; por tanto, ahora nos es necesario que nos proceda esta esterilidad de parte tuya.
5 Y Rebeca le dijo: Levántate ahora también tú y ora, para que Jehová oiga tu oración, y me conceda tener hijos. E Isaac escuchó las palabras de su mujer, y se levantaron Isaac y su mujer y fueron a la tierra de Moriah para orar allí y para buscar a Jehová; y cuando llegaron a aquel lugar se levantó Isaac y oró a Jehová por su mujer, que era estéril.
6 Y dijo Isaac: Oh Jehová Dios de los cielos y de la tierra, cuya bondad y misericordias llenan la tierra, tú que tomaste a mi padre de la casa de su padre y de su lugar de nacimiento, y lo trajiste a esta tierra, y le dijiste: A tu

descendencia daré la tierra, y le prometiste y le declaraste: Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena del mar; ahora se verifiquen tus palabras que dijiste a mi padre.
7 Porque tú eres el Señor nuestro Dios, nuestros ojos están puestos en ti, para que nos des descendencia de hombres, como nos prometiste, porque tú eres el Señor nuestro Dios, y nuestros ojos están dirigidos hacia ti solamente.
8 Y oyó Jehová la oración de Isaac hijo de Abraham, y le fue concedido, y concibió Rebeca su mujer.
9 Y aconteció como siete meses después que los hijos luchaban dentro de ella, y le dolía mucho que estuviera cansada a causa de ellos, y dijo a todas las mujeres que estaban entonces en la tierra: ¿Os ha sucedido a vosotras tal cosa como me ha sucedido a mí? Y ellas le respondieron: No.
10 Y ella les dijo: ¿Por qué estoy sola en esto entre todas las mujeres que había sobre la tierra? Y fue a la tierra de Moriah para consultar al Señor a causa de esto; y fue a Sem y a Heber su hijo para preguntarles sobre este asunto, y para que consultaran al Señor en esta cosa respecto a ella.
11 Y también pidió a Abraham que buscase y preguntase al Señor acerca de todo lo que le había sucedido.
12 Y todos ellos consultaron a Jehová acerca de este asunto, y le trajeron palabra de Jehová, y le dijeron: Dos hijos hay en tu vientre, y dos naciones se levantarán de ellos; y una nación será más fuerte que la otra, y la mayor servirá a la menor.
13 Y cuando se cumplieron sus días para dar a luz, se arrodilló, y he aquí que había gemelos en su vientre, como el Señor le había dicho.
14 Y salió el primero, todo rubio, como una pelliza; y todo el pueblo de la tierra le puso por nombre Esaú, diciendo: Éste fue perfecto desde la matriz.
15 Después vino su hermano, y su mano trabó el calcañar de Esaú; por lo cual llamaron su nombre Jacob.
16 Y era Isaac, hijo de Abraham, de sesenta años cuando los engendró.
17 Los muchachos crecieron hasta los quince años y se mezclaron con la sociedad de los hombres. Esaú era un hombre astuto y engañoso, y un cazador experto en el campo, y Jacob era un hombre perfecto y sabio, que vivía en tiendas, apacentaba rebaños y aprendía las instrucciones del Señor y los mandamientos de su padre y su madre.
18 Y habitó Isaac y los hijos de su casa con su padre Abraham en la tierra de Canaán, como Dios les había mandado.
19 Y fue Ismael hijo de Abraham con sus hijos y todo lo que les pertenecía, y regresaron allá a la tierra de Havila, y habitaron allí.
20 Y todos los hijos de las concubinas de Abraham fueron a vivir a la tierra del oriente, porque Abraham los había despedido de su hijo, y les había dado presentes, y ellos se fueron.
21 Y dio Abraham todo lo que tenía a su hijo Isaac, y también le dio todos sus tesoros.
22 Y le mandó, diciendo: ¿No sabes que el Señor es Dios en el cielo y en la tierra, y no hay otro fuera de él?
23 Y él me sacó de la casa de mi padre y del lugar de mi nacimiento, y me dio todos los deleites de la tierra, y me libró del consejo de los malvados, porque en él confié.
24 Y me trajo a este lugar, y me libró de Ur Kasdim, y me dijo: A tu descendencia daré todas estas tierras, y las heredarán, cuando guarden mis mandamientos, mis estatutos y mis decretos que te he mandado a ti y que les mandaré a ellos.
25 Ahora pues, hijo mío, escucha mi voz, y guarda los mandamientos de Jehová tu Dios que yo te mandé; no te apartes del camino recto, ni a la derecha ni a la izquierda, para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti para siempre.
26 Y recuerda las maravillosas obras de Jehová, y su bondad que ha mostrado hacia nosotros, habiéndonos librado de las manos de nuestros enemigos, y de los cuales Jehová nuestro Dios hizo caer en nuestras manos; y ahora, pues, guarda todo lo que yo te he mandado, y no te apartes de los mandamientos de tu Dios, ni sirvas a nadie fuera de él, para que te vaya bien a ti y a tu descendencia después de ti.
27 Y enseña a tus hijos y a tu descendencia las enseñanzas del Señor y sus mandamientos, y enséñales el camino recto en que deben andar, para que les vaya bien eternamente.
28 E Isaac respondió a su padre, y le dijo: Lo que mi señor ha mandado, eso haré; y no me apartaré de los mandamientos de Jehová mi Dios; guardaré todo lo que él me ha mandado. Y bendijo Abraham a su hijo Isaac, y también a sus hijos; y enseñó Abraham a Jacob la ley de Jehová y sus caminos.
29 Y fue en ese tiempo que murió Abraham, en el año quince de la vida de Jacob y de Esaú, los hijos de Isaac, y fueron todos los días de Abraham ciento setenta y cinco años, y murió y fue reunido a su pueblo en buena vejez, anciano y satisfecho de días, y lo sepultaron Isaac e Ismael sus hijos.
30 Y cuando los habitantes de Canaán oyeron que Abraham había muerto, vinieron todos sus reyes y sus príncipes y todos sus hombres para sepultar a Abraham.
31 Y todos los habitantes de la tierra de Harán, y todas las familias de la casa de Abraham, y todos los príncipes y grandes, y los hijos de Abraham con las concubinas, todos vinieron cuando oyeron de la muerte de Abraham, y correspondieron a la bondad de Abraham, y consolaron a Isaac su hijo, y sepultaron a Abraham en la cueva que él compró a Efrón el hitita y a sus hijos, para posesión de una sepultura.
32 Y todos los moradores de Canaán, y todos los que habían conocido a Abraham, lloraron a Abraham todo un año; y lo lamentaron hombres y mujeres.
33 Y todos los niños pequeños y todos los habitantes de la tierra lloraron a causa de Abraham, porque Abraham había sido bueno con todos ellos, y porque había sido recto con Dios y con los hombres.
34 Y no se levantó hombre que temiera a Dios como Abraham, porque él había temido a su Dios desde su juventud, y había servido al Señor, y había andado en todos sus caminos durante su vida, desde su niñez hasta el día de su muerte.
35 Y el Señor estaba con él y lo libró del consejo de Nimrod y de su pueblo, y cuando hizo guerra contra los cuatro reyes de Elam, los venció.
36 Y trajo a todos los hijos de la tierra al servicio de Dios, y les enseñó los caminos del Señor, y les hizo conocer al Señor.

37 E hizo un bosque, y plantó allí una viña, y preparó siempre en su tienda comida y bebida para los que pasaban por aquella tierra, para que se saciasen en su casa.
38 Y el Señor Dios liberó toda la tierra por causa de Abraham.
39 Y fue después de la muerte de Abraham que Dios bendijo a su hijo Isaac y a sus hijos, y el Señor estaba con Isaac como había estado con su padre Abraham, porque Isaac guardó todos los mandamientos del Señor como Abraham su padre le había ordenado; no se desvió ni a la derecha ni a la izquierda del camino recto que su padre le había ordenado.

CAPÍTULO 27

1 Y Esaú en aquel tiempo, después de la muerte de Abraham, salía con frecuencia al campo a cazar.
2 También Nimrod rey de Babel, llamado Amrafel, salía frecuentemente con sus hombres valientes a cazar en el campo, y a pasearse con sus hombres al aire del día.
3 Y Nimrod observaba a Esaú todos los días, porque en el corazón de Nimrod se habían formado celos contra Esaú todos los días.
4 Un día, Esaú salió al campo a cazar, y halló a Nimrod caminando por el desierto con sus dos hombres.
5 Y todos sus valientes y su pueblo estaban con él en el desierto, pero se alejaron de él, y se alejaron de él en diferentes direcciones para cazar, y Esaú se ocultó detrás de Nimrod, y lo acechó en el desierto.
6 Y Nimrod y sus hombres que estaban con él no lo conocían, y Nimrod y sus hombres frecuentemente caminaban por el campo al fresco del día, para saber dónde estaban sus hombres cazando en el campo.
7 Y Nimrod y dos de sus hombres que estaban con él llegaron al lugar donde estaban, cuando Esaú se levantó de repente de su escondite, sacó su espada y se apresuró a correr hacia Nimrod y le cortó la cabeza.
8 Y Esaú peleó una lucha desesperada con los dos hombres que estaban con Nimrod, y cuando ellos lo llamaron, Esaú se volvió hacia ellos y los hirió hasta matarlos con su espada.
9 Y todos los hombres poderosos de Nimrod, que lo habían dejado para ir al desierto, oyeron el grito a distancia, y reconocieron las voces de aquellos dos hombres, y corrieron a saber la causa de ello, cuando encontraron a su rey y a los dos hombres que estaban con él muertos en el desierto.
10 Y cuando Esaú vio a los hombres poderosos de Nimrod que venían a lo lejos, huyó, y así escapó; y Esaú tomó las valiosas prendas de vestir de Nimrod, que el padre de Nimrod había legado a Nimrod, y con las cuales Nimrod prevaleció sobre toda la tierra, y corrió y las ocultó en su casa.
11 Y Esaú tomó aquellas vestiduras y corrió a la ciudad a causa de los hombres de Nimrod, y llegó a la casa de su padre cansado y exhausto por la pelea, y estaba listo para morir de dolor cuando se acercó a su hermano Jacob y se sentó delante de él.
12 Y dijo a su hermano Jacob: He aquí, yo moriré hoy; ¿para qué, pues, quiero la primogenitura? Y Jacob actuó sabiamente con Esaú en este asunto, y Esaú vendió su primogenitura a Jacob, porque así lo dispuso el Señor.
13 Y la parte de Esaú en la cueva del campo de Macpela, la cual Abraham había comprado de los hijos de Het, para posesión de sepultura, también Esaú vendió a Jacob; y Jacob compró todo esto a su hermano Esaú por precio.
14 Y escribió Jacob todo esto en un libro, y testificó de ello con testigos, y lo selló, y el libro quedó en manos de Jacob.
15 Y cuando murió Nimrod hijo de Cus, sus hombres lo levantaron y lo trajeron con consternación, y lo sepultaron en su ciudad, y todos los días que vivió Nimrod fueron doscientos quince años y murió.
16 Y los días que Nimrod reinó sobre el pueblo de la tierra fueron ciento ochenta y cinco años; y Nimrod murió por la espada de Esaú en vergüenza y desprecio, y la descendencia de Abraham causó su muerte como él lo había visto en su sueño.
17 Y a la muerte de Nimrod su reino se dividió en muchas divisiones, y todas aquellas partes sobre las cuales Nimrod reinó fueron restauradas a los respectivos reyes de la tierra, quienes las recuperaron después de la muerte de Nimrod, y todo el pueblo de la casa de Nimrod fue esclavizado por mucho tiempo a todos los demás reyes de la tierra.

CAPÍTULO 28

1 En aquellos días, después de la muerte de Abraham, en aquel año el Señor trajo una gran hambre en la tierra; y mientras el hambre asolaba la tierra de Canaán, Isaac se levantó y descendió a Egipto a causa del hambre, como lo había hecho su padre Abraham.
2 Y Jehová se apareció aquella noche a Isaac, y le dijo: No desciendas a Egipto, sino levántate y ve a Gerar, a Abimelec rey de los filisteos, y permanece allí hasta que cese el hambre.
3 Y se levantó Isaac y fue a Gerar, como le había mandado Jehová, y permaneció allí un año entero.
4 Y cuando Isaac llegó a Gerar, el pueblo de la tierra vio que Rebeca su mujer era de hermoso aspecto, y los habitantes de Gerar preguntaron a Isaac acerca de su mujer, y él dijo: Es mi hermana, porque tenía miedo de decir que ella era su mujer, no fuera que el pueblo de la tierra lo matara por causa de ella.
5 Y fueron los príncipes de Abimelec y alabaron a la mujer delante del rey; pero él no les respondió, ni estuvo atento a sus palabras.
6 Pero él los oyó decir que Isaac había declarado que ella era su hermana; por eso el rey se reservó esto para sí.
7 Y cuando Isaac había permanecido tres meses en la tierra, Abimelec miró por la ventana, y vio que Isaac estaba retozando con Rebeca su mujer; porque Isaac habitaba en la casa exterior del rey, y la casa de Isaac estaba enfrente de la casa del rey.
8 Y el rey dijo a Isaac: ¿Qué es esto que has hecho con nosotros, diciendo de tu mujer: "Es mi hermana"? ¡Oh Dios! ¡Cómo fácilmente se hubiera acostado con ella un príncipe del pueblo, y entonces hubieras atraído sobre nosotros el pecado!
9 Y respondió Isaac a Abimelec: Porque tuve miedo de morir por causa de mi mujer, por eso dije: Mi hermana es.
10 En aquel tiempo dio órdenes Abimelec a todos sus príncipes y grandes, y ellos tomaron a Isaac y a Rebeca su mujer, y los llevaron ante el rey.

11 Entonces el rey mandó que los vistieran con ropas de príncipes, y que los hicieran andar por las calles de la ciudad, y que hicieran pregonar delante de ellos por toda la tierra, diciendo: «Éste es el hombre y ésta es su mujer; cualquiera que toque a este hombre o a su mujer, ciertamente morirá». E Isaac volvió con su mujer a la casa del rey, y el Señor estaba con Isaac, y él siguió engrandeciéndose y no le faltó nada.
12 Y Jehová hizo que Isaac hallase favor ante los ojos de Abimelec, y ante los ojos de todos sus siervos; y Abimelec hizo bien a Isaac, porque se acordó Abimelec del juramento y del pacto que había entre su padre y Abraham.
13 Y dijo Abimelec a Isaac: He aquí toda la tierra está delante de ti; habita donde bien te pareciere, hasta que vuelvas a tu tierra. Y Abimelec dio a Isaac tierras y viñas, y lo mejor de la tierra de Gerar, para sembrar y cosechar, y comer el fruto de la tierra, hasta que pasasen los días del hambre.
14 Y sembró Isaac en aquella tierra, y recibió aquel año ciento por uno; y le bendijo Jehová.
15 Y el hombre se enriqueció, y tuvo posesión de ovejas, y posesión de vacas, y mucha servidumbre.
16 Y cuando los días del hambre habían pasado, el Señor se apareció a Isaac y le dijo: Levántate, sal de este lugar, y regresa a tu tierra, a la tierra de Canaán. Y se levantó Isaac y regresó a Hebrón, que está en la tierra de Canaán, él y todo lo que le pertenecía, como el Señor le había ordenado.
17 Después de esto murió Selac hijo de Arfaxad, en aquel año, que es el año dieciocho de la vida de Jacob y de Esaú; y fueron todos los días que vivió Selac cuatrocientos treinta y tres años, y murió.
18 En aquel tiempo envió Isaac a su hijo menor, Jacob, a la casa de Sem y de Heber, y él aprendió las instrucciones del Señor; y Jacob permaneció en la casa de Sem y de Heber treinta y dos años; pero Esaú su hermano no fue, porque no quiso ir; y permaneció en la casa de su padre, en la tierra de Canaán.
19 Y Esaú andaba continuamente cazando en el campo para traer a casa lo que pudiese conseguir; así hacía Esaú todos los días.
20 Y Esaú era hombre astuto y engañoso, que acechaba los corazones de los hombres y los seducía; y Esaú era hombre valiente en el campo, y con el transcurso del tiempo salió como de costumbre a cazar; y llegó hasta el campo de Seir, que es Edom.
21 Y permaneció en la tierra de Seir cazando en el campo un año y cuatro meses.
22 Y vio Esaú en la tierra de Seir una hija de un hombre de Canaán, que se llamaba Jehudit, hija de Beeri hijo de Efer, de las familias de Het hijo de Canaán.
23 Y Esaú la tomó por mujer, y se llegó a ella; era Esaú de cuarenta años cuando la tomó, y la trajo a Hebrón, a la tierra de la habitación de su padre, y habitó allí.
24 Aconteció en aquellos días, en el año ciento diez de la vida de Isaac, es decir, en el año cincuenta de la vida de Jacob, en aquel año murió Sem hijo de Noé; era Sem de seiscientos años cuando murió.
25 Y cuando murió Sem, Jacob volvió a su padre, a Hebrón, que está en la tierra de Canaán.
26 Y en el año cincuenta y seis de la vida de Jacob, vinieron gente de Harán, y se le informó a Rebeca acerca de su hermano Labán hijo de Betuel.
27 Porque la mujer de Labán era estéril en aquellos días, y no podía dar hijos, y tampoco todas sus siervas le habían dado hijos.
28 Después se acordó Jehová de Adina, mujer de Labán, y ella concibió y dio a luz dos hijas gemelas; y llamó Labán el nombre de sus hijas: la mayor, Lea, y la menor, Raquel.
29 Y aquellas personas vinieron y le contaron estas cosas a Rebeca, y Rebeca se regocijó mucho de que el Señor hubiera visitado a su hermano y que él hubiera tenido hijos.

CAPÍTULO 29

1 E Isaac hijo de Abraham era viejo y avanzado en días, y sus ojos se volvían pesados por la vejez, y se oscurecían, y no veían.
2 En aquel tiempo llamó Isaac a su hijo Esaú, y le dijo: Toma ahora tus armas, tu aljaba y tu arco; levántate y sal al campo y tráeme caza, y hazme un guisado, y tráemelo, para que yo coma, y te bendiga antes de morir, pues ya estoy viejo y canoso.
3 Y lo hizo así Esaú; tomó su arma y salió al campo a cazar venado, como de costumbre, para traerlo a su padre como él le había ordenado, para que lo bendijera.
4 Y oyó Rebeca todas las palabras que Isaac había hablado a Esaú, y se apresuró a llamar a su hijo Jacob, diciendo: Así habló tu padre a tu hermano Esaú, y así lo oí; ahora pues, date prisa y haz lo que yo te diré.
5 Levántate, ve ahora al rebaño, y tráeme dos buenos cabritos de las cabras, y yo traeré guisados para tu padre; y tú llevarás los guisados, para que él coma antes que tu hermano vuelva de la caza, para que tu padre te bendiga.
6 Y Jacob se apresuró e hizo como su madre le había mandado, e hizo aquellos guisados, y los trajo delante de su padre, antes que Esaú volviera de su persecución.
7 Entonces dijo Isaac a Jacob: ¿Quién eres, hijo mío? Y él respondió: Yo soy Esaú, tu primogénito; he hecho como me mandaste; ahora pues, levántate, te ruego, y come de mi caza, para que me bendigas como me has dicho.
8 Y se levantó Isaac y comió y bebió, y se consoló su corazón, y bendijo a Jacob, y Jacob se fue de su padre. Y luego que Isaac hubo bendecido a Jacob, y éste se fue de su padre, he aquí que Esaú volvía de cazar en el campo, y él también hizo un guisado, y lo trajo a su padre para que comiera de él, y para bendecirlo.
9 Y dijo Isaac a Esaú: ¿Quién fue el que tomó caza y me la trajo antes de que tú vinieras, y a quien yo bendije? Y Esaú supo que su hermano Jacob había hecho esto, y la ira de Esaú se encendió contra su hermano Jacob por haber actuado así con él.
10 Y dijo Esaú: ¿No se llama con razón Jacob, porque me ha suplantado dos veces; me ha quitado mi primogenitura, y ahora me ha quitado mi bendición? Y lloró mucho Esaú. Y oyó Isaac la voz de llanto de su hijo Esaú, y dijo Isaac a Esaú: ¿Qué puedo hacer, hijo mío? Tu hermano vino con astucia y se llevó tu bendición. Y aborreció Esaú a su hermano Jacob a causa de la bendición que su padre le había dado, y se encendió su ira en gran manera contra él.
11 Y Jacob tuvo mucho miedo de su hermano Esaú, y se levantó y huyó a la casa de Heber hijo de Sem, y se ocultó allí a causa de su hermano. Jacob tenía sesenta y tres años cuando salió de la tierra de Canaán, de Hebrón, y Jacob estuvo oculto en la casa de Heber catorce años a causa de

su hermano Esaú, y allí continuó aprendiendo los caminos del Señor y sus mandamientos.
12 Y cuando Esaú vio que Jacob había huido y escapado de él, y que Jacob había obtenido astutamente la bendición, entonces Esaú se afligió en gran manera, y también estaba enojado con su padre y su madre; y él también se levantó y tomó a su esposa y se fue de su padre y su madre a la tierra de Seir, y habitó allí; y Esaú vio allí a una mujer de entre las hijas de Het cuyo nombre era Bosmat, la hija de Elón el hitita, y la tomó por esposa además de su primera esposa, y Esaú la llamó Ada, diciendo que en ese tiempo la bendición había pasado de él.
13 Y Esaú habitó en la tierra de Seir seis meses, sin ver a su padre ni a su madre; y después tomó Esaú sus mujeres, y se levantó y volvió a la tierra de Canaán; y puso Esaú sus dos mujeres en la casa de su padre, en Hebrón.
14 Y las mujeres de Esaú irritaron y provocaron a Isaac y a Rebeca con sus obras, porque no anduvieron en los caminos de Jehová, sino que sirvieron a los dioses de sus padres, de madera y de piedra, como su padre les había enseñado, y fueron más malvados que su padre.
15 Y fueron según los malos deseos de sus corazones, y sacrificaron y quemaron incienso a los baales; de lo cual Isaac y Rebeca se cansaron de ellos.
16 Y dijo Rebeca: Fastidio tengo de mi vida a causa de las hijas de Het; si Jacob toma mujer de las hijas de Het, como éstas que son de las hijas de esta tierra, ¿para qué me servirá la vida?
17 Y en aquellos días concibió Ada la mujer de Esaú, y le dio a luz un hijo; y llamó Esaú el nombre del hijo que le nació, Elifaz; y era Esaú de sesenta y cinco años cuando ella lo dio a luz.
18 Y murió Ismael hijo de Abraham en aquellos días, en el año sesenta y cuatro de la vida de Jacob; y fueron todos los días que vivió Ismael ciento treinta y siete años, y murió.
19 Y oyó Isaac que Ismael había muerto, e hizo duelo por él muchos días.
20 Y al cabo de catorce años de residir Jacob en la casa de Heber, Jacob deseó ver a su padre y a su madre, y Jacob llegó a la casa de su padre y a su madre en Hebrón, y Esaú en aquellos días había olvidado lo que Jacob le había hecho al haberle quitado la bendición en aquellos días.
21 Y cuando Esaú vio a Jacob venir a su padre y a su madre, se acordó de lo que Jacob le había hecho, y se enojó mucho contra él y procuró matarlo.
22 E Isaac hijo de Abraham era viejo y avanzado en días, y dijo Esaú: He aquí que el tiempo de la muerte de mi padre está cercano; y cuando muera, yo mataré a mi hermano Jacob.
23 Y esto fue dicho a Rebeca, y ella se apresuró a enviar a llamar a Jacob su hijo, y le dijo: Levántate, ve y huye a Harán, a casa de mi hermano Labán, y mora allá por algún tiempo, hasta que la ira de tu hermano se aplaque de ti, y entonces volverás.
24 Y llamó Isaac a Jacob, y le dijo: No tomes mujer de las hijas de Canaán; porque así nos mandó nuestro padre Abraham, conforme a la palabra de Jehová que él le había mandado, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra; si tus hijos guardan mi pacto que he hecho contigo, yo también cumpliré con tus hijos lo que te he dicho, y no los desampararé.
25 Ahora pues, hijo mío, escucha mi voz en todo lo que yo te mandare, y no te compliques con tomar mujer de las hijas de Canaán; levántate y ve a Harán, a casa de Betuel, padre de tu madre, y toma allí mujer de las hijas de Labán, hermano de tu madre.
26 Guarda, pues, que no te olvides de Jehová tu Dios y de todos sus caminos en la tierra adonde vas, para que no te juntes con los pueblos de aquella tierra, ni vayas en pos de la vanidad, y abandones a Jehová tu Dios.
27 Pero cuando hayas entrado en la tierra, servirás allí a Jehová; no te apartes ni a la derecha ni a la izquierda del camino que yo te mandé, y que tú aprendiste.
28 Y el Dios Todopoderoso te conceda favor ante los ojos de los pueblos de la tierra, para que tomes allí mujer según tu elección, que sea buena y recta en los caminos del Señor.
29 Y Dios te dé a ti y a tu descendencia la bendición de tu padre Abraham, y te haga fructificar y te multiplique, y llegues a ser una multitud de pueblos en la tierra adonde vas, y Dios te haga regresar a esta tierra, la tierra donde habitó tu padre, con hijos y con grandes riquezas, con alegría y con placer.
30 Y acabó Isaac de dar órdenes a Jacob y de bendecirlo, y le dio muchos regalos, además de plata y oro, y lo despidió. Y Jacob escuchó a su padre y a su madre, y los besó, y se levantó y fue a Padán-aram. Era Jacob de setenta y siete años cuando salió de la tierra de Canaán, de Beerseba.
31 Y cuando Jacob se fue para ir a Harán, Esaú llamó a su hijo Elifaz, y le habló en secreto, diciendo: Date prisa, toma tu espada en tu mano, y persigue a Jacob; pasa delante de él en el camino, y acechalo, y mátalo con tu espada en uno de los montes; toma todo lo que es suyo, y regresa.
32 Y Elifaz hijo de Esaú era hombre activo y experto en el uso del arco, como su padre le había enseñado, y era un excelente cazador en el campo y un hombre valiente.
33 Y Elifaz hizo como su padre le había mandado; y Elifaz tenía en aquel tiempo trece años, y se levantó y fue, y tomó consigo a diez de los hermanos de su madre, y persiguió a Jacob.
34 Y siguió de cerca a Jacob, y lo acechó en el límite de la tierra de Canaán, frente a la ciudad de Siquem.
35 Y vio Jacob a Elifaz y a sus hombres que lo perseguían, y se detuvo en el lugar por donde iba, para saber qué era aquello, porque no sabía la cosa; y Elifaz sacó su espada y siguió avanzando, él y sus hombres, hacia Jacob; y Jacob les dijo: ¿Qué es lo que os pasa que habéis venido hasta aquí, y qué significa que me persiguáis con vuestras espadas?
36 Y Elifaz se acercó a Jacob, y éste le respondió y le dijo: Así me ordenó mi padre, y ahora, por tanto, no me desviaré de las órdenes que mi padre me dio. Y cuando Jacob vio que Esaú había hablado a Elifaz para que empleara la fuerza, Jacob entonces se acercó y suplicó a Elifaz y a sus hombres, diciéndole:
37 He aquí, todo lo que tengo, y lo que mi padre y mi madre me dieron, tómalo para ti, y apártate de mí, y no me mates, para que esto te sea contado por justicia.
38 Y Jehová hizo que Jacob hallase favor ante los ojos de Elifaz hijo de Esaú, y de sus hombres, los cuales oyeron la voz de Jacob, y no le dieron muerte; y Elifaz y sus hombres tomaron todo lo que pertenecía a Jacob, junto con la plata y

el oro que había traído consigo de Beerseba; no le dejaron nada.
39 Y Elifaz y sus hombres se fueron de él, y volvieron a Esaú en Beerseba, y le contaron todo lo que les había sucedido con Jacob, y le dieron todo lo que habían tomado de Jacob.
40 Y se enojó Esaú contra Elifaz su hijo, y contra sus hombres que estaban con él, porque no habían dado muerte a Jacob.
41 Y ellos respondieron y dijeron a Esaú: Porque Jacob nos rogó en este asunto que no lo matáramos, nuestra compasión se despertó hacia él, y tomamos todo lo que era suyo y lo trajimos a ti; y tomó Esaú toda la plata y el oro que Elifaz había tomado de Jacob, y los guardó en su casa.
42 En aquel tiempo vio Esaú que Isaac había bendecido a Jacob, y que le había mandado diciendo: No tomarás mujer de las hijas de Canaán, y que las hijas de Canaán eran malas a los ojos de Isaac y de Rebeca,
43 Luego fue a casa de Ismael su tío, y además de sus mujeres mayores, tomó por esposa a Maclat, hija de Ismael, hermana de Nebayot.

CAPÍTULO 30

1 Y Jacob salió, y continuó su camino hacia Harán, y llegó hasta el monte Moriah, y durmió allí cerca de la ciudad de Luz; y Jehová se apareció allí a Jacob aquella noche, y le dijo: Yo soy Jehová, el Dios de Abraham y el Dios de Isaac tu padre; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia.
2 Y he aquí, yo estoy contigo, y te guardaré dondequiera que vayas, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y haré que todos tus enemigos caigan delante de ti; y cuando hagan guerra contigo, no prevalecerán sobre ti, y te traeré de nuevo a esta tierra con alegría, con hijos y con grandes riquezas.
3 Y despertó Jacob de su sueño, y se alegró mucho por la visión que había visto; y llamó el nombre de aquel lugar Bet-el.
4 Y Jacob se levantó de aquel lugar muy contento, y cuando andaba, sus pies se sentían ligeros de alegría; y de allí se fue a la tierra de los hijos del Oriente, y regresó a Harán, y se sentó junto al pozo del pastor.
5 Y halló allí unos hombres que venían de Harán a apacentar sus rebaños; y Jacob preguntó de ellos, y ellos dijeron: Somos de Harán.
6 Y les dijo: ¿Conocéis a Labán hijo de Nacor? Y ellos respondieron: Sí, lo conocemos; y he aquí su hija Raquel viene a apacentar las ovejas de su padre.
7 Mientras él aún estaba hablando con ellos, vino Raquel, hija de Labán, a apacentar las ovejas de su padre, porque ella era pastora.
8 Y cuando Jacob vio a Raquel, hija de Labán, hermano de su madre, corrió y la besó, y alzó su voz y lloró.
9 Y Jacob le contó a Raquel que él era hijo de Rebeca, hermana de su padre; y Raquel corrió y se lo contó a su padre; y Jacob seguía llorando, porque no tenía nada que llevar a la casa de Labán.
10 Y cuando Labán oyó que Jacob, el hijo de su hermana, había venido, corrió y lo besó, lo abrazó, y lo introdujo en casa, y le dio pan, y él comió.
11 Y Jacob contó a Labán lo que le había hecho su hermano Esaú, y lo que le había hecho su hijo Elifaz en el camino.
12 Y Jacob residió en casa de Labán un mes, y Jacob comió y bebió en casa de Labán. Y después dijo Labán a Jacob: Dime cuál será tu salario, pues ¿cómo puedes servirme de balde?
13 Y Labán no tenía hijos, sino sólo hijas, y sus otras mujeres y siervas eran todavía estériles en aquellos días. Éstos son los nombres de las hijas que Labán le había dado a luz su mujer Adina: el nombre de la mayor era Lea, y el nombre de la menor, Raquel. Lea era de ojos tiernos, pero Raquel era de hermoso aspecto y de buena presencia, y Jacob la amó.
14 Y Jacob respondió a Labán: Yo te serviré siete años por Raquel tu hija menor. Y Labán consintió en ello, y sirvió Jacob a Labán siete años por Raquel su hija.
15 Y en el segundo año de habitar Jacob en Harán, esto es, en el año setenta y nueve de la vida de Jacob, en aquel año murió Heber hijo de Sem, siendo él de cuatrocientos sesenta y cuatro años cuando murió.
16 Y cuando Jacob oyó que Heber había muerto, se entristeció mucho, y se lamentó y lloró por él muchos días.
17 Y en el tercer año de habitar Jacob en Harán, Bosmat, hija de Ismael, mujer de Esaú, le dio a luz un hijo, y llamó Esaú su nombre Reuel.
18 Y en el cuarto año de residir Jacob en la casa de Labán, el Señor visitó a Labán y se acordó de él a causa de Jacob, y le nacieron hijos: su primogénito fue Beor, su segundo fue Alib, y el tercero fue Corash.
19 Y Jehová dio a Labán riquezas y gloria, hijos e hijas, y el hombre se multiplicó mucho a causa de Jacob.
20 Y Jacob en aquellos días servía a Labán en toda obra, en la casa y en el campo; y la bendición de Jehová estaba sobre todo lo que tenía Labán, así en la casa como en el campo.
21 Y en el quinto año murió Jehudit, hija de Beeri, mujer de Esaú, en la tierra de Canaán; y no tuvo hijos, sino sólo hijas.
22 Y estos son los nombres de las hijas que ella dio a luz a Esaú: el nombre de la mayor era Marzit, y el nombre de la menor, Fuith.
23 Y cuando murió Jehudit, se levantó Esaú y fue a Seir a cazar en el campo, como de costumbre; y habitó Esaú en la tierra de Seir muchos días.
24 Y en el sexto año Esaú tomó por mujer, además de sus otras mujeres, a Ahlibama hija de Zebeón heveo, y la trajo a la tierra de Canaán.
25 Y concibió Ahlibama, y dio a luz a Esaú tres hijos: Yeús, Yaalán y Coré.
26 En aquellos días hubo una disputa en la tierra de Canaán entre los pastores de Esaú y los pastores de los habitantes de la tierra de Canaán; porque el ganado y los bienes de Esaú eran demasiado abundantes para que él pudiera permanecer en la tierra de Canaán, en la casa de su padre, y la tierra de Canaán no podía sostenerlo a causa de su ganado.
27 Y cuando Esaú vio que su contienda aumentaba con los habitantes de la tierra de Canaán, se levantó y tomó sus mujeres, sus hijos, sus hijas y todo lo que le pertenecía, y el ganado que poseía, y toda su propiedad que había adquirido en la tierra de Canaán, y se fue de entre los

habitantes de la tierra a la tierra de Seir; y Esaú y todo lo que le pertenecía habitaron en la tierra de Seir.
28 Pero de tiempo en tiempo Esaú iba a ver a su padre y a su madre en la tierra de Canaán, y Esaú se casó con los horeos, y dio sus hijas a los hijos de Seir, el horeo.
29 Y dio su hija mayor, Marzit, a Aná hijo de Zebeón, hermano de su mujer, y a Puit a Azar hijo de Bilhán horeo; y habitó Esaú en el monte, él y sus hijos, y crecieron y se multiplicaron.

CAPÍTULO 31

1 Y en el séptimo año se acabó el servicio de Jacob, y dijo Jacob a Labán: Dame mi mujer, porque los días de mi servicio se han cumplido. Y Labán lo hizo así; y Labán y Jacob reunieron a todo el pueblo de aquel lugar, e hicieron un banquete.
2 Y a la tarde vino Labán a la casa, y después vino Jacob allí con la gente de la fiesta, y Labán apagó todas las luces que había allí en la casa.
3 Y Jacob dijo a Labán: ¿Por qué nos haces esto? Y Labán respondió: Así es nuestra costumbre en esta tierra.
4 Después tomó Labán a su hija Lea, y la trajo a Jacob; y él llegó a ella, pero Jacob no sabía que ella era Lea.
5 Y Labán dio a su hija Lea su sierva Zilpa por sierva.
6 Y todo el pueblo que estaba en la fiesta supo lo que Labán había hecho a Jacob, pero no le informaron del asunto a Jacob.
7 Y todos los vecinos vinieron aquella noche a casa de Jacob, y comieron y bebieron y se alegraron, y bailaron delante de Lea con panderos y danzas, y cantaban delante de Jacob: Helea, Helea.
8 Y Jacob oyó sus palabras, pero no entendió su significado; mas pensó que tal vez ésta sería su costumbre en aquella tierra.
9 Y los vecinos hablaron estas palabras delante de Jacob durante la noche, y todas las luces que había en la casa, Labán las hizo apagar aquella noche.
10 Y a la mañana siguiente, cuando amanecía, se volvió Jacob a su mujer, y vio que era Lea, la que estaba acostada en su seno; y dijo Jacob: He aquí, ahora sé lo que dijeron anoche los vecinos: Heleah, dijeron, y yo no lo sabía.
11 Entonces Jacob llamó a Labán, y le dijo: ¿Qué es esto que me has hecho? ¿Acaso yo te serví por Raquel? ¿Por qué, pues, me engañaste y me diste a Lea?
12 Y Labán respondió a Jacob, diciendo: No se hace así en nuestro lugar, que se dé ahora la menor antes de la mayor; pues si deseas tomar también a su hermana, tómala para que esté contigo en el servicio que has de prestarme otros siete años.
13 Y Jacob lo hizo así, y tomó también a Raquel por mujer, y sirvió otros siete años; y llegó también Jacob a Raquel, y amó a Raquel más que a Lea; y Labán le dio a su sierva Bilha por sierva.
14 Y vio Jehová que Lea era menospreciada, y abrió su matriz, y ella concibió, y dio a luz a Jacob cuatro hijos en aquellos días.
15 Y estos son sus nombres: Rubén, Simeón, Leví y Judá; y después dejó de dar a luz.
16 En aquel tiempo Raquel era estéril, y no tenía descendencia; y tuvo envidia de su hermana Lea; y viendo Raquel que no daba hijos a Jacob, tomó a su sierva Bilha, y ella le dio a Jacob dos hijos: Dan y Neftalí.
17 Y viendo Lea que había dejado de dar a luz, tomó también a su sierva Zilpa, y la dio a Jacob por mujer; y Jacob también llegó a Zilpa, la cual también le dio a Jacob dos hijos: Gad y Aser.
18 Y concibió Lea otra vez, y dio a luz en aquellos días dos hijos y una hija; y sus nombres son Isacar, Zabulón y su hermana Dina.
19 Y Raquel era todavía estéril en aquellos días, y oró Raquel a Jehová en aquel tiempo, y dijo: Oh Jehová Dios, acuérdate de mí y visítame ahora, porque ahora mi marido me desecha, porque no le he dado hijos.
20 Ahora pues, oh Señor Dios, escucha mi súplica delante de ti, Y mira mi aflicción, Y dame hijos como una de las siervas, Para que no lleve más mi oprobio.
21 Y Dios la oyó, y le abrió la matriz; y Raquel concibió, y dio a luz un hijo, y dijo: Jehová ha quitado mi afrenta; y llamó su nombre José, diciendo: Añádame Jehová otro hijo. Y Jacob tenía noventa y un años cuando Raquel lo dio a luz.
22 En aquel tiempo Rebeca, la madre de Jacob, envió a su nodriza Débora, hija de Uz, y a dos siervos de Isaac a Jacob.
23 Y vinieron a Jacob en Harán, y le dijeron: Rebeca nos ha enviado a ti, para que vuelvas a la casa de tu padre, a la tierra de Canaán. Y Jacob les escuchó en esto que su madre había dicho.
24 En aquel tiempo se cumplieron los otros siete años que Jacob sirvió a Labán por Raquel, y fue al cabo de catorce años que había vivido en Harán, que Jacob dijo a Labán: Dame mis mujeres y despídeme, para que vaya a mi tierra, porque he aquí mi madre me envió desde la tierra de Canaán para que regresara a la casa de mi padre.
25 Y Labán le respondió: No así te ruego; si he hallado gracia en tus ojos, no me dejes; señálame tu salario, y yo te lo daré, y quédate conmigo.
26 Y Jacob le respondió: Esto es lo que me darás por salario: que yo pase hoy por todo tu rebaño, y quite de él todo cordero moteado y manchado, y todo cordero moreno entre las ovejas y entre las cabras; y si me haces esto, yo volveré y apacentaré tu rebaño, y lo guardaré como al principio.
27 Y Labán lo hizo así; y tomó Labán de su rebaño todo lo que Jacob le había dicho, y se lo dio.
28 Y Jacob puso todo lo que había tomado del rebaño de Labán en manos de sus hijos, y Jacob apacentaba el resto del rebaño de Labán.
29 Y cuando los siervos de Isaac que él había enviado a Jacob vieron que Jacob no quería volver con ellos a la tierra de Canaán, a su padre, se alejaron de él y regresaron a casa, a la tierra de Canaán.
30 Y Débora permaneció con Jacob en Harán, y no volvió con los siervos de Isaac a la tierra de Canaán; y Débora permaneció con las mujeres y los hijos de Jacob en Harán.
31 Y sirvió Jacob a Labán seis años más; y cuando las ovejas parían, Jacob quitaba de ellas las que eran moteadas y manchadas, como había determinado con Labán; y Jacob hizo así en casa de Labán durante seis años; y el hombre se multiplicó abundantemente, y tuvo ganado, siervas y siervos, camellos y asnos.
32 Y Jacob tenía doscientas manadas de ganado, y su ganado era de gran tamaño y de hermosa apariencia y era

muy productivo, y todas las familias de los hijos de los hombres deseaban obtener algo del ganado de Jacob, porque eran sumamente prósperos.
33 Y vinieron muchos de los hijos de los hombres para procurarse algo del rebaño de Jacob, y Jacob les daba una oveja por un siervo o una sierva o por un asno o un camello, o cualquier cosa que Jacob deseaba de ellos, ellos le daban.
34 Y Jacob obtuvo riquezas y honor y posesiones por medio de estas transacciones con los hijos de los hombres, y los hijos de Labán le envidiaron este honor.
35 Y aconteció que aconteció que aconteció que aconteció que aconteció que Jacob había tomado todo lo que era de nuestro padre, y de lo que era de nuestro padre ha adquirido toda esta gloria.
36 Y vio Jacob el semblante de Labán y de sus hijos, y he aquí que no era para con él en aquellos días como había sido antes.
37 Y apareció Jehová a Jacob al cabo de los seis años, y le dijo: Levántate, sal de esta tierra, y vuélvete a la tierra de tu nacimiento, y yo estaré contigo.
38 Y Jacob se levantó en aquel tiempo, y montó a sus hijos, a sus mujeres y a todo lo que tenía sobre camellos, y salió para ir a la tierra de Canaán, a su padre Isaac.
39 Y Labán no sabía que Jacob se había apartado de él, porque Labán había estado aquel día esquilando ovejas.
40 Y Raquel hurtó las imágenes de su padre, y las tomó y las escondió sobre el camello sobre el cual estaba sentada, y siguió su camino.
41 Y esta es la manera de las imágenes: tomar a un hombre que es el primogénito y matarlo y quitarle el cabello de la cabeza, y tomar sal y salar la cabeza y ungirla con aceite, luego tomar una pequeña tabla de cobre o una tabla de oro y escribir el nombre sobre ella, y colocar la tabla debajo de su lengua, y tomar la cabeza con la tabla debajo de la lengua y ponerla en la casa, y encender luces delante de ella e inclinarse ante ella.
42 Y cuando se inclinan ante él, les habla en todos los asuntos que le piden, mediante el poder del nombre que está escrito en él.
43 Y algunos las hacen en figuras de hombres, de oro y plata, y van a ellos en tiempos conocidos por ellos, y las figuras reciben la influencia de las estrellas, y les dicen cosas futuras, y de esta manera fueron las imágenes que Raquel robó a su padre.
44 Y Raquel hurtó aquellas imágenes que eran de su padre, para que Labán no supiese por ellas adónde había ido Jacob.
45 Y Labán vino a casa y preguntó por Jacob y su casa, y no lo halló; y Labán buscó sus imágenes para saber adónde había ido Jacob, y no las pudo hallar; y fue a otras imágenes, y les preguntó, y le dijeron que Jacob había huido de él a casa de su padre, a la tierra de Canaán.
46 Y se levantó entonces Labán, y tomó a sus hermanos y a todos sus siervos, y salió y persiguió a Jacob, y lo alcanzó en el monte de Galaad.
47 Y Labán dijo a Jacob: ¿Qué es esto que has hecho conmigo, huyéndome y engañándome, y llevando a mis hijas y a sus hijos como cautivos a espada?
48 Y no me permitiste besarlos y despedirlos con alegría, sino que robaste mis dioses y te fuiste.
49 Y Jacob respondió a Labán, diciendo: Porque tuve miedo que me quitases tus hijas por fuerza; y ahora, en quienquiera que hallares tus dioses, morirá.
50 Y Labán buscó las imágenes, y las examinó en todas las tiendas y en los muebles de Jacob, pero no las encontró.
51 Y Labán dijo a Jacob: Haremos juntos un pacto, y será un testimonio entre mí y ti: Si afliges a mis hijas, o si tomas otras mujeres además de mis hijas, Dios será testigo entre mí y ti en este asunto.
52 Y tomaron piedras e hicieron un montón, y dijo Labán: Este montón es testigo entre mí y ti; por eso llamó su nombre Galaad.
53 Y Jacob y Labán ofrecieron sacrificio en el monte, y comieron allí junto al montón, y durmieron en el monte; y Labán se levantó muy de mañana, y lloró con sus hijas, y las besó, y volvió a su lugar.
54 Y se apresuró a enviar a su hijo Beor, que tenía diecisiete años, con Abijorof hijo de Uz, hijo de Nacor, y con ellos había diez hombres.
55 Y se apresuraron y fueron, y pasaron por el camino delante de Jacob, y llegaron por otro camino a la tierra de Seir.
56 Y vinieron a Esaú, y le dijeron: Así dice tu hermano y pariente, Labán hijo de Betuel, hermano de tu madre, diciendo:
57 ¿Has oído lo que me ha hecho tu hermano Jacob, el cual vino a mí la primera vez desnudo y desvestido, y yo salí a recibirlo, y lo traje a mi casa con honra, y lo engrandecí, y le di mis dos hijas por mujeres, y también dos de mis siervas?
58 Y le bendijo Dios por causa de mí, y se multiplicó, y tuvo hijos, hijas y siervas.
59 Tenía también una inmensa reserva de rebaños y manadas, camellos y asnos, y también plata y oro en abundancia; y cuando vio que su riqueza aumentaba, me dejó mientras yo iba a trasquilar mis ovejas, y él se levantó y huyó en secreto.
60 Y levantó sus mujeres y sus hijos sobre camellos, y llevó todo su ganado y toda su hacienda que adquirió en mi tierra, y alzó su rostro para ir a Isaac su padre, a la tierra de Canaán.
61 Y no me permitió besar a mis hijas ni a sus hijos, sino que llevó a mis hijas como cautivas tomadas a espada, y también robó mis dioses, y huyó.
62 Y ahora yo lo he dejado en el monte del arroyo de Jabuc, a él y todo lo que tiene; no le falta nada.
63 Si deseas ir a él, ve entonces, y allí lo hallarás, y podrás hacer con él como desee tu alma. Y los mensajeros de Labán vinieron y le dijeron a Esaú todas estas cosas.
64 Y oyó Esaú todas las palabras de los mensajeros de Labán, y su ira se encendió en gran manera contra Jacob, y se acordó de su odio, y se encendió su ira dentro de él.
65 Y se apresuró Esaú y tomó sus hijos y sus siervos y las almas de su casa, que eran sesenta hombres, y fue y reunió a todos los hijos de Seir el horeo y a su pueblo, que eran trescientos cuarenta hombres, y tomó todo este número de cuatrocientos hombres con espadas desenvainadas, y fue a Jacob para herirlo.
66 Y Esaú dividió este número en varias partes, y tomó los sesenta hombres de sus hijos y siervos y las almas de su casa como una sola cabeza, y los dio al cuidado de Elifaz su hijo mayor.
67 Y dio las cabezas restantes al cuidado de los seis hijos de Seir el horeo, y puso a cada uno sobre sus generaciones y sobre sus hijos.

68 Y todo aquel campamento siguió como estaba, y Esaú fue entre ellos hacia Jacob, y los condujo con prisa.
69 Y los mensajeros de Labán partieron de Esaú y fueron a la tierra de Canaán, y llegaron a casa de Rebeca madre de Jacob y de Esaú.
70 Y le dieron aviso, diciendo: He aquí tu hijo Esaú ha ido contra su hermano Jacob con cuatrocientos hombres; porque ha oído que él viene, y ha ido para hacer guerra contra él, y para herirlo, y para tomar todo lo que tiene.
71 Entonces Rebeca se apresuró y envió setenta y dos hombres de los siervos de Isaac para recibir a Jacob en el camino; porque dijo: Quizá Esaú le haga guerra en el camino, cuando le encuentre.
72 Y estos mensajeros salieron por el camino a recibir a Jacob, y lo encontraron en el camino del arroyo al otro lado del arroyo de Jabuc, y dijo Jacob cuando los vio: Este campamento me está destinado de parte de Dios. Y Jacob llamó el nombre de aquel lugar Majnayim.
73 Y Jacob conoció a todo el pueblo de su padre, y los besó y los abrazó, y vino con ellos, y Jacob les preguntó por su padre y por su madre, y ellos dijeron: Estaban bien.
74 Y estos mensajeros dijeron a Jacob: Rebeca tu madre nos ha enviado a ti, diciendo: He oído, hijo mío, que tu hermano Esaú ha salido contra ti por el camino con hombres de los hijos de Seir el horeo.
75 Por tanto, hijo mío, escucha mi voz, y mira con tu consejo lo que has de hacer; y cuando él llegue a ti, suplicale, y no le hables precipitadamente, y dale un presente de lo que posees, y de lo que Dios te ha favorecido.
76 Y cuando él te pregunte acerca de tus asuntos, no le ocultes nada, tal vez él se vuelva de su ira contra ti y así salvarás tu alma, tú y todo lo que te pertenece, pues es tu deber honrarlo, pues él es tu hermano mayor.
77 Y cuando Jacob oyó las palabras de su madre que los mensajeros le habían hablado, Jacob alzó su voz y lloró amargamente, e hizo como su madre entonces le ordenó.

CAPÍTULO 32

1 En aquel tiempo Jacob envió mensajeros a su hermano Esaú hacia la tierra de Seir, y le habló palabras de súplica.
2 Y les mandó, diciendo: Así diréis a mi señor Esaú: Así dice tu siervo Jacob: No piense mi señor que la bendición con que mi padre me bendijo, me ha sido para bien.
3 Porque ya hace veinte años que estoy con Labán, y él me ha engañado, y me ha cambiado el salario diez veces, como ya se le ha dicho todo a mi señor.
4 Y yo le serví en su casa con gran afán; y vio Dios después mi aflicción, mi trabajo y la obra de mis manos, y me hizo hallar gracia y favor en sus ojos.
5 Y después, por la gran misericordia y bondad de Dios, adquirí bueyes, asnos, ganado mayor, siervos y siervas.
6 Y ahora yo vuelvo a mi tierra, a mi casa, a mi padre y a mi madre, que están en la tierra de Canaán; y he enviado a hacer saber a mi señor todo esto, para hallar favor en los ojos de mi señor, para que no piense que yo por mí mismo he adquirido riquezas, o que la bendición con que mi padre me bendijo me ha beneficiado.
7 Y aquellos mensajeros fueron a Esaú, y lo hallaron en los límites de la tierra de Edom, yendo hacia Jacob; y había cuatrocientos hombres de los hijos de Seir el horeo que estaban allí con espadas desenvainadas.
8 Y los mensajeros de Jacob contaron a Esaú todas las palabras que Jacob les había hablado acerca de Esaú.
9 Y Esaú les respondió con orgullo y con desprecio, y les dijo: Ciertamente he oído, y en verdad me ha sido dicho lo que Jacob ha hecho a Labán, quien lo enalteció en su casa, y le dio sus hijas por mujeres, y él engendró hijos e hijas, y aumentó abundantemente los bienes y las riquezas en la casa de Labán por sus medios.
10 Y cuando vio que sus bienes eran muchos, y que sus riquezas muchas, huyó con todo lo que tenía de la casa de Labán, y llevó a las hijas de Labán lejos de la presencia de su padre, como cautivas tomadas a espada, sin decírselo a él.
11 Y no sólo a Labán hizo Jacob lo mismo, sino también a mí me hizo lo mismo; me ha suplantado dos veces; ¿y he de quedarme callado?
12 Ahora pues, yo he salido hoy con mis campamentos a recibirlo, y haré con él conforme al deseo de mi corazón.
13 Y los mensajeros volvieron y vinieron a Jacob, y le dijeron: Vinimos a tu hermano Esaú, y le dijimos todas tus palabras, y él nos respondió así: He aquí, él viene a recibirte con cuatrocientos hombres.
14 Ahora pues, conoce y mira lo que debes hacer, y ora delante de Dios que te libre de él.
15 Y cuando oyó las palabras de su hermano, que había hablado a los mensajeros de Jacob, Jacob tuvo gran temor y se angustió.
16 Y oró Jacob a Jehová su Dios, y dijo: Jehová Dios de mis padres Abraham e Isaac, cuando yo salía de la casa de mi padre, tú me dijiste:
17 Yo soy el Señor, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac. A ti te daré esta tierra y a tu descendencia después de ti; y haré tu descendencia como las estrellas del cielo, y te extenderás por los cuatro extremos de los cielos; y en ti y en tu descendencia serán benditas todas las familias de la tierra.
18 Y confirmaste tu palabra, y me diste riquezas, hijos y ganados, según el deseo de mi corazón; me diste todo lo que te pedí, y nada me faltó.
19 Y después me dijiste: Vuelve a tus padres y a tu tierra natal, y yo te haré bien.
20 Y ahora que he venido, y me has librado de Labán, caeré en manos de Esaú, quien me matará, y también a las madres de mis hijos.
21 Ahora pues, oh Señor Dios, te ruego que también me líbras de la mano de mi hermano Esaú, porque le temo en gran manera.
22 Y si no hay justicia en mí, hazlo por amor de Abraham y de Isaac mi padre.
23 Porque yo sé que por tu bondad y por tu misericordia he adquirido esta riqueza; por tanto, ahora te ruego que me libres hoy por tu bondad, y que me respondas.
24 Y Jacob dejó de orar a Jehová, y dividió el pueblo que estaba con él, con las ovejas y los ganados, en dos campamentos; y dio la mitad al cuidado de Damesec hijo de Eliezer, siervo de Abraham, para que fuera un campamento, con sus hijos; y la otra mitad la dio al cuidado de su hermano Eliano hijo de Eliezer, para que fuera un campamento con sus hijos.
25 Y les mandó, diciendo: Estad separados por vuestros campamentos, y no os acerquéis el uno al otro; no sea que

si Esaú llega a un campamento y lo mata, el otro campamento que está a distancia de él escape de él.
26 Y Jacob se quedó allí aquella noche, y durante toda la noche dio instrucciones a sus siervos acerca de las fuerzas y de sus hijos.
27 Y el Señor escuchó la oración de Jacob aquel día, y el Señor entonces libró a Jacob de las manos de su hermano Esaú.
28 Y Jehová envió tres ángeles de los ángeles del cielo, los cuales fueron delante de Esaú, y vinieron a él.
29 Y estos ángeles se aparecieron a Esaú y a su pueblo como dos mil hombres, montados a caballos provistos de toda clase de instrumentos de guerra, y parecieron a la vista de Esaú y de todos sus hombres estar divididos en cuatro campamentos, con cuatro jefes para cada uno de ellos.
30 Y un campamento siguió adelante y encontraron a Esaú viniendo con cuatrocientos hombres hacia su hermano Jacob, y este campamento corrió hacia Esaú y su pueblo y los aterrorizó, y Esaú cayó del caballo alarmado, y todos sus hombres se separaron de él en ese lugar, porque tenían gran miedo.
31 Y todo el campamento gritó tras ellos cuando huían de Esaú, y todos los hombres guerreros respondieron, diciendo:
32 Ciertamente somos siervos de Jacob, que es siervo de Dios; ¿quién, pues, podrá hacernos frente? Y Esaú les respondió: Oh, pues, mi señor y hermano Jacob es vuestro señor, a quien no he visto durante estos veinte años, y ahora que he venido este día a verlo, ¿me tratáis así?
33 Y los ángeles le respondieron, diciendo: Vive Jehová, que si no fuera Jacob, de quien dices tu hermano, no dejaríamos ni uno solo de ti ni de tu pueblo; mas solamente por causa de Jacob no les haremos nada.
34 Y este campamento pasó de Esaú y sus hombres, y se fue; y Esaú y sus hombres se habían alejado de ellos como una legua, cuando el segundo campamento vino hacia él con toda clase de armas; y también hicieron a Esaú y a sus hombres como el primer campamento les había hecho.
35 Y cuando ellos lo dejaron para seguir adelante, he aquí que el tercer campamento venía hacia él; y todos tuvieron miedo, y Esaú cayó del caballo; y todo el campamento gritó, y dijo: Ciertamente nosotros somos siervos de Jacob, el cual es siervo de Dios; ¿y quién podrá estar contra nosotros?
36 Y Esaú les respondió de nuevo, diciendo: Oh entonces, Jacob mi señor y vuestro señor es mi hermano, y durante veinte años no he visto su rostro, y oyendo hoy que él venía, he salido hoy a recibirlo, ¿y vosotros me tratáis así?
37 Y ellos le respondieron, y le dijeron: Vive Jehová, que si Jacob no fuese tu hermano, como dices, no dejaríamos remanente de ti y de tus hombres; pero por causa de Jacob, de quien dices, que es tu hermano, no nos meteremos contigo ni con tus hombres.
38 Y el tercer campamento también pasó de ellos, y él continuó aún su camino con sus hombres hacia Jacob, cuando el cuarto campamento vino hacia él, y también hicieron con él y con sus hombres como los otros habían hecho.
39 Y cuando Esaú vio el mal que los cuatro ángeles le habían hecho a él y a sus hombres, tuvo gran temor de su hermano Jacob, y salió a recibirlo en paz.
40 Y Esaú ocultó su odio contra Jacob, porque temía por su vida a causa de su hermano Jacob, y porque imaginaba que los cuatro campamentos que había atacado eran siervos de Jacob.
41 Y Jacob se quedó aquella noche con sus siervos en sus campamentos, y decidió con sus siervos dar a Esaú un presente de todo lo que tenía consigo, y de toda su propiedad; y Jacob se levantó por la mañana, él y sus hombres, y escogieron de entre el ganado un presente para Esaú.
42 Y esta fue la cantidad del presente que Jacob escogió de sus ovejas para dar a su hermano Esaú: y escogió doscientas cuarenta cabezas de las ovejas, y escogió de los camellos y de los asnos treinta de cada uno, y de las vacas escogió cincuenta vacas.
43 Y los puso todos en diez manadas, y puso cada especie aparte, y las entregó en manos de diez de sus siervos, cada manada aparte.
44 Y les mandó, y les dijo: Manteneos a distancia unos de otros, y poned espacio entre las manadas; y cuando Esaú y los que están con él os encuentren, y os pregunten, diciendo: ¿De quién sois, y a dónde vais, y de quién es todo esto que está delante de vosotros? Les responderéis: Somos siervos de Jacob, y venimos a recibir a Esaú en paz, y he aquí, Jacob viene tras nosotros.
45 Y lo que tenemos delante es un presente enviado por Jacob a su hermano Esaú.
46 Y si os dijeren: ¿Por qué se tarda éste detrás de vosotros para no venir a recibir a su hermano, y a ver su rostro? Entonces les diréis: Ciertamente viene gozoso tras nosotros para recibir a su hermano; porque dijo: Yo le apaciguaré con el presente que va para él, y después de esto veré su rostro; quizá me aceptará.
47 Y todo el presente pasó en manos de sus siervos, e iban delante de él aquel día, y él pasó la noche aquella noche con sus campamentos junto al borde del arroyo de Jabuc, y se levantó en medio de la noche, y tomó a sus mujeres y a sus siervas, y todo lo que le pertenecía, y aquella noche las hizo pasar el vado de Jabuc.
48 Y cuando él pasó con todas sus pertenencias al otro lado del arroyo, Jacob quedó solo, y un hombre le salió al encuentro, y luchó con él aquella noche hasta que rayaba el alba; y a Jacob se le descoyuntó el muslo de tanto luchar con él.
49 Y al rayar el alba el hombre dejó allí a Jacob, y le bendijo, y se fue; y Jacob pasó el arroyo al rayar el alba, y cojeó sobre su muslo.
50 Y el sol salió sobre él cuando hubo pasado el arroyo, y llegó al lugar de su ganado y de sus hijos.
51 Y continuaron hasta mediodía; y mientras iban, el presente pasaba delante de ellos.
52 Y alzó Jacob sus ojos y miró, y he aquí que Esaú venía de lejos, y con muchos hombres, como cuatrocientos; y Jacob tuvo gran temor de su hermano.
53 Y se apresuró Jacob, y repartió sus hijos entre sus mujeres y sus siervas; y puso a su hija Dina en un arca, y la entregó en manos de sus siervos.
54 Y pasó delante de sus hijos y de sus mujeres para encontrarse con su hermano, y se inclinó a tierra; sí, se inclinó siete veces hasta que se acercó a su hermano; y Dios hizo que Jacob hallara gracia y favor a la vista de

Esaú y de sus hombres, porque Dios había oído la oración de Jacob.
55 Y el temor de Jacob y su terror cayeron sobre su hermano Esaú, porque Esaú tenía gran temor de Jacob por lo que los ángeles de Dios le habían hecho, y la ira de Esaú contra Jacob se convirtió en bondad.
56 Y cuando Esaú vio que Jacob corría hacia él, él también corrió hacia él, y lo abrazó, y se echó sobre su cuello; y se besaron y lloraron.
57 Y puso Dios temor y bondad hacia Jacob en el corazón de los hombres que vinieron con Esaú, y ellos también besaron a Jacob y lo abrazaron.
58 Y también Elifaz hijo de Esaú, con sus cuatro hermanos, hijos de Esaú, lloraron con Jacob, y lo besaron y lo abrazaron, porque el temor de Jacob había caído sobre todos ellos.
59 Y alzó Esaú sus ojos, y vio a las mujeres y a sus descendientes, los hijos de Jacob, que caminaban detrás de Jacob, e inclinados hacia Esaú.
60 Y Esaú dijo a Jacob: ¿Quiénes son éstos que están contigo, hermano mío? ¿Son tus hijos o tus siervos? Y Jacob respondió a Esaú, y dijo: Son mis hijos, los cuales Dios ha dado en su gracia a tu siervo.
61 Y mientras Jacob hablaba con Esaú y con sus hombres, Esaú vio todo el campamento, y dijo a Jacob: ¿De dónde sacaste todo el campamento que encontré anoche? Y Jacob respondió: Hallar favor a los ojos de mi señor, es lo que Dios graciosamente concedió a tu siervo.
62 Y el presente llegó delante de Esaú, y Jacob presionó a Esaú, diciendo: Te ruego que tomes el presente que he traído a mi señor. Y Esaú respondió: ¿Para qué quiero esto? Guárdalo para ti.
63 Y Jacob respondió: Me corresponde a mí darte todo esto, pues he visto tu rostro, para que aún vivas en paz.
64 Y Esaú rehusó tomar el presente, y Jacob le dijo: Te ruego, señor mío, que si he hallado favor en tus ojos, tomes mi presente de mi mano; porque he visto tu rostro como el rostro de un dios, y te agradaste conmigo.
65 Y tomó Esaú el presente, y Jacob también le dio plata, oro y bedelio, porque le presionó tanto que los tomó.
66 Y repartió Esaú el ganado que estaba en el campamento, y dio la mitad a los hombres que habían venido con él, porque habían venido a sueldo, y la otra mitad la entregó en manos de sus hijos.
67 Y dio la plata, el oro y el bedelio en manos de Elifaz su hijo mayor, y Esaú dijo a Jacob: Permanezcamos contigo, e iremos contigo poco a poco, hasta que llegues conmigo a mi lugar, para que habitemos allí juntos.
68 Y Jacob respondió a su hermano, y dijo: Yo haría como mi señor me habla, pero mi señor sabe que los niños son tiernos, y los rebaños y las manadas con sus crías que están conmigo, van lentamente, porque si fueran rápidamente todos morirían, pues tú conoces sus cargas y su fatiga.
69 Pase, pues, mi señor delante de su siervo, y yo iré despacio por amor de los niños y del rebaño, hasta que llegue a la casa de mi señor en Seir.
70 Y Esaú dijo a Jacob: Yo pondré contigo de la gente que está conmigo, para que te cuiden en el camino, y para llevar tu fatiga y tu carga. Y él respondió: ¿Qué necesidad hay, señor mío, si hallo gracia en tus ojos?
71 He aquí, yo vendré a ti, a Seir, para morar allí juntos, como has dicho; ve pues tú con tu pueblo, porque yo te seguiré.
72 Y Jacob dijo esto a Esaú, para apartar de él a Esaú y a sus hombres, para que Jacob pudiera después volver a la casa de su padre, a la tierra de Canaán.
73 Y Esaú escuchó la voz de Jacob, y volvió Esaú con los cuatrocientos hombres que estaban con él en su camino a Seir, y Jacob y todo lo que le pertenecía llegaron aquel día hasta el extremo de la tierra de Canaán en sus fronteras, y permaneció allí algún tiempo.

CAPÍTULO 33

1 Después de algún tiempo, Jacob se apartó de los límites de aquella tierra, y llegó a la tierra de Salem, es decir, a la ciudad de Siquem, que está en la tierra de Canaán; y descansó delante de la ciudad.
2 Y compró una parte del campo que había allí, de los hijos de Hamor, pueblo de aquella tierra, por cinco siclos.
3 Y Jacob edificó allí para sí una casa, y plantó allí su tienda, é hizo cabañas para su ganado; por lo cual llamó el nombre de aquel lugar Sucot.
4 Y Jacob permaneció en Sucot un año y seis meses.
5 En aquel tiempo algunas de las mujeres de los habitantes de la tierra fueron a la ciudad de Siquem para danzar y regocijarse con las hijas de los habitantes de la ciudad; y cuando ellas salieron, entonces Raquel y Lea, las esposas de Jacob, también fueron con sus familias para contemplar el regocijo de las hijas de la ciudad.
6 Y Dina la hija de Jacob también fue con ellos, y vio a las hijas de la ciudad; y permanecieron allí delante de estas hijas, mientras todo el pueblo de la ciudad estaba junto a ellas para contemplar su regocijo; y todo el pueblo grande de la ciudad estaba allí.
7 También Siquem hijo de Hamor, príncipe de la tierra, estaba allí para verlos.
8 Y vio Siquem a Dina la hija de Jacob sentada con su madre delante de las doncellas de la ciudad; y la joven le agradó en gran manera; y preguntó allí a sus amigos y a su pueblo, diciendo: ¿De quién es hija la que está sentada entre las mujeres, a quien yo no conozco en esta ciudad?
9 Y le dijeron: Ciertamente ésta es la hija de Jacob, hijo de Isaac el hebreo, el cual ha habitado en esta ciudad por algún tiempo, y cuando se oyó que las hijas de la tierra salían a regocijarse, ella fue con su madre y sus siervas a sentarse entre ellas, como ves.
10 Y vio Siquem a Dina la hija de Jacob, y cuando la miró, su alma se fijó en Dina.
11 Y él envió y la hizo tomar por fuerza, y Dina vino a casa de Siquem, y él la tomó por fuerza, y se acostó con ella, y la humilló; y la amó mucho, y la puso en su casa.
12 Y vinieron y le dijeron lo sucedido a Jacob; y oyó Jacob que Siquem había deshonrado a su hija Dina. Entonces Jacob envió a doce de sus siervos para que trajeran a Dina de casa de Siquem; y ellos fueron y vinieron a casa de Siquem para llevarse a Dina de allí.
13 Y cuando ellos llegaron, Siquem salió a ellos con sus hombres, y los echó de su casa; y no los dejó venir delante de Dina; pero Siquem estaba sentado con Dina, besándola y abrazándola delante de todos.

14 Y los siervos de Jacob volvieron y le hicieron saber, diciendo: Cuando llegamos, él y sus hombres nos echaron; y así hizo Siquem a Dina delante de nuestros ojos.
15 Y Jacob supo además que Siquem había deshonrado a su hija, pero no dijo nada; y sus hijos estaban apacentando su ganado en el campo, y Jacob permaneció callado hasta que ellos regresaron.
16 Y antes que sus hijos regresaran a casa, Jacob envió dos doncellas de las hijas de sus siervos para que cuidasen de Dina en la casa de Siquem, y estuvieran con ella; y Siquem envió tres de sus amigos a su padre Hamor hijo de Chiddecem, hijo de Pered, diciendo: Tómame a esta joven por mujer.
17 Y vino Hamor hijo de Hidequem heveo a casa de Siquem su hijo, y se sentó delante de él; y dijo Hamor a su hijo: Siquem, ¿no hay mujer entre las hijas de tu pueblo, para que tomes mujer hebrea que no sea de tu pueblo?
18 Y Siquem le respondió: Sólo a ella debes tomarla para mí, porque ella es deseable a mis ojos. Y Hamor hizo conforme al dicho de su hijo, porque él lo amaba mucho.
19 Y Hamor salió a Jacob para hablar con él acerca de este asunto; y cuando él se hubo ido de la casa de su hijo Siquem, antes que viniera a Jacob para hablarle, he aquí que los hijos de Jacob habían regresado del campo, tan pronto como oyeron lo que Siquem hijo de Hamor había hecho.
20 Y los hombres estaban muy tristes por su hermana, y todos regresaron a casa enojados, antes del tiempo de recoger el ganado.
21 Y vinieron y se sentaron delante de su padre, y le hablaron enojados, diciendo: Ciertamente la muerte es de este hombre y de su casa, porque el Señor Dios de toda la tierra mandó a Noé y a sus hijos que el hombre nunca robara, ni cometiera adulterio; ahora he aquí que Siquem ha asolado y cometido fornicación con nuestra hermana, y ninguno de todos los habitantes de la ciudad le ha hablado una palabra.
22 Ciertamente tú sabes y entiendes que el juicio de muerte le corresponde a Siquem, y a su padre, y a toda la ciudad por lo que él hizo.
23 Y mientras ellos hablaban delante de su padre sobre este asunto, he aquí que Hamor padre de Siquem vino a hablar a Jacob las palabras de su hijo acerca de Dina; y se sentó delante de Jacob y delante de sus hijos.
24 Y Hamor les habló, diciendo: El alma de mi hijo Siquem se ha enamorado de vuestra hija; os ruego que se la deis por mujer, y os unáis a nosotras. Dadnos vuestras hijas, y nosotros os daremos las nuestras, y habitaréis con nosotros en nuestra tierra, y seremos como un solo pueblo en la tierra.
25 Porque nuestra tierra es muy extensa; habitad, negociad en ella, tomad posesiones en ella y haced en ella lo que bien os parezca, y nadie os lo impedirá con palabra alguna.
26 Y Hamor dejó de hablar a Jacob y a sus hijos; y he aquí que Siquem su hijo venía tras él, y estaba sentado delante de ellos.
27 Y habló Siquem delante de Jacob y de sus hijos, diciendo: Halle yo gracia en tus ojos, para que me des tu hija, y haré por ella todo lo que me digas.
28 Pídeme abundante dote y regalos, y te los daré; y todo lo que me digas, eso haré; y quien se rebele contra tus órdenes, morirá; solamente dame a la joven por mujer.
29 Y Simeón y Leví respondieron engañosamente a Hamor y a Siquem su hijo, diciendo: Haremos por vosotros todo lo que nos habéis dicho.
30 Y he aquí nuestra hermana está en tu casa, pero no te acerques a ella hasta que enviemos información a nuestro padre Isaac sobre este asunto, porque nada podemos hacer sin su consentimiento.
31 Porque él conoce los caminos de nuestro padre Abraham, y todo lo que nos diga, os lo haremos saber, sin ocultaros nada.
32 Y Simeón y Leví dijeron esto a Siquem y a su padre, para buscar pretexto y consultar qué se debería hacer con Siquem y con su ciudad en este asunto.
33 Y oyeron Siquem y su padre las palabras de Simeón y de Leví, y les pareció bien, y salieron Siquem y su padre para volver a sus casas.
34 Y cuando ellos se fueron, los hijos de Jacob dijeron a su padre, diciendo: He aquí, sabemos que la muerte corresponde a estos malvados y a su ciudad, porque transgredieron lo que Dios había ordenado a Noé y a sus hijos y a su descendencia después de ellos.
35 Y también porque Siquem hizo esto a nuestra hermana Dina, contaminándola, pues jamás se hará tal vileza entre nosotros.
36 Ahora pues, sabed y ved lo que habéis de hacer, y buscad consejo y pretexto sobre lo que se ha de hacer con ellos, para matar a todos los habitantes de esta ciudad.
37 Y Simeón les dijo: He aquí un consejo apropiado para vosotros: Decidles que circunciden a todo varón entre ellos, como estamos circuncidados nosotros; y si no quieren hacerlo, les quitaremos a nuestra hija y nos iremos.
38 Y si consienten en hacerlo y lo hacen, entonces cuando estén hundidos en el dolor, los atacaremos con nuestras espadas, como a uno que es tranquilo y pacífico, y mataremos a todo varón entre ellos.
39 Y el consejo de Simeón les agradó, y Simeón y Leví resolvieron hacer con ellos según lo propuesto.
40 Y a la mañana siguiente Siquem y Hamor su padre volvieron a Jacob y a sus hijos, para hablar acerca de Dina, y para oír qué respuesta darían los hijos de Jacob a sus palabras.
41 Y los hijos de Jacob les hablaron engañosamente, diciendo: Nosotros contamos a nuestro padre Isaac todas tus palabras, y le agradaron tus palabras.
42 Pero él nos habló, diciendo: Así le mandó a Abraham su padre, de parte de Dios, el Señor de toda la tierra: que cualquier hombre que no sea de su descendencia y quiera tomar a una de sus hijas, haga circuncidar a todo varón suyo, como nos circuncidamos nosotros, y entonces le daremos nuestra hija por mujer.
43 Ahora bien, os hemos dado a conocer todos nuestros caminos que nuestro padre nos habló; porque no podemos hacer esto que nos dijisteis, dar nuestra hija a un hombre incircunciso, porque nos es afrenta.
44 Pero en esto consentiremos con vosotros, en daros nuestra hija, y también tomaremos para nosotros vuestras hijas, y habitaremos entre vosotros y seremos un pueblo, como habéis dicho, si nos escucháis y consentís en ser como nosotros, circuncidando a todo varón vuestro, como nosotras somos circuncidadas.
45 Y si no nos escucháis y circuncidad a todo varón, como nosotras lo hacemos, como hemos mandado, entonces

vendremos a vosotros, y tomaremos de entre vosotros nuestra hija, y nos iremos.
46 Y Siquem y su padre Hamor oyeron las palabras de los hijos de Jacob, y el asunto les agradó mucho; y Siquem y su padre Hamor se apresuraron a hacer los deseos de los hijos de Jacob, porque Siquem amaba mucho a Dina, y su alma estaba apegada a ella.
47 Y Siquem y su padre Hamor se apresuraron a llegar a la puerta de la ciudad, y reunieron a todos los hombres de su ciudad y les hablaron las palabras de los hijos de Jacob, diciendo:
48 Vinimos a estos hombres, los hijos de Jacob, y les hablamos tocante a su hija, y estos hombres consintieron en hacer conforme a nuestros deseos; y he aquí, nuestra tierra es de gran extensión para ellos, y ellos habitarán en ella y comerciarán en ella, y seremos un pueblo; tomaremos sus hijas, y les daremos nuestras hijas por esposas.
49 Pero solamente con esta condición estos hombres consentirán en hacer esto, que todo varón entre nosotros sea circuncidado como ellos son circuncidados, como su Dios les ordenó, y cuando hayamos hecho conforme a sus instrucciones de ser circuncidados, entonces habitarán entre nosotros, junto con su ganado y posesiones, y seremos como un solo pueblo con ellos.
50 Y cuando todos los hombres de la ciudad oyeron las palabras de Siquem y de su padre Hamor, entonces todos los hombres de su ciudad estuvieron de acuerdo con esta propuesta, y obedecieron y se circuncidaron, porque Siquem y su padre Hamor eran muy estimados por ellos, siendo los príncipes de la tierra.
51 Y al día siguiente, Siquem y Hamor su padre se levantaron muy de mañana, y reunieron a todos los hombres de su ciudad en medio de la ciudad, y llamaron a los hijos de Jacob, los cuales circuncidaron a todo varón que les pertenecía aquel día y el siguiente.
52 Y circuncidaron a Siquem, a Hamor su padre, y a los cinco hermanos de Siquem; y luego cada uno se levantó y se fue a su casa, porque esto era de parte de Jehová contra la ciudad de Siquem, y de parte de Jehová era el consejo de Simeón en este asunto, para que Jehová entregase la ciudad de Siquem en manos de los dos hijos de Jacob.

CAPÍTULO 34

1 Y el número de todos los varones que fueron circuncidados fue seiscientos cuarenta y cinco hombres, y doscientos cuarenta y seis niños.
2 Pero Hidequem hijo de Pered, padre de Hamor, y sus seis hermanos no quisieron escuchar a Siquem y a su padre Hamor, ni quisieron circuncidarse, porque la propuesta de los hijos de Jacob era abominable a sus ojos, y su ira se encendió en gran manera por no haberles escuchado el pueblo de la ciudad.
3 Y al anochecer del segundo día, hallaron ocho niños pequeños que no habían sido circuncidados, porque sus madres los habían ocultado de Siquem, de su padre Hamor y de los hombres de la ciudad.
4 Y Siquem y su padre Hamor mandaron que los trajeran ante ellos para circuncidarlos, pero Hidequem y sus seis hermanos se lanzaron contra ellos con sus espadas y procuraron matarlos.
5 Y procuraron matar también a Siquem y a su padre Hamor, y procuraron matar también a Dina con ellos por causa de este asunto.
6 Y ellos les dijeron: ¿Qué es esto que habéis hecho? ¿No hay mujeres entre las hijas de vuestros hermanos los cananeos, para que queráis tomar para vosotros hijas de los hebreos, a quienes no conocisteis antes, y queréis hacer esta acción que nunca os mandaron vuestros padres?
7 ¿Pensáis que tendréis éxito con esta acción que habéis realizado? ¿Y qué responderéis sobre este asunto a vuestros hermanos los cananeos, cuando vengan mañana y os pregunten acerca de este asunto?
8 Y si vuestra acción no parece justa ni buena delante de ellos, ¿qué haréis vosotros por vuestras vidas, y yo por nuestras vidas, por no haber escuchado nuestras voces?
9 Y si los moradores de la tierra y todos vuestros hermanos, los hijos de Cam, oyeren vuestro acto, diciendo:
10 Por causa de una mujer hebrea Siquem y Hamor su padre, y todos los moradores de su ciudad, hicieron lo que no sabían, ni sus padres les ordenaron. ¿Adónde, pues, huiréis, o dónde ocultaréis vuestra vergüenza todos vuestros días delante de vuestros hermanos, los moradores de la tierra de Canaán?
11 Ahora, pues, no podemos soportar esto que has hecho, ni podemos llevar sobre nosotros este yugo que no nos mandaron nuestros padres.
12 He aquí, mañana iremos y reuniremos a todos nuestros hermanos, los hermanos cananeos que habitan en la tierra, y todos vendremos y te heriremos a ti y a todos los que confían en ti, para que no quede remanente de ti ni de ellos.
13 Y cuando Hamor y su hijo Siquem y todo el pueblo de la ciudad oyeron las palabras de Hidequem y de sus hermanos, temieron terriblemente por sus vidas a causa de sus palabras, y se arrepintieron de lo que habían hecho.
14 Y Siquem y su padre Hamor respondieron a su padre Hidequem y a sus hermanos, y les dijeron: Todas las palabras que nos habéis hablado, son verdad.
15 Ahora pues, no digáis, ni penséis en vuestro corazón que por amor a los hebreos hicimos esto que nuestros padres no nos mandaron.
16 Pero como vimos que no era su intención ni deseo acceder a nuestros deseos respecto a su hija en cuanto a que la tomáramos, excepto con esta condición, escuchamos sus voces e hicimos este acto que viste, para obtener de ellos nuestro deseo.
17 Y cuando hayamos obtenido de ellos nuestra petición, entonces regresaremos a ellos y haremos con ellos lo que nos digas.
18 Os rogamos, pues, que esperéis y os demoréis hasta que nuestra carne sane y volvamos a ser fuertes, y entonces iremos juntos contra ellos y haremos con ellos lo que está en vuestros corazones y en los nuestros.
19 Y oyó Dina hija de Jacob todas estas palabras que Hidquem y sus hermanos habían dicho, y lo que Hamor y su hijo Siquem y los hombres de su ciudad les habían respondido.
20 Y ella se apresuró a enviar una de sus siervas, las cuales su padre había enviado para que la guardase en la casa de Siquem, a Jacob su padre y a sus hermanos, diciendo:
21 Así aconsejaron Hidequem y sus hermanos acerca de vosotros, y así les respondieron Hamor y Siquem y los habitantes de la ciudad.

22 Y cuando Jacob oyó estas palabras, se llenó de ira, y se indignó contra ellos, y se encendió su furor contra ellos.
23 Y Simeón y Leví juraron, y dijeron: Vive Jehová, Dios de toda la tierra, que mañana a esta hora no quedará remanente en toda la ciudad.
24 Y se habían escondido veinte jóvenes que no estaban circuncidados, y estos jóvenes pelearon contra Simeón y Leví, y Simeón y Leví mataron a dieciocho de ellos, y dos huyeron de ellos y se escaparon a unas zanjas de cal que estaban en la ciudad; y Simeón y Leví los buscaron, pero no los pudieron hallar.
25 Y Simeón y Leví siguieron rondando por la ciudad, y mataron a todo el pueblo de la ciudad a filo de espada, y no dejaron sobreviviente alguno.
26 Y hubo una gran consternación en medio de la ciudad, y el clamor del pueblo de la ciudad subió al cielo; y todas las mujeres y los niños clamaban en alta voz.
27 Y Simeón y Leví hirieron a toda la ciudad, sin dejar varón en toda la ciudad.
28 Y a Hamor y a Siquem su hijo los mataron a filo de espada, y llevaron a Dina de la casa de Siquem, y se fueron de allí.
29 Y los hijos de Jacob fueron y volvieron, y hallaron a los muertos, y saquearon toda su propiedad que estaba en la ciudad y en el campo.
30 Y mientras ellos tomaban el botín, trescientos hombres se levantaron y les echaron polvo y los hirieron con piedras; y Simeón se volvió hacia ellos, y los mató a todos a filo de espada; y se volvió Simeón delante de Leví, y entró en la ciudad.
31 Y tomaron sus ovejas, sus bueyes, sus ganados, y también el resto de las mujeres y de los niños, y llevaron todo esto lejos, y abrieron una puerta, y salieron, y vinieron a su padre Jacob con vigor.
32 Y cuando Jacob vio todo lo que habían hecho a la ciudad, y vio el botín que les habían quitado, Jacob se enojó mucho contra ellos, y les dijo: ¿Qué es esto que me han hecho? He aquí, obtuve descanso entre los habitantes cananeos de la tierra, y ninguno de ellos se metió conmigo.
33 Y ahora habéis hecho que yo sea odioso a los habitantes de la tierra, entre los cananeos y los ferezeos, y yo soy de un número pequeño, y todos ellos se juntarán contra mí y me matarán cuando oigan de vuestra obra con sus hermanos, y yo y mi casa seremos destruidos.
34 Y Simeón y Leví y todos sus hermanos con ellos respondieron a su padre Jacob, y le dijeron: He aquí que nosotros vivimos en la tierra, ¿y ha de hacer Siquem esto a nuestra hermana? ¿Por qué guardas silencio sobre todo lo que ha hecho Siquem? ¿Ha de tratar él a nuestra hermana como a una ramera en la calle?
35 Y el número de las mujeres que Simeón y Leví tomaron cautivas de la ciudad de Siquem, sin matarlas, fue ochenta y cinco, que no habían conocido varón.
36 Y entre ellos había una joven de hermoso aspecto y buena presencia, cuyo nombre era Buna, y Simeón la tomó por mujer; y el número de los varones que tomaron cautivos y no mataron fue de cuarenta y siete hombres, y a los demás los mataron.
37 Y todos los jóvenes y las jovencitas que Simeón y Leví habían tomado cautivos de la ciudad de Siquem, fueron siervos de los hijos de Jacob y de sus hijos después de ellos, hasta el día en que los hijos de Jacob salieron de la tierra de Egipto.
38 Y cuando Simeón y Leví habían salido de la ciudad, los dos jóvenes que habían quedado, que se habían escondido en la ciudad, y no murieron entre la gente de la ciudad, se levantaron, y estos jóvenes entraron en la ciudad y caminaron por ella, y encontraron la ciudad desolada sin hombres, y sólo mujeres llorando, y estos jóvenes gritaron y dijeron: He aquí, este es el mal que los hijos de Jacob el hebreo hicieron a esta ciudad al haber destruido hoy una de las ciudades cananeas, y no temieron por sus vidas en toda la tierra de Canaán.
39 Y aquellos hombres salieron de la ciudad y fueron a la ciudad de Tapnac, y cuando llegaron allá, contaron a los habitantes de Tapnac todo lo que les había sucedido, y todo lo que los hijos de Jacob habían hecho en la ciudad de Siquem.
40 Y la noticia llegó a Jasub rey de Tapnac, y él envió hombres a la ciudad de Siquem para ver a aquellos jóvenes, porque el rey no les creyó en este relato, diciendo: ¿Cómo podrían dos hombres asolar una ciudad tan grande como Siquem?
41 Y los mensajeros de Jasub volvieron y le dieron aviso, diciendo: Llegamos a la ciudad, y he aquí que está destruida; no hay allí hombre alguno, sino mujeres que lloran; tampoco hay allí rebaños ni ganado; porque todo lo que había en la ciudad lo tomaron los hijos de Jacob.
42 Y Jasub se maravilló de esto, y dijo: ¿Cómo pudieron dos hombres hacer esto, destruir una ciudad tan grande, y sin que ningún hombre pudiera hacerles frente?
43 Porque nunca ha sucedido nada parecido desde los días de Nimrod, ni siquiera desde el tiempo más remoto ha sucedido nada parecido; y Jasub, rey de Tapnach, dijo a su pueblo: «Sed valientes, e iremos y pelearemos contra estos hebreos, y haremos con ellos lo que ellos hicieron con la ciudad, y vengaremos la causa del pueblo de la ciudad».
44 Y Jasub, rey de Tapnac, consultó con sus consejeros acerca de este asunto, y sus consejeros le dijeron: Tú solo no prevalecerás sobre los hebreos, porque ellos necesitan ser poderosos para hacer esta obra en toda la ciudad.
45 Si dos de ellos asolaran toda la ciudad, y nadie pudiera hacerles frente, ciertamente si tú fuiste contra ellos, todos ellos se levantarán contra nosotros y nos destruirán igualmente.
46 Pero si envías mensaje a todos los reyes que nos rodean, y los permites venir juntos, entonces iremos con ellos y pelearemos contra los hijos de Jacob, y prevalecerás contra ellos.
47 Y oyó Jasub las palabras de sus consejeros, y sus palabras agradaron a él y a su pueblo, y lo hizo así; y Jasub rey de Tapnac envió a decir a todos los reyes de los amorreos que rodeaban a Siquem y a Tapnac:
48 Subid conmigo y ayudadme, y heriremos a Jacob el hebreo y a todos sus hijos, y los destruiremos de la tierra; porque así hizo él a la ciudad de Siquem, ¿y tú no lo sabes?
49 Y todos los reyes de los amorreos oyeron el mal que los hijos de Jacob habían hecho a la ciudad de Siquem, y se maravillaron mucho a causa de ellos.
50 Y los siete reyes de los amorreos se reunieron con todos sus ejércitos, como diez mil hombres con espadas desenvainadas, y vinieron para pelear contra los hijos de Jacob; y Jacob oyó que los reyes de los amorreos se habían

reunido para pelear contra sus hijos, y Jacob tuvo gran temor, y se angustió.
51 Y Jacob gritó contra Simeón y Leví, diciendo: ¿Qué acción es ésta que habéis hecho? ¿Por qué me habéis agraviado, trayendo contra mí a todos los hijos de Canaán para que me destruyan a mí y a mi casa? Pues yo estaba tranquilo, yo y mi casa, y habéis hecho esto conmigo, y habéis provocado contra mí a los moradores de la tierra con vuestras acciones.
52 Entonces Judá respondió a su padre, diciendo: ¿Acaso mis hermanos Simeón y Leví mataron en vano a todos los habitantes de Siquem? Sin duda fue porque Siquem humilló a nuestra hermana y quebrantó el mandato de nuestro Dios respecto de Noé y de sus hijos, pues Siquem tomó a nuestra hermana por fuerza y cometió adulterio con ella.
53 Y Siquem hizo todo este mal, y ninguno de los habitantes de su ciudad le dijo: ¿Por qué haces esto? Ciertamente por eso mis hermanos fueron y atacaron la ciudad, y el Señor la entregó en sus manos, porque sus habitantes habían transgredido los mandamientos de nuestro Dios. ¿Es, pues, en vano que han hecho todo esto?
54 Ahora pues, ¿por qué tienes miedo y te angustias, y por qué te enojas con mis hermanos, y por qué se enciende tu ira contra ellos?
55 Ciertamente nuestro Dios que entregó en sus manos la ciudad de Siquem y sus habitantes, entregará también en nuestras manos a todos los reyes cananeos que vienen contra nosotros; y haremos con ellos como mis hermanos hicieron con Siquem.
56 Ahora, pues, estad tranquilos acerca de ellos, y desechad vuestros temores, sino confiad en el Señor nuestro Dios, y orad a él para que nos ayude y nos libre, y entregue a nuestros enemigos en nuestras manos.
57 Y Judá llamó a uno de los siervos de su padre, y le dijo: Ve ahora, y mira dónde están esos reyes que vienen contra nosotros, y sus ejércitos.
58 Y el criado fue y miró a lo lejos, y subió hasta el monte Sehón, y vio todos los campamentos de los reyes que estaban en el campo; y volvió a Judá, y dijo: He aquí, los reyes y todos sus campamentos están sentados en el campo; un pueblo muy numeroso, como la arena que está a la orilla del mar.
59 Y Judá dijo a Simeón y a Leví, y a todos sus hermanos: Esforzaos y sed hijos valientes, porque Jehová nuestro Dios está con nosotros; no los temáis.
60 Cada uno de vosotros se pondrá en pie, y se ceñirá su arma de guerra, su arco y su espada, y saldremos y pelearemos contra estos hombres incircuncisos. El Señor es nuestro Dios y él nos salvará.
61 Y se levantaron, y cada uno se ciñó sus armas de guerra, grandes y chicos, los once hijos de Jacob, y todos los siervos de Jacob con ellos.
62 Y todos los siervos de Isaac que estaban con Isaac en Hebrón, todos vinieron a ellos equipados con toda clase de instrumentos de guerra, y los hijos de Jacob y sus siervos, siendo ciento doce hombres, fueron hacia estos reyes, y Jacob también fue con ellos.
63 Y los hijos de Jacob enviaron a decir a su padre Isaac hijo de Abraham, a Hebrón (que es Quiriat-arba):
64 Te rogamos ahora por nosotros al Señor nuestro Dios, que nos guardes de las manos de los cananeos que vienen contra nosotros, y que los entregues en nuestras manos.
65 E Isaac hijo de Abraham oró a Jehová por sus hijos, y dijo: Oh Jehová Dios, tú prometiste a mi padre, diciendo: Yo multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y también me prometiste, y confirmaste tu palabra, ahora que los reyes de Canaán se han unido para hacer guerra contra mis hijos, porque no han cometido violencia.
66 Ahora pues, oh Señor Dios, Dios de toda la tierra, te ruego que perviertas el consejo de estos reyes, para que no peleen contra mis hijos.
67 E imprime en los corazones de estos reyes y de sus pueblos el terror de mis hijos, y abate su orgullo, para que se aparten de mis hijos.
68 Y con tu mano fuerte y con tu brazo extendido libra a mis hijos y a sus siervos de ellos, porque poder y fuerza están en tu mano para hacer todo esto.
69 Y los hijos de Jacob y sus siervos fueron hacia estos reyes, y confiaron en el Señor su Dios, y mientras iban, Jacob su padre también oró al Señor y dijo: Oh Señor Dios, Dios poderoso y exaltado, que has reinado desde los días antiguos, desde entonces hasta ahora y para siempre;
70 Tú eres quien provoca las guerras y las hace cesar; en tu mano está el poder y la fuerza para exaltar y para derribar; oh, que mi oración sea aceptable delante de ti, para que te vuelvas hacia mí con tus misericordias, para impresionar los corazones de estos reyes y sus pueblos con el terror de mis hijos, y aterrorizarlos a ellos y a sus campamentos, y con tu gran bondad liberar a todos los que confían en ti, porque eres tú quien puede someter a los pueblos y reducir a las naciones bajo nuestro poder.

CAPÍTULO 35

1 Y vinieron todos los reyes de los amorreos, y se pusieron en el campo para consultar con sus consejeros qué se debía hacer con los hijos de Jacob; porque aún tenían miedo de ellos, y decían: He aquí, dos de ellos han matado a toda la ciudad de Siquem.
2 Y el Señor escuchó las oraciones de Isaac y de Jacob, y llenó de gran temor y terror los corazones de todos los consejeros de estos reyes, de modo que exclamaron unánimemente:
3 ¿Sois hoy necios, o no hay en vosotros entendimiento, para que peleéis contra los hebreos? ¿Por qué os deleitáis hoy en vuestra propia destrucción?
4 He aquí dos de ellos vinieron a la ciudad de Siquem sin temor ni terror, y mataron a todos los habitantes de la ciudad, sin que nadie pudiera hacerles frente. ¿Cómo, pues, podrás pelear con todos ellos?
5 Ciertamente tú sabes que su Dios está sumamente enamorado de ellos, y ha hecho por ellos cosas poderosas, tales como no se han hecho desde los días antiguos, y entre todos los dioses de las naciones, no hay nadie que pueda hacer obras poderosas como las suyas.
6 Ciertamente él libró a su padre Abraham, el hebreo, de mano de Nimrod, y de mano de todo su pueblo que muchas veces habían procurado matarlo.
7 También lo libró del fuego en el cual lo había arrojado el rey Nimrod, y de él lo libró su Dios.

8 ¿Y quién más puede hacer lo mismo? Ciertamente fue Abraham quien mató a los cinco reyes de Elam, cuando ellos tocaron al hijo de su hermano que en aquellos días habitaba en Sodoma.
9 Y tomaron a su siervo el que era fiel en su casa, y a algunos de sus hombres, y persiguieron a los reyes de Elam en una noche, y los mataron; y devolvieron al hijo de su hermano todos los bienes que le habían quitado.
10 Y seguramente sabéis que el Dios de estos hebreos está muy complacido con ellos, y ellos también están complacidos con él, porque saben que él los libró de todos sus enemigos.
11 Y he aquí que por su amor hacia su Dios, Abraham tomó a su hijo único y precioso y quiso criarlo como holocausto para su Dios, y si no hubiera sido por Dios que le impidió hacer esto, entonces lo habría hecho por su amor a su Dios.
12 Y vio Dios todas sus obras, y le juró y le prometió que libraría a sus hijos y a toda su descendencia de toda angustia que les sobrevendría, por cuanto había hecho esto, y por su amor a su Dios había sofocado su compasión por su hijo.
13 ¿Y no has oído lo que hizo su Dios a Faraón rey de Egipto, y a Abimelec rey de Gerar, cuando tomaron a Abraham por mujer, el cual dijo de ella: Mi hermana es; para que no lo mataran por causa de ella, y pensaran tomarla por mujer? E hizo Dios con ellos y con su pueblo todo lo que has oído.
14 Y he aquí, nosotros mismos vimos con nuestros propios ojos que Esaú, hermano de Jacob, vino a él con cuatrocientos hombres, con la intención de matarlo, porque recordaba que le había quitado la bendición de su padre.
15 Y salió a su encuentro cuando venía de Siria, para herir a la madre con los hijos; y ¿quién lo libró de sus manos, sino su Dios en quien él confiaba? Lo libró de la mano de su hermano, y también de la mano de sus enemigos, y ciertamente él nuevamente los protegerá.
16 ¿Quién no sabe que fue su Dios quien les infundió poder para hacer en la ciudad de Siquem el mal del que oísteis?
17 ¿Podría ser, pues, que dos hombres con sus propias fuerzas pudieran destruir una ciudad tan grande como Siquem, si no hubiera sido por su Dios en quien ellos confiaban? Él dijo e hizo con ellos todo esto para matar a los habitantes de la ciudad en su ciudad.
18 ¿Y podrás entonces prevalecer sobre los que han salido juntos de tu ciudad para pelear contra todos ellos, incluso si mil veces más vinieran en tu ayuda?
19 Seguramente sabéis y entendéis que no venís a pelear contra ellos, sino a hacer guerra contra su Dios, que los escogió, y por eso todos vosotros habéis venido hoy para ser destruidos.
20 Ahora pues, absteneos de este mal que estáis tratando de traer sobre vosotros mismos, y será mejor para vosotros no ir a la guerra contra ellos, aunque son pocos en número, porque su Dios está con ellos.
21 Y cuando los reyes de los amorreos oyeron todas las palabras de sus consejeros, su corazón se llenó de terror, y tuvieron miedo de los hijos de Jacob, y no quisieron pelear contra ellos.
22 E inclinaron sus oídos a las palabras de sus consejeros, y escucharon todas sus palabras; y las palabras de los consejeros agradaron mucho a los reyes, y lo hicieron así.
23 Y los reyes se volvieron y se abstuvieron de los hijos de Jacob, porque no se atrevieron a acercarse a ellos para hacerles guerra, porque les tenían gran temor, y su corazón se derritió dentro de ellos por el temor de ellos.
24 Porque esto procedió de Jehová hacia ellos, pues él oyó las oraciones de sus siervos Isaac y Jacob, porque confiaron en él; y todos estos reyes volvieron con sus campamentos aquel día, cada uno a su ciudad, y no pelearon en aquel tiempo contra los hijos de Jacob.
25 Y los hijos de Jacob se quedaron allí aquel día hasta la tarde, frente al monte Sehón; y viendo que aquellos reyes no venían a pelear contra ellos, los hijos de Jacob regresaron a sus casas.

CAPÍTULO 36

1 En aquel tiempo se apareció Jehová a Jacob, diciendo: Levántate, ve a Betel, y mora allí, y haz allí un altar a Jehová que se te apareció, y te ha librado a ti y a tus hijos de la aflicción.
2 Y se levantó Jacob con sus hijos y todo lo que tenía, y fueron y vinieron a Bet-el conforme a la palabra de Jehová.
3 Y Jacob tenía noventa y nueve años cuando subió a Bet-el; y Jacob y sus hijos y todo el pueblo que con él estaba permanecieron en Bet-el de Luz; y edificó allí un altar a Jehová que se le había aparecido; y Jacob y sus hijos permanecieron en Bet-el seis meses.
4 En aquel tiempo murió Débora, hija de Uz, nodriza de Rebeca, la cual había estado con Jacob; y Jacob la sepultó al pie de Betel, debajo de una encina que había allí.
5 También murió en aquel tiempo Rebeca, hija de Betuel, madre de Jacob, en Hebrón, que es Quiriat-arba; y fue sepultada en la cueva de Macpela, la cual Abraham había comprado a los hijos de Het.
6 Y fue la vida de Rebeca ciento treinta y tres años, y murió. Y oyó Jacob que su madre Rebeca había muerto, lloró amargamente por su madre, e hizo gran duelo por ella, y por Débora su nodriza debajo de la encina; y llamó el nombre de aquel lugar Alón-bacut.
7 Y murió en aquellos días Labán el sirio, porque Dios lo hirió, por cuanto quebrantó el pacto que había entre él y Jacob.
8 Y era Jacob de cien años cuando Jehová se le apareció, y le bendijo, y llamó su nombre Israel; y concibió Raquel la mujer de Jacob en aquellos días.
9 En aquel tiempo partió Jacob de Betel con todo lo que tenía para ir a Hebrón, a la casa de su padre.
10 Y mientras iban por el camino, y faltaba todavía un trecho para llegar a Efrata, Raquel dio a luz un hijo, y le dio a luz un duro parto, y murió.
11 Y Jacob la sepultó en el camino de Efrata, que es Belén, y puso un pilar sobre su sepulcro, que está allí hasta hoy; y fueron los días de Raquel cuarenta y cinco años, y murió.
12 Y llamó Jacob el nombre de su hijo que le nació, que le dio a luz Raquel, Benjamín; porque le nació en la tierra de la derecha.
13 Después de la muerte de Raquel, Jacob plantó su tienda en la tienda de Bilha su sierva.

14 Y Rubén tuvo celos de su madre Lea a causa de esto, y se llenó de ira, y se levantó en su ira, y fue y entró en la tienda de Bilha, y removió de allí la cama de su padre.
15 En aquel tiempo, la primogenitura, junto con el realismo y el sacerdocio, fueron quitados de los hijos de Rubén, por haber profanado el lecho de su padre; y la primogenitura fue dada a José, el realismo a Judá, y el sacerdocio a Leví, por haber profanado Rubén el lecho de su padre.
16 Estas son las generaciones de Jacob que le nacieron en Padan-aram; los hijos de Jacob fueron doce.
17 Los hijos de Lea fueron Rubén el primogénito, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón y Dina su hermana; y los hijos de Raquel fueron José y Benjamín.
18 Los hijos de Zilpa, sierva de Lea, fueron Gad y Aser, y los hijos de Bilha, sierva de Raquel, fueron Dan y Neftalí. Éstos fueron los hijos de Jacob, que le nacieron en Padan-aram.
19 Y Jacob partió con sus hijos y todo lo que le pertenecía, y llegó a Mamre, que es Quiriat-arba, que está en Hebrón, donde habitaron Abraham e Isaac; y Jacob y sus hijos, y todo lo que le pertenecía, moraron con su padre en Hebrón.
20 Y su hermano Esaú y sus hijos, y todo lo que le pertenecía, fueron a la tierra de Seir, y habitaron allí, y tuvieron posesiones en la tierra de Seir; y los hijos de Esaú fueron fructíferos y se multiplicaron en gran manera en la tierra de Seir.
21 Y éstas son las generaciones de Esaú que le nacieron en la tierra de Canaán; y los hijos de Esaú fueron cinco.
22 Y Ada dio a luz a Esaú su primogénito, Elifaz, y también le dio a luz a Reuel, y Ahlibama le dio a luz a Jeús, a Yaalam y a Coré.
23 Estos son los hijos de Esaú que le nacieron en la tierra de Canaán. Los hijos de Elifaz hijo de Esaú fueron Temán, Omar, Zefo, Gatam, Cenaz y Amalex. Los hijos de Reuel fueron Nacat, Zerakh, Sama y Miza.
24 Los hijos de Jeús fueron Timna, Alva y Jetet; y los hijos de Yaalam fueron Alah, Finer y Cenaz.
25 Y los hijos de Coré fueron Temán, Mibzar, Magdiel y Eram; éstas son las familias de los hijos de Esaú según sus ducados en la tierra de Seir.
26 Y estos son los nombres de los hijos de Seir el horeo, que habitaron en la tierra de Seir: Lotán, Sobal, Zibeón, Aná, Disán, Ezer y Disón, siete hijos.
27 Y los hijos de Lotán fueron Hori, Hemán y su hermana Timna, la cual fue Timna, la cual vino a Jacob y a sus hijos, pero ellos no la escucharon; y ella fue y fue concubina de Elifaz hijo de Esaú, la cual le dio a luz a Amalec.
28 Los hijos de Sobal fueron Alván, Manahat, Ebal, Sefo y Onam. Los hijos de Zibeón fueron Aja y Aná. Éste fue Aná que halló a los judíos en el desierto, cuando apacentaba los asnos de Zibeón su padre.
29 Y mientras apacentaba los asnos de su padre, los llevaba por diferentes días al desierto para apacentarlos.
30 Y aconteció un día que los llevó a uno de los desiertos a la orilla del mar, frente al desierto de los pueblos; y mientras los estaba alimentando, he aquí que una tormenta muy fuerte vino del otro lado del mar y se detuvo sobre los asnos que estaban allí pastando, y todos se detuvieron.
31 Después salieron del desierto, al otro lado del mar, unos ciento veinte animales grandes y terribles; y todos llegaron al lugar donde estaban los asnos, y se pararon allí.
32 Y aquellos animales, de medio hacia abajo, tenían la forma de los hijos de los hombres, y de medio hacia arriba, algunos tenían la semejanza de osos, y algunos la semejanza de asnos, con colas detrás de ellos, desde entre sus hombros, que llegaban hasta la tierra, como las colas de los burros, y estos animales vinieron y montaron y cabalgaron sobre estos asnos, y los llevaron, y ellos se fueron hasta este día.
33 Y uno de estos animales se acercó a Aná y lo hirió con su cola, y luego huyó de aquel lugar.
34 Y cuando vio esta obra, tuvo gran temor por su vida, y huyó y se escapó a la ciudad.
35 Y contó a sus hijos y a sus hermanos todo lo que le había sucedido, y muchos fueron a buscar las asnas, pero no las hallaron; y Anah y sus hermanos no fueron más a aquel lugar desde aquel día siguiente, porque temieron en gran manera por sus vidas.
36 Y los hijos de Aná hijo de Seir fueron Disón y su hermana Ahlibama; y los hijos de Disón fueron Hemdán, Esbán, Itrán y Querán; y los hijos de Ezer fueron Bilhán, Zaaván y Acán; y los hijos de Disón fueron Uz y Arán.
37 Éstas son las familias de los hijos de Seir el horeo, según sus ducados en la tierra de Seir.
38 Y Esaú y sus hijos habitaron en la tierra de Seir el horeo, morador de aquella tierra, y poseyeron ella, y fueron fructíferos y se multiplicaron en gran manera; y Jacob y sus hijos, y todo lo que les pertenecía, habitaron con su padre Isaac en la tierra de Canaán, como Jehová había mandado a Abraham su padre.

CAPÍTULO 37

1 Y en el año ciento cinco de la vida de Jacob, que es el año noveno de habitar Jacob con sus hijos en la tierra de Canaán, llegó de Padan-aram.
2 Y en aquellos días Jacob partió con sus hijos de Hebrón, y fueron y regresaron a la ciudad de Siquem, ellos con todo lo que les pertenecía, y habitaron allí, porque los hijos de Jacob consiguieron buenos y fértiles pastos para su ganado en la ciudad de Siquem, y la ciudad de Siquem había sido reconstruida entonces, y había en ella como trescientos hombres y mujeres.
3 Y Jacob y sus hijos y todo lo que le pertenecía habitaron en la parte del campo que Jacob había comprado a Hamor padre de Siquem, cuando vino de Padan-aram, antes que Simeón y Leví atacaran la ciudad.
4 Y todos aquellos reyes de los cananeos y de los amorreos que rodeaban la ciudad de Siquem, oyeron que los hijos de Jacob habían vuelto a Siquem y habían habitado allí.
5 Y dijeron: ¿Volverán los hijos de Jacob el hebreo a la ciudad y se instalarán en ella, después que han atacado a sus moradores y los han echado? ¿Volverán ahora y también echarán a los que habitan en la ciudad, o los matarán?
6 Y todos los reyes de Canaán se reunieron de nuevo, y se juntaron para hacer guerra contra Jacob y sus hijos.
7 Y Jasub rey de Tapnac envió también a todos los reyes de sus alrededores, a Elán rey de Gaas, a Ihuri rey de Silo, a Paratón rey de Cazar, a Susi rey de Sartón, a Labán rey de Betcorán y a Sabir rey de Otnay-má, diciendo:
8 Subid a mí y ayudadme, y destruyamos a Jacob el hebreo, y a sus hijos, y a todo lo que le pertenece, porque han

vuelto a Siquem para poseerla y para matar a sus moradores, como antes.
9 Y todos estos reyes se juntaron y vinieron con todos sus campamentos, un pueblo muy numeroso como la arena que está a la orilla del mar; y todos ellos estaban frente a Tapnac.
10 Y salió contra ellos Jasub rey de Tapnac con todo su ejército, y acampó con ellos frente a Tapnac, fuera de la ciudad; y dividieron a todos estos reyes en siete divisiones, es decir, siete campamentos contra los hijos de Jacob.
11 Y enviaron una declaración a Jacob y a su hijo, diciendo: Salid todos a nosotros, para que tengamos una entrevista juntos en la llanura, y venguemos la causa de los hombres de Siquem, a quienes matasteis en su ciudad; y ahora volveréis de nuevo a la ciudad de Siquem, y habitaréis en ella, y mataréis a sus moradores como antes.
12 Y los hijos de Jacob oyeron esto, y su ira se encendió en gran manera por las palabras de los reyes de Canaán; y diez de los hijos de Jacob se apresuraron y se levantaron, y cada uno de ellos se ciñó sus armas de guerra; y había con ellos ciento dos de sus siervos equipados en orden de batalla.
13 Y todos estos hombres, los hijos de Jacob, con sus siervos, fueron hacia aquellos reyes, y Jacob su padre estaba con ellos; y todos ellos estaban sobre el montón de Siquem.
14 Y Jacob oró a Jehová por sus hijos, y extendió sus manos a Jehová, y dijo: Oh Dios, tú eres un Dios Todopoderoso, tú eres nuestro padre, tú nos formaste y somos las obras de tus manos; te ruego que por tu misericordia liberes a mis hijos de la mano de sus enemigos, quienes hoy vienen a pelear con ellos y los salves de su mano, porque en tu mano está el poder y la fuerza, para salvar a los pocos de los muchos.
15 Y da a mis hijos tus siervos, fuerza de corazón y valor para pelear contra sus enemigos, para someterlos y hacer caer a sus enemigos delante de ellos; y no mueran mis hijos y sus siervos por manos de los hijos de Canaán.
16 Pero si te parece bien quitar la vida a mis hijos y a sus siervos, tómalos en tu gran misericordia por mano de tus ministros, para que no perezcan hoy por mano de los reyes de los amorreos.
17 Y cuando Jacob dejó de orar a Jehová, la tierra tembló de su lugar, y el sol se oscureció, y todos estos reyes tuvieron miedo, y una gran consternación se apoderó de ellos.
18 Y el Señor escuchó la oración de Jacob, y el Señor impresionó los corazones de todos los reyes y de sus ejércitos con el terror y el temor de los hijos de Jacob.
19 Porque el Señor les hizo oír voz de carros, y voz de fuertes caballos de parte de los hijos de Jacob, y voz de gran ejército que los seguía.
20 Y estos reyes fueron tomados de gran terror por los hijos de Jacob, y mientras ellos estaban en sus cuarteles, he aquí que los hijos de Jacob avanzaron sobre ellos, con ciento doce hombres, con una grande y tremenda gritería.
21 Y cuando los reyes vieron que los hijos de Jacob avanzaban hacia ellos, se asustaron aún más, y se inclinaron a retirarse delante de los hijos de Jacob como al principio, y a no pelear con ellos.
22 Pero ellos no se retractaron, diciendo: Nos sería afrenta si nos retractáramos dos veces de los hebreos.
23 Y los hijos de Jacob se acercaron y avanzaron contra todos estos reyes y sus ejércitos, y vieron, y he aquí que era un pueblo muy poderoso, numeroso como la arena del mar.
24 Y los hijos de Jacob clamaron a Jehová, y dijeron: Ayúdanos, oh Jehová, ayúdanos y respóndenos, porque en ti esperamos; y no nos dejes morir por manos de estos hombres incircuncisos que vienen hoy contra nosotros.
25 Y los hijos de Jacob se ciñeron sus armas de guerra, y tomaron en sus manos cada uno su escudo y su jabalina, y se acercaron a la batalla.
26 Y Judá hijo de Jacob corrió el primero delante de sus hermanos, y con él diez de sus siervos, y fue hacia aquellos reyes.
27 También Jasub rey de Tapnac salió el primero con su ejército delante de Judá, y Judá vio a Jasub y a su ejército que venían hacia él; y la ira de Judá se encendió, y se encendió su furor dentro de él, y se acercó a la batalla, en la cual Judá arriesgó su vida.
28 Y Jasub y todo su ejército avanzaban hacia Judá, y él iba montado en un caballo muy fuerte y poderoso, y Jasub era un hombre muy valiente, y estaba cubierto de hierro y bronce desde la cabeza hasta los pies.
29 Y mientras estaba sobre el caballo, disparaba flechas con ambas manos por delante y por detrás, como era su costumbre en todas sus batallas, y nunca erraba el lugar al que apuntaba sus flechas.
30 Y cuando Jasub vino a pelear contra Judá, y lanzaba muchas flechas contra Judá, el Señor ató la mano de Jasub, y todas las flechas que él lanzaba rebotaban en sus propios hombres.
31 Y a pesar de esto, Jasub siguió avanzando hacia Judá, para desafiarlo con las flechas, pero la distancia entre ellos era como de treinta codos, y cuando Judá vio a Jasub lanzando sus flechas contra él, corrió hacia él con su poder excitado por la ira.
32 Y Judá tomó una gran piedra del suelo, cuyo peso era de sesenta siclos, y corrió hacia Jasub, y con la piedra lo hirió en su escudo, y Jasub quedó aturdido por el golpe, y cayó del caballo a tierra.
33 Y el escudo se rompió de la mano de Jasub, y por la fuerza del golpe saltó hasta una distancia como de quince codos, y el escudo cayó delante del segundo campamento.
34 Y los reyes que vinieron con Jasub vieron de lejos la fortaleza de Judá hijo de Jacob, y lo que había hecho a Jasub, y tuvieron gran temor de Judá.
35 Y se reunieron cerca del campamento de Jasub, viendo su confusión, y Judá sacó su espada e hirió a cuarenta y dos hombres del campamento de Jasub, y todo el campamento de Jasub huyó delante de Judá, y nadie pudo hacerle frente; y dejaron a Jasub y huyeron de él, y Jasub todavía estaba postrado en tierra.
36 Y viendo Jasub que todos los hombres de su campamento habían huido de él, se apresuró y se levantó con terror contra Judá, y se puso sobre sus piernas frente a Judá.
37 Y Jasub tuvo combate singular con Judá, poniendo escudo contra escudo; y todos los hombres de Jasub huyeron, porque tenían gran temor de Judá.
38 Y Jasub tomó su lanza en su mano para herir a Judá en su cabeza; pero Judá se apresuró a poner su escudo en su cabeza contra la lanza de Jasub, de manera que el escudo

de Judá recibió el golpe de la lanza de Jasub, y el escudo también se partió.
39 Y cuando Judá vio que su escudo estaba partido, sacó apresuradamente su espada e hirió a Jasub en los tobillos, y le cortó los pies, y Jasub cayó a tierra, y la lanza se le cayó de la mano.
40 Y Judá tomó apresuradamente la lanza de Jasub, y con ella le cortó la cabeza, y la arrojó a sus pies.
41 Y cuando los hijos de Jacob vieron lo que Judá había hecho a Jasub, todos ellos corrieron a las filas de los otros reyes, y los hijos de Jacob pelearon contra el ejército de Jasub, y contra los ejércitos de todos los reyes que estaban allí.
42 Y los hijos de Jacob hicieron caer a quince mil de sus hombres, y los hirieron como si fueran calabazas, y los demás huyeron para salvar sus vidas.
43 Y Judá aún estaba junto al cuerpo de Jasub, y despojó a Jasub de su coraza.
44 Y Judá se quitó también el hierro y el bronce que había alrededor de Jasub, y he aquí nueve hombres de los capitanes de Jasub vinieron para pelear contra Judá.
45 Entonces Judá se apresuró y tomó una piedra del suelo, y con ella hirió a uno de ellos en la cabeza, y se le partió el cráneo, y el cuerpo también cayó del caballo a tierra.
46 Y los ocho capitanes que quedaban, viendo la fuerza de Judá, tuvieron gran temor y huyeron; y Judá con sus diez hombres los persiguió, y los alcanzó y los mató.
47 Y los hijos de Jacob seguían hiriendo a los ejércitos de los reyes, y mataron a muchos de ellos, pero aquellos reyes atrevidamente mantuvieron su posición con sus capitanes, y no se retiraron de sus lugares, y exclamaron contra aquellos de sus ejércitos que huyeron de delante de los hijos de Jacob, pero nadie los escuchó, porque tenían miedo de sus vidas, no fuera que murieran.
48 Y todos los hijos de Jacob, después de haber derrotado a los ejércitos de los reyes, volvieron y vinieron delante de Judá; y Judá seguía matando a los ocho capitanes de Jasub, y despojándolos de sus vestiduras.
49 Y vio Leví a Elón rey de Gaas que venía hacia él con sus catorce capitanes para herirlo; pero Leví no lo sabía con certeza.
50 Y Elón con sus capitanes se acercó más, y Leví miró hacia atrás y vio que se le daba batalla por la retaguardia; y Leví corrió con doce de sus siervos, y fueron y mataron a Elón y a sus capitanes a filo de espada.

CAPÍTULO 38

1 Y subió Ihuri rey de Silo para ayudar a Elón, y se acercó a Jacob, y Jacob tensó su arco que estaba en su mano, y con una flecha hirió a Ihuri, y le causó la muerte.
2 Y cuando murió Ihuri, rey de Silo, los cuatro reyes restantes huyeron de sus puestos con el resto de los capitanes, y procuraron retirarse, diciendo: No tenemos más fuerza contra los hebreos después de haber matado a los tres reyes y a sus capitanes que eran más poderosos que nosotros.
3 Y cuando los hijos de Jacob vieron que los reyes restantes se habían retirado de su puesto, los persiguieron, y Jacob también vino del montón de Siquem, del lugar donde estaba parado, y fueron tras los reyes y se acercaron a ellos con sus siervos.
4 Y los reyes y los capitanes con el resto de sus ejércitos, viendo que los hijos de Jacob se acercaban a ellos, temieron por sus vidas y huyeron hasta que llegaron a la ciudad de Cazar.
5 Y los hijos de Jacob los persiguieron hasta la puerta de la ciudad de Jazar, y causaron un gran daño a los reyes y a sus ejércitos, cerca de cuatro mil hombres, y mientras ellos estaban golpeando al ejército de los reyes, Jacob estaba ocupado con su arco, limitándose a golpear a los reyes, y los mató a todos.
6 Y mató a Paratón rey de Cazar a la puerta de la ciudad de Cazar, y después hirió a Susi rey de Sartón, y a Labán rey de Betcorín, y a Sabir rey de Macnaymah; y los mató a todos con flechas, una flecha a cada uno, y murieron.
7 Y los hijos de Jacob, viendo que todos los reyes estaban muertos y que estaban desbandados y en retirada, continuaron la batalla contra los ejércitos de los reyes frente a la puerta de Cazar, y todavía hirieron a unos cuatrocientos de sus hombres.
8 Y tres hombres de los siervos de Jacob cayeron en aquella batalla; y cuando Judá vio que tres de sus siervos habían muerto, se entristeció mucho, y se encendió su ira dentro de él contra el amorreo.
9 Y todos los hombres que quedaban de los ejércitos de los reyes tuvieron gran temor por sus vidas, y corrieron y rompieron la puerta de los muros de la ciudad de Cazar, y todos entraron en la ciudad para ponerse a salvo.
10 Y se escondieron en medio de la ciudad de Cazar, porque la ciudad de Cazar era muy grande y extensa, y cuando todos estos ejércitos habían entrado en la ciudad, los hijos de Jacob corrieron tras ellos a la ciudad.
11 Y cuatro hombres valientes, expertos en batalla, salieron de la ciudad y se pusieron a la entrada de la ciudad, con espadas desenvainadas y lanzas en sus manos, y se pusieron frente a los hijos de Jacob, y no les permitieron entrar en la ciudad.
12 Y corrió Neftalí y se puso entre ellos, y con su espada hirió a dos de ellos, y de un golpe les cortó la cabeza.
13 Y se volvió hacia los otros dos, y he aquí que habían huido; y los persiguió, y los alcanzó, y los hirió y los mató.
14 Y los hijos de Jacob llegaron a la ciudad, y vieron que había otro muro alrededor de la ciudad; y buscaron la puerta del muro, pero no la hallaron. Judá saltó sobre la cima del muro, y Simeón y Leví lo siguieron; y los tres descendieron del muro a la ciudad.
15 Y Simeón y Leví mataron a todos los hombres que corrieron para ponerse a salvo en la ciudad, y también a los habitantes de la ciudad, con sus mujeres y sus niños, los mataron a filo de espada; y los gritos de la ciudad subieron al cielo.
16 Y Dan y Neftalí se lanzaron al muro para ver qué causaba aquel ruido de lamentación, porque los hijos de Jacob estaban angustiados por sus hermanos, y oyeron a los habitantes de la ciudad que hablaban con llanto y súplicas, diciendo: Tomad todo lo que tenemos en la ciudad y marchaos, pero no nos matéis.
17 Y cuando Judá, Simeón y Leví cesaron de herir a los habitantes de la ciudad, subieron al muro y llamaron a Dan y a Neftalí, que estaban sobre el muro, y al resto de sus hermanos, y Simeón y Leví les informaron de la entrada a la ciudad, y todos los hijos de Jacob vinieron a buscar el botín.

18 Y los hijos de Jacob tomaron el botín de la ciudad de Cazar, las ovejas y las vacas, y la hacienda, y tomaron todo lo que se podía capturar, y se fueron aquel día de la ciudad.
19 Y al día siguiente los hijos de Jacob fueron a Sartón, porque oyeron que los hombres de Sartón que habían quedado en la ciudad se estaban reuniendo para pelear con ellos por haber matado a su rey, y Sartón era una ciudad muy alta y fortificada, y tenía una muralla profunda que rodeaba la ciudad.
20 Y la columna del muro era como de cincuenta codos, y su anchura de cuarenta codos; y no había lugar por donde nadie entrase en la ciudad a causa del muro; y los hijos de Jacob vieron el muro de la ciudad, y buscaron entrada por ella, pero no la hallaron.
21 Porque la entrada de la ciudad estaba por la parte posterior, y todo el que quería entrar en la ciudad venía por aquel camino, y rodeaba toda la ciudad, y después entraba en la ciudad.
22 Y los hijos de Jacob, al ver que no podían hallar el camino a la ciudad, se encendió su ira en gran manera; y los habitantes de la ciudad, al ver que los hijos de Jacob venían a ellos, tuvieron gran temor de ellos, porque habían oído de su fuerza y de lo que habían hecho a Cazar.
23 Y los habitantes de la ciudad de Sartón no pudieron salir hacia los hijos de Jacob después de haberse reunido en la ciudad para pelear contra ellos, para que no pudieran entrar en la ciudad; pero cuando vieron que venían hacia ellos, tuvieron gran miedo de ellos, porque habían oído de su fuerza y lo que le habían hecho a Cazar.
24 Así que los habitantes de Sartón se apresuraron a quitar el puente del camino de la ciudad, de su lugar, antes que llegaran los hijos de Jacob, y lo introdujeron en la ciudad.
25 Y vinieron los hijos de Jacob y buscaron la entrada a la ciudad, pero no la hallaron; y subieron los moradores de la ciudad a lo alto del muro, y vieron, y he aquí que los hijos de Jacob buscaban la entrada a la ciudad.
26 Y los moradores de la ciudad injuriaron a los hijos de Jacob desde lo alto del muro, y los maldijeron; y los hijos de Jacob oyeron los insultos, y se enojaron mucho, y se encendió su ira dentro de ellos.
27 Y los hijos de Jacob se enojaron contra ellos, y todos ellos se levantaron y saltaron sobre el muro con la fuerza de su fuerza, y con su fuerza pasaron la anchura de cuarenta codos del muro.
28 Y cuando pasaron la muralla, se detuvieron bajo el muro de la ciudad, y hallaron que todas las puertas de la ciudad estaban cerradas con puertas de hierro.
29 Y los hijos de Jacob se acercaron para romper las puertas de la ciudad, pero los moradores de la ciudad no se lo permitieron, porque desde lo alto del muro les arrojaban piedras y saetas.
30 Y el número del pueblo que estaba sobre el muro era como cuatrocientos hombres; y cuando los hijos de Jacob vieron que los hombres de la ciudad no les dejaban abrir las puertas de la ciudad, saltaron y subieron a la cima del muro; y Judá subió primero a la parte oriental de la ciudad.
31 Y Gad y Aser subieron tras él hacia el extremo occidental de la ciudad, y Simeón y Leví al norte, y Dan y Rubén al sur.
32 Y los hombres que estaban en lo alto del muro, los habitantes de la ciudad, viendo que los hijos de Jacob subían hacia ellos, todos huyeron del muro, descendieron a la ciudad y se escondieron en medio de la ciudad.
33 Y se acercaron Isacar y Neftalí, los que habían quedado bajo el muro, y rompieron las puertas de la ciudad, y encendieron fuego a las puertas de la ciudad, y el hierro se fundió; y todos los hijos de Jacob entraron en la ciudad, ellos y todos sus hombres, y pelearon contra los habitantes de la ciudad de Sartón, y los hirieron a filo de espada, y nadie les pudo resistir.
34 Y como doscientos hombres huyeron de la ciudad, y todos fueron y se escondieron en una torre que había en la ciudad; y Judá los persiguió hasta la torre, y derribó la torre, la cual cayó sobre los hombres, y todos murieron.
35 Y los hijos de Jacob subieron por el camino del tejado de aquella torre, y vieron, y he aquí que había otra torre fuerte y alta a lo lejos en la ciudad, y su cima llegaba al cielo; y los hijos de Jacob se apresuraron y descendieron, y fueron con todos sus hombres a aquella torre, y la hallaron llena con unos trescientos hombres, mujeres y pequeños.
36 Y los hijos de Jacob hicieron un gran golpe entre aquellos hombres que estaban en la torre, y ellos huyeron y huyeron de ellos.
37 Y Simeón y Leví los persiguieron, y doce hombres valientes y valientes salieron a ellos del lugar donde se habían escondido.
38 Y aquellos doce hombres mantuvieron una fuerte batalla contra Simeón y Leví, y Simeón y Leví no pudieron prevalecer sobre ellos, y aquellos hombres valientes rompieron los escudos de Simeón y Leví, y uno de ellos hirió a Leví en la cabeza con su espada, cuando Leví apresuradamente puso su mano sobre su cabeza, porque tenía miedo de la espada, y la espada hirió la mano de Leví, y poco faltó para que la mano de Leví fuera cortada.
39 Y tomó Leví la espada del hombre valiente en su mano, y se la quitó al hombre, y con ella hirió en la cabeza del hombre valiente, y le cortó la cabeza.
40 Y once hombres se acercaron para pelear contra Leví, porque vieron que uno de ellos había sido muerto, y los hijos de Jacob pelearon; pero los hijos de Jacob no pudieron prevalecer sobre ellos, porque aquellos hombres eran muy poderosos.
41 Y viendo los hijos de Jacob que no podían vencerlos, Simeón lanzó un grito fuerte y tremendo, y los once hombres poderosos quedaron atónitos ante la voz del grito de Simeón.
42 Y Judá reconoció de lejos la voz del grito de Simeón; y Neftalí y Judá corrieron con sus escudos hacia Simeón y Leví, y los hallaron peleando con aquellos hombres poderosos, pero no pudieron vencerlos porque sus escudos estaban rotos.
43 Y vio Neftalí que los escudos de Simeón y de Leví estaban rotos, y tomó dos escudos de sus siervos y los trajo a Simeón y a Leví.
44 Y Simeón, Leví y Judá pelearon aquel día todos tres contra los once valientes hasta la puesta del sol; pero no pudieron vencerlos.
45 Y esto fue dicho a Jacob, y se entristeció mucho, y oró al Señor, y él y Neftalí su hijo fueron contra aquellos hombres valientes.
46 Y Jacob se acercó y tensó su arco, y se acercó a los hombres valientes, y mató a tres de sus hombres con el arco, y los ocho restantes se volvieron; y he aquí, la guerra

se libraba contra ellos por delante y por detrás, y temieron en gran manera por sus vidas, y no pudieron hacer frente a los hijos de Jacob, y huyeron delante de ellos.

47 Y en su huida se encontraron con Dan y Aser que venían hacia ellos, y de repente cayeron sobre ellos, y pelearon con ellos, y mataron a dos de ellos, y Judá y sus hermanos los persiguieron, y hirieron a los restantes, y los mataron.

48 Y todos los hijos de Jacob volvieron y anduvieron por la ciudad, buscando si podían encontrar hombres, y hallaron unos veinte jóvenes en una cueva de la ciudad, y Gad y Aser los hirieron a todos, y Dan y Neftalí arremetieron contra el resto de los hombres que habían huido y escapado de la segunda torre, y los hirieron a todos.

49 Y los hijos de Jacob hirieron a todos los habitantes de la ciudad de Sartón, pero a las mujeres y a los niños los dejaron en la ciudad y no los mataron.

50 Y todos los habitantes de la ciudad de Sarton eran hombres poderosos; uno de ellos perseguía a mil, y dos de ellos no huirían ante diez mil del resto de los hombres.

51 Y los hijos de Jacob mataron a filo de espada a todos los habitantes de la ciudad de Sartón, y nadie les pudo hacer frente; y dejaron a las mujeres en la ciudad.

52 Y los hijos de Jacob tomaron todo el botín de la ciudad, y capturaron lo que deseaban, y tomaron rebaños y manadas y propiedades de la ciudad, y los hijos de Jacob hicieron a Sartón y a sus habitantes como habían hecho a Cazar y a sus habitantes, y se volvieron y se fueron.

CAPÍTULO 39

1 Y cuando los hijos de Jacob salieron de la ciudad de Sartón, habían andado unos doscientos codos cuando se encontraron con los habitantes de Tapnac que venían hacia ellos, porque habían salido a pelear con ellos, porque habían derrotado al rey de Tapnac y a todos sus hombres.

2 Entonces todos los que habían quedado en la ciudad de Tapnach salieron a pelear contra los hijos de Jacob, y pensaron en recuperar el botín y el despojo que habían capturado de Cazar y de Sartón.

3 Y el resto de los hombres de Tapnach pelearon contra los hijos de Jacob en aquel lugar, y los hijos de Jacob los hirieron, y huyeron delante de ellos, y los persiguieron hasta la ciudad de Arbelán, y todos cayeron delante de los hijos de Jacob.

4 Y los hijos de Jacob volvieron y vinieron a Tapnac para tomar el botín de Tapnac; y cuando llegaron a Tapnac oyeron que los hijos de Arbelán habían salido a su encuentro para salvar el botín de sus hermanos; y los hijos de Jacob dejaron diez de sus hombres en Tapnac para saquear la ciudad, y salieron hacia los hijos de Arbelán.

5 Y salieron los hombres de Arbelán con sus mujeres a pelear contra los hijos de Jacob, porque sus mujeres eran experimentadas en la batalla; y salieron como cuatrocientos hombres y mujeres.

6 Y todos los hijos de Jacob gritaron a gran voz, y todos corrieron hacia los moradores de Arbelán, con grande y tremenda voz.

7 Y los moradores de Arbelán oyeron el estruendo del júbilo de los hijos de Jacob, y su rugido como ruido de leones, y como el estruendo del mar y de sus olas.

8 Y el temor y el terror se apoderaron de sus corazones a causa de los hijos de Jacob, y tuvieron gran miedo de ellos, y se retiraron y huyeron delante de ellos a la ciudad; y los hijos de Jacob los persiguieron hasta la puerta de la ciudad, y los encontraron en la ciudad.

9 Y los hijos de Jacob pelearon con ellos en la ciudad, y todas sus mujeres estaban ocupadas en lanzar hondas contra los hijos de Jacob, y el combate fue muy severo entre ellos todo aquel día hasta la tarde.

10 Y los hijos de Jacob no pudieron prevalecer sobre ellos, y los hijos de Jacob casi perecieron en aquella batalla, y los hijos de Jacob clamaron al Señor y ganaron gran fuerza hacia la tarde, y los hijos de Jacob hirieron a todos los habitantes de Arbelán a filo de espada, hombres, mujeres y pequeños.

11 Y también al resto del pueblo que había huido de Sartón, los hijos de Jacob los hirieron en Arbelán, y los hijos de Jacob hicieron a Arbelán y a Tapnaj como habían hecho a Cazar y a Sartón, y cuando las mujeres vieron que todos los hombres estaban muertos, fueron sobre los tejados de la ciudad e hirieron a los hijos de Jacob haciendo llover piedras como lluvia.

12 Y los hijos de Jacob se apresuraron y entraron en la ciudad, y tomaron a todas las mujeres, y las hirieron a filo de espada; y los hijos de Jacob tomaron todo el botín y el despojo, ovejas, vacas y ganado.

13 Y los hijos de Jacob hicieron a Macnaima como habían hecho a Tapnac, a Cazar y a Silo; y se apartaron de allí y se fueron.

14 Y al quinto día oyeron los hijos de Jacob que los hijos de Gaas se habían reunido contra ellos para pelear, porque habían matado a su rey y a sus capitanes; pues había catorce capitanes en la ciudad de Gaas, y los hijos de Jacob los habían matado a todos en la primera batalla.

15 Y los hijos de Jacob se ciñeron aquel día sus armas de guerra, y marcharon a la batalla contra los habitantes de Gaas; y en Gaas había un pueblo fuerte y poderoso del pueblo de los amorreos; y Gaas era la ciudad más fuerte y mejor fortificada de todas las ciudades de los amorreos, y tenía tres murallas.

16 Y los hijos de Jacob llegaron a Gaas, y hallaron las puertas de la ciudad cerradas, y unos quinientos hombres de pie en la cima del muro exterior, y un pueblo tan numeroso como la arena de la orilla del mar, que estaba en emboscada contra los hijos de Jacob desde fuera de la ciudad, a espaldas de ella.

17 Y los hijos de Jacob se acercaron para abrir las puertas de la ciudad; y mientras ellos se acercaban, he aquí que los que estaban en emboscada detrás de la ciudad salieron de sus lugares y rodearon a los hijos de Jacob.

18 Y los hijos de Jacob quedaron cercados entre los hijos de Gaas, y la batalla estaba por delante y por detrás de ellos, y todos los hombres que estaban sobre el muro lanzaban desde el muro sobre ellos saetas y piedras.

19 Y Judá, viendo que los hombres de Gaas eran más pesados que ellos, dio un grito muy penetrante y tremendo, y todos los hombres de Gaas se aterrorizaron a la voz del grito de Judá, y los hombres cayeron del muro a su poderoso grito, y todos los que estaban fuera y dentro de la ciudad temieron en gran manera por sus vidas.

20 Y los hijos de Jacob vinieron aún para romper las puertas de la ciudad, pero los hombres de Gaas lanzaron

sobre ellos piedras y saetas desde lo alto del muro, y los hicieron huir de la puerta.
21 Y los hijos de Jacob volvieron contra los hombres de Gaas que estaban con ellos desde fuera de la ciudad, y los hirieron terriblemente, como si golpearan calabazas; y no pudieron hacer frente a los hijos de Jacob, porque el terror y el espanto se habían apoderado de ellos ante el grito de Judá.
22 Y los hijos de Jacob mataron a todos aquellos hombres que estaban fuera de la ciudad, y los hijos de Jacob todavía se acercaron para efectuar una entrada en la ciudad, y para pelear bajo los muros de la ciudad, pero no pudieron porque todos los habitantes de Gaas que permanecían en la ciudad habían rodeado los muros de Gaas en todas direcciones, de modo que los hijos de Jacob no pudieron acercarse a la ciudad para pelear con ellos.
23 Y los hijos de Jacob se acercaron a un rincón para pelear al pie del muro; pero los habitantes de Gaas lanzaron sobre ellos flechas y piedras como lluvias torrenciales, y huyeron de debajo del muro.
24 Y los hijos de Gaas que estaban sobre el muro, viendo que los hijos de Jacob no podían prevalecer sobre ellos desde debajo del muro, reprocharon a los hijos de Jacob con estas palabras, diciendo:
25 ¿Qué os pasa en la batalla, que no podéis prevalecer? ¿Podéis, pues, hacer con la poderosa ciudad de Gaas y con sus habitantes lo mismo que hicisteis con las ciudades de los amorreos que no eran tan fuertes? Ciertamente a los débiles de entre nosotros hicisteis eso, y los matasteis a la entrada de la ciudad, porque no tenían fuerzas cuando se aterrorizaron al oír vuestros gritos.
26 ¿Podréis, pues, pelear en este lugar? Ciertamente aquí moriréis todos, y nosotros vengaremos la causa de aquellas ciudades que habéis asolado.
27 Y los habitantes de Gaas injuriaron mucho a los hijos de Jacob, y los injuriaron con sus dioses, y continuaron arrojándoles flechas y piedras desde el muro.
28 Y oyeron Judá y sus hermanos las palabras de los habitantes de Gaas, y se encendió su ira en gran manera; y Judá tuvo celos de su Dios por este asunto, y clamó y dijo: Oh Señor, ayuda, envía ayuda a nosotros y a nuestros hermanos.
29 Y corrió a distancia con todas sus fuerzas, con su espada desenvainada en su mano; y saltó de la tierra, y con la fuerza de su fuerza trepó al muro, y su espada se le cayó de la mano.
30 Y Judá gritó sobre el muro, y todos los hombres que estaban sobre el muro se aterrorizaron, y algunos de ellos cayeron del muro a la ciudad y murieron; y los que aún estaban sobre el muro, cuando vieron la fuerza de Judá, tuvieron gran miedo y huyeron a la ciudad para salvar sus vidas.
31 Y algunos se animaron a pelear con Judá sobre el muro, y estuvieron a punto de matarlo cuando vieron que no había espada en la mano de Judá, y pensaron en arrojarlo desde el muro a sus hermanos, y veinte hombres de la ciudad vinieron para ayudarlos, y rodearon a Judá y todos gritaron sobre él, y se acercaron a él con espadas desenvainadas, y aterrorizaron a Judá, y Judá clamó a sus hermanos desde el muro.
32 Y Jacob y sus hijos sacaron el arco de debajo del muro, e hirieron a tres de los hombres que estaban sobre la cima del muro; y Judá siguió clamando, y exclamó: ¡Oh Jehová, ayúdanos, oh Jehová, líbranos! Y clamó a gran voz sobre el muro, y el clamor se oyó a gran distancia.
33 Y después de este grito, volvió a gritar, y todos los hombres que estaban alrededor de Judá en lo alto del muro tuvieron miedo, y cada uno arrojó su espada de su mano al sonido de los gritos de Judá y de su temblor, y huyeron.
34 Y Judá tomó las espadas que habían caído de sus manos, y peleó contra ellos, y mató a veinte de sus hombres sobre el muro.
35 Y unos ochenta hombres y mujeres subieron aún al muro de la ciudad y todos rodearon a Judá, y el Señor puso el temor de Judá en sus corazones, de modo que no pudieron acercarse a él.
36 Y Jacob y todos los que con él estaban sacaron el arco de debajo del muro, y mataron a diez hombres que estaban sobre el muro, los cuales cayeron debajo del muro delante de Jacob y de sus hijos.
37 Y el pueblo que estaba sobre el muro, viendo que veinte de sus hombres habían caído, corrieron todavía hacia Judá con espadas desenvainadas, pero no pudieron acercarse a él porque estaban muy aterrorizados por la fuerza de Judá.
38 Y uno de sus valientes, llamado Arud, se acercó para herir a Judá en la cabeza con su espada; pero Judá se apresuró a poner su escudo sobre su cabeza, y la espada hirió en el escudo, y se partió en dos.
39 Y este valiente, después que hubo herido a Judá, huyó por su vida, a causa del temor de Judá; y sus pies resbalaron en el muro, y cayó entre los hijos de Jacob que estaban al pie del muro; y los hijos de Jacob lo hirieron y lo mataron.
40 Y a Judá le dolía la cabeza por el golpe del hombre poderoso, y Judá estuvo a punto de morir por ello.
41 Y Judá gritó sobre el muro a causa del dolor producido por el golpe, y Dan lo oyó, y su ira se encendió dentro de él; y él también se levantó y fue a distancia y corrió y saltó de la tierra y escaló el muro con la fuerza de su ira.
42 Y cuando Dan llegó al muro cerca de Judá, todos los hombres que estaban sobre el muro huyeron, y subieron al segundo muro, y lanzaron flechas y piedras contra Dan y Judá desde el segundo muro, y trataron de expulsarlos del muro.
43 Y las flechas y las piedras hirieron a Dan y a Judá, y casi los mataron en el muro; y dondequiera que Dan y Judá huían del muro, eran atacados con flechas y piedras desde el segundo muro.
44 Y Jacob y sus hijos estaban todavía a la entrada de la ciudad, debajo del primer muro, y no podían tensar su arco contra los habitantes de la ciudad, porque no podían ser vistos por ellos, estando sobre el segundo muro.
45 Y Dan y Judá, cuando ya no pudieron soportar las piedras y las flechas que cayeron sobre ellos desde el segundo muro, ambos saltaron sobre el segundo muro cerca del pueblo de la ciudad, y cuando el pueblo de la ciudad que estaba sobre el segundo muro vio que Dan y Judá habían venido a ellos sobre el segundo muro, todos gritaron y descendieron entre los muros.
46 Y Jacob y sus hijos oyeron el ruido de la gritería del pueblo de la ciudad, y estaban todavía a la entrada de la ciudad, y estaban ansiosos por Dan y Judá, quienes no fueron vistos por ellos, estando ellos sobre el segundo muro.

47 Y subió Neftalí con su poder excitado por la ira, y saltó sobre el primer muro para ver qué causaba el ruido de gritos que habían oído en la ciudad; e Isacar y Zabulón se acercaron para romper las puertas de la ciudad, y abrieron las puertas de la ciudad y entraron en la ciudad.
48 Y Neftalí saltó del primer muro al segundo, y vino en ayuda de sus hermanos; y los habitantes de Gaas que estaban sobre el muro, viendo que Neftalí era el tercero que había subido en ayuda de sus hermanos, todos huyeron y descendieron a la ciudad; y Jacob y todos sus hijos y todos sus jóvenes vinieron a la ciudad donde ellos estaban.
49 Y Judá, Dan y Neftalí descendieron del muro a la ciudad, y persiguieron a los habitantes de la ciudad; y Simeón y Leví eran de fuera de la ciudad, y no sabían que la puerta estaba abierta; y subieron de allí al muro, y descendieron a sus hermanos a la ciudad.
50 Y todos los habitantes de la ciudad habían descendido a la ciudad, y los hijos de Jacob vinieron a ellos en diferentes direcciones, y la batalla se libró contra ellos por delante y por detrás, y los hijos de Jacob los hirieron terriblemente, y mataron a unos veinte mil de ellos, hombres y mujeres, ninguno de ellos pudo enfrentarse a los hijos de Jacob.
51 Y la sangre corrió en abundancia en la ciudad, y fue como un arroyo de agua; y la sangre corrió como un arroyo hasta las afueras de la ciudad, y llegó hasta el desierto de Bet-corín.
52 Y los hombres de Bet-corín vieron de lejos la sangre que fluía de la ciudad de Gaas; y unos setenta hombres de entre ellos corrieron a ver la sangre, y llegaron al lugar donde estaba la sangre.
53 Y siguieron el rastro de la sangre y llegaron al muro de la ciudad de Gaas, y vieron que la sangre salía de la ciudad, y oyeron la voz del clamor de los habitantes de Gaas, porque ascendía al cielo, y la sangre continuaba fluyendo abundantemente como un arroyo de agua.
54 Y todos los hijos de Jacob seguían hiriendo a los habitantes de Gaas, y los mataban hasta la tarde, como a veinte mil hombres y mujeres, y los de Corín dijeron: Seguramente esta es obra de los hebreos, porque todavía están haciendo guerra en todas las ciudades de los amorreos.
55 Y aquel pueblo se apresuró y corrió a Bet-corín, y cada uno tomó sus armas de guerra, y gritaron a todos los habitantes de Bet-corín, quienes también se ciñeron sus armas de guerra, para ir a pelear contra los hijos de Jacob.
56 Y cuando los hijos de Jacob acabaron de herir a los habitantes de Gaas, anduvieron alrededor de la ciudad para despojar a todos los muertos, y llegando a la parte más interior de la ciudad y más allá, se encontraron con tres hombres muy poderosos, y no había espada en sus manos.
57 Y los hijos de Jacob llegaron al lugar donde ellos estaban, y los hombres poderosos huyeron; y uno de ellos tomó a Zabulón, al cual vio que era un muchacho joven y de baja estatura, y con su fuerza lo arrojó a tierra.
58 Y Jacob corrió hacia él con su espada, y lo hirió con su espada por debajo de los lomos, y lo partió en dos; y el cuerpo cayó sobre Zabulón.
59 Y el segundo se acercó y agarró a Jacob para derribarlo al suelo; y Jacob se volvió hacia él y le gritó; mientras Simeón y Leví corrieron y lo hirieron en las caderas con la espada, y lo derribaron al suelo.
60 Y el varón valiente se levantó del suelo con gran poder, y Judá vino a él antes que pudiese ponerse en pie, y lo hirió con la espada en la cabeza, y se le partió la cabeza, y murió.
61 Y el tercer hombre poderoso, viendo que sus compañeros habían sido muertos, huyó de delante de los hijos de Jacob, y los hijos de Jacob lo persiguieron en la ciudad; y mientras el hombre poderoso huía, encontró una de las espadas de los habitantes de la ciudad, y la recogió y se volvió hacia los hijos de Jacob y peleó contra ellos con esa espada.
62 Y el hombre poderoso corrió hacia Judá para herirlo con la espada en la cabeza; pero Judá no tenía escudo en la mano; y mientras él intentaba herirlo, Neftalí tomó apresuradamente su escudo y lo puso en la cabeza de Judá; y la espada del hombre poderoso hirió en el escudo de Neftalí, y Judá escapó de la espada.
63 Y Simeón y Leví corrieron hacia el hombre poderoso con sus espadas, y lo hirieron con fuerza con sus espadas, y las dos espadas entraron en el cuerpo del hombre poderoso y lo dividieron en dos, longitudinalmente.
64 Y los hijos de Jacob hirieron en aquel tiempo a los tres valientes, y a todos los habitantes de Gaas, y el día estaba a punto de declinar.
65 Y los hijos de Jacob rodearon a Gaas, y tomaron todo el botín de la ciudad; y no dejaron con vida a los niños ni a las mujeres; y los hijos de Jacob hicieron a Gaas como habían hecho a Sartón y a Silo.

CAPÍTULO 40

1 Y los hijos de Jacob tomaron todo el botín de Gaas, y salieron de la ciudad de noche.
2 Y ellos salían marchando hacia el castillo de Bet-corín, y los habitantes de Bet-corín iban al castillo para recibirlos; y aquella noche los hijos de Jacob pelearon con los habitantes de Bet-corín, en el castillo de Bet-corín.
3 Y todos los habitantes de Bet-corín eran hombres valientes; ninguno de ellos huía delante de mil hombres; y pelearon aquella noche en el castillo, y sus gritos se oyeron aquella noche desde lejos, y la tierra tembló a sus gritos.
4 Y todos los hijos de Jacob tuvieron miedo de aquellos hombres, pues no estaban acostumbrados a pelear en la oscuridad, y estaban muy confundidos, y los hijos de Jacob clamaron al Señor, diciendo: ¡Oh Señor, danos ayuda, líbranos, para que no muramos a manos de estos hombres incircuncisos!
5 Y el Señor escuchó la voz de los hijos de Jacob, y el Señor causó gran terror y confusión sobre el pueblo de Bet-corín, y pelearon entre sí en la oscuridad de la noche, y se hirieron unos a otros en gran número.
6 Y los hijos de Jacob, sabiendo que el Señor había traído un espíritu de perversidad entre aquellos hombres, y que ellos peleaban cada hombre con su vecino, salieron de entre las bandas del pueblo de Bet-corín y fueron hasta la bajada del castillo de Bet-corín, y más allá, y se quedaron allí seguros con sus jóvenes aquella noche.
7 Y los de Betcorín pelearon toda la noche, un hombre con su hermano, y el otro con su vecino, y gritaron en todas direcciones sobre el castillo, y su grito se oyó a distancia, y toda la tierra tembló a su voz, porque eran poderosos sobre todos los pueblos de la tierra.

8 Y todos los habitantes de las ciudades de los cananeos, de los hititas, de los amorreos, de los heveos, y todos los reyes de Canaán, y también los que estaban al otro lado del Jordán, oyeron el ruido del griterío aquella noche.
9 Y dijeron: Ciertamente estas son las batallas de los hebreos que pelean contra las siete ciudades que se acercaron a ellos; ¿y quién podrá hacer frente a aquellos hebreos?
10 Y todos los habitantes de las ciudades de los cananeos, y todos los que estaban al otro lado del Jordán, tuvieron gran temor a causa de los hijos de Jacob, porque dijeron: He aquí, se nos hará lo mismo que se hizo a aquellas ciudades; porque ¿quién podrá resistir ante su poderosa fuerza?
11 Y el clamor de los corinitas fue muy grande aquella noche, y siguió aumentando; y se hirieron unos a otros hasta la mañana, y muchos de ellos fueron muertos.
12 Y amaneció, y todos los hijos de Jacob se levantaron al rayar el alba, y subieron a la fortaleza, y hirieron a los que quedaban de los corinitas de una manera terrible, y todos fueron muertos en la fortaleza.
13 Y llegó el sexto día, y todos los moradores de Canaán vieron de lejos a todos los habitantes de Bet-corín, muertos en la fortaleza de Bet-corín, y esparcidos por todos lados como cadáveres de corderos y de cabras.
14 Y los hijos de Jacob llevaron todo el botín que habían capturado de Gaas y fueron a Bet-corín, y hallaron la ciudad llena de gente como la arena del mar; y pelearon con ellos, y los hijos de Jacob los hirieron allí hasta el atardecer.
15 Y los hijos de Jacob hicieron a Bet-corín como habían hecho a Gaas y a Tapnac, y como habían hecho a Cazar, a Sartón y a Silo.
16 Y los hijos de Jacob tomaron consigo el botín de Bet-corín y todo el botín de las ciudades, y aquel mismo día regresaron a su casa en Siquem.
17 Y los hijos de Jacob volvieron a la ciudad de Siquem, y se quedaron fuera de la ciudad, y descansaron allí de la guerra, y pasaron allí la noche.
18 Y a todos sus siervos, y a todo el botín que habían tomado de las ciudades, los dejaron fuera de la ciudad, y no entraron en ella, porque dijeron: Quizá se levantará aún más guerra contra nosotros, y vendrán a sitiarnos en Siquem.
19 Y Jacob y sus hijos y sus siervos permanecieron aquella noche y el día siguiente en la parte del campo que Jacob había comprado a Hamor por cinco siclos; y todo lo que habían capturado estaba con ellos.
20 Y todo el botín que los hijos de Jacob habían capturado, estaba en la porción del campo, inmensa como la arena que está a la orilla del mar.
21 Y los habitantes de la tierra los observaron desde lejos, y todos los habitantes de la tierra tuvieron miedo de los hijos de Jacob que habían hecho esta cosa, porque ningún rey desde los días antiguos había hecho jamás cosa semejante.
22 Y los siete reyes de los cananeos resolvieron hacer la paz con los hijos de Jacob, porque temían en gran manera por sus vidas a causa de los hijos de Jacob.
23 Y aquel mismo día, siendo el séptimo día, Jafía rey de Hebrón envió en secreto al rey de Hai, al rey de Gabaón, al rey de Salén, al rey de Adulam, al rey de Laquis, al rey de Cazar y a todos los reyes cananeos que estaban bajo su servidumbre, diciendo:
24 Subid conmigo, y venid a mí, e iremos a los hijos de Jacob, y yo haré con ellos paz y haré con ellos pacto, para que todas vuestras tierras no sean destruidas por la espada de los hijos de Jacob, como hicieron con Siquem y con las ciudades de sus alrededores, como habéis oído y visto.
25 Y cuando vengas a mí, no vengas con muchos hombres, sino que cada rey traiga a sus tres capitanes, y cada capitán a tres de sus oficiales.
26 Y venid todos a Hebrón, y juntos iremos a los hijos de Jacob, y les rogaremos que hagan con nosotros tratado de paz.
27 Y todos aquellos reyes hicieron como el rey de Hebrón les había enviado, porque todos estaban bajo su consejo y mando, y todos los reyes de Canaán se reunieron para ir a los hijos de Jacob, para hacer la paz con ellos; y los hijos de Jacob volvieron y fueron a la parte del campo que estaba en Siquem, porque no pusieron confianza en los reyes de la tierra.
28 Y los hijos de Jacob volvieron, y permanecieron en la parte del campo diez días, y nadie vino a hacerles guerra.
29 Y cuando los hijos de Jacob vieron que no había señales de guerra, todos se juntaron y fueron a la ciudad de Siquem; y los hijos de Jacob se quedaron en Siquem.
30 Y al cabo de cuarenta días, todos los reyes de los amorreos se reunieron de todos sus lugares y vinieron a Hebrón, a Jafía rey de Hebrón.
31 Y el número de los reyes que vinieron a Hebrón para hacer la paz con los hijos de Jacob fue veintiún reyes, y el número de capitanes que vinieron con ellos fue sesenta y nueve, y sus hombres fueron ciento ochenta y nueve; y todos estos reyes y sus hombres descansaron junto al monte de Hebrón.
32 Y salió el rey de Hebrón con sus tres capitanes y nueve hombres, y estos reyes resolvieron ir a los hijos de Jacob para hacer la paz.
33 Y dijeron al rey de Hebrón: Ve tú delante de nosotros con tus hombres, y habla por nosotros a los hijos de Jacob, y nosotros te seguiremos y confirmaremos tus palabras. Y el rey de Hebrón lo hizo así.
34 Y los hijos de Jacob oyeron que todos los reyes de Canaán se habían reunido y descansado en Hebrón; y los hijos de Jacob enviaron cuatro de sus siervos como espías, diciendo: Id y espiad a estos reyes, y buscad y examinad a sus hombres, si son pocos o muchos; y si son pocos en número, cuéntalos a todos y regresad.
35 Y los siervos de Jacob fueron secretamente a estos reyes, e hicieron como los hijos de Jacob les habían ordenado, y en ese día ellos regresaron a los hijos de Jacob, y les dijeron: Vinimos a aquellos reyes, y ellos son pocos en número, y los contamos a todos, y he aquí, eran doscientos ochenta y ocho, reyes y hombres.
36 Y los hijos de Jacob dijeron: Son pocos en número, por eso no todos saldremos a ellos. Y por la mañana se levantaron los hijos de Jacob y escogieron sesenta y dos de sus hombres, y diez de los hijos de Jacob fueron con ellos; y se ciñeron sus armas de guerra, porque dijeron: Vienen a hacer guerra con nosotros, porque no sabían que venían a hacer la paz con ellos.

37 Y los hijos de Jacob fueron con sus siervos a la puerta de Siquem, hacia aquellos reyes; y su padre Jacob estaba con ellos.
38 Y cuando ellos salieron, he aquí que el rey de Hebrón y sus tres capitanes y nueve hombres con él venían por el camino contra los hijos de Jacob; y los hijos de Jacob alzaron sus ojos, y vieron de lejos a Jafía, rey de Hebrón, con sus capitanes, que venía hacia ellos; y los hijos de Jacob se detuvieron en el lugar de la puerta de Siquem, y no avanzaron.
39 Y el rey de Hebrón continuó avanzando, él y sus capitanes, hasta que llegó cerca de los hijos de Jacob; y él y sus capitanes se inclinaron ante ellos hasta el suelo; y el rey de Hebrón se sentó con sus capitanes delante de Jacob y de sus hijos.
40 Y los hijos de Jacob le dijeron: ¿Qué te sucede, oh rey de Hebrón? ¿Por qué has venido hoy a nosotros? ¿Qué exiges de nosotros? Y el rey de Hebrón respondió a Jacob: Te ruego, señor mío, que todos los reyes de los cananeos hayan venido hoy para hacer la paz contigo.
41 Y los hijos de Jacob oyeron las palabras del rey de Hebrón, y no quisieron consentir en sus propuestas, porque los hijos de Jacob no tenían fe en él, pues se imaginaban que el rey de Hebrón les había hablado engañosamente.
42 Y el rey de Hebrón supo por las palabras de los hijos de Jacob, que ellos no creían sus palabras, y el rey de Hebrón se acercó a Jacob, y le dijo: Te suplico, mi señor, que tengas la seguridad de que todos estos reyes han venido a ti en términos pacíficos, porque no han venido con todos sus hombres, ni tampoco trajeron sus armas de guerra con ellos, porque han venido a buscar la paz de mi señor y de sus hijos.
43 Y los hijos de Jacob respondieron al rey de Hebrón, diciendo: Envía tú a todos estos reyes, y si nos dices la verdad, venga cada uno individualmente ante nosotros; y si vienen a nosotros desarmados, entonces sabremos que buscan la paz de nosotros.
44 Y Jafía, rey de Hebrón, envió uno de sus hombres a los reyes, y todos ellos vinieron delante de los hijos de Jacob, y se inclinaron ante ellos hasta el suelo; y estos reyes se sentaron delante de Jacob y de sus hijos, y les hablaron, diciendo:
45 Nosotros hemos oído todo lo que has hecho a los reyes de los amorreos con tu espada y con tu brazo poderoso, sin que nadie te pudiera hacer frente; y tememos a causa de nuestras vidas, para que no nos suceda lo que les sucedió a ellos.
46 Así que hemos venido a vosotros para formar un tratado de paz entre nosotros, y ahora, por tanto, contratad con nosotros un pacto de paz y de verdad, de que no os entrometáis con nosotros, por cuanto nosotros no nos hemos entrometido con vosotros.
47 Y los hijos de Jacob supieron que en realidad habían venido a buscar la paz de ellos, y los hijos de Jacob los escucharon, e hicieron un pacto con ellos.
48 Y los hijos de Jacob les juraron que no se meteríais con ellos; y también les juraron todos los reyes de los cananeos, y los hijos de Jacob les hicieron tributarios desde aquel día en adelante.
49 Después de esto, todos los capitanes de estos reyes vinieron con sus hombres delante de Jacob, con presentes en sus manos para Jacob y sus hijos, y se inclinaron ante él hasta el suelo.
50 Y estos reyes entonces instaron a los hijos de Jacob y les rogaron que devolvieran todo el botín que habían capturado de las siete ciudades de los amorreos, y los hijos de Jacob así lo hicieron, y ellos devolvieron todo lo que habían capturado, las mujeres, los niños, el ganado y todo el botín que habían tomado, y los despidieron, y se fueron cada uno a su ciudad.
51 Y todos estos reyes volvieron a inclinarse ante los hijos de Jacob, y les enviaron o les trajeron muchos regalos en aquellos días, y los hijos de Jacob despidieron a estos reyes y a sus hombres, y se fueron pacíficamente de ellos a sus ciudades, y los hijos de Jacob también regresaron a su casa, a Siquem.
52 Y hubo paz desde aquel día en adelante entre los hijos de Jacob y los reyes de los cananeos, hasta que los hijos de Israel vinieron a heredar la tierra de Canaán.

CAPÍTULO 41

1 Y a la vuelta del año, los hijos de Jacob partieron de Siquem, y llegaron a Hebrón, a casa de su padre Isaac, y se establecieron allí; pero sus ovejas y sus vacas apacentaban cada día en Siquem, porque en aquellos días había allí pastos buenos y ricos; y Jacob y sus hijos y toda su casa habitaban en el valle de Hebrón.
2 Y aconteció en aquellos días, en aquel año ciento seis de la vida de Jacob, en el año décimo de su salida de Padan-aram, que murió Lea, mujer de Jacob; tenía cincuenta y un años cuando murió en Hebrón.
3 Y Jacob y sus hijos la sepultaron en la cueva del campo de Macpela, que está en Hebrón, la cual Abraham había comprado de los hijos de Het, para posesión de sepultura.
4 Y los hijos de Jacob habitaron con su padre en el valle de Hebrón, y todos los moradores de la tierra conocieron su fuerza, y su fama se extendió por toda la tierra.
5 Y José hijo de Jacob, y su hermano Benjamín, hijos de Raquel mujer de Jacob, eran aún jóvenes en aquellos días, y no salieron con sus hermanos durante las batallas de ellos en todas las ciudades de los amorreos.
6 Y cuando José vio la fuerza de sus hermanos, y su grandeza, los alabó y los ensalzó, pero se consideró mayor que ellos, y se ensalzó por encima de ellos; y Jacob, su padre, también lo amó más que a todos sus hijos, porque era hijo de su vejez, y por su amor hacia él, le hizo una túnica de muchos colores.
7 Y cuando José vio que su padre lo amaba más que a sus hermanos, continuó exaltándose por encima de sus hermanos, y trajo a su padre malos informes acerca de ellos.
8 Y viendo los hijos de Jacob toda la conducta de José para con ellos, y que su padre lo amaba más que a todos ellos, lo odiaron y no pudieron hablarle pacíficamente todos los días.
9 Y José tenía diecisiete años, y todavía se engrandecía sobre sus hermanos, y pensaba en ensalzarse por encima de ellos.
10 En aquel tiempo soñó un sueño, y vino a sus hermanos y les contó su sueño, y les dijo: Soñé un sueño, y he aquí que todos estábamos atando gavillas en el campo, y mi gavilla se levantó y se puso en tierra, y vuestras gavillas la rodearon y se inclinaron ante ella.

11 Y sus hermanos le respondieron, y le dijeron: ¿Qué significa este sueño que soñaste? ¿Piensas en tu corazón reinar o gobernar sobre nosotros?
12 Y él vino otra vez, y contó el asunto a su padre Jacob; y Jacob besó a José cuando oyó estas palabras de su boca; y Jacob bendijo a José.
13 Y cuando los hijos de Jacob vieron que su padre había bendecido a José y lo había besado, y que lo amaba mucho, tuvieron celos de él y lo odiaron aún más.
14 Después de esto, José soñó otro sueño y se lo contó a su padre en presencia de sus hermanos. Y José dijo a su padre y a sus hermanos: He aquí, he vuelto a soñar un sueño, y he aquí que el sol y la luna y las once estrellas se inclinaban ante mí.
15 Y oyó su padre las palabras de José y su sueño, y viendo que sus hermanos odiaban a José por causa de este asunto, Jacob reprendió a José delante de sus hermanos por causa de este asunto, diciendo: ¿Qué significa este sueño que has soñado, y este engrandecerte delante de tus hermanos que son mayores que tú?
16 ¿Te imaginas en tu corazón que yo, tu madre y tus once hermanos vendremos y nos inclinaremos ante ti, porque dices estas cosas?
17 Y sus hermanos tuvieron celos de él a causa de sus palabras y sueños, y continuaron odiándolo; y Jacob guardó los sueños en su corazón.
18 Y los hijos de Jacob fueron un día a apacentar el rebaño de su padre en Siquem, porque todavía eran pastores en aquellos días; y mientras los hijos de Jacob estaban apacentando ese día en Siquem, se demoraron, y el tiempo de recoger el ganado había pasado, y ellos no habían llegado.
19 Y vio Jacob que sus hijos se habían detenido en Siquem, y dijo Jacob dentro de sí: Quizá los de Siquem se han levantado para pelear contra ellos, por eso han tardado en venir hoy.
20 Y llamó Jacob a José su hijo, y le dio estas órdenes: He aquí tus hermanos están hoy pastando en Siquem, y he aquí que aún no han regresado; ve ahora, y mira dónde están, y tráeme noticias acerca del bienestar de tus hermanos, y del bienestar del rebaño.
21 Y envió Jacob a su hijo José al valle de Hebrón; y José vino a buscar a sus hermanos en Siquem, y no los pudo hallar; y anduvo José por el campo que estaba cerca de Siquem, para ver adónde se habían apartado sus hermanos; y se extravió en el desierto, y no sabía por dónde ir.
22 Y un ángel del Señor lo encontró vagando por el camino que conduce al campo; y José dijo al ángel del Señor: Busco a mis hermanos; ¿no has oído dónde están pastando? Y el ángel del Señor dijo a José: Vi a tus hermanos pastando aquí, y les oí decir que irían a pastar en Dotán.
23 Y José escuchó la voz del ángel de Jehová, y fue a sus hermanos en Dotán, y los halló en Dotán apacentando las ovejas.
24 Y José avanzó hacia sus hermanos, y antes que llegase a ellos, ellos ya habían resuelto matarlo.
25 Y Simeón dijo a sus hermanos: He aquí, el hombre de los sueños viene a nosotros hoy; así que ahora venid y matémoslo y echémoslo en una de las cisternas que están en el desierto; y cuando su padre lo busque de nosotros, diremos: Una mala bestia lo ha devorado.
26 Y oyó Rubén las palabras de sus hermanos acerca de José, y les dijo: No hagáis esto; ¿cómo podemos nosotros respetar a nuestro padre Jacob? Echadlo en esta cisterna para que muera allí, pero no extendáis vuestra mano sobre él para derramar su sangre. Y Rubén dijo esto para librarlo de sus manos, para hacerlo volver a su padre.
27 Y cuando José llegó a sus hermanos, se sentó delante de ellos; y ellos se levantaron sobre él, y le agarraron, y le derribaron a tierra, y le despojaron de la túnica de muchos colores que tenía puesta.
28 Y le tomaron y le echaron en un pozo; y en el pozo no había agua, sino serpientes y escorpiones. Y José tuvo miedo de las serpientes y de los escorpiones que estaban en el pozo. Y José clamó a gran voz, y Jehová escondió las serpientes y los escorpiones en los lados del pozo, y no hicieron daño a José.
29 Y llamó José desde el pozo a sus hermanos, y les dijo: ¿Qué os he hecho? ¿En qué he pecado? ¿Por qué no tenéis temor de Jehová por mí? ¿No soy yo de vuestros huesos y de vuestra carne, y no es Jacob vuestro padre, mi padre? ¿Por qué me hacéis esto hoy? ¿Cómo podéis honrar a nuestro padre Jacob?
30 Y siguió clamando y llamando a sus hermanos desde el pozo, y dijo: Oh Judá, Simeón y Leví, mis hermanos, sacadme del lugar de oscuridad en el que me habéis puesto, y venid hoy a tener compasión de mí, hijos del Señor e hijos de Jacob mi padre. Y si he pecado contra vosotros, ¿no sois vosotros hijos de Abraham, Isaac y Jacob? Si veían a un huérfano, tenían compasión de él, o a uno que tenía hambre, le daban de comer pan, o a uno que tenía sed, le daban de beber agua, o al que estaba desnudo, lo cubrían con vestiduras.
31 ¿Y cómo, pues, negarás tu compasión a tu hermano, porque yo soy de tu carne y de tus huesos, y si he pecado contra ti, ciertamente lo harás por causa de mi padre?
32 Y habló José estas palabras desde el pozo, y sus hermanos no pudieron escucharle, ni inclinar sus oídos a las palabras de José; y José estaba llorando y sollozando en el pozo.
33 Y dijo José: ¡Oh, si mi padre supiera hoy el hecho que mis hermanos han hecho conmigo, y las palabras que ellos me han hablado hoy!
34 Y todos sus hermanos oyeron sus gritos y su llanto en el pozo; y fueron sus hermanos y se apartaron del pozo, para no oír los gritos de José, ni su llanto en el pozo.

CAPÍTULO 42

1 Y ellos fueron y se sentaron al otro lado, como a la distancia de un tiro de arco, y se sentaron allí a comer pan, y mientras comían, consultaron entre sí qué se haría con él, si matarlo o traerlo de vuelta a su padre.
2 Y ellos estaban reunidos en secreto, cuando alzaron los ojos y vieron una compañía de ismaelitas que venía a lo lejos, por el camino de Galaad, y descendía a Egipto.
3 Y Judá les respondió: ¿Qué provecho tendremos si matamos a nuestro hermano? Quizá Dios nos lo pedirá cuenta. Éste es el consejo que hemos propuesto acerca de él, lo que habéis de hacer con él: He aquí esta compañía de ismaelitas que desciende a Egipto,
4 Ahora pues, venid, entreguémosle a ellos, y no sea nuestra mano sobre él, pues lo llevarán consigo, y quedará

perdido entre el pueblo de la tierra, y no lo mataremos con nuestras propias manos. Y la propuesta agradó a sus hermanos, e hicieron conforme a la palabra de Judá.
5 Y mientras ellos discutían acerca de este asunto, y antes que la compañía de los ismaelitas llegara hasta ellos, siete hombres de comercio de Madián pasaron junto a ellos, y mientras pasaban tuvieron sed, y alzaron los ojos y vieron el pozo en el que José estaba encerrado, y miraron, y he aquí que toda especie de aves estaba sobre él.
6 Y estos madianitas corrieron al pozo para beber agua, porque pensaron que contenía agua, y al llegar delante del pozo oyeron la voz de José clamando y llorando en el pozo, y miraron hacia el pozo, y vieron y he aquí que había un joven de aspecto atractivo y de buen parecer.
7 Y le llamaron, y dijeron: ¿Quién eres tú, y quién te ha traído acá, y quién te ha puesto en esta cisterna, en el desierto? Y todos ellos ayudaron a levantar a José, y lo sacaron, y lo sacaron de la cisterna, y tomándolo, se fueron en su camino, y pasaron junto a sus hermanos.
8 Y ellos les respondieron: ¿Por qué hacéis esto, tomándonos a nuestro siervo y marchándoos? Ciertamente pusimos a este joven en la cisterna, porque se rebeló contra nosotros; y venid vosotros, le hacéis subir y le lleváis; ahora, pues, devolvednos a nuestro siervo.
9 Y los madianitas respondieron, y dijeron a los hijos de Jacob: ¿Es éste vuestro siervo, o éste os sirve? Quizá todos vosotros sois sus siervos, pues él es más apuesto y de mejor aspecto que todos vosotros; ¿por qué, pues, habláis todos con falsedad contra nosotros?
10 Ahora pues, no escucharemos vuestras palabras, ni os atenderemos, porque hallamos al joven en un hoyo en el desierto, y lo tomamos; por tanto, seguiremos adelante.
11 Y todos los hijos de Jacob se acercaron a ellos, y se levantaron contra ellos, y les dijeron: Devolvednos a nuestro siervo; ¿por qué moriréis todos a filo de espada? Y los madianitas gritaron contra ellos, y ellos sacaron sus espadas, y se acercaron para pelear contra los hijos de Jacob.
12 Y he aquí que Simeón se levantó de su asiento contra ellos, y saltó al suelo, y sacó su espada, y se acercó a los madianitas, y lanzó un grito terrible delante de ellos, de modo que su grito se oyó a distancia, y la tierra tembló a causa del grito de Simeón.
13 Y los madianitas se llenaron de temor a causa de Simeón y del estruendo de sus gritos, y cayeron sobre sus rostros, y se alarmaron en gran manera.
14 Y Simeón les respondió: En verdad yo soy Simeón, hijo de Jacob el hebreo, que con mi hermano destruí la ciudad de Siquem y las ciudades de los amorreos; así también hará Dios conmigo, que si todos vuestros hermanos, los hijos de Madián, y también los reyes de Canaán, viniesen con vosotros, no podrían pelear contra mí.
15 Ahora pues, devuélvenos a ese joven que has tomado, para que no entregue tu carne a las aves del cielo y a las fieras de la tierra.
16 Y los madianitas temieron aún más a Simeón, y se acercaron a los hijos de Jacob con terror y espanto, y con palabras patéticas, diciendo:
17 Ciertamente tú has dicho que el joven es tu siervo, y que se rebeló contra ti, y por eso lo pusiste en la cisterna; ¿qué harás, pues, con un siervo que se rebela contra su amo? Ahora pues, véndenoslo, y te daremos todo lo que necesites por él; y al Señor le agradó hacer esto para que los hijos de Jacob no mataran a su hermano.
18 Y los madianitas vieron que José era de hermoso aspecto y de buen parecer; y lo desearon en sus corazones, y se apresuraron a comprarlo de entre sus hermanos.
19 Y los hijos de Jacob obedecieron a los madianitas, y les vendieron a su hermano José por veinte piezas de plata; y Rubén su hermano no estaba con ellos; y los madianitas tomaron a José y continuaron su viaje hacia Galaad.
20 Iban ellos por el camino, y los madianitas se arrepintieron de lo que habían hecho, de haber comprado al joven, y se dijeron el uno al otro: ¿Qué es esto que hemos hecho, tomando de los hebreos este joven, que es de hermoso aspecto y de hermosa presencia?
21 Quizá este joven haya sido robado de la tierra de los hebreos; ¿por qué, pues, hemos hecho esto? Si le buscan y le hallan en nuestras manos, moriremos por causa de él.
22 Ahora bien, hombres valientes y fuertes nos lo han vendido, uno de ellos, cuyo vigor has visto hoy; quizá lo robaron de su tierra con su fuerza y con su brazo poderoso, y por eso nos lo han vendido por el pequeño precio que les dimos.
23 Y mientras ellos así conversaban juntos, miraron, y he aquí que la compañía de ismaelitas que venía primero, y la cual vieron los hijos de Jacob, avanzaba hacia los madianitas; y los madianitas se dijeron unos a otros: Venid, vendamos este joven a la compañía de ismaelitas que viene hacia nosotros, y tomaremos para él lo poco que dimos por él, y seremos librados de su mal.
24 Y lo hicieron así, y llegaron a los ismaelitas, y los madianitas vendieron a José a los ismaelitas por veinte piezas de plata, las cuales habían dado por él a sus hermanos.
25 Y los madianitas siguieron su camino hacia Galaad, y los ismaelitas tomaron a José, y lo montaron en uno de los camellos, y lo llevaron a Egipto.
26 Y José oyó que los ismaelitas iban rumbo a Egipto, y José se lamentó y lloró por esto, que él iba a ser removido tan lejos de la tierra de Canaán, de su padre, y lloró amargamente mientras estaba montado en el camello, y uno de sus hombres lo observó, y lo hizo descender del camello y caminar a pie, y a pesar de esto José continuó llorando y llorando, y dijo: Oh mi padre, mi padre.
27 Y uno de los ismaelitas se levantó y golpeó a José en la mejilla, y él todavía continuaba llorando; y José estaba fatigado en el camino, y no podía seguir adelante a causa de la amargura de su alma, y todos lo golpearon y lo afligieron en el camino, y lo aterrorizaron para que cesara de llorar.
28 Y vio Jehová la ambición de José, y su angustia; y trajo sobre aquellos hombres tinieblas y confusión, y la mano de todos los que le herían se secó.
29 Y se dijeron el uno al otro: ¿Qué es esto que Dios nos ha hecho en el camino? Pero no sabían que esto les había sucedido por causa de José. Y los hombres prosiguieron su camino, y pasaron por el camino de Efrata, donde estaba sepultada Raquel.
30 Y llegó José al sepulcro de su madre, y se apresuró José y corrió al sepulcro de su madre, y se echó sobre el sepulcro y lloró.
31 Y José clamó a gran voz sobre el sepulcro de su madre, y dijo: ¡Madre mía, madre mía, tú que me diste a luz!

Despierta ahora y levántate, y mira a tu hijo, que ha sido vendido por esclavo, y no hay quien se compadezca de él.
32 Levántate y mira a tu hijo; llora conmigo por mis angustias, y mira el corazón de mis hermanos.
33 Despierta, madre mía, despierta, despierta por mí de tu sueño, y dirige tus batallas contra mis hermanos. ¡Oh, cómo me han despojado de mi túnica, y ya me han vendido dos veces como esclavo, y me han separado de mi padre, y no hay nadie que se apiade de mí!
34 Despiértate y presenta tu causa contra ellos delante de Dios, y verás a quién justificará Dios en el juicio, y a quién condenará.
35 Levántate, madre mía, levántate, despierta de tu sueño, y mira a mi padre cómo está hoy su alma conmigo; consuélalo y tranquiliza su corazón.
36 Y José continuó hablando estas palabras, y José clamó en voz alta y lloró amargamente sobre la tumba de su madre; y cesó de hablar, y por la amargura de su corazón se quedó quieto como una piedra sobre la tumba.
37 Y oyó José una voz que le hablaba desde debajo de la tierra, la cual le respondió con amargura de corazón, y con voz de llanto y de oración, estas palabras:
38 Hijo mío, hijo mío José, la voz de tu llanto y la voz de tu lamentación he oído; he visto tus lágrimas; conozco tus angustias, hijo mío, y me duele por ti, y a mi dolor se añade gran tristeza.
39 Ahora pues, hijo mío, José, hijo mío, espera en Jehová, y espéralo en él, y no temas, porque Jehová está contigo, y él te librará de toda angustia.
40 Levántate, hijo mío, desciende a Egipto con tus amos, y no temas, porque Jehová está contigo, hijo mío. Y continuó hablando estas mismas palabras a José, y se quedó callada.
41 Y José oyó esto, y se maravilló mucho por esto, y continuó llorando; y después de esto uno de los ismaelitas lo observó llorando y sollozando sobre el sepulcro, y su ira se encendió contra él, y lo expulsó de allí, y lo hirió y lo maldijo.
42 Y José respondió a aquellos hombres: Halle yo gracia en vuestros ojos para volverme a la casa de mi padre, y él os dará abundancia de riquezas.
43 Y ellos le respondieron, diciendo: ¿No eres tú esclavo? ¿Y dónde está tu padre? Y si tuvieras padre, no hubieras sido vendido ya dos veces por tan poco precio como esclavo. Y su ira todavía estaba encendida contra él, y continuaban golpeándolo y castigándolo, y José lloró amargamente.
44 Y el Señor vio la aflicción de José, y el Señor volvió a herir a estos hombres, y los castigó, y el Señor hizo que la oscuridad los envolviera sobre la tierra, y los relámpagos destellaron y los truenos rugieron, y la tierra tembló ante la voz de los truenos y del poderoso viento, y los hombres estaban aterrorizados y no sabían a dónde ir.
45 Y las bestias y los camellos se detuvieron, y ellos los condujeron, pero ellos no quisieron ir; los hirieron, y se encorvaron en tierra; y los hombres se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto que Dios nos ha hecho? ¿Cuáles son nuestras transgresiones, y cuáles nuestros pecados, para que nos haya sucedido esto?
46 Y uno de ellos respondió y les dijo: Quizá por causa del pecado de afligir a este siervo nos ha sucedido esto hoy; ahora pues, imploradle fuertemente que nos perdone, y entonces sabremos por causa de quién nos sucede este mal, y si Dios tiene compasión de nosotros, entonces sabremos que todo esto nos viene por causa del pecado de afligir a este siervo.
47 Y los hombres así lo hicieron, y suplicaron a José y le presionaron para que los perdonara, y dijeron: Hemos pecado contra el Señor y contra ti; ahora, pues, dígnate pedir a tu Dios que quite esta muerte de entre nosotros, porque hemos pecado contra él.
48 Y José hizo conforme a sus palabras, y el Señor escuchó a José, y el Señor quitó la plaga que había infligido sobre aquellos hombres por causa de José, y las bestias se levantaron de la tierra y las condujeron, y ellos continuaron, y la furiosa tormenta amainó y la tierra se tranquilizó, y los hombres continuaron su viaje para descender a Egipto, y los hombres supieron que este mal les había sobrevenido por causa de José.
49 Y se dijeron el uno al otro: He aquí, sabemos que fue a causa de su aflicción que este mal nos sobrevino; ahora, pues, ¿por qué traeremos esta muerte sobre nuestras almas? Deliberaremos sobre qué haremos con este siervo.
50 Y uno respondió y dijo: Seguramente él nos dijo que lo trajéramos a su padre; ahora pues, ven, tomémoslo de regreso, e iremos al lugar que él nos diga, y tomaremos de su familia el precio que dimos por él, y después nos iremos.
51 Y uno respondió de nuevo y dijo: He aquí, este consejo es muy bueno, pero no podemos hacerlo así, porque el camino está muy lejos de nosotros, y no podemos desviarnos de nuestro camino.
52 Y otro más respondió y les dijo: Este es el consejo que debe adoptarse, no nos desviaremos de él: he aquí, hoy vamos a Egipto, y cuando hayamos llegado a Egipto, lo venderemos allí a un alto precio, y seremos librados de su mal.
53 Y esto agradó a los hombres, y lo hicieron así, y continuaron su viaje a Egipto con José.

CAPÍTULO 43

1 Y cuando los hijos de Jacob vendieron a su hermano José a los madianitas, sus corazones se sintieron heridos a causa de él, y se arrepintieron de sus hechos, y lo buscaron para traerlo de vuelta, pero no lo pudieron hallar.
2 Y Rubén volvió a la cisterna donde habían metido a José, para sacarlo y devolvérselo a su padre; y Rubén estaba junto a la cisterna, y no oía palabra alguna; y llamó a José, José, y nadie respondió ni pronunció palabra alguna.
3 Y dijo Rubén: José ha muerto de miedo, o alguna serpiente le ha causado la muerte. Y descendió Rubén a la cisterna, y buscó a José, pero no lo halló en la cisterna; y volvió a salir.
4 Y Rubén rasgó sus vestiduras, y dijo: El niño no está allí; ¿cómo podré reconciliar a mi padre con él, si él está muerto? Y fue a sus hermanos, y los halló afligidos por José, y deliberando juntos sobre cómo reconciliar a su padre con él. Y Rubén dijo a sus hermanos: Llegué a la cisterna, y he aquí que José no estaba allí; ¿qué, pues, diremos a nuestro padre, porque mi padre solamente me buscará a mí para que me entregue al muchacho?
5 Y sus hermanos le respondieron, diciendo: Así y así hicimos, y después nuestros corazones nos hirieron a causa de este acto, y ahora nos sentamos a buscar un pretexto para reconciliar a nuestro padre con esto.

6 Y Rubén les respondió: ¿Qué es esto que habéis hecho, para hacer descender con dolor las canas de nuestro padre al sepulcro? No está bien lo que habéis hecho.
7 Y Rubén se sentó con ellos, y todos se levantaron y juraron el uno al otro no decir esto a Jacob, y todos dijeron: Cualquiera que diga esto a nuestro padre o a su casa, o que informe esto a cualquiera de los hijos de la tierra, todos nos levantaremos contra él y lo mataremos a espada.
8 Y los hijos de Jacob temieron unos a otros por este asunto, desde el menor hasta el mayor, y ninguno hablaba palabra, sino que ocultaban el asunto en sus corazones.
9 Y después se sentaron para determinar e inventar algo que decir a su padre Jacob acerca de todas estas cosas.
10 Y les dijo Isacar: He aquí un consejo para vosotros, si os parece bien hacer esto: tomad la túnica de José, y rasgadla, y matad un cabrito de las cabras, y mojadlo en su sangre.
11 Y enviadlo a nuestro padre, y cuando él lo vea, dirá que una mala bestia lo ha devorado; por tanto, rasgad su túnica, y he aquí que su sangre estará sobre su túnica; y al hacer esto, seremos libres de las murmuraciones de nuestro padre.
12 Y les agradó el consejo de Isacar, y le oyeron, é hicieron conforme a la palabra que Isacar les había aconsejado.
13 Y se apresuraron y tomaron la túnica de José, y la rasgaron, y degollaron un cabrito de las cabras, y tiñeron la túnica con la sangre del cabrito, y la pisotearon en el polvo; y enviaron la túnica a su padre Jacob por mano de Neftalí, y le ordenaron que dijera estas palabras:
14 Nosotros habíamos reunido el ganado, y habíamos llegado hasta el camino de Siquem y más allá, cuando hallamos esta túnica en el camino en el desierto, teñida en sangre y en polvo; reconoce, pues, ahora si es la túnica de tu hijo o no.
15 Y Neftalí fue y vino a su padre, y él le dio la túnica, y le habló todas las palabras que sus hermanos le habían mandado.
16 Y vio Jacob la túnica de José, y la reconoció, y cayó sobre su rostro en tierra, y quedó inmóvil como una piedra; y después se levantó y clamó con voz fuerte y llorosa, y dijo: ¡Es la túnica de mi hijo José!
17 Y Jacob se apresuró a enviar uno de sus siervos a sus hijos, el cual fue a ellos y los halló que venían por el camino con el rebaño.
18 Y los hijos de Jacob vinieron a su padre al anochecer, y he aquí que sus vestidos estaban rasgados y había polvo sobre sus cabezas; y hallaron a su padre clamando y llorando a gran voz.
19 Y Jacob dijo a sus hijos: Decidme verdaderamente, ¿qué mal habéis traído hoy de repente sobre mí? Y ellos respondieron a su padre Jacob, diciendo: Nosotros veníamos hoy después que se había reunido el rebaño, y llegamos hasta la ciudad de Siquem por el camino del desierto, y hallamos esta túnica llena de sangre en el suelo; y lo reconocimos, y te enviamos a ver si la reconociste.
20 Y oyó Jacob las palabras de sus hijos, y clamó a gran voz, y dijo: Es la túnica de mi hijo; alguna mala bestia lo ha devorado; José está despedazado, porque lo envié hoy para ver si a vosotros os iba bien, y si a los rebaños les iba bien, y para que me trajera respuesta de vosotros; y él fue como le ordené; y esto le ha sucedido hoy, mientras yo pensaba que mi hijo estaba con vosotros.
21 Y los hijos de Jacob respondieron y dijeron: No ha venido a nosotros, ni lo hemos visto desde que salimos de ti hasta ahora.
22 Y cuando Jacob oyó sus palabras, gritó de nuevo en alta voz, y se levantó y rasgó sus vestidos, y puso cilicio sobre sus lomos, y lloró amargamente, y se lamentó, y alzó su voz llorando, y exclamó y dijo estas palabras:
23 ¡José, hijo mío! ¡Oh hijo mío José! Yo te envié hoy por el bienestar de tus hermanos, y he aquí que has sido despedazado; por mi mano le ha sucedido esto a mi hijo.
24 Me duele por ti, José, hijo mío, me duele por ti; ¡cuán dulce me fuiste en vida, y ahora cuán amarga me es tu muerte!
25 ¡Oh, si yo hubiera muerto en tu lugar, José, mi hijo! ¡Me duele mucho por ti, hijo mío, hijo mío! ¡José, hijo mío! ¿Dónde estás y adónde has sido arrastrado? ¡Despierta, levántate de tu lugar y ven a ver mi dolor por ti, hijo mío José!
26 Ven ahora y cuenta las lágrimas que brotan de mis ojos y corren por mis mejillas, y llévalas delante del Señor, para que su ira se aparte de mí.
27 ¡Oh José, hijo mío!, ¿cómo caíste por la mano de aquel por quien nadie había caído desde el principio del mundo hasta hoy? Porque fuiste condenado a muerte por el golpe de un enemigo, infligido con crueldad, pero seguramente sé que esto te ha sucedido a causa de la multitud de mis pecados.
28 Despierta ahora, y mira cuán amargo es mi sufrimiento por ti, hijo mío, aunque yo no te crié, ni te formé, ni te di aliento ni alma, sino que fue Dios quien te formó y construyó tus huesos, y los cubrió de carne, y sopló en tu nariz aliento de vida, y luego te dio a mí.
29 Ahora bien, verdaderamente Dios que te dio a mí, te ha quitado de mí, y esto es lo que te ha sucedido.
30 Y Jacob continuó hablando estas mismas palabras acerca de José, y lloró amargamente; cayó a tierra y se quedó quieto.
31 Y todos los hijos de Jacob, viendo el mal de su padre, se arrepintieron de lo que habían hecho, y también lloraron amargamente.
32 Y se levantó Judá, y levantó la cabeza de su padre del suelo, y la puso sobre su regazo, y enjugó las lágrimas de su padre de sus mejillas; y lloró Judá muy grandemente, mientras la cabeza de su padre estaba reclinada sobre su regazo, inmóvil como una piedra.
33 Y los hijos de Jacob vieron la angustia de su padre, y alzaron su voz y continuaron llorando; y Jacob aún estaba tendido en el suelo, inmóvil como una piedra.
34 Y todos sus hijos y sus siervos y los hijos de sus siervos se levantaron y estuvieron alrededor de él para consolarlo, pero él no quiso recibir consolación.
35 Y toda la casa de Jacob se levantó y lloró un gran duelo a causa de José y de la angustia de su padre, y la noticia llegó a Isaac, hijo de Abraham, padre de Jacob, y lloró amargamente a causa de José, él y toda su casa; y se fue del lugar donde habitaba en Hebrón, y sus hombres con él, y consoló a Jacob su hijo, y él rehusó ser consolado.
36 Después de esto, Jacob se levantó del suelo, y sus lágrimas corrían por sus mejillas, y dijo a sus hijos: Levantaos y tomad vuestras espadas y vuestros arcos, y salid al campo, y buscad si podéis hallar el cuerpo de mi hijo, y traédmelo para que lo entierre.

37 Buscad también ahora entre las fieras, y cazadlas; y la que primero llegue, tómala y tráemela; quizá Jehová tendrá hoy piedad de mi aflicción, y preparará delante de vosotros lo que despedazó a mi hijo, y tráemela, y yo vengaré la causa de mi hijo.
38 Y sus hijos hicieron como su padre les había mandado, y se levantaron muy de mañana, y tomó cada uno su espada y su arco en su mano, y salieron al campo a cazar las fieras.
39 Y Jacob seguía clamando a gran voz y llorando, y andando por la casa, y batiéndose las manos, diciendo: ¡José mi hijo, José mi hijo!
40 Y los hijos de Jacob fueron al desierto para apoderarse de las bestias, y he aquí que un lobo venía hacia ellos, y lo capturaron, y lo trajeron a su padre, y le dijeron: Este es el primero que hemos hallado, y te lo hemos traído como nos ordenaste, y no pudimos hallar el cuerpo de tu hijo.
41 Y Jacob tomó la bestia de manos de sus hijos, y clamó con voz grande y llorosa, teniendo la bestia en su mano, y habló con corazón amargo a la bestia: ¿Por qué devoraste a mi hijo José, y cómo no tuviste temor del Dios de la tierra, ni de mi angustia por mi hijo José?
42 Y devoraste a mi hijo por nada, porque él no cometió ninguna violencia, y así me hiciste culpable por su causa; por tanto, Dios demandará al que es perseguido.
43 Y el Señor abrió la boca de la bestia para consolar a Jacob con sus palabras, y ésta respondió a Jacob y le habló estas palabras:
44 Vive Dios que nos creó en la tierra, y vive tu alma, señor mío, que yo no vi a tu hijo, ni lo despedacé, sino que también de una tierra lejana vine a buscar a mi hijo que hoy se fue de mi lado, y no sé si está vivo o muerto.
45 Y yo vine hoy al campo a buscar a mi hijo, y tus hijos me hallaron, y me agarraron, y aumentaron mi dolor, y me han traído hoy delante de ti, y ahora te he hablado todas mis palabras.
46 Y ahora, pues, hijo de hombre, estoy en tus manos, y haz hoy de mí como bien te parezca; pero vida de Dios que me creó, que no vi a tu hijo, ni lo despedacé, ni ha entrado carne de hombre en mi boca en todos los días de mi vida.
47 Y cuando Jacob oyó las palabras de la bestia, se asombró en gran manera, y envió fuera a la bestia de su mano, y ella se fue su camino.
48 Y Jacob seguía clamando a gran voz, y llorando por José día tras día, e hizo duelo por su hijo muchos días.

CAPÍTULO 44

1 Y los hijos de Ismael que habían comprado a José de los madianitas, quienes lo habían comprado de sus hermanos, fueron a Egipto con José, y llegaron a los límites de Egipto, y cuando se acercaron a Egipto, encontraron a cuatro hombres de los hijos de Medianán hijo de Abraham, que habían salido de la tierra de Egipto en su viaje.
2 Y los ismaelitas les dijeron: ¿Queréis comprar de nosotros este siervo? Y ellos dijeron: Entréganoslo. Y ellos les entregaron a José, y vieron que era un muchacho muy apuesto, y lo compraron por veinte siclos.
3 Y los ismaelitas continuaron su viaje a Egipto, y los medanim también regresaron aquel día a Egipto, y los medanim se dijeron unos a otros: He aquí, hemos oído que Potifar, oficial de Faraón, capitán de la guardia, busca un buen siervo que esté delante de él para servirle, y para hacerle mayordomo sobre su casa y sobre todo lo que le pertenece.
4 Ahora pues, venid y vendámoslo por lo que queramos, si él nos puede dar lo que le pedimos.
5 Y estos medanim fueron y vinieron a la casa de Potifar, y le dijeron: Hemos oído que buscas un buen siervo para que te sirva; he aquí, tenemos un siervo que te agradará, si puedes darnos lo que deseamos, y te lo venderemos.
6 Y Potifar dijo: Traédmelo, y yo le veré; y si él me agrada, te daré lo que pidas de él.
7 Y fueron los medanim y trajeron a José, y lo pusieron delante de Potifar, y éste lo vio, y le agradó mucho; y Potifar les dijo: Decidme qué necesitáis para este joven.
8 Y ellos dijeron: Cuatrocientas piezas de plata pedimos por él. Y Potifar respondió: Te las daré, si me traes el registro de su venta, y me cuentas su historia; porque quizá sea hurtado, pues este joven no es esclavo, ni hijo de esclava, sino que veo en él apariencia de persona hermosa y bien parecida.
9 Y fueron los medanim y le trajeron a los ismaelitas que se lo habían vendido, y ellos se lo informaron, diciendo: Es esclavo, y se lo vendimos.
10 Y oyó Potifar las palabras de los ismaelitas al dar el dinero a los medanim; y los medanim tomaron el dinero y continuaron su viaje, y también los ismaelitas regresaron a sus casas.
11 Y Potifar tomó a José y lo llevó a su casa para que le sirviese; y José halló favor en los ojos de Potifar, el cual confió en él, y lo puso por mayordomo de su casa, y entregó en sus manos todo lo que tenía.
12 Y Jehová estaba con José, y él fue varón prosperado; y bendijo Jehová la casa de Potifar a causa de José.
13 Y Potifar dejó todo lo que tenía en mano de José, y José era quien hacía entrar y salir las cosas, y todo se regulaba según su voluntad en la casa de Potifar.
14 Y era José de dieciocho años, muchacho de hermosos ojos y de hermoso aspecto, y no había como él en toda la tierra de Egipto.
15 En aquel tiempo, mientras él estaba en casa de su amo, entrando y saliendo de la casa y atendiendo a su amo, Zelicah, la esposa de su amo, alzó sus ojos hacia José y lo miró, y he aquí que era un joven apuesto y de buen parecer.
16 Y ella codició su belleza en su corazón, y su alma estaba fija en José, y lo seducía día tras día; y Zelica persuadía a José cada día; pero José no alzaba sus ojos para contemplar a la mujer de su amo.
17 Y Zelicah le dijo: ¡Cuán hermosa es tu apariencia y tu forma! En verdad he mirado a todos los siervos, y nunca he visto sierva tan hermosa como tú. Y José le respondió: Ciertamente el que me creó en el vientre de mi madre creó a toda la humanidad.
18 Y ella le dijo: ¡Cuán hermosos son tus ojos, con los cuales has deslumbrado a todos los habitantes de Egipto, hombres y mujeres! Y él le respondió: ¡Cuán hermosos son mientras vivimos! Pero si los contemplaras en el sepulcro, de seguro te alejarías de ellos.
19 Y ella le dijo: ¡Cuán hermosas y suaves son todas tus palabras! Toma ahora el arpa que está en casa, y tañe con tus manos, y haznos oír tus palabras.
20 Y él le dijo: ¡Cuán hermosas y agradables son mis palabras cuando hablo la alabanza de mi Dios y de su gloria! Y ella le respondió: ¡Cuán hermosos son los

cabellos de tu cabeza! Mira el peine de oro que está en la casa; tómalo ahora, y riza tus cabellos.
21 Y él le dijo: ¿Hasta cuándo hablarás así? Deja de repetirme esas palabras, y levántate y ocúpate de tus asuntos domésticos.
22 Y ella le dijo: No hay nadie en mi casa, y no hay nada a que atender sino a tus palabras y a tus deseos; pero a pesar de todo esto, no pudo traer a José a su casa, ni él puso sus ojos en ella, sino que dirigió sus ojos hacia el suelo.
23 Y Zelicah deseó en su corazón que José se acostara con ella; y mientras José estaba sentado en la casa haciendo su trabajo, Zelicah vino y se sentó delante de él, y lo seducía diariamente con sus palabras para que se acostara con ella, o para que la mirara alguna vez; pero José no la escuchaba.
24 Y ella le respondió: Si no haces conforme a mis palabras, te castigaré con el castigo de la muerte y pondré sobre ti un yugo de hierro.
25 Y José le respondió: Ciertamente el Dios que creó al hombre, él suelta las cadenas de los cautivos, y él también me librará de tu prisión y de tu juicio.
26 Y como ella no pudo persuadirlo, y estando su alma todavía fija en él, su deseo la arrojó a una grave enfermedad.
27 Y todas las mujeres de Egipto vinieron a visitarla, y le dijeron: ¿Por qué estás en tan desdichada situación? Tú que nada te falta; ciertamente tu marido es un príncipe grande y estimado a los ojos del rey; ¿te faltaría a ti algo de lo que desea tu corazón?
28 Y Zelicah les respondió, diciendo: Hoy se os hará saber de dónde proviene este desorden en que me veis. Y mandó a sus siervas que preparasen comida para todas las mujeres, y les hizo un banquete, y todas las mujeres comieron en casa de Zelicah.
29 Y les dio cuchillos para que pelasen las cidras para comerlas, y mandó que vistieran a José con ropas costosas, y que él se presentara delante de ellas, y José vino ante los ojos de ellas y todas las mujeres miraron a José, y no podían apartar sus ojos de él, y todas se cortaron las manos con los cuchillos que tenían en sus manos, y todas las cidras que estaban en sus manos se llenaron de sangre.
30 Y ellos no sabían lo que habían hecho, sino que continuaban contemplando la hermosura de José, y no apartaron de él sus ojos.
31 Y vio Zelica lo que habían hecho, y les dijo: ¿Qué obra es ésta que habéis hecho? He aquí os di a comer limones, y todos os habéis cortado las manos.
32 Y todas las mujeres vieron sus manos, y he aquí que estaban llenas de sangre, y su sangre fluía sobre sus vestidos; y le dijeron: Este siervo en tu casa nos ha vencido, y no pudimos apartar nuestros ojos de él a causa de su belleza.
33 Y ella les dijo: Seguramente esto les sucedió en el momento en que lo miraron, y no pudieron contenerse de él; ¿cómo entonces puedo abstenerme cuando él está constantemente en mi casa, y lo veo día tras día entrando y saliendo de mi casa? ¿Cómo entonces puedo evitar decaer o incluso perecer a causa de esto?
34 Y ellos le dijeron: Las palabras son verdaderas, pues ¿quién puede ver esta hermosa forma en la casa y abstenerse de él, y no es él tu esclavo y sirviente en tu casa, y por qué no le dices lo que hay en tu corazón, y permites que tu alma perezca por este asunto?
35 Y ella les dijo: Cada día me esfuerzo por persuadirlo, pero él no accede a mis deseos; le prometí todo lo que es bueno, y sin embargo no obtuve nada de él a cambio; por lo tanto, estoy en un estado de decadencia, como podéis ver.
36 Y Zelicah se puso muy enferma a causa de su deseo hacia José, y estaba desesperadamente enferma de amor por causa de él, y todo el pueblo de la casa de Zelicah y su esposo no sabían nada de este asunto, que Zelicah estaba enferma a causa de su amor a José.
37 Y toda la gente de su casa le preguntó, diciendo: ¿Por qué estás enferma y desfallecida, y no te falta nada? Y ella les respondió: No sé esto que cada día me aflige.
38 Y todas las mujeres y sus amigas venían diariamente a verla, y hablaban con ella, y ella les decía: Esto sólo puede ser por el amor de José. Y ellas le decían: Engáñalo y tómalo en secreto, quizá te escuche y aleje de ti esta muerte.
39 Y Zelicah empeoró por su amor a José, y continuó decayendo, hasta que apenas tuvo fuerzas para mantenerse en pie.
40 Y un día José estaba haciendo el trabajo de su amo en la casa, y Zelicah vino secretamente y cayó de repente sobre él, y José se levantó contra ella, y él era más poderoso que ella, y la derribó a tierra.
41 Y Zelica lloró a causa del deseo de su corazón hacia él, y le suplicó con llanto, y sus lágrimas corrieron por sus mejillas, y le habló con voz de súplica y con amargura de alma, diciendo:
42 ¿Has oído, visto o conocido alguna vez a una mujer tan hermosa como yo, o mejor que yo, que te habla diariamente, cae en decadencia por amor a ti, te confiere todo este honor, y aún así no escuchas mi voz?
43 Y si es por temor a tu amo, no sea que él te castigue, vive el rey, que ningún mal te vendrá de tu amo por esto; ahora, pues, te ruego que me escuches, y consientas por causa del honor que te he conferido, y aleja de mí esta muerte; ¿por qué he de morir yo por tu causa? Y ella dejó de hablar.
44 Y José le respondió, diciendo: Déjame, y deja este asunto en manos de mi señor; he aquí, mi señor no sabe lo que hay conmigo en casa, porque ha entregado en mis manos todo lo que es suyo; ¿cómo, pues, haré estas cosas en casa de mi señor?
45 Porque él también me ha honrado mucho en su casa, y también me ha hecho mayordomo sobre su casa, y me ha exaltado, y no hay nadie mayor que yo en esta casa, y mi amo no me ha prohibido nada, excepto a ti que eres su mujer; ¿cómo, pues, puedes decirme estas palabras? ¿Y cómo puedo yo hacer este gran mal y pecar contra Dios y contra tu marido?
46 Ahora pues, abstente de mí, y no hables más palabras como éstas, porque no escucharé tus palabras. Pero Zelicah no quiso escuchar a José cuando él le habló estas palabras, sino que cada día lo seducía para que la escuchara.
47 Y fue después de esto que el arroyo de Egipto se llenó por todos sus lados, y todos los habitantes de Egipto salieron, y también el rey y los príncipes salieron con panderos y danzas, porque era un gran regocijo en Egipto, y una fiesta en el tiempo de la inundación del mar Sihor, y ellos iban allí a regocijarse todo el día.
48 Y cuando los egipcios salieron al río para regocijarse, como era su costumbre, todo el pueblo de la casa de Potifar fue con ellos, pero Zelicah no quiso ir con ellos, porque

dijo: Estoy indispuesta. Y se quedó sola en la casa, y ninguna otra persona estaba con ella en la casa.
49 Y se levantó y subió a su templo en la casa, y se vistió con ropas principescas, y puso sobre su cabeza piedras preciosas de ónice, incrustadas con plata y oro, y embelleció su rostro y su piel con toda clase de líquidos purificadores de mujeres, y perfumó el templo y la casa con casia e incienso, y esparció mirra y áloes, y después se sentó a la entrada del templo, en el pasillo de la casa, por donde pasaba José para hacer su trabajo, y he aquí que José venía del campo y entraba en la casa para hacer el trabajo de su amo.
50 Y llegó al lugar por donde debía pasar, y vio toda la obra de Zelica, y se volvió.
51 Y Zelica vio que José se volvía de su lado, y le llamó, diciendo: ¿Qué te pasa, José? Ven a tu trabajo, y he aquí, yo te haré lugar hasta que hayas pasado a tu asiento.
52 Y José volvió y vino a la casa, y pasó de allí al lugar de su asiento, y se sentó a hacer el trabajo de su amo como de costumbre y he aquí Zelicah vino a él y se paró delante de él con vestiduras principescas, y el olor de sus vestiduras se extendió a la distancia.
53 Y ella se apresuró y agarró a José y sus vestidos, y le dijo: Vive el rey, si no haces mi petición, morirás hoy. Y se apresuró y extendió su otra mano y sacó una espada de debajo de sus vestidos, y la puso sobre el cuello de José, y dijo: Levántate y cumple mi petición, y si no, morirás hoy.
54 Y José tuvo miedo de ella por haber hecho esto, y se levantó para huir de ella, y ella agarró la parte delantera de sus vestiduras, y en el terror de su huida la vestidura que Zelicah agarró se rasgó, y José dejó la vestidura en manos de Zelicah, y él huyó y salió, porque tenía miedo.
55 Y cuando Zelicah vio que la ropa de José estaba rota, y que él la había dejado en sus manos, y había huido, ella tuvo miedo de su vida, no sea que se extendiera la noticia acerca de ella, y se levantó y obró con astucia, y se quitó las prendas con que estaba vestida, y se puso sus otras prendas.
56 Y tomó el manto de José, y lo puso a su lado, y fue y se sentó en el lugar donde se había sentado en su enfermedad, antes que la gente de su casa hubiera salido al río, y llamó a un muchacho que entonces estaba en la casa, y le ordenó que llamara a la gente de la casa.
57 Y cuando ella los vio, les dijo en gran voz y lamentando: Mirad qué hebreo ha traído vuestro señor a casa; pues hoy ha venido a dormir conmigo.
58 Porque cuando tú saliste, él vino a casa, y viendo que no había nadie en casa, vino a mí, y me asió, con la intención de acostarse conmigo.
59 Y agarré sus vestidos, y los rasgué, y grité contra él a gran voz; y cuando alcé mi voz, él tuvo miedo por su vida, y dejó su vestido delante de mí, y huyó.
60 Y los de su casa no dijeron nada, sino que se encendieron en gran manera contra José, y fueron a su amo y le contaron las palabras de su mentira.
61 Y Potifar volvió a casa enojado, y su mujer le clamó, diciendo: ¿Qué es esto que has hecho conmigo, trayendo a un siervo hebreo a mi casa, pues él vino a mí hoy para jugar conmigo; así me ha tratado hoy?
62 Y oyó Potifar las palabras de su mujer, y ordenó castigar a José con severos azotes, y así le hicieron.
63 Y mientras le herían, José clamó a gran voz, y alzando los ojos al cielo, dijo: Oh Señor Dios, tú sabes que soy inocente de todas estas cosas; ¿por qué he de morir hoy por falsedad, por mano de estos malvados incircuncisos, que tú conoces?
64 Y mientras los hombres de Potifar golpeaban a José, él continuaba gritando y llorando, y había allí un niño de once meses, y el Señor abrió la boca del niño, y él habló estas palabras delante de los hombres de Potifar, que estaban golpeando a José, diciendo:
65 ¿Qué queréis de este hombre, y por qué le hacéis este mal? Mi madre habla mentiras y profiere mentiras. Así fue el asunto.
66 Y el niño les contó con exactitud todo lo que había sucedido, y cada día les declaraba todas las palabras de Zelicah a José.
67 Y todos los hombres oyeron las palabras del niño, y se maravillaron en gran manera de las palabras del niño; y el niño dejó de hablar y se quedó callado.
68 Y Potifar se avergonzó mucho por las palabras de su hijo, y ordenó a sus hombres que no golpearan más a José, y los hombres dejaron de golpear a José.
69 Y Potifar tomó a José y ordenó que lo llevaran ante los sacerdotes, que eran jueces pertenecientes al rey, para juzgarlo sobre este asunto.
70 Y vinieron Potifar y José delante de los sacerdotes que eran jueces del rey, y él les dijo: Decid ahora qué derecho se debe a un siervo, porque así ha hecho.
71 Y los sacerdotes dijeron a José: ¿Por qué has hecho esto a tu señor? Y José les respondió, diciendo: No así mis señores, así fue el asunto. Y Potifar dijo a José: Ciertamente he puesto en tus manos todo lo que es mío, y nada te he retenido excepto a mi mujer; ¿cómo, pues, has podido hacer este mal?
72 Y José respondió, diciendo: No así mi señor; vive Jehová, y vive tu alma, señor mío, que la palabra que oíste de tu mujer, es mentira, porque así ha sido el caso hoy.
73 Un año ha pasado desde que estoy en tu casa; ¿has visto en mí iniquidad, o cosa alguna por la cual quieras demandar mi vida?
74 Y los sacerdotes dijeron a Potifar: Envía ahora para que nos traigan el manto roto de José, y veamos la rotura en él; y si la rotura está delante del manto, significa que su rostro estaba frente a ella, y ella lo agarró para que viniera a ella; y tu mujer hizo con engaño todo lo que ha dicho.
75 Y trajeron la vestidura de José delante de los sacerdotes que eran jueces, y vieron y he aquí que la lágrima estaba delante de José, y todos los sacerdotes que juzgaban supieron que ella lo había presionado, y dijeron: El juicio de muerte no se debe a este esclavo porque él no ha hecho nada, pero su juicio es que sea puesto en la casa de prisión a causa del informe que a través de él ha salido contra tu esposa.
76 Y oyó Potifar sus palabras, y lo puso en la casa de la cárcel, donde están confinados los presos del rey; y José estuvo en la casa de confinamiento doce años.
77 Y a pesar de esto, la esposa de su amo no se apartó de él, y no cesó de hablarle día tras día para que la escuchara, y al cabo de tres meses Zelicah continuó yendo a José a la casa de confinamiento día tras día, y ella lo sedujo para que la escuchara, y Zelicah dijo a José: ¿Cuánto tiempo

permanecerás en esta casa? Pero escucha ahora mi voz, y yo te sacaré de esta casa.

78 Y José le respondió, diciendo: Mejor me es quedarme en esta casa que escuchar tus palabras y pecar contra Dios. Y ella le dijo: Si no haces mi voluntad, te sacaré los ojos, y pondré grillos en tus pies, y te entregaré en manos de hombres que antes no conocías.

79 Y José le respondió, y dijo: He aquí, el Dios de toda la tierra puede librarme de todo lo que puedas hacerme; porque él abre los ojos de los ciegos, suelta a los atados y guarda a todos los extranjeros que no conocen la tierra.

80 Y cuando Zelicah no pudo persuadir a José para que la escuchara, ella dejó de ir a seducirlo; y José todavía estaba confinado en la casa de confinamiento. Y Jacob el padre de José, y todos sus hermanos que estaban en la tierra de Canaán todavía lloraban y lloraban en aquellos días a causa de José, porque Jacob rehusó ser consolado por su hijo José, y Jacob lloró en voz alta, y lloró y se lamentó todos aquellos días.

CAPÍTULO 45

1 Aconteció en aquel tiempo, en aquel año (el año en que José descendió a Egipto, después que sus hermanos lo vendieron), que Rubén hijo de Jacob fue a Timnat, y tomó por mujer a Eliuram, hija de Avi el cananeo, y se llegó a ella.

2 Y concibió Eliuram mujer de Rubén, y le dio a luz cuatro hijos: Hanoc, Palú, Jetzrón y Carmi; y Simeón su hermano tomó por mujer a Dina su hermana, la cual le dio a luz cinco hijos: Memuel, Yamín, Ohad, Jaquín y Zocar.

3 Después llegó a Buna la cananea, la cual es Buna a quien Simeón tomó cautiva de la ciudad de Siquem; y Buna estaba delante de Dina, y la servía; y llegó Simeón a ella, la cual le dio a luz a Saúl.

4 Y Judá fue entonces a Adulam, y llegó a un hombre de Adulam, el cual se llamaba Hira; y Judá vio allí la hija de un hombre de Canaán, el cual se llamaba Aliat, hija de Súa; y él la tomó y llegó a ella; y Aliat dio a luz a Judá a Er, Onán y Silo: tres hijos.

5 Y Leví e Isacar fueron a la tierra del oriente, y tomaron para sí por mujeres a las hijas de Jobab hijo de Joctán, hijo de Heber; y Jobab hijo de Joctán tuvo dos hijas; el nombre de la mayor era Adina, y el nombre de la menor, Arida.

6 Y Leví tomó a Adina, e Isacar tomó a Arida; y vinieron a la tierra de Canaán, a la casa de su padre; y Adina dio a luz a Leví a Gersón, a Kehat y a Merari: tres hijos.

7 Y Aristóteles dio a luz a Isacar cuatro hijos: Tola, Fúa, Job y Samrón; y Dan fue a la tierra de Moab, y tomó por mujer a Aplalet, hija de Camudán moabita, y la trajo a la tierra de Canaán.

8 Y Aplalet era estéril, no tenía descendencia; pero después Dios se acordó de Aplalet mujer de Dan, la cual concibió y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Cusim.

9 Y Gad y Neftalí fueron a Harán, y tomaron de allí por mujeres a las hijas de Amuram hijo de Uz, hijo de Nacor.

10 Y estos son los nombres de las hijas de Amuram: el nombre de la mayor era Merima, y el nombre de la menor, Uzit. Y Neftalí tomó a Merima, y Gad tomó a Uzit, y los trajo a la tierra de Canaán, a la casa de su padre.

11 Y Merima dio a luz a Neftalí: Jacseel, Guni, Jazer y Salem, cuatro hijos; y Uzit dio a luz a Gad: Sefión, Cagi, Suni, Ezbón, Eri, Arodi y Arali, siete hijos.

12 Y salió Aser y tomó por mujer a Adón hija de Aflal hijo de Hadad hijo de Ismael, y la trajo a la tierra de Canaán.

13 En aquellos días murió Adón, mujer de Aser, sin dejar descendencia. Después de la muerte de Adón, Aser pasó al otro lado del río, y tomó por mujer a Hadura, hija de Abimael, hijo de Heber, hijo de Sem.

14 Y la joven era de hermoso aspecto, y mujer sensata, y había sido mujer de Malkiel hijo de Elam, hijo de Sem.

15 Y Hadurah dio a luz una hija a Malkiel, y él la llamó Seraj; y Malkiel murió después de esto, y Hadurah fue y permaneció en la casa de su padre.

16 Y después de la muerte de la mujer en Aser, él fue y tomó a Hadurah por mujer, y la trajo a la tierra de Canaán; y trajo también con ellos a Seraj su hija, la cual tenía tres años; y la joven fue criada en casa de Jacob.

17 Y la joven era de hermoso aspecto, y andaba en los caminos santos de los hijos de Jacob; nada le faltaba, y el Señor le dio sabiduría y entendimiento.

18 Y Hadurah mujer de Aser concibió, y le dio a luz a Yimnah, Yishvah, Yishvi y Beriah: cuatro hijos.

19 Y Zabulón fue a Madián, y tomó por mujer a Merisa hija de Molad hijo de Abida, hijo de Madián, y la trajo a la tierra de Canaán.

20 Y Merushah dio a luz a Zabulun Sered, Elon y Yachleel; tres hijos.

21 Y Jacob envió a Aram hijo de Soba, hijo de Taré, el cual tomó para su hijo Benjamín a Mecalía hija de Aram, la cual vino a la tierra de Canaán, a la casa de Jacob; y era Benjamín de diez años cuando tomó por mujer a Mecalía hija de Aram.

22 Y concibió Mecalía, y dio a luz a Benjamín: Bela, Bequer, Asbel, Gera y Naamán, cinco hijos; y Benjamín fue después y tomó por mujer a Aribat, hija de Samón hijo de Abraham, además de su primera mujer; y él tenía dieciocho años; y Aribat dio a luz a Benjamín: Ahí, Vos, Mupim, Hupim y Ord, cinco hijos.

23 En aquellos días Judá fue a la casa de Sem, y tomó a Tamar hija de Elam hijo de Sem, por mujer para Er su primogénito.

24 Y Er se llegó a Tamar su mujer, y ella fue su mujer; pero cuando se llegó a ella, destruyó exteriormente su descendencia; y su obra fue mala ante los ojos de Jehová, y Jehová lo mató.

25 Después de la muerte de Er, el primogénito de Judá, Judá dijo a Onán: Ve a la mujer de tu hermano, y cásate con ella por pariente más próxima, y levanta descendencia a tu hermano.

26 Y Onán tomó a Tamar por mujer, y se llegó a ella; y también Onán hizo como su hermano, y su obra fue mala ante los ojos de Jehová, y también a él lo mató.

27 Y cuando murió Onán, Judá dijo a Tamar: Quédate en la casa de tu padre hasta que crezca mi hijo Silo. Y Judá no se agradó más de Tamar para dársela a Silo, porque dijo: Quizá él también morirá como sus hermanos.

28 Y se levantó Tamar y fue, y se quedó en casa de su padre; y estuvo Tamar en casa de su padre algún tiempo.

29 Y a la vuelta del año murió Aliyat mujer de Judá; y Judá se consoló por su mujer; y después de la muerte de Aliyat,

Judá subió con su amigo Hira a Timnat para trasquilar sus ovejas.
30 Y oyó Tamar que Judá había subido a Timnat a trasquilar las ovejas, y que Silo había crecido, y Judá no se agradaba de ella.
31 Y se levantó Tamar, y se despojó de sus vestidos de viudez, y se puso un velo sobre sí, y se cubrió toda; y fue y se sentó en la vía pública, que está junto al camino de Timnat.
32 Y pasó Judá y la vio, y la tomó, y vino a ella, y ella concibió de él; y al tiempo de dar a luz, he aquí había mellizos en su vientre; y llamó el nombre del uno, Fares, y el nombre del segundo, Zara.

CAPÍTULO 46

1 En aquellos días José estaba todavía preso en la cárcel, en la tierra de Egipto.
2 En aquel tiempo estaban delante de Faraón los servidores: el jefe de los coperos y el jefe de los panaderos del rey de Egipto.
3 Y el copero tomó el vino y lo puso delante del rey para beber, y el panadero puso el pan delante del rey para comer; y el rey bebió del vino y comió del pan, él y sus siervos y sus ministros que comían a la mesa del rey.
4 Y mientras ellos comían y bebían, el copero y el panadero se quedaron allí; y los ministros de Faraón hallaron muchas moscas en el vino que había traído el copero, y piedras de nitro en el pan del panadero.
5 Y el capitán de la guardia puso a José por ayudante de los oficiales de Faraón, y los oficiales de Faraón estuvieron presos durante un año.
6 Y al cabo del año, ambos soñaron sueños en una noche, en el lugar de confinamiento donde estaban, y por la mañana José vino a ellos para atenderlos como de costumbre, y los vio, y he aquí que sus semblantes estaban abatidos y tristes.
7 Y José les preguntó: ¿Por qué están hoy tristes y abatidos vuestros semblantes? Y ellos le respondieron: Hemos tenido un sueño, y no hay quien lo interprete. Y José les dijo: Os ruego que me contéis vuestro sueño, y Dios os dará respuesta de paz, como deseáis.
8 Y el copero contó su sueño a José, y él dijo: Vi en mi sueño, y he aquí una gran vid delante de mí, y en esa vid vi tres sarmientos; y la vid floreció rápidamente y alcanzó gran altura, y sus racimos maduraron y se convirtieron en uvas.
9 Y tomé las uvas, y las exprimí en un cáliz, y lo puse en la mano de Faraón, y él bebió; y le dijo José: Los tres sarmientos que estaban en la vid, tres días son.
10 Pero dentro de tres días el rey ordenará que te saquen, y te restituirá en tu puesto, y darás al rey su vino para beber, como al principio, cuando eras su mayordomo; pero que yo halle favor en tus ojos, y que te acuerdes de mí ante Faraón, cuando te vaya bien, y me hagas misericordia, y me saques de esta prisión, porque fui robado de la tierra de Canaán, y vendido como esclavo en este lugar.
11 Y también es falso lo que se te dijo acerca de la mujer de mi amo, porque me pusieron en este calabozo por nada; y el copero respondió a José, diciendo: Si el rey me trata bien como la primera vez, como me interpretaste la última vez, haré todo lo que deseas y te sacaré de este calabozo.
12 Y viendo el panadero que José había interpretado exactamente el sueño del copero, se acercó también y le contó todo su sueño.
13 Y él le respondió: En mi sueño vi, y he aquí tres canastillos blancos sobre mi cabeza; y miré, y he aquí que en el canastillo de encima había toda clase de viandas cocidas para Faraón; y he aquí que las aves las comían de sobre mi cabeza.
14 Y José le respondió: Las tres canastas que viste, tres días son; mas dentro de tres días Faraón te quitará la cabeza, y te colgará en un árbol, y las aves comerán tu carne de sobre ti, como viste en tu sueño.
15 En aquellos días la reina estaba para dar a luz, y en ese día dio a luz un hijo al rey de Egipto, y proclamaron que el rey había recibido a su primogénito, y todo el pueblo de Egipto, junto con los oficiales y siervos de Faraón, se regocijaron grandemente.
16 Y al tercer día de su nacimiento hizo Faraón un banquete para sus oficiales y para sus siervos, para los ejércitos de la tierra de Zoar y de la tierra de Egipto.
17 Y vino todo el pueblo de Egipto, y los siervos de Faraón, para comer y beber con el rey en la fiesta de su hijo, y para alegrarse con el regocijo del rey.
18 Y todos los oficiales del rey y sus siervos se regocijaron en aquel tiempo durante ocho días en la fiesta, y se alegraron con toda clase de instrumentos musicales, con panderos y con danzas en la casa del rey durante ocho días.
19 Y el copero, a quien José había interpretado el sueño, se olvidó de José, y no lo mencionó al rey, como había prometido; porque esto venía de parte de Jehová, para castigar a José por haber confiado en el hombre.
20 Y permaneció José después de esto en la cárcel dos años, hasta que cumplió doce años.

CAPÍTULO 47

1 Y vivía aún Isaac hijo de Abraham en aquellos días en la tierra de Canaán; era muy anciano, de ciento ochenta años; y Esaú su hijo, hermano de Jacob, estaba en la tierra de Edom, y él y sus hijos tenían en ella posesiones entre los hijos de Seir.
2 Y oyó Esaú que el tiempo de su padre estaba próximo a morir, y él y sus hijos y su casa vinieron a la tierra de Canaán, a la casa de su padre. Y Jacob y sus hijos salieron del lugar donde habitaban en Hebrón, y todos vinieron a su padre Isaac, y hallaron a Esaú y a sus hijos en la tienda.
3 Y Jacob y sus hijos se sentaron delante de su padre Isaac; y Jacob aún estaba de duelo por su hijo José.
4 Y dijo Isaac a Jacob: Tráeme tus hijos acá, y los bendeciré. Y trajo Jacob sus once hijos delante de Isaac su padre.
5 Y puso Isaac sus manos sobre todos los hijos de Jacob, y los tomó y los abrazó, y los besó uno por uno; y los bendijo Isaac aquel día, y les dijo: El Dios de vuestros padres os bendiga, y multiplique vuestra descendencia como las estrellas del cielo.
6 Y bendijo también Isaac a los hijos de Esaú, diciendo: Dios os ponga por terror y por espanto a todos los que os vean, y a todos vuestros enemigos.
7 Y llamó Isaac a Jacob y a sus hijos, y todos ellos vinieron y se sentaron delante de Isaac. Y dijo Isaac a Jacob: Jehová el Dios de toda la tierra me ha dicho: A tu descendencia

daré esta tierra por herencia, si tus hijos guardan mis estatutos y mis caminos, y si yo les confirmare el juramento que hice a Abraham tu padre.
8 Ahora pues, hijo mío, enseña a tus hijos y a los hijos de tus hijos a temer a Jehová, y a andar por el buen camino, lo cual agrada a Jehová tu Dios; porque si guardáis los caminos de Jehová y sus estatutos, Jehová también guardará con vosotros su pacto con Abraham, y te hará bien a ti y a tu descendencia todos los días.
9 Y cuando Isaac acabó de dar órdenes a Jacob y a sus hijos, exhaló el espíritu y murió, y fue reunido a su pueblo.
10 Y Jacob y Esaú se postraron sobre el rostro de su padre Isaac, y lloraron; y era Isaac de edad de ciento ochenta años cuando murió en la tierra de Canaán, en Hebrón; y sus hijos le llevaron a la cueva de Macpela, la cual Abraham había comprado de los hijos de Het, para posesión de sepultura.
11 Y todos los reyes de la tierra de Canaán fueron con Jacob y Esaú para sepultar a Isaac; y todos los reyes de Canaán rindieron gran homenaje a Isaac en su muerte.
12 Y los hijos de Jacob y los hijos de Esaú anduvieron descalzos por todos lados, andando y endechando, hasta que llegaron a Quiriat-arba.
13 Y Jacob y Esaú sepultaron a su padre Isaac en la cueva de Macpela, que está en Quiriat-arba, en Hebrón; y lo sepultaron con gran honor, como en los funerales de los reyes.
14 Y Jacob y sus hijos, y Esaú y sus hijos, y todos los reyes de Canaán hicieron un gran y doloroso duelo, y lo sepultaron, y lo lloraron muchos días.
15 Y a la muerte de Isaac, dejó su ganado y sus posesiones y todo lo que le pertenecía a sus hijos; y Esaú dijo a Jacob: He aquí, yo te ruego que todo lo que nuestro padre dejó lo dividamos en dos partes, y yo escogeré. Y Jacob respondió: Así lo haremos.
16 Y tomó Jacob todo lo que Isaac había dejado en la tierra de Canaán, el ganado y la hacienda, y lo puso en dos partes delante de Esaú y de sus hijos, y dijo a Esaú: He aquí todo esto está delante de ti; escoge tú la mitad que quieras tomar.
17 Y Jacob dijo a Esaú: Oye ahora lo que voy a decirte: Jehová, el Dios de los cielos y de la tierra, habló a nuestros padres Abraham e Isaac, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra por heredad para siempre.
18 Ahora pues, todo lo que nuestro padre dejó está delante de ti, y he aquí toda la tierra está delante de ti; escoge tú de ellas lo que desees.
19 Si deseas toda la tierra, tómala para ti y para tus hijos para siempre, y yo tomaré estas riquezas; y si deseas las riquezas, tómalas para ti, y yo tomaré esta tierra para mí y para mis hijos, para heredarla para siempre.
20 Y Nebayoth hijo de Ismael estaba entonces en la tierra con sus hijos, y Esaú fue aquel día y consultó con él, diciendo:
21 Así me ha hablado Jacob, y así me ha respondido: Da, pues, ahora tu consejo, y oiremos.
22 Y dijo Nebayot: ¿Qué es esto que Jacob te ha dicho? He aquí que todos los hijos de Canaán habitan seguros en su tierra, y Jacob dice que la heredará con su descendencia para siempre.
23 Ve, pues, ahora y toma todas las riquezas de tu padre, y deja a Jacob tu hermano en la tierra, como él ha dicho.
24 Y se levantó Esaú y volvió a Jacob, e hizo todo lo que Nebayot hijo de Ismael le había aconsejado; y tomó Esaú todas las riquezas que había dejado Isaac, las almas, las bestias, los ganados y las haciendas, y todas las riquezas; no dio nada a su hermano Jacob; y tomó Jacob toda la tierra de Canaán, desde el arroyo de Egipto hasta el río Eufrates, y la tomó como posesión perpetua, y para sus hijos, y para su descendencia después de él para siempre.
25 Jacob también tomó de su hermano Esaú la cueva de Macpela, que está en Hebrón, la cual Abraham había comprado a Efrón, para posesión de sepultura para él y su descendencia para siempre.
26 Y escribió Jacob todas estas cosas en el libro de la compra, y lo firmó, y testificó todo esto con cuatro testigos fieles.
27 Y estas son las palabras que escribió Jacob en el libro, diciendo: La tierra de Canaán y todas las ciudades de los hititas, de los heveos, de los jebuseos, de los amorreos, de los ferezeos y de los gergeseos, todas las siete naciones, desde el río de Egipto hasta el río Éufrates.
28 Y compró Jacob a Esaú su hermano por precio la ciudad de Hebrón, Quiriat-arba, y la cueva que está en ella, como posesión y herencia para su descendencia después de él para siempre.
29 Y tomó Jacob el libro de la compra, y la firma, el mandamiento, los estatutos y el libro revelado, y los puso en una vasija de barro para que permanecieran por mucho tiempo, y los entregó en manos de sus hijos.
30 Y tomó Esaú todo lo que su padre le había dejado después de su muerte, de su hermano Jacob, y tomó todos los bienes: hombres y bestias, camellos y asnos, bueyes y corderos, plata y oro, piedras y bedelio, y todas las riquezas que habían pertenecido a Isaac hijo de Abraham; no quedó nada que Esaú no tomara para sí, de todo lo que Isaac había dejado después de su muerte.
31 Y tomó Esaú todo esto, y él y sus hijos regresaron a su casa, a la tierra de Seir el horeo, lejos de su hermano Jacob y de sus hijos.
32 Y Esaú tuvo posesiones entre los hijos de Seir, y nunca más volvió a la tierra de Canaán desde aquel día en adelante.
33 Y toda la tierra de Canaán fue herencia de los hijos de Israel como herencia perpetua; y Esaú y todos sus hijos heredaron el monte de Seir.

CAPÍTULO 48

1 En aquellos días, después de la muerte de Isaac, el Señor ordenó que hubiera hambre en toda la tierra.
2 En aquel tiempo Faraón rey de Egipto estaba sentado en su trono en la tierra de Egipto, y acostado en su cama, y soñó sueños; y vio Faraón en sueños que él estaba junto al río de Egipto.
3 Y estando él de pie, vio y he aquí siete vacas, de gran carne y de hermoso aspecto, que subían del río.
4 Y otras siete vacas, flacas y de feo aspecto, subieron tras ellas; y las siete de feo aspecto devoraron a las de hermoso aspecto; pero su aspecto seguía siendo malo como al principio.
5 Y despertó, y se durmió otra vez, y soñó por segunda vez, y vio, y he aquí que siete espigas crecían sobre una misma caña, todas hermosas y hermosas; y tras ellas crecían siete

espigas menudas, azotadas por el viento solano; y las espigas menudas devoraron a las espigas llenas; y despertó Faraón de su sueño.
6 Y a la mañana siguiente el rey se acordó de sus sueños, y su espíritu estaba angustiado a causa de sus sueños; y se apresuró el rey a enviar a llamar a todos los magos de Egipto, y a los sabios, los cuales vinieron y se presentaron delante de Faraón.
7 Y el rey les respondió: Yo he soñado sueños, y no hay quien los interprete. Y ellos dijeron al rey: Cuenta tus sueños a tus siervos, y oigámoslos.
8 Y el rey les contó sus sueños, y todos respondieron y dijeron a una voz al rey: Viva el rey para siempre. Y esta es la interpretación de tus sueños.
9 Las siete vacas buenas que viste representan siete hijas que te nacerán en los postreros días, y las siete vacas que viste subir tras ellas y las tragaron, son por señal de que las hijas que te nacerán morirán todas durante la vida del rey.
10 Y lo que viste en el segundo sueño de siete espigas de trigo buenas y llenas que subían sobre una sola caña, esta es su interpretación: que edificarás para ti en los postreros días siete ciudades por toda la tierra de Egipto; y lo que viste de las siete espigas de trigo buenas y llenas que subían tras ellas y las tragaban mientras las contemplabas con tus ojos, es por señal de que las ciudades que edificarás serán todas destruidas en los postreros días, durante la vida del rey.
11 Y cuando ellos hablaron estas palabras, el rey no inclinó su oído a sus palabras, ni puso en ellas su corazón, porque el rey sabía en su sabiduría que ellos no daban una interpretación apropiada de los sueños; y cuando ellos terminaron de hablar delante del rey, el rey les respondió, diciendo: ¿Qué es esto que me habéis hablado? Ciertamente habéis hablado falsedad y mentido; ahora, pues, dad la interpretación apropiada de mis sueños, para que no muráis.
12 Y el rey ordenó después de esto, y envió a llamar de nuevo a otros sabios, y ellos vinieron y se presentaron ante el rey, y el rey les contó sus sueños, y todos le respondieron conforme a la primera interpretación, y la ira del rey se encendió y se enojó mucho, y el rey les dijo: Seguramente habláis mentiras y pronunciáis falsedad en lo que habéis dicho.
13 Y el rey mandó que se hiciese proclamar por toda la tierra de Egipto, diciendo: Está decidido por el rey y por sus grandes que cualquier hombre sabio que sepa y entienda la interpretación de los sueños, y no venga hoy delante del rey, morirá.
14 Y al hombre que declare al rey la interpretación correcta de sus sueños se le dará todo lo que pida al rey. Y todos los sabios de la tierra de Egipto vinieron delante del rey, junto con todos los magos y hechiceros que había en Egipto, en Gosén, en Ramsés, en Tajpanches, en Zoar y en todos los lugares de los límites de Egipto, y todos ellos estuvieron delante del rey.
15 Y todos los nobles y los príncipes, y los asistentes pertenecientes al rey, vinieron de todas las ciudades de Egipto, y todos se sentaron delante del rey, y el rey contó sus sueños delante de los sabios; y los príncipes y todos los que estaban sentados delante del rey se asombraron de la visión.
16 Y todos los sabios que estaban delante del rey estaban divididos en cuanto a la interpretación de sus sueños; pero unos los interpretaron al rey, diciendo: Las siete vacas buenas son siete reyes que de la descendencia del rey se levantarán sobre Egipto.
17 Y las siete vacas malas son siete príncipes que se levantarán contra ellos en los postreros días, y los destruirán; y las siete espigas son los siete grandes príncipes de Egipto, que caerán en manos de los siete príncipes menos poderosos de sus enemigos, en las guerras de nuestro señor el rey.
18 Y algunos de ellos interpretaron al rey de esta manera, diciendo: Las siete vacas buenas son las ciudades fuertes de Egipto, y las siete vacas malas son las siete naciones de la tierra de Canaán que vendrán contra las siete ciudades de Egipto en los postreros días, y las destruirán.
19 Y lo que viste en el segundo sueño, de las siete espigas buenas y malas, es señal de que el gobierno de Egipto volverá nuevamente a tu descendencia como al principio.
20 Y en su reinado los pueblos de las ciudades de Egipto se volverán contra las siete ciudades de Canaán que son más fuertes que ellos, y las destruirán; y el gobierno de Egipto volverá a tu descendencia.
21 Y algunos de ellos dijeron al rey: Esta es la interpretación de tus sueños: las siete vacas buenas son siete reinas que tomarás por esposas en los postreros días, y las siete vacas malas significan que todas aquellas mujeres morirán durante la vida del rey.
22 Y las siete espigas buenas y malas que viste en el segundo sueño son catorce hijos; y en los postreros días se levantarán y pelearán entre sí, y siete de ellos herirán a los siete más poderosos.
23 Y algunos de ellos dijeron estas palabras al rey, diciendo: Las siete vacas buenas significan que siete hijos te nacerán, y ellas matarán a siete de los hijos de tus hijos en los postreros días; y las siete espigas buenas que viste en el segundo sueño, son aquellos príncipes contra los cuales otros siete príncipes menos poderosos pelearán y los destruirán en los postreros días, y vengarán la causa de tus hijos, y el gobierno volverá de nuevo a tu descendencia.
24 Y el rey oyó todas las palabras de los sabios de Egipto, y la interpretación de sus sueños; pero ninguna de ellas agradó al rey.
25 Y el rey supo en su sabiduría que no hablaban del todo correctamente en todas estas palabras, porque esto era de parte del Señor para frustrar las palabras de los sabios de Egipto, a fin de que José pudiera salir de la casa de confinamiento, y para que llegara a ser grande en Egipto.
26 Y vio el rey que ninguno de todos los sabios y magos de Egipto le hablaba correctamente; y la ira del rey se encendió, y ardió su furor dentro de él.
27 Y el rey mandó que todos los sabios y magos salieran de su presencia, y todos ellos salieron de delante del rey avergonzados y afrentados.
28 Y el rey mandó que se enviara proclamación por todo Egipto, para que se matase a todos los magos que había en Egipto, y a ninguno de ellos se le dejase con vida.
29 Y se levantaron los capitanes de la guardia del rey, y cada uno sacó su espada, y comenzaron a herir a los magos de Egipto y a los sabios.
30 Después de esto vino Merod, jefe de los coperos del rey, y se inclinó delante del rey, y se sentó delante de él.

31 Y el copero respondió al rey: Viva el rey para siempre, y su gobierno sea enaltecido en la tierra.
32 Y te enojaste con tu siervo en aquellos días, hace ya dos años, y me pusiste en la sala de espera, y estuve allí algún tiempo, yo y el jefe de los panaderos.
33 Y había con nosotros un siervo hebreo, perteneciente al capitán de la guardia, cuyo nombre era José, porque su amo se había enojado con él y lo había puesto en la casa de prisión; y él nos servía allí.
34 Después de un tiempo, estando nosotros en la sala, yo y el jefe de los panaderos tuvimos una noche sueños; cada uno soñó según su interpretación de su sueño.
35 Y vinimos por la mañana, y se lo contamos a aquel siervo, y él nos interpretó nuestros sueños, a cada uno conforme a su sueño, interpretó correctamente.
36 Y sucedió que tal como él nos interpretó, así fue el suceso; no cayó a tierra ninguna de sus palabras.
37 Y ahora, pues, mi señor y rey, no mates al pueblo de Egipto por nada; he aquí que aquel siervo todavía está confinado en la casa del capitán de la guardia su amo, en la casa de reclusión.
38 Si place al rey, envíelo a buscar para que venga delante de ti, y te dará a conocer la interpretación correcta del sueño que soñaste.
39 Y el rey oyó las palabras del jefe de los coperos, y ordenó que no matasen a los sabios de Egipto.
40 Y el rey ordenó a sus siervos que trajeran a José ante él, y el rey les dijo: Id a él, y no le aterroricéis, no sea que se confunda y no sepa hablar correctamente.
41 Y los siervos del rey fueron a José, y lo sacaron apresuradamente de la cárcel; y los siervos del rey lo raparon, y él se cambió su ropa de prisión, y vino delante del rey.
42 Y el rey estaba sentado en su trono real con un vestido principesco, ceñido con un efod de oro; y el oro fino que estaba sobre él centelleaba, y el carbunclo, el rubí y la esmeralda, junto con todas las piedras preciosas que había sobre la cabeza del rey, deslumbraban; y José se maravilló en gran manera al ver al rey.
43 Y el trono sobre el cual se sentaba el rey estaba cubierto de oro y plata y piedras de ónice, y tenía setenta gradas.
44 Y fue su costumbre en toda la tierra de Egipto, que cualquiera que venía a hablar con el rey, si era un príncipe o alguien que era estimado a los ojos del rey, subía al trono del rey hasta el escalón treinta y uno, y el rey descendía hasta el escalón treinta y seis, y hablaba con él.
45 Si era del pueblo, subía al tercer escalón, y el rey descendía al cuarto y le hablaba; y su costumbre era, además, que cualquier hombre que entendiera hablar en todos los setenta idiomas, subía los setenta escalones, y subía y hablaba hasta llegar al rey.
46 Y el que no podía completar los setenta, subía tantos escalones como las lenguas que sabía hablar.
47 Y era costumbre en aquellos días en Egipto que nadie reinase sobre ellos sino aquel que entendiese y hablase los setenta idiomas.
48 Y cuando José llegó delante del rey, se inclinó a tierra delante del rey, y subió al tercer escalón, y el rey se sentó en el cuarto escalón y habló con José.
49 Y el rey dijo a José: Tuve un sueño, pero no hay intérprete que lo interprete correctamente; por eso ordené hoy que todos los magos de Egipto y sus sabios vinieran delante de mí, y les conté mis sueños, pero nadie me los interpretó correctamente.
50 Después de esto oí hoy que eres hombre sabio, y que puedes interpretar correctamente cualquier sueño que oyes.
51 Y José respondió a Faraón, diciendo: Relate Faraón los sueños que soñó; ciertamente de Dios es la interpretación. Y Faraón contó a José sus sueños, el sueño de las vacas, y el sueño de las espigas; y el rey dejó de hablar.
52 Y José fue entonces revestido del Espíritu de Dios delante del rey, y sabía todas las cosas que le sucederían al rey desde aquel día en adelante, y conocía la interpretación apropiada del sueño del rey, y habló delante del rey.
53 Y José halló favor a los ojos del rey, y el rey inclinó sus oídos y su corazón, y oyó todas las palabras de José. Y José dijo al rey: No pienses que son dos sueños, pues es sólo un sueño, porque lo que Dios ha escogido hacer en toda la tierra, lo ha mostrado al rey en su sueño, y ésta es la interpretación correcta de tu sueño:
54 Las siete vacas buenas y sus espigas son siete años, y las siete vacas malas y sus espigas son también siete años; es un solo sueño.
55 He aquí que los siete años que vienen habrá gran abundancia en toda la tierra, y después de ellos seguirán siete años de hambre, un hambre muy terrible; y toda abundancia será olvidada de la tierra, y el hambre consumirá a los moradores de la tierra.
56 El rey tuvo un sueño, y el sueño fue repetido a Faraón, porque la cosa está firme por parte de Dios, y Dios pronto la cumplirá.
57 Ahora pues, yo te daré consejo, y libraré tu alma, y las almas de los moradores de la tierra, del mal del hambre, para que busques en todo tu reino un hombre muy discreto y sabio, que conozca todos los asuntos del gobierno, y lo designes para que gobierne la tierra de Egipto.
58 Y el hombre que tú pongas sobre Egipto, designe oficiales bajo su mando, que recojan todo el abastecimiento de los buenos años que vienen, y almacenen trigo y lo guarden en tus almacenes determinados.
59 Y guardarán este alimento para los siete años de hambre, a fin de que haya alimento para ti, para tu pueblo y para toda tu tierra, y para que tú y tu tierra no perezcáis de hambre.
60 Ordene también a todos los moradores de la tierra que recojan, cada uno, el producto de su campo, de toda clase de alimentos, durante los siete años buenos, y que lo pongan en sus almacenes, para que les sea hallado en los días del hambre, y puedan vivir de ello.
61 Ésta es la interpretación correcta de tu sueño, y éste es el consejo dado para salvar tu alma y las almas de todos tus súbditos.
62 El rey respondió a José y le dijo: ¿Quién te dice que tus palabras son verdaderas? Y él le respondió: Esto te servirá de señal, porque todas mis palabras son verdaderas y mi consejo es bueno para ti.
63 He aquí que tu mujer está sentada hoy en el banquillo del parto, y te dará a luz un hijo, y te alegrarás con él; cuando tu hijo haya salido del vientre de su madre, tu primogénito que ha nacido hace dos años morirá, y serás consolada con el niño que te nacerá hoy.
64 Y acabó José de hablar estas palabras al rey, y se inclinó ante el rey, y salió; y cuando José salió de la presencia del

rey, aquellas señales que José había hablado al rey se cumplieron aquel día.
65 Y la reina dio a luz un hijo aquel día, y el rey oyó la buena nueva acerca de su hijo, y se regocijó; y cuando el reportero salió de la presencia del rey, los siervos del rey encontraron al primogénito del rey caído muerto en el suelo.
66 Y hubo gran llanto y ruido en la casa del rey, y el rey lo oyó, y dijo: ¿Qué ruido y llanto es este que he oído en casa? Y le dijeron al rey que su hijo primogénito había muerto. Entonces el rey supo que todas las palabras que José había dicho eran correctas, y el rey se consoló por su hijo por el niño que le nació aquel día, como José había hablado.

CAPÍTULO 49

1 Después de estas cosas, el rey envió a reunir a todos sus oficiales y siervos, y a todos los príncipes y nobles pertenecientes al rey, y todos vinieron delante del rey.
2 Y el rey les dijo: He aquí, vosotros habéis visto y oído todas las palabras de este hebreo, y todas las señales que él declaró que sucederían, y ninguna de sus palabras ha caído a tierra.
3 Vosotros sabéis que él ha dado una interpretación apropiada del sueño, y que ciertamente se cumplirá; ahora, pues, consultad, y sabed lo que habéis de hacer, y cómo será librada la tierra del hambre.
4 Buscad ahora, y ved si se halla otro como él, en cuyo corazón haya sabiduría y conocimiento, y yo lo pondré sobre la tierra.
5 Porque habéis oído lo que el hebreo ha aconsejado acerca de esto, para librar con ello a la tierra del hambre; y yo sé que la tierra no será librada del hambre sino por el consejo del hebreo que me aconsejó.
6 Y todos respondieron al rey, y dijeron: El consejo que el hebreo ha dado acerca de esto es bueno; ahora pues, oh rey y señor nuestro, he aquí toda la tierra está en tu mano; haz lo que bien te pareciere.
7 A quien tú escojas, y a quien tú en tu sabiduría conozcas que es sabio y capaz de librar la tierra con su sabiduría, a ése pondrá el rey para que esté bajo su mando sobre la tierra.
8 Y el rey dijo a todos los oficiales: Yo he pensado que, puesto que Dios ha hecho saber al hebreo todo lo que él ha dicho, no hay nadie tan discreto ni tan sabio como él en toda la tierra; si os parece bien, yo lo pondré sobre la tierra, porque él salvará la tierra con su sabiduría.
9 Y todos los oficiales respondieron al rey, y dijeron: Ciertamente está escrito en la ley de Egipto, y no se debe violar, que ningún hombre reinará sobre Egipto, ni será segundo después del rey, sino aquel que tenga conocimiento en todas las lenguas de los hijos de los hombres.
10 Ahora pues, señor y rey nuestro, he aquí, este hombre hebreo sólo puede hablar el idioma hebreo; ¿cómo, pues, puede ser sobre nosotros el segundo en gobierno, un hombre que ni siquiera conoce nuestro idioma?
11 Ahora pues, te rogamos que le envíes, y que venga delante de ti, y le pruebes en todo, y hagas como mejor te parezca.
12 Y el rey respondió: Mañana se hará, y es bueno lo que has dicho. Y todos los oficiales vinieron aquel día delante del rey.
13 Y aquella noche el Señor envió a uno de sus ángeles ministradores, y él vino a la tierra de Egipto, a José; y el ángel del Señor estaba sobre José; y he aquí, José estaba acostado en la cama de noche en la casa de su amo, en el calabozo, porque su amo lo había vuelto a poner en el calabozo a causa de su esposa.
14 Y el ángel lo despertó de su sueño, y José se levantó y se puso de pie sobre sus piernas; y he aquí que el ángel del Señor estaba frente a él; y el ángel del Señor habló con José, y le enseñó todos los idiomas de los hombres aquella noche, y llamó su nombre Jehosef.
15 Y el ángel de Jehová se fue de él, y volvió José, y se acostó en su cama; y José estaba asombrado a causa de la visión que vio.
16 Y aconteció que por la mañana el rey mandó llamar a todos sus oficiales y siervos, y todos vinieron y se sentaron delante del rey; y el rey ordenó que trajeran a José, y los siervos del rey fueron y llevaron a José delante de Faraón.
17 Y el rey salió y subió los escalones del trono, y José habló al rey en todos los idiomas; y José subió a él y habló al rey hasta que llegó ante el rey en el escalón setenta, y se sentó delante del rey.
18 Y el rey se alegró mucho a causa de José, y todos los oficiales del rey se alegraron mucho con el rey cuando oyeron todas las palabras de José.
19 Y pareció bien a los ojos del rey y de los oficiales poner a José como segundo después del rey sobre toda la tierra de Egipto; y el rey habló a José, diciendo:
20 Ahora bien, tú me diste consejo para que pusiera sobre la tierra de Egipto un hombre sabio, para que con su sabiduría librase la tierra del hambre; ahora pues, pues que Dios te ha hecho saber todo esto, y todas las palabras que has dicho, no hay en toda la tierra hombre entendido y sabio como tú.
21 Y no se llamará más tu nombre José, sino que se llamará Zafnat-panea; tú serás el segundo después de mí, y por tu palabra serán todos los negocios de mi gobierno, y por tu palabra saldrá y entrará mi pueblo.
22 También de debajo de tu mano recibirán mis siervos y mis oficiales el salario que les es dado cada mes, y a ti se inclinará todo el pueblo de la tierra; solamente en mi trono seré yo mayor que tú.
23 Y el rey se quitó su anillo de su mano, y lo puso en la mano de José; y vistió el rey a José con un vestido principesco, y puso una corona de oro en su cabeza, y un collar de oro en su cuello.
24 Y el rey mandó a sus siervos, y ellos le hicieron subir en el segundo carro perteneciente al rey, el cual iba opuesto al carro del rey; y le hizo montar sobre un caballo grande y fuerte de los caballos del rey, y le condujo por las calles de la tierra de Egipto.
25 Y el rey mandó que todos los que tocaban panderos, arpas y otros instrumentos musicales saliesen con José: mil panderos, mil arpas y mil cítaras fueron tras él.
26 Y cinco mil hombres, con espadas desenvainadas y relucientes en sus manos, iban marchando y jugando delante de José, y veinte mil de los grandes hombres del rey ceñidos con cinturones de piel cubiertos de oro, marchaban a la derecha de José, y veinte mil a su izquierda, y todas las mujeres y doncellas iban sobre los tejados o estaban en las calles jugando y regocijándose ante José, y contemplaban la apariencia de José y su belleza.

27 Y el pueblo del rey iba delante de él y detrás de él, perfumando el camino con incienso y con casia y con toda clase de perfumes finos, y esparcieron mirra y áloes por el camino; y veinte hombres proclamaron estas palabras delante de él por todo el país en alta voz:
28 ¿Ves a ese hombre a quien el rey ha escogido como su segundo? Todos los asuntos del gobierno serán regulados por él, y el que transgreda sus órdenes o no se incline ante él hasta el suelo, morirá, porque se rebeló contra el rey y su segundo.
29 Y cuando los heraldos cesaron de proclamar, todo el pueblo de Egipto se inclinó a tierra delante de José, y dijeron: Viva el rey, y también viva su segundo. Y todos los habitantes de Egipto se inclinaron a lo largo del camino, y cuando los heraldos se acercaron a ellos, se inclinaron, y se regocijaron con toda clase de panderos, mecol y nebal delante de José.
30 Y José, montado en su caballo, alzó sus ojos al cielo, y exclamó: «Él levanta del polvo al pobre, y del muladar alza al menesteroso. ¡Oh Jehová de los ejércitos, bienaventurado el hombre que en ti confía!»
31 Y recorrió José toda la tierra de Egipto con los siervos y los oficiales de Faraón, y le mostraron toda la tierra de Egipto, y todos los tesoros del rey.
32 Y José volvió, y vino aquel mismo día delante de Faraón, y el rey dio a José posesión en la tierra de Egipto, posesión de tierras y viñas; y dio el rey a José tres mil talentos de plata, y mil talentos de oro, y piedras de ónice, y bedelio, y muchos presentes.
33 Y al día siguiente el rey mandó a todo el pueblo de Egipto que trajesen a José ofrendas y presentes, y que cualquiera que violase el mandamiento del rey muriese; e hicieron un lugar alto en la plaza de la ciudad, y tendieron allí vestiduras, y cualquiera que traía algo a José lo ponía en el lugar alto.
34 Y todos los hijos de Egipto echaron algo en el lugar alto: uno un pendiente de oro, y el otro anillos y zarcillos, y toda clase de objetos de oro y de plata, y piedras de ónice y bedelio echó en el lugar alto; cada uno dio de lo que poseía.
35 Y José tomó todo esto y lo puso en sus tesoros; y todos los oficiales y nobles pertenecientes al rey ensalzaron a José y le dieron muchos regalos, ya que el rey lo había elegido para ser su segundo.
36 Y el rey envió a ver a Potifera hijo de Ahiram, sacerdote de On, el cual tomó a Osnat su hija menor, y se la dio a José por mujer.
37 Y la joven era muy hermosa, virgen, a quien varón no había conocido; y José la tomó por mujer, y dijo el rey a José: Yo soy Faraón, y fuera de ti nadie se atreverá a alzar su mano ni su pie para juzgar a mi pueblo en la tierra de Egipto.
38 Y José tenía treinta años cuando estuvo delante de Faraón, y salió José de delante del rey, y fue su segundo en Egipto.
39 Y el rey dio a José cien siervos para que le sirvieran en su casa; y José también envió y compró muchos siervos, los cuales permanecieron en casa de José.
40 Entonces José se edificó una casa muy magnífica, como las casas de los reyes, delante del atrio del palacio del rey, e hizo en la casa un templo grande, de muy elegante apariencia y conveniente para su residencia; tres años tardó José en erigir su casa.
41 Y se hizo José un trono muy elegante, de abundancia de oro y de plata, y lo cubrió de piedras de ónice y de bedelio, e hizo sobre él la semejanza de toda la tierra de Egipto, y la semejanza del río de Egipto que riega toda la tierra de Egipto; y José se sentó seguro en su trono en su casa, y Jehová aumentó la sabiduría de José.
42 Y todos los habitantes de Egipto, y los siervos de Faraón y sus príncipes, amaban mucho a José; porque esto era de parte de Jehová para con José.
43 Y José tenía un ejército que hacía guerra, y salía en ejércitos y tropas en número de cuarenta mil seiscientos hombres capaces de llevar armas para ayudar al rey y a José contra el enemigo, además de los oficiales del rey y sus siervos, y los habitantes de Egipto sin número.
44 Y dio José a sus valientes y a todo su ejército escudos, jabalinas, cascos, corazas y piedras para la honda.

CAPÍTULO 50

1 En aquel tiempo vinieron los hijos de Tarsis contra los hijos de Ismael, y les hicieron guerra; y los hijos de Tarsis despojaron a los ismaelitas por mucho tiempo.
2 Y los hijos de Ismael eran pequeños en número en aquellos días, y no pudieron prevalecer sobre los hijos de Tarsis, y fueron oprimidos duramente.
3 Y los ancianos de los ismaelitas enviaron un registro al rey de Egipto, diciendo: Te ruego que envíes a tus siervos oficiales y a tus ejércitos para que nos ayuden a pelear contra los hijos de Tarsis, porque estamos consumidos desde hace mucho tiempo.
4 Y Faraón envió a José con los valientes y el ejército que estaba con él, y también con sus valientes de la casa del rey.
5 Y fueron a la tierra de Havila, a los hijos de Ismael, para ayudarles contra los hijos de Tarsis; y los hijos de Ismael pelearon contra los hijos de Tarsis; y José derrotó a los tarsisitas, y sometió toda su tierra; y los hijos de Ismael habitaron en ella hasta hoy.
6 Y cuando la tierra de Tarsis fue sometida, todos los tarsisitas huyeron y llegaron a la frontera de sus hermanos, los hijos de Javán; y José con todos sus valientes y su ejército regresó a Egipto, sin que faltara ninguno de ellos.
7 Y aconteció que al cabo de un año, en el segundo año del reinado de José sobre Egipto, Jehová dio gran abundancia en toda la tierra durante siete años, como José había dicho; porque Jehová bendijo todo el producto de la tierra en aquellos días, durante siete años; y comieron, y se saciaron grandemente.
8 Y José tenía en aquel tiempo oficiales bajo su mando, los cuales recogían todo el alimento de los años buenos, y amontonaban trigo año tras año, y lo colocaban en los tesoros de José.
9 Y cuando recogían el pan, José mandaba que trajeran el trigo en las espigas, y también que trajeran con él algo de la tierra del campo, para que no se echara a perder.
10 Y José hizo conforme a esto año tras año, y amontonó trigo como arena del mar en abundancia, porque sus almacenes eran muchísimos, y no se podían contar por la abundancia.
11 Y también todos los habitantes de Egipto reunieron toda clase de alimentos en sus almacenes en gran abundancia durante los siete buenos años, pero no hicieron con ellos como hizo José.

12 Y todo el alimento que José y los egipcios habían recogido durante los siete años de abundancia, quedó guardado en depósitos para la tierra, para los siete años de hambre, para el sustento de toda la tierra.
13 Y los moradores de Egipto llenaron cada uno su almacén y su escondite de trigo, para sustentarse durante el hambre.
14 Y colocó José todo el alimento que había reunido en todas las ciudades de Egipto, y cerró todos los almacenes, y puso centinelas sobre ellos.
15 Y Osnat, mujer de José, hija de Potifera, le dio a luz dos hijos: Manasés y Efraín; y José tenía treinta y cuatro años cuando los engendró.
16 Y los muchachos crecieron, y anduvieron en sus caminos y en sus instrucciones; no se apartaron del camino que su padre les enseñó, ni a diestra ni a siniestra.
17 Y Jehová estaba con los muchachos, y ellos crecieron y tuvieron entendimiento y habilidad en toda sabiduría y en todos los asuntos de gobierno, y todos los oficiales del rey y sus grandes hombres de los habitantes de Egipto ensalzaron a los muchachos, y fueron criados entre los hijos del rey.
18 Y se acabaron los siete años de abundancia que hubo en toda la tierra, y vinieron después de ellos siete años de hambre, como José había dicho; y hubo hambre en toda la tierra.
19 Y vio todo el pueblo de Egipto que el hambre había comenzado en la tierra de Egipto; y todos los hijos de Egipto abrieron sus almacenes de trigo, porque el hambre había prevalecido sobre ellos.
20 Y hallaron que toda la comida que había en sus almacenes estaba llena de alimañas y no servía para comer; y el hambre se agravó en toda la tierra; y todos los moradores de Egipto vinieron y clamaron delante de Faraón, porque el hambre había caído sobre ellos.
21 Y dijeron a Faraón: Da alimento a tus siervos; ¿por qué hemos de morir de hambre delante de tus ojos, nosotros y nuestros niños?
22 Y Faraón les respondió, diciendo: ¿Por qué clamáis a mí? ¿No mandó José que se guardase el trigo de los siete años de abundancia para los años de hambre? ¿Por qué, pues, no escuchasteis su voz?
23 Y los hijos de Egipto respondieron al rey, diciendo: Vive tu alma, señor nuestro, que tus siervos han hecho todo lo que ordenó José; pues también tus siervos recogieron todo el producto de sus campos durante los siete años de abundancia, y lo guardaron en los almacenes hasta hoy.
24 Y cuando el hambre prevaleció sobre tus siervos, abrimos nuestros almacenes, y he aquí que todos nuestros productos estaban llenos de parásitos, y no servían para comer.
25 Y cuando el rey oyó todo lo que había sucedido a los habitantes de Egipto, tuvo gran temor a causa del hambre, y estuvo muy aterrorizado; y respondió el rey al pueblo de Egipto, diciendo: Ya que todo esto os ha sucedido, id a José, y haced todo lo que él os diga, y no transgredáis sus mandamientos.
26 Y todo el pueblo de Egipto salió y vino a José, y le dijeron: Danos alimento; ¿por qué moriremos delante de ti de hambre? Porque hemos recogido nuestro producto durante siete años, como tú mandaste, y lo hemos almacenado; y así nos ha acontecido.
27 Y oyó José todas las palabras de los hijos de Egipto, y lo que les había sucedido; y abrió José todos sus almacenes de productos, y los vendió a los hijos de Egipto.
28 Y hubo hambre en toda la tierra, y hubo hambre en toda la tierra; pero en la tierra de Egipto había producto para vender.
29 Y todos los moradores de Egipto vinieron a José para comprar trigo, porque el hambre prevaleció sobre ellos, y todo su trigo se echó a perder; y José lo vendía cada día a todo el pueblo de Egipto.
30 Y todos los moradores de la tierra de Canaán, y los filisteos, y los que estaban al otro lado del Jordán, y los hijos del oriente y todas las ciudades de las tierras lejanas y cercanas, oyeron que había trigo en Egipto; y todos vinieron a Egipto para comprar trigo, porque el hambre prevalecía sobre ellos.
31 Y abrió José los almacenes del trigo, y puso sobre ellos gobernadores, los cuales estaban cada día y vendían a todo el que venía.
32 José sabía que sus hermanos también irían a Egipto a comprar trigo, porque el hambre había en toda la tierra. Entonces mandó José a todo su pueblo que hicieran pregonar esto por toda la tierra de Egipto, diciendo:
33 Es voluntad del rey, de su segundo y de sus grandes, que cualquiera persona que quiera comprar trigo en Egipto, no envíe a sus siervos a Egipto a comprarlo, sino a sus hijos, y también cualquier egipcio o cananeo que venga de alguno de los almacenes de comprar trigo en Egipto, y vaya y lo venda por toda la tierra, morirá, porque nadie comprará sino para el sustento de su casa.
34 Y cualquiera que condujere dos o tres bestias, morirá; porque cada uno conducirá solamente su propia bestia.
35 Y puso José centinelas a las puertas de Egipto, y les mandó, diciendo: Cualquiera que venga a comprar trigo, no le dejéis entrar hasta que su nombre, y el nombre de su padre, y el nombre de su abuelo esté escrito; y todo lo que esté escrito de día, enviadme sus nombres por la tarde, para que yo sepa sus nombres.
36 Y puso José oficiales por toda la tierra de Egipto, y les mandó que hicieran todas estas cosas.
37 Y José hizo todas estas cosas, e impuso estos estatutos, para saber cuándo sus hermanos habían de venir a Egipto a comprar trigo; y el pueblo de José hizo que se proclamase cada día en Egipto conforme a estas palabras y estatutos que José había mandado.
38 Y todos los habitantes del oriente y del occidente, y de toda la tierra, oyeron los estatutos y ordenanzas que José había promulgado en Egipto; y los habitantes de los extremos de la tierra vinieron y compraron trigo en Egipto día tras día, y luego se fueron.
39 Y todos los oficiales de Egipto hicieron como José había mandado; y a todos los que venían a Egipto a comprar trigo, los porteros escribían sus nombres, y los nombres de sus padres, y los traían cada tarde delante de José.

CAPÍTULO 51

1 Después oyó Jacob que había trigo en Egipto, y llamó a sus hijos para que fueran a Egipto a comprar trigo, porque también entre ellos prevalecía el hambre; y llamó a sus hijos, diciendo:

2 He aquí, yo oigo que en Egipto hay trigo, y que todos los pueblos de la tierra van allá a comprarlo; ¿por qué, pues, queréis vosotros mostraros satisfechos delante de toda la tierra? Descended también vosotros a Egipto, y compradnos un poco de trigo de lo que venga allá, para que no muramos.
3 Y los hijos de Jacob oyeron la voz de su padre, y se levantaron para descender a Egipto para comprar trigo entre los que venían allá.
4 Y les mandó Jacob su padre, diciendo: Cuando entréis en la ciudad, no entréis todos juntos por la misma puerta, por causa de los moradores de la tierra.
5 Y los hijos de Jacob salieron, y fueron a Egipto; y los hijos de Jacob hicieron todo como su padre les había mandado; y Jacob no envió a Benjamín, porque dijo: No sea que le acontezca algo en el camino, como a su hermano. Y salieron diez de los hijos de Jacob.
6 Y mientras los hijos de Jacob iban por el camino, se arrepintieron de lo que habían hecho a José, y hablaron el uno al otro, diciendo: Sabemos que nuestro hermano José descendió a Egipto; y ahora lo buscaremos adondequiera que vayamos; y si lo encontramos, lo tomaremos de su amo para rescate; y si no, por la fuerza, y moriremos por él.
7 Y los hijos de Jacob consintieron en esto, y se fortalecieron a causa de José, para librarlo de la mano de su señor; y los hijos de Jacob fueron a Egipto; y cuando se acercaron a Egipto, se separaron unos de otros, y entraron por diez puertas de Egipto; y los porteros escribieron sus nombres aquel día, y los trajeron a José por la tarde.
8 Y leyó José los nombres de mano de los porteros de la ciudad, y halló que sus hermanos habían entrado por las diez puertas de la ciudad; y mandó José entonces que se proclamase esto por toda la tierra de Egipto, diciendo:
9 Salid todos los guardianes de los almacenes, cerrad todos los graneros, y dejad abierto solamente uno, para que los que vinieren puedan comprar de él.
10 Y todos los oficiales de José hicieron lo mismo en aquella ocasión, y cerraron todos los almacenes, y dejaron sólo uno abierto.
11 Y dio José los nombres escritos de sus hermanos al que estaba a cargo del almacén, y le dijo: Cualquiera que viniere a ti para comprar trigo, pregúntale su nombre; y cuando vinieren delante de ti varones de estos nombres, tómalos y envíalos. Y así lo hicieron.
12 Y cuando los hijos de Jacob llegaron a la ciudad, se juntaron en la ciudad para buscar a José, antes de comprarse trigo.
13 Y fueron a los muros de las rameras, y buscaron a José en los muros de las rameras durante tres días, porque pensaban que José vendría en los muros de las rameras, porque José era muy apuesto y de muy buen parecer, y los hijos de Jacob buscaron a José durante tres días, y no lo pudieron hallar.
14 Y el hombre que estaba a cargo del almacén buscó los nombres que José le había dado, y no los halló.
15 Y envió a decir a José: Han pasado tres días, y aquellos hombres cuyos nombres me diste no han venido; y José envió siervos para buscar a aquellos hombres por todo Egipto, y para presentarlos delante de José.
16 Y los siervos de José fueron y entraron en Egipto, y no los hallaron; y fueron a Gosén, y no los hallaron allí; y fueron a la ciudad de Ramsés, y no los hallaron.
17 Y José continuó enviando dieciséis siervos para buscar a sus hermanos, y ellos fueron y se esparcieron por los cuatro ángulos de la ciudad; y cuatro de los siervos entraron en la casa de las rameras, y hallaron allí a los diez hombres que buscaban a su hermano.
18 Y aquellos cuatro hombres los tomaron y los trajeron delante de él, y se inclinaron ante él hasta el suelo, y José estaba sentado en su trono en su templo, vestido con vestiduras principescas, y sobre su cabeza había una gran corona de oro, y todos los hombres poderosos estaban sentados a su alrededor.
19 Y los hijos de Jacob vieron a José, y su figura, su hermosura y la dignidad de su semblante parecieron maravillosas a sus ojos; y se inclinaron otra vez ante él hasta el suelo.
20 Y vio José a sus hermanos, y los reconoció; pero ellos no lo conocieron a él, porque José era muy grande a sus ojos; por eso no lo conocieron.
21 Y José les habló, diciendo: ¿De dónde venís? Y todos ellos respondieron y dijeron: Tus siervos han venido de la tierra de Canaán para comprar trigo, porque el hambre prevalece en toda la tierra, y tus siervos oyeron que había trigo en Egipto, por lo que han venido entre los que han llegado para comprar trigo para su sustento.
22 Y José les respondió, diciendo: Si habéis venido a comprar, como decís, ¿por qué entráis por las diez puertas de la ciudad? Seguramente habéis venido a reconocer la tierra.
23 Y todos ellos respondieron a una a José, y dijeron: No es así mi señor; tenemos razón; tus siervos no son espías, sino que hemos venido a comprar trigo, porque todos tus siervos son hermanos, hijos de un mismo hombre en la tierra de Canaán; y nuestro padre nos mandó, diciendo: Cuando entréis en la ciudad, no entréis todos juntos por la misma puerta, por causa de los moradores de la tierra.
24 Y José les respondió de nuevo, y dijo: Eso es lo que os dije: Para reconocer la tierra habéis venido, y para ver lo inmenso de la tierra habéis venido por las diez puertas de la ciudad.
25 Ciertamente todo el que viene a comprar trigo se va por su camino; y vosotros ya estáis tres días en la tierra, ¿y qué hacéis entre los muros de las rameras en los cuales habéis estado estos tres días? Ciertamente los espías hacen cosas así.
26 Y ellos dijeron a José: Lejos esté de nuestro señor hablar así, porque somos doce hermanos, los hijos de nuestro padre Jacob, en la tierra de Canaán, el hijo de Isaac, el hijo de Abraham, el hebreo, y he aquí el menor está con nuestro padre este día en la tierra de Canaán, y el otro no está, porque se nos había perdido, y pensamos que quizá podría estar en esta tierra, así que lo estamos buscando por toda la tierra, y hemos venido incluso a las casas de rameras para buscarlo allí.
27 Y José les dijo: ¿Y vosotros lo habéis buscado por toda la tierra, siendo que sólo os queda Egipto para buscarlo? ¿Y qué también debe hacer vuestro hermano en casa de rameras, aunque esté en Egipto? ¿No habéis dicho: Sois de los hijos de Isaac, hijo de Abraham? ¿Y qué harán, pues, los hijos de Jacob en casa de rameras?
28 Y ellos le respondieron: Porque oímos que los ismaelitas nos lo habían hurtado, y se nos informó que lo habían vendido en Egipto, y tu siervo nuestro hermano es

de muy hermoso parecer y de muy buena presencia, así que pensamos que de seguro estaría en casa de rameras; por tanto, tus siervos fueron allá para buscarlo y para dar rescate por él.
29 Y José les respondió aún, diciendo: Ciertamente habláis mentira, y pronunciáis mentiras, al decir de vosotros mismos que sois hijos de Abraham. Vive Faraón, que sois espías, y por eso habéis entrado en casas de rameras, para no ser conocidos.
30 Y José les dijo: Ahora pues, si le halláis, y su señor os demandare gran precio, ¿lo daréis por él? Y ellos respondieron: Se os dará.
31 Y él les dijo: Y si su amo no consiente en desprenderse de él por gran precio, ¿qué le haréis por él? Y ellos le respondieron, diciendo: Si no nos lo entrega, lo mataremos, y tomaremos a nuestro hermano, y nos iremos.
32 Y José les dijo: Eso es lo que os he dicho: sois espías, porque habéis venido para matar a los moradores de la tierra, pues hemos oído que dos de vuestros hermanos hirieron a todos los moradores de Siquem, en la tierra de Canaán, por causa de vuestra hermana, y ahora vosotros venís a hacer lo mismo en Egipto por causa de vuestro hermano.
33 Solamente en esto sabré que sois hombres leales: si enviáis a casa a uno de vosotros para que recoja a vuestro hermano menor de casa de vuestro padre y lo traiga aquí ante mí; y al hacer esto sabré que sois hombres justos.
34 Y llamó José a setenta de sus hombres valientes, y les dijo: Tomad a estos hombres y traedlos a la prisión.
35 Y los valientes tomaron a los diez hombres, y los prendieron, y los pusieron en la cárcel; y estuvieron en la cárcel tres días.
36 Y al tercer día José los sacó de la sala, y les dijo: Si sois hombres leales, haced esto, para que viváis: uno de vuestros hermanos quedará confinado en la sala, mientras vosotros vais y lleváis el trigo para vuestra casa, a la tierra de Canaán, y traed a vuestro hermano menor, y traédmelo aquí, para que yo sepa que sois hombres leales cuando hagáis esto.
37 Y salió José de entre ellos, y entró en la cámara, y lloró mucho, porque se compadeció de ellos; y se lavó la cara, y volvió a ellos otra vez, y tomó a Simeón de entre ellos, y ordenó que lo ataran; pero Simeón no quiso que lo hicieran así, porque era un hombre muy poderoso, y no pudieron atarlo.
38 Y llamó José a sus valientes, y setenta hombres valientes vinieron delante de él con espadas desenvainadas en sus manos; y los hijos de Jacob temieron delante de ellos.
39 Y José les dijo: Tomad a este hombre y encarceladlo hasta que sus hermanos vengan a él. Y los hombres valientes de José se apresuraron y todos agarraron a Simeón para atarlo; y Simeón dio un grito fuerte y terrible, y el grito se oyó a distancia.
40 Y todos los hombres valientes de José se aterrorizaron al oír el grito, y cayeron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor y huyeron.
41 Y todos los hombres que estaban con José huyeron, porque temieron en gran manera por sus vidas; y solamente José y Manasés su hijo quedaron allí; y Manasés hijo de José vio la fuerza de Simeón, y se enojó mucho.
42 Entonces Manasás hijo de José se levantó contra Simeón, y con el puño hirió a Simeón en la nuca; y Simeón se calmó de su ira.
43 Y Manasés agarró a Simeón, y lo agarró con violencia, y lo ató, y lo metió en casa de prisión; y todos los hijos de Jacob se asombraron por el acto de aquel joven.
44 Y Simeón dijo a sus hermanos: Ninguno de vosotros diga que esta es una herida de egipcio, sino una herida de la casa de mi padre.
45 Después de esto mandó José llamar al que estaba sobre el almacén, para que llenase sus sacos de trigo cuanto pudiesen llevar, y restituyese el dinero de cada uno en su saco, y les diese provisión para el camino; y así hizo con ellos.
46 Y José les ordenó, diciendo: Tened cuidado, no sea que transgredáis mis órdenes de traer a vuestro hermano como os he dicho; y será cuando traigáis a vuestro hermano acá a mí, entonces sabré que sois hombres veraces, y traficaréis en la tierra, y os restituiré a vuestro hermano, y volveréis en paz a vuestro padre.
47 Y todos respondieron, y dijeron: Conforme nuestro señor diga, así haremos. Y se inclinaron ante él hasta el suelo.
48 Y cada uno alzó su trigo sobre su asno, y salieron para ir a la tierra de Canaán, a su padre; y cuando llegaron al mesón, Leví extendió su costal para dar forraje a su asno; y vio, y he aquí que su dinero con todo su peso estaba aún en su costal.
49 Y el hombre tuvo gran temor, y dijo a sus hermanos: Mi dinero me ha sido devuelto, y he aquí está en mi saco. Y los hombres tuvieron gran temor, y dijeron: ¿Qué es esto que nos ha hecho Dios?
50 Y todos dijeron: ¿Y dónde está la misericordia de Jehová para con nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob, para que Jehová nos haya entregado hoy en manos del rey de Egipto para que conspire contra nosotros?
51 Y Judá les respondió: Ciertamente nosotros somos culpables pecadores ante Jehová nuestro Dios, por haber vendido a nuestro hermano, nuestra propia carne; ¿y por qué decís: ¿Dónde está la misericordia de Jehová para con nuestros padres?
52 Y Rubén les respondió: ¿No os dije yo: No pequéis contra el muchacho, y no me quisisteis escuchar? Ahora pues, Dios nos lo pide, ¿y cómo os atrevéis a decir: ¿Dónde está la misericordia de Jehová para con nuestros padres, pues que vosotros habéis pecado contra Jehová?
53 Y durmieron en aquel lugar, y se levantaron muy de mañana, y cargaron sus asnos con su trigo, y los condujeron y siguieron adelante, y llegaron a la casa de sus padres en la tierra de Canaán.
54 Y salió Jacob con su familia a recibir a sus hijos; y vio Jacob que su hermano Simeón no estaba con ellos. Entonces dijo Jacob a sus hijos: ¿Dónde está vuestro hermano Simeón, a quien no veo? Y sus hijos le contaron todo lo que les había sucedido en Egipto.

CAPÍTULO 52

1 Y entraron en casa, y abrió cada uno su costal, y vieron, y he aquí que allí estaba el atado de su dinero; y ellos y su padre tuvieron gran temor.

2 Y Jacob les dijo: ¿Qué es esto que me habéis hecho? Yo envié a vuestro hermano José para que viniese a preguntar cómo estabais, y me dijisteis: Una fiera lo devoró.
3 Y Simeón fue con vosotros a comprar alimentos, y vosotros decís que el rey de Egipto lo ha encerrado en la cárcel, y queréis tomar a Benjamín para causarle también la muerte, y hacer descender mis canas con dolor al sepulcro, a causa de Benjamín y de su hermano José.
4 Ahora pues, mi hijo no descenderá con vosotros, porque su hermano ha muerto, y él ha quedado solo; y le podrá acontecer algún desastre en el camino por donde vais, como le aconteció a su hermano.
5 Y Rubén dijo a su padre: Matarás a mis dos hijos, si no te traigo el tuyo y lo pongo delante de ti. Y Jacob dijo a sus hijos: Esperad aquí, y no descendáis a Egipto, porque mi hijo no descenderá con vosotros a Egipto, ni morirá como su hermano.
6 Y Judá les dijo: Dejad de él hasta que se acabe el trigo; porque él entonces dirá: Quitad a vuestro hermano; porque su vida y la vida de su casa peligrarán a causa del hambre.
7 En aquellos días hubo gran hambre en toda la tierra, y todo el pueblo de la tierra iba y venía a Egipto para comprar alimentos; porque el hambre prevaleció mucho entre ellos; y los hijos de Jacob permanecieron en Canaán un año y dos meses, hasta que se acabó su trigo.
8 Y aconteció que después que se acabó su trigo, toda la casa de Jacob estuvo angustiada por el hambre, y todos los infantes de los hijos de Jacob se juntaron y se acercaron a Jacob, y todos lo rodearon, y le dijeron: Danos pan; ¿por qué todos pereceremos de hambre en tu presencia?
9 Oyó Jacob las palabras de los hijos de su hijo, y lloró mucho, y tuvo compasión de ellos; y llamó Jacob a sus hijos, y todos vinieron y se sentaron delante de él.
10 Y Jacob les respondió: ¿No habéis visto cómo vuestros hijos lloran hoy por mí, diciendo: Danos pan, y no hay? Volved, pues, ahora, y compradnos un poco de alimento.
11 Y Judá respondió, y dijo a su padre: Si envías a nuestro hermano con nosotros, descenderemos y compraremos trigo para ti; y si no lo envías, no descenderemos; porque ciertamente el rey de Egipto nos lo ordenó especialmente, diciendo: No veréis mi rostro si no está vuestro hermano con vosotros; porque el rey de Egipto es un rey fuerte y valiente; y he aquí, si vamos a él sin nuestro hermano, todos seremos condenados a muerte.
12 ¿No sabes ni has oído que este rey es muy poderoso y sabio, y que no hay otro como él en toda la tierra? He aquí, hemos visto a todos los reyes de la tierra, y no hemos visto a nadie como ese rey, el rey de Egipto. Ciertamente entre todos los reyes de la tierra no hay ninguno mayor que Abimelec rey de los filisteos; sin embargo, el rey de Egipto es mayor y más poderoso que él, y Abimelec sólo puede compararse con uno de sus oficiales.
13 Padre, no has visto su palacio ni su trono, ni a todos sus siervos de pie delante de él; no has visto a ese rey sobre su trono en su pompa y apariencia real, vestido con sus ropas reales y con una gran corona de oro sobre su cabeza; no has visto el honor y la gloria que Dios le ha dado, porque no hay nadie como él en toda la tierra.
14 Padre, no has visto la sabiduría, la inteligencia y el conocimiento que Dios ha dado en su corazón, ni has oído su dulce voz cuando nos habló.
15 No sabemos, padre, quién le hizo saber nuestros nombres y todo lo que nos ha sucedido; sin embargo, él también preguntó por ti, diciendo: ¿Vive aún tu padre, y le va bien?
16 No has visto los negocios del gobierno de Egipto regulados por él, sin consultar a Faraón su señor; no has visto el temor y el temor que infundió en todos los egipcios.
17 Y también cuando nos alejamos de él, amenazamos hacer a Egipto como al resto de las ciudades de los amorreos, y estábamos sumamente enojados por todas sus palabras que habló acerca de nosotros como espías, y ahora cuando volvamos a venir delante de él, su terror caerá sobre todos nosotros, y ninguno de nosotros podrá decirle ni una cosa pequeña ni una gran cosa.
18 Ahora pues, padre, te rogamos que envíes al muchacho con nosotros, para que descendamos y te compremos alimentos para nuestro sustento, y no muramos de hambre. Y Jacob dijo: ¿Por qué me has tratado tan mal, diciendo al rey que tenías un hermano? ¿Qué es esto que me has hecho?
19 Y Judá dijo a Jacob su padre: Entrégame el muchacho, y nos levantaremos y descenderemos a Egipto, y compraremos trigo, y regresaremos. Si a la vuelta no estuviere el muchacho con nosotros, yo llevaré tu culpa para siempre.
20 ¿Has visto a todos nuestros niños que lloran de hambre por ti, y no hay poder en tu mano para saciarlos? Ten compasión de ellos, envía a nuestro hermano con nosotros, y nos iremos.
21 ¿Cómo, pues, se te manifestará a ti la bondad de Jehová para con nuestros padres, cuando digas que el rey de Egipto se llevará a tu hijo? Vive Jehová, que no lo dejaré hasta que lo traiga y lo ponga delante de ti; pero ruega por nosotros a Jehová, para que tenga misericordia de nosotros, y nos haga ser recibidos con agrado y bondad delante del rey de Egipto y de sus hombres; porque si no nos hubiésemos demorado, de cierto habríamos vuelto por segunda vez con tu hijo.
22 Y Jacob dijo a sus hijos: Yo espero en Jehová Dios que él os librará, y os dará gracia ante los ojos del rey de Egipto, y ante los ojos de todos sus varones.
23 Ahora pues, levántate y ve a aquel hombre, y toma para él un presente de lo que se pueda conseguir en la tierra, y tráelo delante de él; y el Dios Todopoderoso te dé misericordia delante de él, y envíe contigo a Benjamín y a Simeón tus hermanos.
24 Y se levantaron todos los varones, y tomaron a Benjamín su hermano, y tomaron en sus manos un gran presente de lo mejor de la tierra, y tomaron también doble porción de plata.
25 Y Jacob mandó estrictamente a sus hijos acerca de Benjamín, diciendo: Guardadlo en el camino por donde vais, y no os apartéis de él en el camino ni en Egipto.
26 Y Jacob se levantó de entre sus hijos, y extendió sus manos, y oró a Jehová por sus hijos, diciendo: Jehová Dios del cielo y de la tierra, acuérdate de tu pacto con nuestro padre Abraham, y acuérdate de él con mi padre Isaac, y ten misericordia de mis hijos, y no los entregues en manos del rey de Egipto; hazlo, oh Dios, por tu misericordia, y redime a todos mis hijos, y líbralos del poder egipcio, y envíales a sus dos hermanos.
27 Y todas las mujeres de los hijos de Jacob y sus hijos alzaron sus ojos al cielo, y todas lloraron delante de Jehová,

y clamaron a él para que librase a sus padres de la mano del rey de Egipto.
28 Y Jacob escribió un registro al rey de Egipto, y lo entregó en mano de Judá y en mano de sus hijos, por orden del rey de Egipto, diciendo:
29 De tu siervo Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham el hebreo, Príncipe de Dios, al rey poderoso y sabio, al descubridor de misterios, al rey de Egipto, salud.
30 Sea notorio a mi señor el rey de Egipto, que el hambre ha azotado gravemente nuestra tierra de Canaán, y he enviado a mis hijos a ti para que nos compren de ti un poco de alimento para nuestro sustento.
31 Porque mis hijos me rodearon, y yo, siendo muy viejo, no puedo ver con mis ojos, porque mis ojos se han vuelto muy pesados por la edad, así como por el llanto diario por mi hijo, José, que se había perdido delante de mí, y ordené a mis hijos que no entraran por las puertas de la ciudad cuando llegaran a Egipto, a causa de los habitantes de la tierra.
32 Y también les mandé que recorrieran Egipto en busca de mi hijo José, para que quizá lo hallaran allí; y así lo hicieron; y tú los consideraste como espías de la tierra.
33 ¿No hemos oído de ti que interpretaste el sueño de Faraón, y que le dijiste la verdad? ¿Cómo, pues, no sabes en tu sabiduría si mis hijos son espías o no?
34 Ahora pues, mi señor y rey, he aquí, he enviado a mi hijo delante de ti, como dijiste a mis hijos; te ruego que pongas tus ojos en él hasta que regrese a mí en paz con sus hermanos.
35 ¿Porque no sabes, o no has oído lo que nuestro Dios hizo a Faraón cuando tomó a mi madre Sara, y lo que hizo a Abimelec rey de los filisteos por causa de ella, y también lo que hizo Abraham nuestro padre a los nueve reyes de Elam, cómo los hirió a todos con unos pocos hombres que estaban con él?
36Y también lo que hicieron mis dos hijos Simeón y Leví a las ocho ciudades de los amorreos, cómo las destruyeron a causa de su hermana Dina?
37 Y también a causa de su hermano Benjamín se consolaron por la pérdida de su hermano José; ¿qué entonces harán por él cuando vean la mano de cualquier pueblo que prevalezca sobre ellos por causa de él?
38 ¿No sabes tú, oh rey de Egipto, que el poder de Dios está con nosotros, y que Dios siempre oye nuestras oraciones, y no nos abandona todos los días?
39 Y cuando mis hijos me contaron de tus tratos con ellos, no invoqué al Señor por causa de ti, porque entonces habrías perecido con tus hombres antes que mi hijo Benjamín viniera delante de ti, sino que pensé que como Simeón mi hijo estaba en tu casa, quizá podrías tratar con bondad a él; por tanto, no te hice esto.
40 Ahora pues, he aquí que mi hijo Benjamín viene a ti con mis hijos; guárdalo y pon tus ojos sobre él, y entonces Dios pondrá sus ojos sobre ti y en todo tu reino.
41 Ahora te he dicho todo lo que hay en mi corazón, y he aquí, mis hijos vienen a ti con su hermano, examina la faz de toda la tierra por amor a ellos y envíalos de regreso en paz con sus hermanos.
42 Y Jacob entregó el registro a sus hijos, en poder de Judá, para que lo diesen al rey de Egipto.

CAPÍTULO 53

1 Y se levantaron los hijos de Jacob, y tomaron a Benjamín y todos los presentes, y fueron y vinieron a Egipto, y se presentaron delante de José.
2 Y vio José a su hermano Benjamín con ellos, y los saludó; y estos hombres vinieron a casa de José.
3 Y mandó José al mayordomo de su casa que diese de comer a sus hermanos; y él les hizo así.
4 Y a mediodía mandó José llamar a los hombres para que viniesen delante de él con Benjamín, y los hombres informaron al superintendente de la casa de José acerca del dinero que había sido devuelto en sus sacos, y él les dijo: Os irá bien, no temáis. Y les trajo a su hermano Simeón.
5 Y Simeón dijo a sus hermanos: El señor de los egipcios ha hecho conmigo mucha misericordia; no me tuvo preso, como vosotros visteis con vuestros ojos, sino que cuando salisteis de la ciudad, me dejó libre, y me trató con misericordia en su casa.
6 Y Judá tomó a Benjamín de la mano, y vinieron delante de José, y se inclinaron ante él hasta el suelo.
7 Y los hombres dieron el presente a José, y todos se sentaron delante de él; y José les dijo: ¿Estáis bien a vosotros, a vuestros hijos, y a vuestro anciano padre? Y ellos respondieron: Está bien. Y Judá tomó el registro que Jacob había enviado, y lo entregó en mano de José.
8 Y leyó José la carta, y conoció la letra de su padre; y quiso llorar; y entró en el aposento interior, y lloró grandemente; y salió.
9 Y alzó sus ojos y vio a Benjamín su hermano, y dijo: ¿Es éste vuestro hermano de quien me hablasteis? Y Benjamín se acercó a José, y José puso su mano sobre su cabeza, y le dijo: Dios tenga misericordia de ti, hijo mío.
10 Y cuando José vio a su hermano, el hijo de su madre, otra vez quiso llorar; y entró en la cámara, y lloró allí; y se lavó la cara, y saliendo, se contuvo de llorar, y dijo: Preparad comida.
11 Y José tenía una copa de la cual bebía, y era de plata hermosamente engastada con piedras de ónice y bedelio, y José golpeó la copa a la vista de sus hermanos mientras estaban sentados a comer con él.
12 Y José dijo a aquellos hombres: Yo sé por esta copa que Rubén el primogénito, Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón, son hijos de una misma madre; sentaos a comer según vuestros nacimientos.
13 Y colocó también a los otros según su nacimiento, y dijo: Sé que este vuestro hermano menor no tiene hermano, y yo, como él, tampoco tengo hermano; por tanto, él se sentará a comer conmigo.
14 Y Benjamín subió delante de José, y se sentó en el trono; y los hombres vieron los hechos de José, y se asombraron de ellos; y los hombres comieron y bebieron en ese tiempo con José, y él entonces les dio presentes; y José dio un regalo a Benjamín, y Manasés y Efraín vieron los hechos de su padre, y también le dieron presentes; y Osnat le dio un regalo, y hubo cinco presentes en mano de Benjamín.
15 Y José les sacó vino para beber, pero ellos no quisieron beber, y dijeron: Desde el día que José murió, nunca hemos bebido vino, ni hemos comido manjar delicado.
16 Y José les hizo juramento, y los presionó mucho, y bebieron abundantemente con él aquel día; y después José se volvió a su hermano Benjamín para hablar con él; y

Benjamín todavía estaba sentado en el trono delante de José.

17 Y le dijo José: ¿Has engendrado hijos? Y él respondió: Tu siervo tiene diez hijos, y estos son sus nombres: Bela, Bequer, Asbal, Gera, Naamán, Ahí, Rosh, Mupim, Jupim y Ord; y llamé sus nombres como los de mi hermano, a quien no he visto.

18 Y les ordenó que trajeran ante él su mapa de las estrellas, por el cual José conocía todos los tiempos, y José dijo a Benjamín: He oído que los hebreos conocen toda la sabiduría; ¿sabes tú algo de esto?

19 Y Benjamín dijo: También tu siervo sabe en toda la sabiduría que mi padre me enseñó. Y José dijo a Benjamín: Mira ahora esta herramienta, y entiende dónde está tu hermano José en Egipto, de quien dices que descendió a Egipto.

20 Y Benjamín contempló aquel instrumento con el mapa de las estrellas del cielo, y fue sabio y miró allí para saber dónde estaba su hermano, y Benjamín dividió toda la tierra de Egipto en cuatro divisiones, y halló que el que estaba sentado en el trono delante de él era su hermano José, y Benjamín se maravilló grandemente, y cuando José vio que su hermano Benjamín estaba tan asombrado, le dijo a Benjamín: ¿Qué has visto, y por qué estás asombrado?

21 Y Benjamín dijo a José: Por esto veo que José mi hermano está sentado aquí conmigo en el trono. Y José le respondió: Yo soy José tu hermano; no reveles esto a tus hermanos. He aquí, yo te enviaré con ellos cuando se vayan, y les ordenaré que regresen a la ciudad, y te llevaré lejos de ellos.

22 Y si ellos arriesgan sus vidas y pelean por ti, entonces sabré que se han arrepentido de lo que me hicieron, y me daré a conocer a ellos, y si te abandonan cuando yo te tome, entonces permanecerás conmigo, y yo contenderé con ellos, y se irán, y yo no seré conocido de ellos.

23 En aquel tiempo mandó José a su oficial que llenase sus costales de alimento, y que pusiese el dinero de cada uno en su costal, y la copa en el costal de Benjamín, y que les diese provisión para el camino. Y les hicieron así.

24 Y al día siguiente los hombres se levantaron muy de mañana, y cargaron sus asnos con su trigo, y salieron con Benjamín, y vinieron a la tierra de Canaán con su hermano Benjamín.

25 No habían salido muy lejos de Egipto, cuando José dio orden al mayordomo de su casa, diciendo: Levántate, persigue a estos hombres antes que se alejen demasiado de Egipto, y diles: ¿Por qué habéis robado la copa de mi señor?

26 Y se levantó el oficial de José, y llegó hasta ellos, y les habló todas las palabras de José; y cuando oyeron esto, se enojaron mucho, y dijeron: Aquel en quien se hallare la copa de tu señor, ése morirá, y nosotros también seremos esclavos.

27 Y ellos se apresuraron, y cada uno bajó su costal de su asno, y buscaron en sus costales, y la copa fue hallada en el costal de Benjamín; y todos rasgaron sus vestidos, y volvieron a la ciudad, y golpearon a Benjamín en el camino, golpeándolo continuamente, hasta que entró en la ciudad; y se presentaron delante de José.

28 Y se encendió la ira de Judá, y dijo: Este hombre solamente me ha hecho volver para destruir hoy a Egipto.

29 Y los hombres llegaron a la casa de José, y hallaron a José sentado en su trono, y a todos los valientes de pie a su derecha y a su izquierda.

30 Y José les dijo: ¿Qué acción es ésta que habéis hecho, que habéis tomado mi copa de plata, y os habéis ido? Mas yo sé que tomasteis mi copa para saber por ella en qué parte de la tierra estaba vuestro hermano.

31 Y Judá dijo: ¿Qué diremos a nuestro señor, qué hablaremos, y con qué nos justificaremos? Dios ha hallado hoy la iniquidad de todos tus siervos, y por eso ha hecho hoy esto con nosotros.

32 Y se levantó José, y agarró a Benjamín, y lo tomó de entre sus hermanos con violencia; y él entró en casa, y cerró la puerta tras ellos; y mandó José al mayordomo de su casa, que les dijese: Así dice el rey: Id en paz a vuestro padre; he aquí, he tomado al hombre en cuya mano fue hallada mi copa.

CAPÍTULO 54

1Y cuando Judá vio cómo José trataba con ellos, se acercó a él, y rompió la puerta, y vino con sus hermanos delante de José.

2 Y Judá dijo a José: No parezca esto grave en ojos de mi señor; te ruego que permitas que tu siervo hable una palabra delante de ti. Y José le respondió: Habla.

3 Y Judá habló delante de José, y sus hermanos estaban allí delante de ellos; y Judá dijo a José: Ciertamente cuando al principio vinimos a nuestro señor para comprar alimentos, nos tuviste por espías de la tierra, y trajimos a Benjamín delante de ti, y todavía hoy te burlas de nosotros.

4 Ahora pues, oiga el rey mis palabras, y te ruego que envíes a nuestro hermano para que vaya con nosotros a nuestro padre, para que tu alma no perezca hoy con todas las almas de los moradores de Egipto.

5 ¿No sabes lo que hicieron dos de mis hermanos, Simeón y Leví, a la ciudad de Siquem y a siete ciudades de los amorreos, a causa de nuestra hermana Dina, y también lo que quisieron hacer por amor de su hermano Benjamín?

6 Y yo con mi fuerza, que soy mayor y más poderoso que ambos, vendré hoy sobre ti y tu tierra, si no quieres enviar a nuestro hermano.

7 ¿No has oído lo que nuestro Dios, que nos eligió, hizo a Faraón, a causa de Sara nuestra madre, la cual él tomó de nuestro padre, hiriéndole a él y a su casa con graves plagas, de modo que hasta hoy los egipcios se cuentan este milagro? Así hará nuestro Dios contigo, a causa de Benjamín, a quien hoy has tomado de su padre, y a causa del mal que hoy amontonas sobre nosotros en tu tierra; porque nuestro Dios se acordará de su pacto con nuestro padre Abraham, y traerá mal sobre ti, por cuanto hoy has entristecido el alma de nuestro padre.

8 Ahora pues, escucha mis palabras que te he hablado hoy, y envía a nuestro hermano para que se vaya, no sea que tú y el pueblo de tu tierra mueran a espada, porque no podéis todos prevalecer contra mí.

9 Y José respondió a Judá, diciendo: ¿Por qué has abierto tu boca, y por qué te jactas sobre nosotros, diciendo: Contigo está la fuerza? Vive Faraón, que si yo mandara a todos mis valientes que peleen con vosotros, tú y estos tus hermanos os hundiríais en el lodo.

10 Y Judá dijo a José: Ciertamente conviene que tú y tu pueblo me temáis; vive Jehová, que si una vez sacare mi espada, no la volveré a envainar hasta que haya matado hoy a todo Egipto; y comenzaré por ti, y acabaré por Faraón tu señor.
11 Y José respondió y le dijo: Ciertamente no solo tú tienes la fuerza; más fuerte y más fuerte soy yo que tú; ciertamente si sacas tu espada, yo la pondré en tu cuello, y en el cuello de todos tus hermanos.
12 Y Judá le respondió: Si yo abriese hoy mi boca contra ti, te devoraría y serías destruido de la tierra, y hoy desaparecerías de tu reino. Y José respondió: Si abres la boca, tengo poder para cerrarla con una piedra, hasta que no puedas hablar. Mira cuántas piedras hay delante de nosotros; ciertamente puedo tomar una piedra y meterla en tu boca, y quebrar tus quijadas.
13 Y Judá dijo: Dios es testigo entre nosotros, que hasta ahora no hemos deseado pelear contra ti; solamente danos a nuestro hermano, y nos iremos de ti. Y José respondió y dijo: Vive Faraón, que si todos los reyes de Canaán se juntaran con vosotros, no lo tomarías de mi mano.
14 Ahora pues, vete a tu padre, y tu hermano será para mí por esclavo, porque ha robado la casa del rey. Y Judá dijo: ¿Qué tiene que ver esto contigo o con la reputación del rey? Ciertamente el rey envía de su casa por todo el país plata y oro en presentes y gastos, ¿y aún hablas de tu copa, que pusiste en la bolsa de nuestro hermano, y dices que él te la ha robado?
15 No permita Dios que nuestro hermano Benjamín, ni ninguno de la descendencia de Abraham, haga tal cosa para robarte a ti ni a ningún otro, sea rey, sea príncipe, o cualquier hombre.
16 Ahora pues, cesa esta acusación, para que toda la tierra no oiga tus palabras, que dicen: Por un poco de plata riñó el rey de Egipto con aquellos hombres, y los acusó, y tomó a su hermano por siervo.
17 Y respondió José y dijo: Toma esta copa, y apártate de mí, y deja a tu hermano por siervo; porque juicio de ladrón es ser esclavo.
18 Entonces Judá respondió: ¿Por qué no te avergüenzas de tus palabras, dejando a nuestro hermano y tomando tu copa? Si nos das tu copa, o mil veces más, no dejaremos a nuestro hermano por el dinero que se halle en poder de cualquier hombre, para que no muramos a causa de él.
19 Y José respondió: ¿Por qué, pues, abandonaste a tu hermano, y lo vendiste por veinte piezas de plata hasta hoy? ¿Por qué, pues, no harás lo mismo con este tu hermano?
20 Y Judá dijo: Jehová es testigo entre mí y ti, que no deseamos tus guerras; danos, pues, ahora a nuestro hermano, y nos iremos de ti sin riñer.
21 Y respondió José y dijo: Aunque todos los reyes de la tierra se reunieran, no podrían quitar a vuestro hermano de mi mano. Y Judá dijo: ¿Qué diremos a nuestro padre, cuando vea que nuestro hermano no viene con nosotros, y se entristezca a causa de él?
22 Y respondió José y dijo: Esto es lo que dirás a tu padre, diciendo: La soga se fue tras el cántaro.
23 Y Judá dijo: Ciertamente tú eres rey; ¿por qué dices eso, juzgando falsamente? ¡Ay del rey como tú!
24 Y respondió José y dijo: No hay falso juicio en la palabra que hablé acerca de vuestro hermano José, pues vosotros le vendisteis a los madianitas por veinte piezas de plata, y todos vosotros lo negasteis a tu padre, y le dijisteis: Alguna mala bestia lo ha devorado, José ha sido despedazado.
25 Y dijo Judá: He aquí el fuego de Sem arde en mi corazón; ahora yo quemaré con fuego toda tu tierra. Y respondió José y dijo: Ciertamente Tamar tu cuñada, la que mató a tus hijos, apagó el fuego de Siquem.
26 Y dijo Judá: Si arranco un solo cabello de mi carne, llenaré todo Egipto de su sangre.
27 Y José respondió y dijo: Así es vuestra costumbre hacer como hicisteis a vuestro hermano que vendisteis, pues mojasteis su túnica en sangre, y la trajisteis a vuestro padre, para que dijese que alguna mala bestia lo devoró, y aquí está su sangre.
28 Y cuando Judá oyó esto, se enojó mucho y se encendió su ira dentro de él; y había delante de él en aquel lugar una piedra cuyo peso era como cuatrocientos siclos; y se encendió la ira de Judá, y tomó la piedra en una mano, y la arrojó al cielo, y la agarró con su mano izquierda.
29 Y la puso después debajo de sus piernas, y se sentó sobre ella con todas sus fuerzas, y la piedra se convirtió en polvo por la fuerza de Judá.
30 Y vio José lo que había hecho Judá, y tuvo mucho miedo; y mandó a Manasés su hijo, y él hizo también con otra piedra como lo había hecho Judá; y Judá dijo a sus hermanos: No diga ninguno de vosotros: Este hombre es egipcio, sino que por lo que ha hecho es de la familia de nuestro padre.
31 Y respondió José: No sólo a ti se te ha dado la fuerza, pues también nosotros somos hombres poderosos; ¿por qué, pues, te jactas sobre todos nosotros? Y Judá respondió a José: Te ruego que envíes a nuestro hermano, y no arruines hoy tu tierra.
32 Y José respondió y les dijo: Id, y decid a vuestro padre que una mala bestia lo ha devorado, como dijisteis acerca de vuestro hermano José.
33 Y Judá habló a su hermano Neftalí, y él le dijo: Date prisa, ve ahora, y cuenta todas las calles de Egipto, y ven y házmelo saber. Y Simeón le respondió: No te sea esto motivo de preocupación; yo iré ahora al monte, y tomaré del monte una gran piedra, y la derribaré sobre todos los habitantes de Egipto, y mataré a todos los que estén en él.
34 Y oyó José todas estas palabras que sus hermanos hablaban delante de él; y no sabían que José las entendía, porque pensaban que él no sabía hablar hebreo.
35 Y José tuvo gran temor por las palabras de sus hermanos, no fuera que destruyeran a Egipto, y mandó a su hijo Manasés, diciendo: Ve ahora, date prisa, y reúne ante mí a todos los habitantes de Egipto, y a todos los hombres valientes; y vengan a mí ahora a caballo y a pie, y con toda clase de instrumentos musicales. Y Manasés fue e hizo así.
36 Y Neftalí fue como Judá le había mandado; porque Neftalí era ligero de pies como un ciervo veloz, e iba sobre las espigas, y no se quebraban debajo de él.
37 Y fue y contó todas las calles de Egipto, y halló que eran doce; y vino apresuradamente, y lo hizo saber a Judá; y Judá dijo a sus hermanos: Date prisa, y ponte cada uno su espada sobre sus lomos, y pasaremos por Egipto, y los heriremos a todos, y no quede remanente.
38 Y dijo Judá: He aquí, yo destruiré tres calles con mi poder, y vosotros destruiréis cada uno una calle. Y mientras Judá hablaba esta cosa, he aquí que los moradores

de Egipto y todos los valientes venían contra ellos con toda clase de instrumentos musicales y con gran griterío.
39 Y su número era quinientos de a caballo, y diez mil de infantería, y cuatrocientos hombres que podían pelear sin espada ni lanza, sino solamente con sus manos y con su fuerza.
40 Y vinieron todos los valientes con gran alboroto y gritería, y todos ellos rodearon a los hijos de Jacob y los aterrorizaron, y la tierra tembló al sonido de sus gritos.
41 Y cuando los hijos de Jacob vieron estas tropas, temieron en gran manera por sus vidas; y José hizo esto para aterrorizar a los hijos de Jacob y tranquilizarlos.
42 Y Judá, viendo que algunos de sus hermanos estaban aterrorizados, les dijo: ¿Por qué tenéis miedo, mientras que la gracia de Dios está con nosotros? Y cuando Judá vio que todo el pueblo de Egipto los rodeaba por orden de José para aterrorizarlos, sólo José les ordenó, diciendo: No toquéis a ninguno de ellos.
43 Entonces Judá se apresuró y sacó su espada, y lanzó un grito fuerte y amargo, e hirió con su espada, y saltó al suelo y todavía continuó gritando contra todo el pueblo.
44 Y cuando hizo esto, el Señor hizo que el terror de Judá y de sus hermanos cayera sobre los hombres valientes y sobre todo el pueblo que los rodeaba.
45 Y todos huyeron al oír la gritería, y tuvieron miedo y cayeron unos sobre otros, y muchos de ellos murieron al caer; y todos huyeron delante de Judá y de sus hermanos, y delante de José.
46 Y mientras ellos huían, Judá y sus hermanos los persiguieron hasta la casa de Faraón, y todos escaparon; y Judá se sentó de nuevo delante de José, y rugió contra él como un león, y dio contra él un alarido grande y tremendo.
47 Y el grito se oyó a lo lejos, y todos los habitantes de Sucot lo oyeron, y todo Egipto tembló al sonido del grito, y también los muros de Egipto y de la tierra de Gosén cayeron por el temblor de la tierra, y Faraón también cayó de su trono al suelo, y también todas las mujeres encintas de Egipto y de Gosén abortaron cuando oyeron el ruido del temblor, porque tuvieron gran miedo.
48 Y Faraón envió a decir: ¿Qué cosa es ésta que ha acontecido hoy en la tierra de Egipto? Y vinieron y le contaron todo el asunto, desde el principio hasta el fin. Y Faraón se turbó y se maravilló, y tuvo gran temor.
49 Y su temor aumentó cuando oyó todas estas cosas, y envió a decir a José: Tú has traído a mí a los hebreos para destruir a todo Egipto; ¿qué harás con ese siervo ladrón? Envíalo, y déjalo ir con sus hermanos, para que no perezcamos por su maldad, nosotros, tú y todo Egipto.
50 Y si no deseas hacer esto, desecha todas mis cosas valiosas, y ve con ellas a su tierra, si en ello te agrada, porque ellas destruirán hoy todo mi país y matarán a todo mi pueblo; aun todas las mujeres de Egipto han abortado por sus gritos; mira lo que han hecho simplemente por sus gritos y palabras, además, si pelean con la espada, destruirán la tierra; ahora, pues, escoge lo que desees, entre yo o los hebreos, entre Egipto o la tierra de los hebreos.
51 Y vinieron y contaron a José todas las palabras de Faraón que había dicho acerca de él; y José tuvo gran temor por las palabras de Faraón; y Judá y sus hermanos todavía estaban delante de José, indignados y enfurecidos; y todos los hijos de Jacob rugieron contra José, como el rugido del mar y de sus olas.
52 Y José tuvo gran temor a causa de sus hermanos y de Faraón, y buscó José un pretexto para darse a conocer a sus hermanos, para que no destruyeran todo Egipto.
53 Y mandó José a su hijo Manasés, y fue Manasés y se acercó a Judá, y puso su mano sobre su hombro; y se calmó la ira de Judá.
54 Y Judá dijo a sus hermanos: No diga ninguno de vosotros que esto es obra de un joven egipcio; porque esta es obra de la casa de mi padre.
55 Viendo José y sabiendo que la ira de Judá se había calmado, se acercó para hablarle en palabras suaves.
56 Y José dijo a Judá: Ciertamente dices la verdad, y hoy has verificado tus aseveraciones concernientes a tu fuerza, y que tu Dios que se deleita en ti aumente tu bienestar; pero dime la verdad, ¿por qué de entre todos tus hermanos riñes conmigo a causa del muchacho, ya que ninguno de ellos me ha hablado una palabra concerniente a él?
57 Y Judá respondió a José, diciendo: Ciertamente debes saber que yo salí por fiador del muchacho ante su padre, diciendo: Si no se lo hubiera vuelto a traer, yo llevaría su culpa para siempre.
58 Por tanto, me he acercado a ti de entre todos mis hermanos, porque vi que no estabas dispuesto a permitir que él se fuera de ti; ahora, pues, que halle gracia a tu vista para que lo envíes para que vaya con nosotros; y he aquí, yo permaneceré como sustituto suyo, para servirte en lo que desees, porque adondequiera que me envíes, iré a servirte con gran energía.
59 Envíame ahora a un rey poderoso que se ha rebelado contra ti, y sabrás lo que haré con él y con su tierra; aunque tenga caballería e infantería, o un pueblo muy poderoso, a todos ellos mataré y traeré la cabeza del rey delante de ti.
60 ¿No sabes tú o no has oído que nuestro padre Abraham con su siervo Eliezer hirió a todos los reyes de Elam con sus ejércitos en una noche, sin dejar ni uno solo? Y desde aquel día la fuerza de nuestro padre nos fue dada por herencia, para nosotros y para nuestra descendencia para siempre.
61 Y respondió José, y dijo: Hablas la verdad, y no hay falsedad en tu boca, porque también se nos dijo que los hebreos tienen poder, y que el Señor su Dios se deleita mucho en ellos; y ¿quién, pues, podrá estar delante de ellos?
62 Pero con esta condición enviaré a vuestro hermano, si me traéis a su hermano, el hijo de su madre, de quien dijisteis que había descendido de vosotros a Egipto; y sucederá que cuando me traigas a su hermano, yo lo tomaré en su lugar, porque ninguno de vosotros fue fiador de él ante vuestro padre; y cuando él venga a mí, yo entonces enviaré con vosotros a su hermano por quien vosotros habéis sido fiadores.
63 Y la ira de Judá se encendió contra José cuando dijo esto, y sus ojos derramaron sangre por la ira, y dijo a sus hermanos: ¿Cómo busca hoy este hombre su propia ruina, y la de todo Egipto?
64 Y Simeón respondió a José, diciendo: ¿No te dijimos al principio que no sabíamos el lugar particular adonde iba, y si estaba muerto o vivo, y por qué habla mi señor así?
65 Y viendo José el semblante de Judá, entendió que su ira comenzaba a encenderse, cuando le habló, diciendo: Tráeme a tu otro hermano en lugar de este hermano.
66 Y José dijo a sus hermanos: Ciertamente vosotros dijisteis que vuestro hermano estaba muerto o perdido;

ahora bien, si yo lo llamase hoy, y él viniese delante de vosotros, ¿me lo daríais en lugar de su hermano?
67 Y José comenzó a hablar y a gritar: José, José, ven hoy delante de mí, y muéstrate a tus hermanos, y siéntate delante de ellos.
68 Y cuando José dijo esto delante de ellos, cada uno miró hacia un lado diferente, para ver de dónde vendría José delante de ellos.
69 José observaba todos los hechos de ellos y les dijo: ¿Por qué miráis a un lado y a otro? Yo soy José, a quien vendisteis a Egipto. Ahora pues, no os entristezcáis por haberme vendido, pues Dios me envió delante de vosotros para que os socorriera en el tiempo del hambre.
70 Y sus hermanos se asustaron a causa de él cuando oyeron las palabras de José, y Judá se asustó mucho a causa de él.
71 Y cuando Benjamín oyó las palabras de José, estaba delante de ellos en el interior de la casa; y Benjamín corrió hacia José su hermano, y lo abrazó, y se echó sobre su cuello, y lloraron.
72 Y cuando los hermanos de José vieron que Benjamín se había echado sobre el cuello de su hermano, y lloraba con él, ellos también se echaron sobre José y lo abrazaron, y lloraron grandemente con José.
73 Y se oyó en la casa de José la voz de que ellos eran hermanos de José; y esto agradó mucho a Faraón, porque tuvo miedo de ellos, no fuera que destruyeran a Egipto.
74 Y Faraón envió sus siervos a José para felicitarlo por sus hermanos que habían venido a él, y todos los capitanes de los ejércitos y de las tropas que estaban en Egipto vinieron a regocijarse con José, y todo Egipto se regocijó mucho por los hermanos de José.
75 Y Faraón envió sus siervos a José, diciendo: Di a tus hermanos que traigan todo lo que es suyo, y vengan a mí, y yo los haré habitar en lo mejor de la tierra de Egipto. Y así lo hicieron.
76 Y José mandó al que estaba sobre su casa que trajera a sus hermanos presentes y prendas de vestir, y él les sacó muchas prendas de vestir, ropas reales, y muchos presentes, y José los dividió entre sus hermanos.
77 Y dio a cada uno de sus hermanos una muda de vestidos de oro y de plata, y trescientas piezas de plata; y ordenó José que todos ellos se vistieran con estas vestiduras y fueran llevados delante de Faraón.
78 Y viendo Faraón que todos los hermanos de José eran hombres valientes y de hermoso aspecto, se regocijó mucho.
79 Después salieron de la presencia de Faraón para ir a la tierra de Canaán, a su padre, y con ellos estaba su hermano Benjamín.
80 Y se levantó José, y les dio once carros de parte de Faraón, y les dio José su carro, en el cual montó el día de su coronación en Egipto, para traer a su padre a Egipto; y envió José a todos los hijos de sus hermanos vestiduras conforme a su número, y cien piezas de plata a cada uno de ellos; y también envió vestiduras a las mujeres de sus hermanos, de las vestiduras de las mujeres del rey, y las envió.
81 Y dio a cada uno de sus hermanos diez hombres para que fuesen con ellos a la tierra de Canaán y les sirviesen, para servir a sus hijos y a todo lo que les pertenecía al venir a Egipto.
82 Y envió José por mano de su hermano Benjamín diez vestidos para sus diez hijos, porción sobre el resto de los hijos de Jacob.
83 Y envió a cada uno cincuenta piezas de plata, y diez carros por cuenta de Faraón, y envió a su padre diez asnos cargados con todos los lujos de Egipto, y diez asnas cargadas de trigo y pan y sustento para su padre, y para todos los que estaban con él, como provisiones para el camino.
84 Y envió a Dina su hermana vestidos de plata y oro, incienso y mirra, áloes y adornos de mujer en gran abundancia; y lo mismo envió de las mujeres de Faraón a las mujeres de Benjamín.
85 Y dio a todos sus hermanos, y también a sus mujeres, toda clase de piedras de ónice y bedelio, y de todas las cosas valiosas entre el gran pueblo de Egipto, nada de todas las cosas costosas quedó excepto lo que José envió a la casa de su padre.
86 Y despidió a sus hermanos, y ellos se fueron, y envió con ellos a su hermano Benjamín.
87 Y salió José con ellos para acompañarlos en el camino hacia los límites de Egipto, y les dio órdenes acerca de su padre y de su casa, para que viniesen a Egipto.
88 Y les dijo: No riñáis en el camino, porque esto ha sido hecho por Jehová, para preservar de hambre a un pueblo tan grande; pues aún habrá cinco años de hambre en la tierra.
89 Y les mandó, diciendo: Cuando entréis en la tierra de Canaán, no os presentéis repentinamente ante mi padre en este asunto, sino actuad según vuestra sabiduría.
90 Y José dejó de mandarles, y se volvió y regresó a Egipto; y los hijos de Jacob volvieron a la tierra de Canaán con gozo y alegría a su padre Jacob.
91 Y llegaron a los límites de la tierra, y se dijeron el uno al otro: ¿Qué haremos en este asunto delante de nuestro padre, porque si venimos de repente a él y le contamos el asunto, él se alarmará grandemente por nuestras palabras y no nos creerá.
92 Y ellos siguieron hasta que llegaron cerca de sus casas, y hallaron a Seraj, hija de Aser, que salía a recibirlos; y la doncella era muy buena y astuta, y sabía tocar el arpa.
93 Y la llamaron, y ella vino delante de ellos, y los besó; y ellos la tomaron y le dieron un arpa, diciendo: Ve ahora delante de nuestro padre, y siéntate delante de él, y toca el arpa, y di estas palabras.
94 Y le ordenaron que fuese a su casa; y ella tomó el arpa y se apresuró a ir delante de ellos, y vino y se sentó cerca de Jacob.
95 Y ella tocaba bien y cantaba, y decía con dulzura de palabras: José mi tío vive, y gobierna en toda la tierra de Egipto, y no ha muerto.
96 Y ella continuó repitiendo y pronunciando estas palabras, y Jacob oyó sus palabras y le agradaron.
97 Él escuchó mientras ella las repetía dos y tres veces, y la alegría entró en el corazón de Jacob por la dulzura de sus palabras, y el Espíritu de Dios estaba sobre él, y supo que todas sus palabras eran verdaderas.
98 Y Jacob bendijo a Seraj cuando ella habló estas palabras delante de él, y él le dijo: Hija mía, que la muerte nunca prevalezca sobre ti, porque has revivido mi espíritu; solamente habla todavía delante de mí como has hablado, porque me has alegrado con todas tus palabras.

99 Y ella continuó cantando estas palabras, y Jacob escuchó y le agradó, y se regocijó, y el Espíritu de Dios estaba sobre él.
100 Mientras él aún estaba hablando con ella, he aquí que sus hijos vinieron a él con caballos y carros y vestidos reales, y siervos corriendo delante de ellos.
101 Y Jacob se levantó a recibirlos, y vio a sus hijos vestidos con ropas reales, y vio todos los tesoros que José les había enviado.
102 Y le dijeron: Sé consciente de que nuestro hermano José vive, y él gobierna en toda la tierra de Egipto, y él nos habló como te dijimos.
103 Y Jacob oyó todas las palabras de sus hijos, y su corazón palpitó ante sus palabras, porque no podía creerlas hasta que vio todo lo que José les había dado y lo que él le había enviado, y todas las señales que José les había hablado.
104 Y abrieron delante de él, y le mostraron todo lo que José había enviado; dieron a cada uno lo que José le había enviado; y él supo que habían dicho la verdad, y se regocijó en extremo por el relato de su hijo.
105 Y Jacob dijo: Me basta con que mi hijo José viva aún; iré y lo veré antes que muera.
106 Y sus hijos le contaron todo lo que les había sucedido, y Jacob dijo: Descenderé a Egipto para ver a mi hijo y a su descendencia.
107 Y se levantó Jacob, y se vistió las vestiduras que José le había enviado; y después que se hubo lavado y rapado, puso sobre su cabeza la mitra que José le había enviado.
108 Y todo el pueblo de la casa de Jacob y sus mujeres se vistieron con las vestiduras que José les había enviado, y se alegraron mucho a causa de José, porque aún vivía y reinaba en Egipto.
109 Y todos los habitantes de Canaán oyeron esto, y vinieron y se alegraron mucho con Jacob porque aún vivía.
110 Y Jacob les hizo banquete por tres días, y todos los reyes de Canaán y los nobles de la tierra comieron y bebieron, y se alegraron en la casa de Jacob.

CAPÍTULO 55

1 Y aconteció después de esto que Jacob dijo: Iré y veré a mi hijo en Egipto, y entonces regresaré a la tierra de Canaán, de la cual Dios había hablado a Abraham, porque no puedo dejar la tierra de mi nacimiento.
2 He aquí que la palabra de Jehová vino a él, diciendo: Desciende a Egipto con toda tu casa, y mora allí; no temas de descender a Egipto, porque allí yo haré de ti una gran nación.
3 Y dijo Jacob dentro de sí: Iré y veré si mi hijo tiene aún el temor de su Dios en su corazón, entre todos los moradores de Egipto.
4 Y Jehová dijo a Jacob: No tengas miedo por José, porque él aún retiene su integridad para servirme, como bien te parece. Y Jacob se regocijó en gran manera por su hijo.
5 En aquel tiempo ordenó Jacob a sus hijos y a su casa que fueran a Egipto conforme a la palabra que el Señor le había dirigido. Y se levantó Jacob, y sus hijos y toda su casa, y salió de la tierra de Canaán, de Beerseba, con gozo y alegría de corazón, y fueron a la tierra de Egipto.
6 Y aconteció que cuando llegaron cerca de Egipto, Jacob envió a Judá delante de él a José, para que le mostrase la situación en Egipto; y Judá hizo conforme a la palabra de su padre, y se apresuró y corrió y vino a José; y les asignaron lugar en la tierra de Gosén para toda su casa; y Judá regresó y vino por el camino a su padre.
7 Y José enganchó el carro, y reunió a todos sus valientes, a sus siervos y a todos los oficiales de Egipto, para ir al encuentro de su padre Jacob; y fue proclamado en Egipto el mandato de José, diciendo: Cualquiera que no salga al encuentro de Jacob, morirá.
8 Y al día siguiente salió José con todo Egipto, un ejército grande y poderoso, todos vestidos de ropas de lino fino y de púrpura, y con instrumentos de plata y de oro, y con sus instrumentos de guerra consigo.
9 Y todos salieron a recibir a Jacob con toda clase de instrumentos musicales, con tambores y panderos, y esparcieron mirra y áloes por todo el camino; y todos iban de esta manera, y la tierra temblaba con sus gritos.
10 Y todas las mujeres de Egipto salieron sobre los terrados de Egipto y sobre los muros para recibir a Jacob; y sobre la cabeza de José estaba la corona real de Faraón, la cual Faraón se la había enviado para que se la pusiera cuando iba a encontrarse con su padre.
11 Y cuando José llegó a cincuenta codos de su padre, descendió del carro y caminó hacia su padre; y cuando todos los oficiales de Egipto y sus nobles vieron que José había ido a pie hacia su padre, ellos también descendieron y caminaron a pie hacia Jacob.
12 Y cuando Jacob se acercó al campamento de José, Jacob observó el campamento que venía hacia él con José, y esto le agradó, y Jacob se asombró de ello.
13 Y Jacob dijo a Judá: ¿Quién es aquel hombre que veo en el campamento de Egipto vestido de ropas reales, con un manto muy rojo sobre sí, y una corona real sobre su cabeza, el cual ha descendido de su carro y viene hacia nosotros? Y Judá respondió a su padre, diciendo: Es tu hijo el rey José. Y Jacob se regocijó al ver la gloria de su hijo.
14 Y se acercó José a su padre, y se inclinó ante él; y todos los hombres del campamento se inclinaron con él a tierra delante de Jacob.
15 Y he aquí que Jacob corrió y se apresuró a su hijo José, y se echó sobre su cuello, y lo besó; y lloraron; y José también abrazó a su padre, y lo besó; y lloraron, y todo el pueblo de Egipto lloró con ellos.
16 Y Jacob dijo a José: Ahora moriré alegremente después de haber visto tu rostro, que aún vives y estás glorioso.
17 Y los hijos de Jacob, sus mujeres, sus hijos, sus siervos y toda la casa de Jacob, lloraron mucho con José; y lo besaron, y lloraron mucho con él.
18 Y José y todo su pueblo regresaron después a Egipto, y Jacob y sus hijos y todos los hijos de su casa vinieron con José a Egipto, y José los colocó en la mejor parte de Egipto, en la tierra de Gosén.
19 Y José dijo a su padre y a sus hermanos: Subiré y lo haré saber a Faraón, diciendo: Mis hermanos y la casa de mi padre y todo lo que les pertenece han venido a mí, y he aquí están en la tierra de Gosén.
20 Y José lo hizo así, y tomó de entre sus hermanos a Rubén, a Isacar, a Zabulón y a Benjamín su hermano, y los presentó delante de Faraón.
21 Y habló José a Faraón, diciendo: Mis hermanos y la casa de mi padre, con todo lo que les pertenece, con sus ovejas y sus ganados, han venido a mí desde la tierra de

Canaán para peregrinar en Egipto, porque el hambre había azotado gravemente a ellos.
22 Y Faraón dijo a José: Coloca a tu padre y a tus hermanos en lo mejor de la tierra, y no les niegues todo lo que es bueno, y hazles comer de la grosura de la tierra.
23 Y José respondió, diciendo: He aquí, yo los he puesto en la tierra de Gosén, porque son pastores; quédense, pues, en Gosén para que apacienten sus ovejas apartados de los egipcios.
24 Y Faraón dijo a José: Haz con tus hermanos todo lo que te digan. Y los hijos de Jacob se inclinaron ante Faraón, y salieron de su presencia en paz; y después José llevó a su padre delante de Faraón.
25 Y vino Jacob y se inclinó ante Faraón; y bendijo Jacob a Faraón, y él salió; y habitó Jacob con todos sus hijos y toda su casa en la tierra de Gosén.
26 En el año segundo, es decir, el año ciento treinta de la vida de Jacob, sustentaba José a su padre, a sus hermanos y a toda la casa de su padre, con pan según los niños, todos los días del hambre; nada les faltó.
27 Y José les dio lo mejor de toda la tierra; lo mejor de Egipto tuvieron todos los días de José; y José también les dio a ellos y a toda la casa de su padre vestidos y prendas de vestir cada año; y los hijos de Jacob permanecieron seguros en Egipto todos los días de su hermano.
28 Y Jacob comía siempre a la mesa de José; Jacob y sus hijos no se apartaban de la mesa de José de día ni de noche, además de lo que comían los hijos de Jacob en sus casas.
29 Y todo Egipto comió pan en los días del hambre de la casa de José; porque todos los egipcios vendieron todo lo que tenían a causa del hambre.
30 Y compró José todas las tierras y campos de Egipto para pan por cuenta de Faraón, y José abasteció de pan a todo Egipto todos los días de la hambruna, y recogió José toda la plata y el oro que le venían por el trigo que compraban por toda la tierra, y acumuló mucho oro y plata, además de una inmensa cantidad de piedras de ónice, bedelio y prendas de vestir valiosas que trajeron a José de todas partes de la tierra cuando se les acabó el dinero.
31 Y tomó José toda la plata y el oro que vino a su mano, como setenta y dos talentos de oro y plata, y también piedras de ónice y bedelio en gran abundancia, y fue José y lo escondió en cuatro partes, y ocultó una parte en el desierto cerca del Mar Rojo, y otra parte junto al río Perat, y la tercera y cuarta parte las ocultó en el desierto frente al desierto de Persia y de Media.
32 Y tomó parte del oro y de la plata que quedaba, y lo dio a todos sus hermanos, a toda la casa de su padre, y a todas las mujeres de la casa de su padre; y el resto lo trajo a la casa de Faraón, como veinte talentos de oro y plata.
33 Y José dio todo el oro y la plata que quedaba a Faraón, y Faraón lo puso en el tesoro; y los días del hambre cesaron después en la tierra; y sembraron y segaron en toda la tierra, y obtuvieron su cantidad acostumbrada año tras año; no les faltó nada.
34 Y José habitó seguro en Egipto, y toda la tierra estuvo bajo su supervisión; y su padre y todos sus hermanos habitaron en la tierra de Gosén y tomaron posesión de ella.
35 Y José era muy anciano, avanzado en días, y sus dos hijos, Efraín y Manasés, permanecían constantemente en la casa de Jacob, junto con los hijos de los hijos de Jacob sus hermanos, para aprender los caminos del Señor y su ley.
36 Y habitó Jacob con sus hijos en la tierra de Egipto, en la tierra de Gosén, y tomaron posesión de ella, y fructificaron y se multiplicaron en ella.

CAPÍTULO 56

1 Y vivió Jacob en la tierra de Egipto diecisiete años; y fueron los días de Jacob, y los años de su vida, ciento cuarenta y siete años.
2 En aquel tiempo Jacob fue atacado por aquella enfermedad, de la cual murió, y envió a llamar a su hijo José desde Egipto; y José su hijo vino de Egipto, y José vino a su padre.
3 Y Jacob dijo a José y a sus hijos: He aquí yo muero, y el Dios de vuestros padres os visitará, y os hará volver a la tierra que juró Jehová que os daría a vosotros y a vuestros hijos después de vosotros; ahora pues, cuando yo muera, sepultadme en la cueva que está en Macpela en Hebrón, en la tierra de Canaán, cerca de mis padres.
4 Y Jacob hizo jurar a sus hijos que lo sepultarían en Macpela de Hebrón, y sus hijos le juraron sobre esto.
5 Y les mandó, diciendo: Servid a Jehová vuestro Dios, porque el que libró a vuestros padres, también a vosotros os librará de todas las angustias.
6 Y Jacob dijo: Llamadme a todos vuestros hijos. Y vinieron todos los hijos de los hijos de Jacob, y se sentaron delante de él; y Jacob los bendijo, y les dijo: Jehová el Dios de vuestros padres os conceda mil veces más, y os bendiga, y os dé la bendición de Abraham vuestro padre. Y todos los hijos de los hijos de Jacob salieron aquel día, después que él los hubo bendecido.
7 Y al día siguiente Jacob volvió a llamar a sus hijos, y todos ellos se reunieron y vinieron a él y se sentaron delante de él, y Jacob bendijo aquel día a sus hijos antes de morir; a cada uno bendijo conforme a su bendición; he aquí que está escrito en el libro de la ley de Jehová concerniente a Israel.
8 Y Jacob respondió a Judá: Yo sé, hijo mío, que tú eres hombre valiente para con tus hermanos; reina sobre ellos, y tus hijos reinarán sobre los hijos de ellos para siempre.
9 Solamente enseña a tus hijos el arco y todas las armas de guerra, para que puedan pelear las batallas de su hermano que gobernará sobre sus enemigos.
10 Y Jacob volvió a ordenar a sus hijos aquel día, diciendo: He aquí yo seré hoy reunido a mi pueblo; sacadme de Egipto, y sepultadme en la cueva de Macpela, como yo os he mandado.
11 Pero os ruego que tengáis cuidado de que ninguno de vuestros hijos me lleve, sino vosotros mismos, y así haréis conmigo, cuando llevéis mi cuerpo para ir con él a la tierra de Canaán para sepultarme,
12 Judá, Isacar y Zabulón llevarán mi féretro al oriente; Rubén, Simeón y Gad al sur; Efraín, Manasés y Benjamín al occidente; Dan, Aser y Neftalí al norte.
13 No lleve contigo Leví, porque él y sus hijos llevarán el arca del pacto de Jehová con los hijos de Israel en el campamento; tampoco lo lleve José mi hijo, porque como un rey así sea su gloria; pero en lugar de ellos estarán Efraín y Manasés.
14 Así haréis conmigo cuando me lleveis; no descuidéis nada de todo lo que yo os mando; y sucederá que cuando hagáis esto conmigo, el Señor se acordará favorablemente

de vosotros y de vuestros hijos después de vosotros para siempre.
15 Y vosotros, hijos míos, honrad cada uno a su hermano y a su pariente, y mandad a vuestros hijos, y a los hijos de vuestros hijos después de vosotros, que sirvan al Señor Dios de vuestros padres todos los días.
16 para que prolongues tus días sobre la tierra, tú, tus hijos y los hijos de tus hijos para siempre, cuando hagas lo bueno y lo recto ante los ojos de Jehová tu Dios, andando en todos sus caminos.
17 Y tú, José, hijo mío, te ruego que perdones las ofensas de tus hermanos y todas sus malas acciones en el agravio que acumularon sobre ti, porque Dios lo quiso para tu beneficio y el de tus hijos.
18 Y oh hijo mío, no dejes a tus hermanos en manos de los moradores de Egipto, ni les hieras los sentimientos; porque he aquí yo los entrego en mano de Dios y en tu mano para que los guardes de los egipcios. Y los hijos de Jacob respondieron a su padre, diciendo: Oh padre nuestro, haremos todas las cosas que nos has mandado; sólo Dios esté con nosotros.
19 Y Jacob dijo a sus hijos: Así sea Dios con vosotros, si guardáis todos sus caminos, y no os apartáis de sus caminos ni a la derecha ni a la izquierda, para hacer lo bueno y lo recto delante de sus ojos.
20 Porque yo sé que en los últimos días os sobrevendrán muchas y graves angustias en la tierra; sí, a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos; solamente servid al Señor, y él os librará de todas las angustias.
21 Y acontecerá que, cuando andéis en pos de Dios para servirle, y enseñéis a vuestros hijos después de vosotros, y a los hijos de vuestros hijos, a conocer a Jehová, entonces Jehová os levantará a vosotros y a vuestros hijos un siervo de entre vuestros hijos, y Jehová os librará por su mano de toda aflicción, y os sacará de Egipto, y os traerá de nuevo a la tierra de vuestros padres, para que la heredréis seguros.
22 Y dejó Jacob de mandar a sus hijos, y encogió sus pies en la cama, y murió, y fue reunido a su pueblo.
23 Y José se echó sobre su padre, y gritó y lloró sobre él, y lo besó, y clamó con voz amarga, y dijo: ¡Padre mío, padre mío!
24 Y vinieron las mujeres de su hijo y toda su casa, y se postraron sobre Jacob, y lloraron sobre él, y clamaron a gran voz por Jacob.
25 Y se levantaron todos los hijos de Jacob a una, y rasgaron sus vestidos, y todos pusieron cilicio sobre sus lomos, y se postraron sobre sus rostros, y echaron polvo hacia el cielo sobre sus cabezas.
26 Y fue dicho esto a Osnat mujer de José, y ella se levantó y se puso un saco, y vino ella y todas las egipcias con ella, y se enlutaron y lloraron por Jacob.
27 Y también todo el pueblo de Egipto que conocía a Jacob vino aquel día cuando oyeron esto; y todo Egipto lloró durante muchos días.
28 También de la tierra de Canaán vinieron las mujeres a Egipto, cuando oyeron que Jacob había muerto, y lo lloraron en Egipto setenta días.
29 Aconteció después de esto que José mandó a sus siervos los doctores que embalsamasen a su padre con mirra e incienso y con toda clase de incienso y perfume; y los doctores embalsamaron a Jacob como José les había mandado.
30 Y todo el pueblo de Egipto, y los ancianos y todos los moradores de la tierra de Gosén, lloraron y se lamentaron por Jacob; y todos sus hijos y los hijos de su casa lamentaron y se lamentaron por su padre Jacob muchos días.
31 Y pasados los días de su llanto, al cabo de los setenta días, José dijo a Faraón: Subiré y sepultaré a mi padre en la tierra de Canaán, como él me hizo jurar, y después volveré.
32 Y Faraón envió a José, diciendo: Sube y sepulta a tu padre, como él dijo, y como te hizo jurar. Y se levantó José con todos sus hermanos para ir a la tierra de Canaán a sepultar a su padre Jacob, como él les había mandado.
33 Y mandó Faraón que se pregonase en todo Egipto, diciendo: Cualquiera que no subiere con José y sus hermanos a la tierra de Canaán para sepultar a Jacob, morirá.
34 Y todo Egipto oyó la proclamación de Faraón, y todos se levantaron a una; y todos los siervos de Faraón, y los ancianos de su casa, y todos los ancianos de la tierra de Egipto subieron con José; y todos los oficiales y nobles de Faraón subieron como siervos de José, y fueron a sepultar a Jacob en la tierra de Canaán.
35 Y los hijos de Jacob llevaron el féretro en que él yacía; conforme a todas las cosas que su padre les mandó, así le hicieron sus hijos.
36 Y el féretro era de oro puro, y estaba engastado alrededor con piedras de ónice y bedelio; y la cubierta del féretro era de oro trenzado, unida con hilos; y sobre ellos había capiteles de piedras de ónice y de bedelio.
37 Y puso José sobre la cabeza de su padre Jacob una gran corona de oro, y puso en su mano un cetro de oro; y rodearon el féretro, como era costumbre de los reyes durante su vida.
38 Y todas las tropas de Egipto iban delante de él en esta formación, primero todos los hombres valientes de Faraón, y los hombres valientes de José, y después de ellos el resto de los habitantes de Egipto, y todos estaban ceñidos con espadas y equipados con cotas de malla, y los arreos de guerra estaban sobre ellos.
39 Y todos los que lloraban y lamentaban iban a cierta distancia frente al féretro, andando y llorando y lamentándose; y el resto del pueblo iba tras el féretro.
40 Y José y su familia iban juntos cerca del féretro, descalzos y llorando; y los demás siervos de José iban alrededor de él; cada uno tenía sus atavíos sobre sí, y todos estaban armados con sus armas de guerra.
41 Y cincuenta de los siervos de Jacob iban delante del féretro, y esparcieron por el camino mirra y áloes, y toda clase de perfumes; y todos los hijos de Jacob que llevaban el féretro andaban sobre los perfumes, y los siervos de Jacob iban delante de ellos, esparciendo el perfume por el camino.
42 Y subió José con un campamento pesado, e hicieron de esta manera todos los días hasta que llegaron a la tierra de Canaán, y llegaron a la era de Atad, que estaba al otro lado del Jordán, y lamentaron un luto muy grande y muy pesado en aquel lugar.
43 Y todos los reyes de Canaán oyeron esto, y salieron todos, cada uno de su casa; treinta y un reyes de Canaán, y todos vinieron con sus hombres a hacer duelo y a llorar por Jacob.

44 Y todos estos reyes vieron el féretro de Jacob, y he aquí que la corona de José estaba sobre él; y también pusieron sus coronas sobre el féretro, y lo rodearon con coronas.
45 Y todos estos reyes hicieron en aquel lugar grande y doloroso duelo con los hijos de Jacob y con los egipcios por Jacob; porque todos los reyes de Canaán conocían el valor de Jacob y de sus hijos.
46 Y llegó a Esaú el rumor, diciendo: Jacob ha muerto en Egipto, y sus hijos y todo Egipto lo llevan a la tierra de Canaán para sepultarlo.
47 Y oyó esto Esaú, y estando él morando en el monte de Seir, se levantó él y sus hijos, y todo su pueblo, y toda su casa, un pueblo muy grande, y vinieron a hacer duelo y a llorar por Jacob.
48 Y aconteció que cuando vino Esaú, hizo duelo por su hermano Jacob; y todo Egipto y todo Canaán se levantaron de nuevo, e hicieron gran duelo con Esaú por Jacob en aquel lugar.
49 Y José y sus hermanos trajeron a su padre Jacob de aquel lugar, y fueron a Hebrón para sepultar a Jacob en la cueva junto a sus padres.
50 Y llegaron a Quiriat-arba, a la cueva; y cuando llegaron, Esaú se puso con sus hijos al lado de José y de sus hermanos como estorbo en la cueva, diciendo: No será sepultado allí Jacob, porque es nuestra y de nuestro padre.
51 Y oyeron José y sus hermanos las palabras de los hijos de Esaú, y se enojaron mucho; y se acercó José a Esaú, diciendo: ¿Qué es esto que han dicho? Ciertamente mi padre Jacob te compró esto por grandes riquezas después de la muerte de Isaac, hace ahora veinticinco años; y también te compró a ti y a tus hijos, y a tu descendencia después de ti, toda la tierra de Canaán.
52 Y Jacob la compró para sus hijos y para su descendencia después de él, por herencia perpetua; ¿por qué, pues, dices hoy así?
53 Y Esaú respondió, diciendo: Hablas mentira, y dices mentiras; porque yo no vendí nada mío en toda esta tierra, como tú dices, ni mi hermano Jacob compró nada mío en esta tierra.
54 Y Esaú habló estas cosas para engañar a José con sus palabras, porque Esaú sabía que José no estaba presente en aquellos días cuando Esaú vendió todo lo que le pertenecía en la tierra de Canaán a Jacob.
55 Y José dijo a Esaú: Ciertamente mi padre insertó estas cosas contigo en el registro de la compra, y testificó el registro con testigos, y he aquí que está con nosotros en Egipto.
56 Y Esaú respondió y le dijo: Trae el registro; haremos todo lo que hallares en el registro.
57 Y llamó José a su hermano Neftalí, y le dijo: Date prisa, no te detengas; corre ahora a Egipto, y trae todos los libros; el libro de la compra, el libro sellado, el libro abierto, y también todos los primeros libros en los que están escritos todos los negocios de la primogenitura.
58 Y nos los traerás acá, para que sepamos de ellos todas las palabras de Esaú y de sus hijos que ellos han hablado hoy.
59 Y Neftalí escuchó la voz de José, y se apresuró y corrió para descender a Egipto; y Neftalí era más ligero de pies que todos los ciervos que había en el desierto, porque podía andar sobre espigas sin aplastarlas.
60 Y cuando Esaú vio que Neftalí había ido a buscar los registros, él y sus hijos aumentaron su resistencia contra la cueva, y Esaú y todo su pueblo se levantaron contra José y sus hermanos para luchar.
61 Y todos los hijos de Jacob y el pueblo de Egipto pelearon contra Esaú y sus hombres, y los hijos de Esaú y su pueblo fueron derrotados delante de los hijos de Jacob, y los hijos de Jacob mataron a cuarenta hombres del pueblo de Esaú.
62 Y Chusim hijo de Dan, hijo de Jacob, estaba en aquel tiempo con los hijos de Jacob, y estaba como a cien codos de distancia del lugar de la batalla, porque él permanecía con los hijos de los hijos de Jacob junto al féretro de Jacob para vigilarlo.
63 Y Chushim era mudo y sordo, pero aun así entendió la voz de consternación entre los hombres.
64 Y él preguntó, diciendo: ¿Por qué no enterrais a los muertos? ¿Y qué es esta gran consternación? Y ellos le respondieron las palabras de Esaú y de sus hijos; y él corrió hacia Esaú en medio de la batalla, y mató a Esaú a espada, y le cortó la cabeza, la cual saltó a distancia, y Esaú cayó en medio del pueblo de la batalla.
65 Y cuando Chushim hizo esto, los hijos de Jacob prevalecieron sobre los hijos de Esaú, y los hijos de Jacob sepultaron a su padre Jacob por la fuerza en la cueva, y los hijos de Esaú lo vieron.
66 Y Jacob fue sepultado en Hebrón, en la cueva de Macpela, que Abraham había comprado de los hijos de Het, para posesión de sepultura; y fue sepultado con vestidos muy costosos.
67 Y ningún rey recibió tanto honor como el que José rindió a su padre al morir, porque lo sepultó con gran honor, como se entierra a los reyes.
68 Y José y sus hermanos hicieron luto por su padre durante siete días.

CAPÍTULO 57

1 Después de esto fue que los hijos de Esaú hicieron guerra contra los hijos de Jacob, y los hijos de Esaú pelearon con los hijos de Jacob en Hebrón; y Esaú todavía estaba muerto y no había sido enterrado.
2 Y la batalla fue dura entre ellos, y los hijos de Esaú fueron derrotados delante de los hijos de Jacob, y los hijos de Jacob mataron a ochenta hombres de los hijos de Esaú, y no murió ni uno del pueblo de los hijos de Jacob. Y la mano de José prevaleció sobre todo el pueblo de los hijos de Esaú, y tomó cautivos a Zefo hijo de Elifaz, hijo de Esaú, y a cincuenta de sus hombres, y los ató con cadenas de hierro, y los entregó en mano de sus siervos para que los trajeran a Egipto.
3 Y aconteció que cuando los hijos de Jacob tomaron cautivos a Zefo y a su pueblo, todos los que quedaron temieron en gran manera por sus vidas de parte de la casa de Esaú, no sea que ellos también fueran tomados cautivos, y todos huyeron con Elifaz hijo de Esaú y su pueblo, con el cuerpo de Esaú, y continuaron su camino hacia el monte de Seir.
4 Y llegaron al monte de Seir, y sepultaron a Esaú en Seir; pero no trajeron consigo su cabeza a Seir, porque fue sepultada en el lugar donde había habido batalla, en Hebrón.

5 Y aconteció que cuando los hijos de Esaú habían huido delante de los hijos de Jacob, los hijos de Jacob los persiguieron hasta los límites de Seir, pero no mataron a un solo hombre de entre ellos cuando los persiguieron, porque el cuerpo de Esaú que llevaban consigo excitó su confusión, así que huyeron y los hijos de Jacob se volvieron de ellos y llegaron al lugar donde sus hermanos estaban en Hebrón, y permanecieron allí ese día, y el día siguiente hasta que descansaron de la batalla.
6 Y aconteció que al tercer día se reunieron todos los hijos de Seir el horeo, y juntaron a todos los hijos del oriente, una multitud de pueblos como la arena del mar, y fueron y descendieron a Egipto para pelear contra José y sus hermanos, a fin de librar a sus hermanos.
7 Y oyeron José y todos los hijos de Jacob que los hijos de Esaú y los hijos del oriente habían venido contra ellos para pelear y librar a sus hermanos.
8 Y José y sus hermanos y los hombres fuertes de Egipto salieron y pelearon en la ciudad de Ramsés; y José y sus hermanos infligieron una tremenda derrota a los hijos de Esaú y a los hijos del oriente.
9 Y mataron de ellos a seiscientos mil hombres, y mataron de entre ellos a todos los valientes de los hijos de Seir el horeo; sólo quedaron unos pocos de ellos, y mataron también a muchos de los hijos del oriente, y de los hijos de Esaú; y Elifaz hijo de Esaú, y los hijos del oriente, todos huyeron delante de José y de sus hermanos.
10 Y José y sus hermanos los persiguieron hasta que llegaron a Sucot, y aun así mataron en Sucot a treinta hombres; y los demás escaparon, y huyeron cada uno a su ciudad.
11 Y José y sus hermanos y los valientes de Egipto se volvieron de ellos con gozo y alegría de corazón, porque habían derrotado a todos sus enemigos.
12 Y Zefo hijo de Elifaz y sus hombres todavía eran esclavos en Egipto de los hijos de Jacob, y sus dolores aumentaban.
13 Y cuando los hijos de Esaú y los hijos de Seir regresaron a su tierra, los hijos de Seir vieron que todos habían caído en manos de los hijos de Jacob y del pueblo de Egipto, a causa de la batalla de los hijos de Esaú.
14 Y los hijos de Seir dijeron a los hijos de Esaú: Vosotros lo habéis visto, y por eso conocéis que este campamento fue por causa de vosotros, y que no ha quedado ni un valiente ni un hombre apto para la guerra.
15 Ahora pues, salid de nuestra tierra, pasad de nosotros a la tierra de Canaán, a la tierra donde habitaron vuestros padres. ¿Por qué heredarán vuestros hijos los bienes de nuestros hijos en los postreros días?
16 Pero los hijos de Esaú no quisieron escuchar a los hijos de Seir, y los hijos de Seir pensaron en hacerles guerra.
17 Y los hijos de Esaú enviaron en secreto a Angeas rey de África, llamado Dinaba, diciendo:
18 Envíanos algunos de tus hombres, y vengan a nosotros, y pelearemos junto con los hijos de Seir el horeo, porque ellos han resuelto pelear contra nosotros para expulsarnos de la tierra.
19 Y Angeas rey de Dinaba lo hizo así, porque en aquellos días era amigo de los hijos de Esaú; y Angeas envió quinientos valientes de infantería a los hijos de Esaú, y ochocientos de caballería.
20 Y los hijos de Seir enviaron a decir a los hijos del oriente y a los hijos de Madián: Vosotros habéis visto lo que nos han hecho los hijos de Esaú, por causa de los cuales estamos casi todos destruidos, en su batalla contra los hijos de Jacob.
21 Ahora pues, venid a nosotros y ayudadnos, y pelearemos juntos contra ellos, y los expulsaremos de la tierra y seremos vengados de la causa de nuestros hermanos que murieron por causa de ellos en su batalla contra sus hermanos los hijos de Jacob.
22 Y todos los hijos del oriente oyeron a los hijos de Seir, y vinieron a ellos como ochocientos hombres con espadas desenvainadas; y los hijos de Esaú pelearon con los hijos de Seir en aquel tiempo en el desierto de Parán.
23 Y los hijos de Seir prevalecieron entonces sobre los hijos de Esaú, y los hijos de Seir mataron en aquel día a unos doscientos hombres de los hijos de Esaú en aquella batalla, de Angeas rey de Dinaba.
24 Y el segundo día los hijos de Esaú volvieron para pelear una segunda vez contra los hijos de Seir; y la batalla fue dura sobre los hijos de Esaú esta segunda vez, y los turbó mucho a causa de los hijos de Seir.
25 Y cuando los hijos de Esaú vieron que los hijos de Seir eran más poderosos que ellos, algunos hombres de los hijos de Esaú se volvieron y ayudaron a los hijos de Seir sus enemigos.
26 Y aún cayeron del pueblo de los hijos de Esaú en la segunda batalla cincuenta y ocho hombres del pueblo junto a Angeas rey de Dinaba.
27 Y al tercer día oyeron los hijos de Esaú que algunos de sus hermanos se habían apartado de ellos para pelear contra ellos en la segunda batalla; y los hijos de Esaú se lamentaron cuando oyeron esto.
28 Y ellos dijeron: ¿Qué haremos con nuestros hermanos que se apartaron de nosotros para ayudar a los hijos de Seir, nuestros enemigos? Y los hijos de Esaú volvieron a enviar a decir a Angeas rey de Dinaba:
29 Envíanos otra vez otros hombres, para que peleemos con ellos contra los hijos de Seir, porque ya han sido dos veces más pesados que nosotros.
30 Y Angeas volvió a enviar a los hijos de Esaú unos seiscientos hombres valientes, los cuales vinieron para ayudar a los hijos de Esaú.
31 Y al cabo de diez días los hijos de Esaú volvieron a hacer guerra contra los hijos de Seir en el desierto de Parán; y la batalla fue muy reñida contra los hijos de Seir, y los hijos de Esaú prevalecieron en ese tiempo sobre los hijos de Seir, y los hijos de Seir fueron derrotados delante de los hijos de Esaú, y los hijos de Esaú mataron de ellos como dos mil hombres.
32 Y todos los valientes de los hijos de Seir murieron en esta batalla, y sólo quedaron sus niños pequeños que quedaron en sus ciudades.
33 Y todos los madianitas y los hijos del oriente se pusieron en fuga de la batalla, y dejaron a los hijos de Seir y huyeron cuando vieron que la batalla era severa sobre ellos; y los hijos de Esaú persiguieron a todos los hijos del oriente hasta que llegaron a su tierra.
34 Y los hijos de Esaú mataron todavía a unos doscientos cincuenta hombres, y del pueblo de los hijos de Esaú cayeron en aquella batalla como treinta hombres; pero este mal vino sobre ellos porque sus hermanos se apartaron de

ellos para ayudar a los hijos de Seir el horeo, y los hijos de Esaú oyeron de nuevo de las malas acciones de sus hermanos, y de nuevo se lamentaron a causa de este asunto.
35 Y aconteció que después de la batalla, los hijos de Esaú se volvieron y regresaron a casa en Seir, y los hijos de Esaú mataron a los que habían quedado en la tierra de los hijos de Seir; mataron también a sus esposas y a sus pequeños; no dejaron ni una sola alma con vida, excepto cincuenta muchachos y doncellas, a quienes permitieron vivir; y los hijos de Esaú no los mataron; y los muchachos se convirtieron en sus esclavos, y a las doncellas las tomaron por esposas.
36 Y los hijos de Esaú habitaron en Seir en el lugar de los hijos de Seir, y heredaron su tierra y tomaron posesión de ella.
37 Y los hijos de Esaú tomaron todo lo que pertenecía a la tierra para los hijos de Seir, también sus ovejas, sus bueyes y sus bienes, y todo lo que pertenecía a los hijos de Seir, lo tomaron los hijos de Esaú, y los hijos de Esaú habitaron en Seir en lugar de los hijos de Seir hasta hoy; y los hijos de Esaú dividieron la tierra en divisiones a los cinco hijos de Esaú, conforme a sus familias.
38 Y aconteció en aquellos días, que los hijos de Esaú resolvieron coronar un rey sobre ellos en la tierra de la cual habían llegado a poseer. Y se dijeron el uno al otro: No será así, porque él reinará sobre nosotros en nuestra tierra, y estaremos bajo su consejo y él peleará nuestras batallas, contra nuestros enemigos. Y así lo hicieron.
39 Y todos los hijos de Esaú juraron, diciendo: No reinaría jamás sobre ellos ninguno de sus hermanos, sino un hombre extraño, que no fuera de sus hermanos; porque las almas de todos los hijos de Esaú estaban amargadas, cada uno contra su hijo, hermano y amigo, a causa del mal que habían sufrido de parte de sus hermanos cuando pelearon contra los hijos de Seir.
40 Entonces los hijos de Esaú juraron, diciendo: Desde aquel día en adelante no elegirían rey de entre sus hermanos, sino de tierra ajena, como hasta hoy.
41 Y había allí un hombre del pueblo de Angeas, rey de Dinaba, cuyo nombre era Bela hijo de Beor, el cual era un hombre muy valiente, hermoso y apuesto y sabio en toda sabiduría, y un hombre prudente y sensato; y no había otro entre el pueblo de Angeas como él.
42 Y todos los hijos de Esaú lo tomaron, y lo ungieron, y lo coronaron por rey, y se inclinaron ante él, y le dijeron: Viva el rey, viva el rey.
43 Y extendieron la sábana, y le trajeron a cada uno zarcillos de oro y de plata, o anillos, o brazaletes, y le hicieron muy rico en plata y en oro, en piedras de ónice y en bedelio, y le hicieron un trono real, y pusieron una corona real sobre su cabeza, y le edificaron un palacio, y habitó en él, y llegó a ser rey sobre todos los hijos de Esaú.
44 Y los hijos de Angeas tomaron jornal de los hijos de Esaú para su guerra, y fueron y volvieron en aquel tiempo a su señor en Dinaba.
45 Y reinó Bela sobre los hijos de Esaú treinta años, y los hijos de Esaú habitaron en la tierra en lugar de los hijos de Seir, y habitaron seguros en su lugar hasta hoy.

CAPÍTULO 58

1 Aconteció en el año treinta y dos de la bajada de los hijos de Israel a Egipto, es decir, en el año setenta y uno de la vida de José, que en aquel año murió Faraón rey de Egipto, y reinó en su lugar Magrón su hijo.
2 Y Faraón ordenó a José antes de su muerte que fuese padre de su hijo Magrón, y que Magrón estuviese bajo el cuidado de José y bajo su consejo.
3 Y todo Egipto consintió en esto, para que José fuese rey sobre ellos, porque todos los egipcios amaban a José como antes; solamente Magrón hijo de Faraón se sentaba en el trono de su padre, y él comenzó a reinar en aquellos días en lugar de su padre.
4 Magrón tenía cuarenta y un años cuando comenzó a reinar, y cuarenta años reinó en Egipto, y todo Egipto le puso el nombre de Faraón, del nombre de su padre, como solían hacerlo en Egipto con todos los reyes que reinaban sobre ellos.
5 Y aconteció que cuando Faraón comenzó a reinar en lugar de su padre, puso las leyes de Egipto y todos los asuntos del gobierno en mano de José, como su padre le había ordenado.
6 Y José llegó a ser rey sobre Egipto, porque él era jefe de todo Egipto, y todo Egipto estaba bajo su cuidado y bajo su consejo, porque todo Egipto se inclinó hacia José después de la muerte de Faraón, y lo amaron mucho para que reinara sobre ellos.
7 Pero había entre ellos algunas personas que no le querían, y decían: Ningún extranjero reinará sobre nosotros. Sin embargo, todo el gobierno de Egipto recayó en aquellos días sobre José, después de la muerte de Faraón, siendo él el regulador, haciendo lo que quería en toda la tierra sin que nadie interfiriera.
8 Y todo Egipto estuvo bajo el cuidado de José, e hizo guerra José contra todos sus enemigos de alrededor, y los sometió; también sometió José toda la tierra y a todos los filisteos hasta los límites de Canaán, y todos estuvieron bajo su poder, y daban un impuesto anual a José.
9 Y Faraón rey de Egipto se sentó en su trono en lugar de su padre, pero estaba bajo el control y consejo de José, como al principio había estado bajo el control de su padre.
10 Y no reinó sino solamente en la tierra de Egipto, bajo el consejo de José; sino que José reinó en aquel tiempo sobre todo el país, desde Egipto hasta el gran río Perat.
11 Y José fue prosperado en todos sus caminos, y Jehová estaba con él, y Jehová dio a José más sabiduría, y honra, y gloria, y amor hacia él en los corazones de los egipcios y por toda la tierra; y José reinó sobre todo el país cuarenta años.
12 Y todos los países de los filisteos, y Canaán, y Sidón, y el otro lado del Jordán, trajeron presentes a José todos sus días; y todo el país estaba en mano de José, y le traían un tributo anual como estaba regulado, porque José había peleado contra todos sus enemigos circundantes y los había sometido; y todo el país estaba en mano de José, y José estaba sentado seguro en su trono en Egipto.
13 Y también todos sus hermanos, los hijos de Jacob, habitaron seguros en la tierra todos los días de José; y fueron fructíferos y se multiplicaron en gran manera en la tierra, y sirvieron al Señor todos sus días, como su padre Jacob les había mandado.

14 Y aconteció al cabo de muchos días y años, cuando los hijos de Esaú moraban tranquilamente en su tierra con Bela su rey, que los hijos de Esaú fueron fructíferos y se multiplicaron en la tierra, y resolvieron ir y pelear con los hijos de Jacob y con todo Egipto, y liberar a su hermano Zefo, hijo de Elifaz, y a sus hombres, porque todavía en aquellos días eran esclavos de José.
15 Y los hijos de Esaú enviaron mensajes a todos los hijos del oriente, y ellos hicieron paz con ellos; y todos los hijos del oriente vinieron a ellos para ir con los hijos de Esaú a Egipto para la batalla.
16 Y vinieron también a ellos algunos de los hijos de Angeas, rey de Dinaba, y también enviaron a los hijos de Ismael, y ellos también vinieron a ellos.
17 Y todo este pueblo se juntó y vino a Seir para ayudar a los hijos de Esaú en su batalla, y este campamento era muy grande y pesado de gente, numeroso como la arena del mar, como ochocientos mil hombres, infantería y caballería, y todas estas tropas descendieron a Egipto para pelear con los hijos de Jacob, y acamparon junto a Ramsés.
18 Y salió José con sus hermanos, con los valientes de Egipto, como seiscientos hombres, y pelearon con ellos en la tierra de Ramsés; y los hijos de Jacob pelearon otra vez en aquel tiempo contra los hijos de Esaú, en el año cincuenta de la bajada de los hijos de Jacob a Egipto, es decir, el año treinta del reinado de Bela sobre los hijos de Esaú en Seir.
19 Y Jehová entregó a todos los valientes de Esaú y a los hijos del oriente en manos de José y de sus hermanos; y el pueblo de los hijos de Esaú y los hijos del oriente fueron derrotados delante de José.
20 Y de los hijos de Esaú y de los hijos del oriente que fueron muertos, cayeron delante de los hijos de Jacob como doscientos mil hombres, y su rey Bela hijo de Beor cayó con ellos en la batalla; y cuando los hijos de Esaú vieron que su rey había caído en la batalla y estaba muerto, sus manos se debilitaron en el combate.
21 Y José y sus hermanos y todo Egipto seguían hiriendo al pueblo de la casa de Esaú; y todo el pueblo de Esaú tuvo miedo de los hijos de Jacob, y huyeron delante de ellos.
22 Y José y sus hermanos y todo Egipto los persiguieron durante un día de camino, y mataron aún de ellos como trescientos hombres, hiriéndolos continuamente en el camino; y después se volvieron de ellos.
23 Y José y todos sus hermanos volvieron a Egipto, y no faltó de ellos ni uno solo, sino que de los egipcios cayeron doce hombres.
24 Y cuando José regresó a Egipto, ordenó que ataran aún más a Zefo y a sus hombres, y los ataron con grilletes y aumentaron su dolor.
25 Y todo el pueblo de los hijos de Esaú, y los hijos del oriente, volvieron avergonzados cada uno a su ciudad, porque todos los valientes que estaban con ellos habían caído en la batalla.
26 Y cuando los hijos de Esaú vieron que su rey había muerto en la batalla, se apresuraron y tomaron un hombre del pueblo de los hijos del oriente, cuyo nombre era Jobab hijo de Zarac, de la tierra de Botsra, y lo pusieron por rey sobre ellos en lugar de Bela su rey.
27 Y Jobab se sentó en el trono de Bela como rey en su lugar, y Jobab reinó en Edom sobre todos los hijos de Esaú diez años; y los hijos de Esaú no fueron más a pelear contra los hijos de Jacob desde aquel día en adelante; porque los hijos de Esaú conocían el valor de los hijos de Jacob, y les temían en gran manera.
28 Pero desde aquel día en adelante los hijos de Esaú odiaron a los hijos de Jacob, y el odio y la enemistad fueron muy fuertes entre ellos todos los días, hasta hoy.
29 Aconteció después de esto, que al cabo de diez años murió Jobab hijo de Zarac, de Botsrá; y los hijos de Esaú tomaron un varón llamado Cusam, de la tierra de Temán, al cual pusieron por rey sobre ellos en lugar de Jobab; y reinó Cusam en Edom sobre todos los hijos de Esaú veinte años.
30 Y José, rey de Egipto, y sus hermanos, y todos los hijos de Israel habitaron seguros en Egipto en aquellos días, junto con todos los hijos de José y sus hermanos, sin tener ningún impedimento ni accidente malo, y la tierra de Egipto estaba en ese tiempo en reposo de la guerra en los días de José y sus hermanos.

CAPÍTULO 59

1 Estos son los nombres de los hijos de Israel que habitaron en Egipto, y que vinieron con Jacob: todos los hijos de Jacob vinieron a Egipto, cada uno con su familia.
2 Los hijos de Lea fueron Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón, y su hermana Dina.
3 Y los hijos de Raquel fueron José y Benjamín.
4 Los hijos de Zilpa, sierva de Lea, fueron Gad y Aser.
5 Los hijos de Bilha, sierva de Raquel, fueron Dan y Neftalí.
6 Y éstos fueron sus descendientes que les nacieron en la tierra de Canaán, antes que viniesen a Egipto con su padre Jacob.
7 Los hijos de Rubén fueron Hanoc, Falú, Jetzrón y Carmi.
8 Los hijos de Simeón fueron Jemuel, Jamín, Ohad, Jaquín, Zocar y Saúl, hijo de la cananea.
9 Y los hijos de Leví fueron Gersón, Kehat y Merari, y su hermana Jocabed, que les nació cuando descendieron a Egipto.
10 Los hijos de Judá fueron Er, Onán, Sela, Fares y Zarac.
11 Y murieron Er y Onán en la tierra de Canaán; y los hijos de Fares fueron Jezrón y Camul.
12 Los hijos de Isacar fueron Tola, Fúa, Job y Samón.
13 Los hijos de Zabulón fueron Sered, Elón y Jacleel; y el hijo de Dan fue Cusim.
14 Los hijos de Neftalí fueron Jacseel, Guni, Jetzer y Silam.
15 Los hijos de Gad fueron Zifión, Cagi, Suni, Ezbón, Eri, Arodi y Areli.
16 Los hijos de Aser fueron Jimna, Isva, Isvi, Bería y su hermana Serac; y los hijos de Bería fueron Heber y Malquiel.
17 Los hijos de Benjamín fueron Bela, Bequer, Asbel, Gera, Naamán, Ahí, Ros, Mupim, Cupim y Ord.
18 Y los hijos de José, que le nacieron en Egipto, fueron Manasés y Efraín.
19 Y todas las almas que salieron de los lomos de Jacob fueron setenta almas; éstas fueron las que vinieron con Jacob su padre a Egipto, para morar allí; y José y todos sus hermanos habitaron seguros en Egipto, y comieron de lo mejor de Egipto todos los días de la vida de José.
20 Y vivió José en la tierra de Egipto noventa y tres años, y reinó José sobre todo Egipto ochenta años.

21 Y cuando se acercaban los días de la muerte de José, envió a llamar a sus hermanos y a toda la casa de su padre; y todos vinieron juntos y se sentaron delante de él.
22 Y José dijo a sus hermanos y a toda la casa de su padre: He aquí yo muero, pero Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a vuestros padres que les daría.
23 Y cuando Dios os visite para haceros subir de aquí a la tierra de vuestros padres, entonces haréis subir mis huesos con vosotros de aquí.
24 Y José hizo jurar a los hijos de Israel por su descendencia después de ellos, diciendo: Dios ciertamente os visitará, y haréis subir mis huesos de aquí con vosotros.
25 Aconteció después de esto que murió José en aquel año, el año setenta y uno de la bajada de los hijos de Israel a Egipto.
26 Y José tenía ciento diez años cuando murió en la tierra de Egipto, y todos sus hermanos y todos sus siervos se levantaron y embalsamaron a José, como era su costumbre; y sus hermanos y todo Egipto hicieron duelo por él setenta días.
27 Y pusieron a José en un ataúd lleno de especias aromáticas y de toda clase de perfumes, y lo sepultaron junto al río Sijor; y sus hijos, todos sus hermanos y toda la casa de su padre hicieron por él siete días de luto.
28 Y aconteció después de la muerte de José, que todos los egipcios comenzaron en aquellos días a gobernar a los hijos de Israel, y Faraón, rey de Egipto, que reinó en lugar de su padre, tomó todas las leyes de Egipto y condujo todo el gobierno de Egipto bajo su consejo, y reinó con seguridad sobre su pueblo.

CAPÍTULO 60

1 Y cuando llegó el año setenta y dos desde que los hijos de Israel descendieron a Egipto, después de la muerte de José, Zefo hijo de Elifaz, hijo de Esaú, huyó de Egipto, él y sus hombres, y se fueron.
2 Y llegó a África, que es Dinhabah, a Angeas rey de África, y Angeas los recibió con gran honor, y puso a Zefo por general de su ejército.
3 Y Zefo halló favor ante los ojos de Angeas y ante los ojos de su pueblo, y Zefo fue capitán del ejército de Angeas rey de África durante muchos días.
4 Y Zefo incitó a Angeas rey de África, a reunir todo su ejército para ir a pelear contra los egipcios y contra los hijos de Jacob, y para vengar en ellos la causa de sus hermanos.
5 Pero Angeas no quiso escuchar a Zefo para hacer esto, porque Angeas sabía la fuerza de los hijos de Jacob, y lo que habían hecho a su ejército en su guerra contra los hijos de Esaú.
6 Y en aquellos días Zefo era muy grande a los ojos de Angeas y a los ojos de todo su pueblo, y continuamente los incitaba a hacer guerra contra Egipto, pero ellos no quisieron.
7 Y aconteció en aquellos días que había en la tierra de Quitim un hombre en la ciudad de Puzimna, cuyo nombre era Uzu, y él fue degeneradamente deificado por los hijos de Quitim, y el hombre murió y no tuvo hijo, solamente una hija cuyo nombre era Jania.
8 Y la doncella era sumamente hermosa, agraciada e inteligente; no se veía otra como ella en belleza y sabiduría en toda la tierra.
9 Y los hijos de Angeas, rey de África, la vieron, y vinieron y la alabaron delante de él; y Angeas envió a los hijos de Quitim, y les pidió que le permitieran tomarla para sí como esposa; y los hijos de Quitim consintieron en dársela como esposa.
10 Y cuando los mensajeros de Angeas salían de la tierra de Quitim para emprender su viaje, he aquí que los mensajeros de Turno rey de Bibentu llegaron a Quitim, porque Turno rey de Bibentu también envió a sus mensajeros para solicitar a Jania para él, para tomarla para sí como esposa, porque todos sus hombres también la habían elogiado ante él, por lo tanto envió a todos sus siervos a ella.
11 Y los siervos de Turno vinieron a Quitim, y pidieron a Janías, para ser tomada por mujer para Turno su rey.
12 Y los de Quitim les respondieron: No podemos dársela, porque Angeas, rey de África, la quiso para tomarla con él por esposa antes de que vosotros vinierais, y que se la diéramos nosotros, y ahora, por tanto, no podemos hacer esto de privar a Angeas de la doncella para dársela a Turno.
13 Porque tememos mucho a Angeas, no sea que venga en guerra contra nosotros y nos destruya, y Turno vuestro señor no pueda librarnos de su mano.
14 Y cuando los mensajeros de Turno oyeron todas las palabras de los hijos de Quitim, volvieron a su señor y le contaron todas las palabras de los hijos de Quitim.
15 Y los hijos de Quitim enviaron un memorial a Angeas, diciendo: He aquí, Turno ha enviado a buscar a Jania para tomarla para sí como esposa, y así le hemos respondido; y hemos oído que ha reunido todo su ejército para ir a la guerra contra ti, y tiene la intención de pasar por el camino de Cerdeña para pelear contra tu hermano Luco, y después de eso vendrá a pelear contra ti.
16 Y Angeas oyó las palabras de los hijos de Quitim que le enviaron en el registro, y su ira se encendió y se levantó y reunió a todo su ejército y vino a través de las islas del mar, el camino a Cerdeña, a su hermano Luco, rey de Cerdeña.
17 Y Niblos, hijo de Luco, oyó que su tío Angeas venía, y salió a recibirlo con un ejército pesado, y lo besó y lo abrazó, y Niblos dijo a Angeas: Cuando preguntes a mi padre por su bienestar, cuando yo vaya contigo a pelear contra Turno, pídele que me haga capitán de su ejército, y Angeas así lo hizo, y fue a su hermano y su hermano vino a recibirlo, y le preguntó por su bienestar.
18 Y Angeas pidió a su hermano Luco que le informase de su bienestar y que hiciese a su hijo Niblos capitán de su ejército, y Luco así lo hizo; y Angeas y su hermano Luco se levantaron y fueron hacia Turno para la batalla, y había con ellos un gran ejército y un pueblo numeroso.
19 Y él vino en naves, y llegaron a la provincia de Astarot, y he aquí que Turno venía hacia ellos, pues había partido hacia Cerdeña, y tenía la intención de destruirla, y después pasar de allí a Angeas para pelear con él.
20 Y Angeas y Luco su hermano se enfrentaron a Turno en el valle de Canopia, y la batalla fue fuerte y poderosa entre ellos en aquel lugar.
21 Y la batalla fue reñida contra Luco rey de Cerdeña, y cayó todo su ejército, y Niblos su hijo también cayó en aquella batalla.

22 Y su tío Angeas ordenó a sus siervos y ellos hicieron un ataúd de oro para Niblos y lo pusieron en él, y Angeas nuevamente libró batalla contra Turno, y Angeas fue más fuerte que él, y lo mató, e hirió a todo su pueblo a filo de espada, y Angeas vengó la causa de Niblos, hijo de su hermano, y la causa del ejército de su hermano Luco.
23 Y cuando Turno murió, las manos de los que sobrevivieron a la batalla se debilitaron, y huyeron delante de Angeas y de Luco su hermano.
24 Y Angeas y su hermano Luco los persiguieron hasta el camino real que está entre Alphanu y Roma, y mataron a todo el ejército de Turno a filo de espada.
25 Y Luco rey de Cerdeña mandó a sus siervos que hiciesen un ataúd de bronce, y que pusiesen en él el cuerpo de su hijo Niblos, y lo sepultaron en aquel lugar.
26 Y edificaron sobre ella una torre alta allí sobre el camino real, y la llamaron con el nombre de Niblos hasta hoy, y también sepultaron allí en aquel lugar a Turno rey de Bibentu con Niblos.
27 Y he aquí, en el camino real entre Alfanú y Roma, el sepulcro de Niblos está a un lado, y el sepulcro de Turno al otro, y un pavimento entre ellos hasta hoy.
28 Y cuando Niblos fue enterrado, Luco su padre regresó con su ejército a su tierra Cerdeña, y Angeas su hermano, rey de África, fue con su pueblo a la ciudad de Bibentu, es decir, la ciudad de Turno.
29 Y los habitantes de Bibentu oyeron de su fama y le tuvieron gran temor, y salieron a recibirlo con llanto y súplica, y los habitantes de Bibentu rogaron a Angeas que no los matara ni destruyera su ciudad; y él así lo hizo, porque Bibentu era en aquellos días considerada como una de las ciudades de los hijos de Quitim; por tanto, no destruyó la ciudad.
30 Pero desde aquel día en adelante las tropas del rey de África iban a Quitim para saquearla y robarla; y dondequiera que iban, Zefo, capitán del ejército de Angeas, iba con ellos.
31 Y fue después de esto que Angeas se volvió con su ejército y llegaron a la ciudad de Puzimna, y Angeas tomó de allí a Jania, la hija de Uzu, por esposa y la trajo a su ciudad en África.

CAPÍTULO 61

1 Aconteció en aquel tiempo que Faraón rey de Egipto mandó a todo su pueblo que le construyesen una casa fuerte en Egipto.
2 Y también ordenó a los hijos de Jacob que ayudaran a los egipcios en la construcción, y los egipcios hicieron un palacio hermoso y elegante para habitación real, y él habitó allí y renovó su gobierno y reinó con seguridad.
3 Y murió Zabulón hijo de Jacob en aquel año, que es el año setenta y dos de la bajada de los hijos de Israel a Egipto; y murió Zabulón a la edad de ciento catorce años, y fue puesto en un ataúd y entregado en manos de sus hijos.
4 Y en el año setenta y cinco murió su hermano Simeón, de ciento veinte años de edad cuando murió, y también fue puesto en un ataúd y entregado en manos de sus hijos.
5 Y Zefo hijo de Elifaz hijo de Esaú, capitán del ejército de Angeas rey de Dinaba, seguía incitando cada día a Angeas a prepararse para la batalla para pelear contra los hijos de Jacob en Egipto; pero Angeas no estaba dispuesto a hacer esto, porque sus siervos le habían contado todo el poderío de los hijos de Jacob, lo que les habían hecho en su batalla contra los hijos de Esaú.
6 Y en aquellos días Zefo incitaba cada día a Angeas a pelear contra los hijos de Jacob.
7 Y después de algún tiempo Angeas escuchó las palabras de Zefo y consintió en que él peleara con los hijos de Jacob en Egipto, y Angeas puso en orden a todo su pueblo, un pueblo numeroso como la arena que está en la orilla del mar, y formó su resolución de ir a Egipto a la batalla.
8 Entre los siervos de Angeas había un joven de quince años, cuyo nombre era Balaam hijo de Beor, y el joven era muy sabio y entendía el arte de la brujería.
9 Y Angeas dijo a Balaam: Te ruego que nos conjures con la adivinación para que sepamos quién prevalecerá en esta batalla a la cual ahora nos dirigimos.
10 Y Balaam ordenó que le trajeran cera, e hizo con ella la semejanza de carros y jinetes que representaban al ejército de Angeas y al ejército de Egipto, y los puso en las aguas hábilmente preparadas que tenía para ese propósito, y tomó en su mano las ramas de árboles de mirto, y ejercitó su astucia, y las juntó sobre el agua, y se le aparecieron en el agua las imágenes semejantes a las huestes de Angeas cayendo ante las imágenes semejantes a las de los egipcios y de los hijos de Jacob.
11 Y Balaam dijo esto a Angeas, y Angeas se desesperó, y no se armó para descender a Egipto a la batalla, y permaneció en su ciudad.
12 Y cuando Zefo hijo de Elifaz vio que Angeas se desesperaba de salir a la batalla contra los egipcios, Zefo huyó de Angeas desde África, y fue y llegó a Quitim.
13 Y todo el pueblo de Quitim lo recibió con gran honor, y lo contrataron para pelear sus batallas todos los días, y Zefo se hizo sumamente rico en aquellos días, y las tropas del rey de África todavía se extendieron en aquellos días, y los hijos de Quitim se reunieron y fueron al Monte Cuptizia a causa de las tropas de Angeas rey de África, que avanzaban sobre ellos.
14 Un día, Zefo perdió una novilla, y fue a buscarla, y la oyó mugir por los alrededores del monte.
15 Y Zefo fue y vio, y he aquí que había una gran cueva al pie de la montaña, y había allí una gran piedra a la entrada de la cueva; y Zefo partió la piedra y entró en la cueva, y miró, y he aquí que un gran animal estaba devorando al buey; de en medio para arriba se parecía a un hombre, y de en medio para abajo se parecía a un animal; y Zefo se levantó contra el animal y lo mató con sus espadas.
16 Y los habitantes de Quitim oyeron esto, y se alegraron mucho, y dijeron: ¿Qué haremos con este hombre que ha matado a este animal que devoraba nuestro ganado?
17 Y todos se reunieron para consagrarle un día en el año, y le pusieron el nombre de Zefo, según su nombre; y le ofrecían libaciones cada año en aquel día, y le presentaban presentes.
18 En ese momento Jania, la hija de Uzu, esposa del rey Angeas, enfermó, y su enfermedad fue muy sentida por Angeas y sus oficiales, y Angeas dijo a sus sabios: ¿Qué debo hacer con Jania y cómo puedo curarla de su enfermedad? Y sus sabios le respondieron: Debido a que el aire de nuestro país no es como el aire de la tierra de Quitim, y nuestra agua no es como el agua de ellos, por eso la reina se ha enfermado.

19 Porque por el cambio de aire y de agua enfermó, y también porque en su país sólo bebía el agua que venía de Purmah, que sus antepasados habían traído con puentes.
20 Y Angeas ordenó a sus siervos, y ellos le trajeron en vasos de las aguas de Purmah pertenecientes a Chittim, y pesaron aquellas aguas con todas las aguas de la tierra de África, y encontraron que aquellas aguas eran más ligeras que las aguas de África.
21 Y Angeas vio esto, y ordenó a todos sus oficiales que reunieran a los cortadores de piedra en miles y decenas de miles, y ellos cortaron piedra sin número, y los constructores vinieron y construyeron un puente sumamente fuerte, y transportaron el manantial de agua desde la tierra de Quitim hasta África, y esas aguas eran para Jania la reina y para todos sus asuntos, para beber de ellas y hornear, lavar y bañarse con ellas, y también para regar con ellas toda semilla de la cual se puede obtener alimento, y todo fruto de la tierra.
22 Y el rey mandó que trajeran de la tierra de Quitim en grandes naves, y también trajeron piedras para edificar con ellas; y los constructores edificaron palacios para la reina Janías, y la reina fue sanada de su enfermedad.
23 Y al llegar el año las tropas de África continuaron llegando a la tierra de Quitim para saquear como de costumbre, y Zefo hijo de Elifaz oyó su informe, y dio órdenes acerca de ellos y peleó con ellos, y huyeron delante de él, y él liberó la tierra de Quitim de ellos.
24 Y los hijos de Quitim vieron el valor de Zefo, y los hijos de Quitim se resolvieron, y pusieron a Zefo por rey sobre ellos, y él llegó a ser rey sobre ellos, y mientras él reinaba, ellos fueron a someter a los hijos de Tubal, y a todas las islas circundantes.
25 Y su rey Zepho fue a la cabeza de ellos e hicieron guerra contra Tubal y las islas, y las sometieron, y cuando regresaron de la batalla renovaron su gobierno para él, y le construyeron un palacio muy grande para su habitación y sede real, y le hicieron un gran trono, y Zepho reinó sobre toda la tierra de Quitim y sobre la tierra de Italia cincuenta años.

CAPÍTULO 62

1 En aquel año, siendo el año setenta y nueve de la bajada de los hijos de Israel a Egipto, murió Rubén hijo de Jacob, en la tierra de Egipto. Era Rubén de edad de ciento veinticinco años cuando murió; y lo pusieron en un ataúd, y fue entregado en manos de sus hijos.
2 Y en el año ochenta murió su hermano Dan, quien tenía ciento veinte años cuando murió; y también fue puesto en un ataúd y entregado en manos de sus hijos.
3 Y en aquel año murió Cusam rey de Edom, y después de él reinó Hadad hijo de Bedad, treinta y cinco años; y en el año ochenta y uno murió Isacar hijo de Jacob, en Egipto; y era Isacar de edad de ciento veintidós años cuando murió; y fue puesto en un ataúd en Egipto, y entregado en manos de sus hijos.
4 Y en el año ochenta y dos murió Aser su hermano, de ciento veintitrés años cuando murió; y fue puesto en un ataúd en Egipto, y entregado en manos de sus hijos.
5 Y en el año ochenta y tres murió Gad, de edad de ciento veinticinco años cuando murió; y fue puesto en un ataúd en Egipto, y entregado en manos de sus hijos.
6 Y aconteció en el año ochenta y cuatro, es decir, el año cincuenta del reinado de Hadad hijo de Bedad, rey de Edom, que Hadad reunió a todos los hijos de Esaú, y preparó todo su ejército, como cuatrocientos mil hombres, y se dirigió a la tierra de Moab, y fue a pelear contra Moab y a hacerlos tributarios suyos.
7 Y los hijos de Moab oyeron esto, y tuvieron mucho miedo, y enviaron a buscar a los hijos de Madián para que los ayudasen en la pelea contra Hadad hijo de Bedad, rey de Edom.
8 Y vino Hadad a la tierra de Moab, y Moab y los hijos de Madián salieron a recibirlo, y se pusieron en orden de batalla contra él en el campo de Moab.
9 Y peleó Hadad contra Moab, y cayeron de los hijos de Moab y de los hijos de Madián muchos muertos, como doscientos mil hombres.
10 Y la batalla fue muy reñida contra Moab; y cuando los hijos de Moab vieron que la batalla había sido severa contra ellos, debilitaron sus manos y volvieron las espaldas, y dejaron a los hijos de Madián para que continuaran la batalla.
11 Y los hijos de Madián no sabían las intenciones de Moab, sino que se fortalecieron en la batalla, y pelearon contra Hadad y todo su ejército, y todo Madián cayó delante de él.
12 Y Hadad hirió a todo Madián con gran matanza, y los mató a filo de espada, sin dejar sobreviviente alguno de los que vinieron en ayuda de Moab.
13 Y cuando todos los hijos de Madián hubieron perecido en la batalla, y los hijos de Moab hubieron escapado, Hadad hizo a todos los moabitas de aquel tiempo tributarios suyos, y estuvieron bajo su mano, y dieron un impuesto anual como estaba ordenado, y Hadad se volvió y regresó a su tierra.
14 Y a la vuelta del año, cuando el resto del pueblo de Madián que estaba en la tierra oyó que todos sus hermanos habían caído en batalla contra Hadad por causa de Moab, porque los hijos de Moab se habían vuelto atrás en la batalla y habían dejado a Madián para pelear, entonces cinco de los príncipes de Madián resolvieron con el resto de sus hermanos que permanecían en su tierra, pelear contra Moab para vengar la causa de sus hermanos.
15 Y los hijos de Madián enviaron a todos sus hermanos, los hijos del oriente, y todos sus hermanos, todos los hijos de Cetura, vinieron para ayudar a Madián a pelear contra Moab.
16 Y los hijos de Moab oyeron esto, y temieron en gran manera, porque todos los hijos del oriente se habían unido contra ellos para pelear; y los hijos de Moab enviaron un memorial a la tierra de Edom, a Hadad hijo de Bedad, diciendo:
17 Venid ahora a nosotros y ayudadnos, y derrotaremos a Madián; porque todos ellos se han reunido y han venido contra nosotros, con todos sus hermanos los hijos del oriente, para pelear, para vengar la causa de Madián, que cayó en la batalla.
18 Y salió Hadad hijo de Bedad, rey de Edom, con todo su ejército, y fue a la tierra de Moab para pelear contra Madián; y Madián y los hijos del oriente pelearon contra Moab en el campo de Moab; y la batalla fue muy encarnizada entre ellos.

19 Y Hadad hirió a todos los hijos de Madián y a los hijos del oriente a filo de espada; y Hadad entonces libró a Moab de mano de Madián; y los que habían quedado de Madián y de los hijos del oriente huyeron delante de Hadad y de su ejército; y Hadad los persiguió hasta su tierra, y los hirió con muy gran mortandad, y los muertos cayeron en el camino.
20 Y libró Hadad a Moab de mano de Madián, porque todos los hijos de Madián habían caído a filo de espada; y Hadad se volvió y regresó a su tierra.
21 Y desde aquel día en adelante los hijos de Madián odiaron a los hijos de Moab, porque habían caído en batalla por causa de ellos; y hubo entre ellos una enemistad grande y poderosa todos los días.
22 Y todos los que de Madián se hallaron en el camino de la tierra de Moab perecieron a espada de Moab; y todos los que de Madián se hallaron en el camino de la tierra de Moab perecieron a espada de Madián; así hizo Madián a Moab, y Moab a Madián, por muchos días.
23 Y aconteció en aquel tiempo que Judá hijo de Jacob murió en Egipto, en el año ochenta y seis de la bajada de Jacob a Egipto; y Judá tenía ciento veintinueve años cuando murió; y lo embalsamaron, y lo pusieron en un ataúd, y fue entregado en manos de sus hijos.
24 Y en el año ochenta y nueve murió Neftalí, de edad de ciento treinta y dos años; y fue puesto en un ataúd y entregado en manos de sus hijos.
25 Y aconteció en el año noventa y uno de la bajada de los hijos de Israel a Egipto, es decir, en el año treinta del reinado de Zefo hijo de Elifaz, hijo de Esaú, sobre los hijos de Quitim, que los hijos de África vinieron sobre los hijos de Quitim para saquearlos como de costumbre, pero no los habían atacado durante estos trece años.
26 Y ellos vinieron a ellos en aquel año, y Zefo hijo de Elifaz salió a ellos con algunos de sus hombres y los hirió desesperadamente, y las tropas de África huyeron delante de Zefo y los muertos cayeron delante de él, y Zefo y sus hombres los persiguieron, avanzando y hiriéndolos hasta que estuvieron cerca de África.
27 Y Angeas rey de África oyó lo que Zepho había hecho, y se enojó mucho; y Angeas tuvo miedo de Zepho todos los días.

CAPÍTULO 63

1 Y en el año noventa y tres murió Leví, hijo de Jacob, en Egipto; y Leví tenía ciento treinta y siete años cuando murió; y lo pusieron en un ataúd, y fue entregado en manos de sus hijos.
2 Y aconteció después de la muerte de Leví, que cuando todo Egipto vio que los hijos de Jacob, los hermanos de José, habían muerto, todos los egipcios comenzaron a afligir a los hijos de Jacob, y a amargarles la vida desde aquel día hasta el día de su salida de Egipto; y tomaron de sus manos todas las viñas y los campos que José les había dado, y todas las casas elegantes en que vivían los hijos de Israel, y toda la grosura de Egipto; todo lo tomaron los egipcios de los hijos de Jacob en aquellos días.
3 Y la mano de todo Egipto se hizo más grave en aquellos días contra los hijos de Israel, y los egipcios hirieron a los israelitas, hasta que los hijos de Israel se cansaron de vivir a causa de los egipcios.
4 Aconteció en aquellos días, en el año ciento dos de la bajada de Israel a Egipto, que murió Faraón rey de Egipto, y reinó en su lugar Melol su hijo; y murieron en aquellos días todos los valientes de Egipto, y toda aquella generación que conoció a José y a sus hermanos.
5 Y se levantó en su lugar otra generación que no había conocido a los hijos de Jacob, ni todo el bien que les habían hecho, ni todo su poderío en Egipto.
6 Por tanto, todo Egipto comenzó desde aquel día a amargar la vida de los hijos de Jacob y a afligirlos con toda clase de duros trabajos, por cuanto no habían conocido a sus padres que los habían librado en los días del hambre.
7 Y esto también fue de parte de Jehová para los hijos de Israel, para beneficio de ellos en sus postreros días, a fin de que todos los hijos de Israel conocieran a Jehová su Dios.
8 y para saber las señales y los grandes prodigios que Jehová haría en Egipto por causa de su pueblo Israel, a fin de que los hijos de Israel temieran a Jehová el Dios de sus padres, y anduvieran en todos sus caminos, ellos y su descendencia después de ellos todos los días.
9 Melol tenía veinte años cuando comenzó a reinar, y reinó noventa y cuatro años, y todo Egipto le puso el nombre de Faraón, del nombre de su padre, como solían hacerlo con todos los reyes que reinaban sobre ellos en Egipto.
10 En aquel tiempo todas las tropas de Angeas rey de África salieron para esparcirse por la tierra de Quitim, como de costumbre, para saquear.
11 Y oyó Zefo hijo de Elifaz hijo de Esaú su noticia, y salió a recibirlos con su ejército, y peleó contra ellos allí en el camino.
12 Y Zefo hirió a filo de espada las tropas del rey de África, y no dejó sobreviviente alguno de ellos, ni siquiera uno volvió a su señor en África.
13 Y Angeas oyó de esto que Zefo hijo de Elifaz había hecho a todas sus tropas, que las había destruido, y Angeas reunió a todas sus tropas, a todos los hombres de la tierra de África, un pueblo numeroso como la arena a la orilla del mar.
14 Y Angeas envió a decir a Lucus su hermano: Ven a mí con todos tus hombres y ayúdame a derrotar a Zepho y a todos los hijos de Quitim que han destruido a mis hombres. Y Lucus vino con todo su ejército, una fuerza muy grande, para ayudar a Angeas su hermano a pelear contra Zepho y los hijos de Quitim.
15 Y Zefo y los hijos de Quitim oyeron esto, y tuvieron gran temor, y un gran terror cayó sobre sus corazones.
16 Y Zefo también envió una carta a la tierra de Edom, a Hadad hijo de Bedad, rey de Edom, y a todos los hijos de Esaú, diciendo:
17 Yo he oído que Angeas rey de África viene a nosotros con su hermano para pelear contra nosotros, y le tenemos gran temor, porque su ejército es muy grande, sobre todo porque viene contra nosotros con su hermano y su ejército también.
18 Ahora pues, venid también vosotros conmigo y ayudadme, y pelearemos juntos contra Angeas y su hermano Luco, y nos salvaréis de sus manos; pero si no, sabed que todos moriremos.
19 Y los hijos de Esaú enviaron una carta a los hijos de Quitim y a Zefo su rey, diciendo: No podemos pelear contra Angeas y su pueblo, porque un pacto de paz ha habido entre nosotros por estos muchos años, desde los

días de Bela el primer rey, y desde los días de José hijo de Jacob, rey de Egipto, con quien peleamos al otro lado del Jordán, cuando sepultó a su padre.
20 Y cuando Zefo oyó las palabras de sus hermanos, los hijos de Esaú, se abstuvo de ellos; y tuvo gran temor de Angeas.
21 Y Angeas y Luco su hermano pusieron en orden todas sus fuerzas, como ochocientos mil hombres, contra los hijos de Quitim.
22 Y todos los hijos de Quitim dijeron a Zefo: Ruega por nosotros al Dios de tus padres, para que quizá nos libre de la mano de Angeas y de su ejército; porque hemos oído que él es un gran Dios, y que libra a todos los que confían en él.
23 Y oyó Zefo sus palabras, y buscó al Señor, y dijo:
24 Oh Señor Dios de Abraham y de Isaac mis antepasados, hoy conozco que tú eres un Dios verdadero, y que todos los dioses de las naciones son vanos e inútiles.
25 Acuérdate hoy de mí tu pacto con Abraham nuestro padre, el cual nos presentaron nuestros padres, y haz hoy misericordia conmigo por amor a Abraham y a Isaac nuestros padres, y líbrame a mí y a los hijos de Quitim de mano del rey de África, que viene contra nosotros para pelear.
26 Y el Señor escuchó la voz de Zefo, y lo miró con agrado por amor de Abraham y de Isaac; y libró el Señor a Zefo y a los hijos de Quitim de mano de Angeas y de su pueblo.
27 Y Zefo peleó contra Angeas rey de África y contra todo su pueblo aquel día, y el Señor entregó todo el pueblo de Angeas en manos de los hijos de Quitim.
28 Y la batalla fue reñida contra Angeas, y Zefo hirió a filo de espada a todos los hombres de Angeas y a Luco su hermano, y cayeron de ellos hasta la tarde de aquel día como cuatrocientos mil hombres.
29 Y cuando Angeas vio que todos sus hombres perecían, envió una carta a todos los habitantes de África para que vinieran a él y le ayudaran en la batalla, y escribió en la carta, diciendo: Todos los que se encuentren en África, vengan a mí, de diez años en adelante; que todos vengan a mí, y he aquí, si él no viene, morirá, y todo lo que tiene, con toda su casa, lo tomará el rey.
30 Y todos los demás habitantes de África quedaron aterrorizados ante las palabras de Angeas, y salieron de la ciudad unos trescientos mil hombres y muchachos, de diez años arriba, y llegaron a Angeas.
31 Y al cabo de diez días Angeas reanudó la batalla contra Zefo y los hijos de Quitim, y la batalla fue muy grande y reñida entre ellos.
32 Y del ejército de Angeas y de Luco, Zefo envió a su mano muchos de los heridos, como dos mil hombres, y Sosiftar, capitán del ejército de Angeas, cayó en aquella batalla.
33 Y cuando Sosiphtar hubo caído, las tropas africanas volvieron la espalda para huir, y huyeron, y Angeas y Lucus su hermano estaban con ellos.
34 Y Zefo y los hijos de Quitim los persiguieron, y los hirieron todavía duramente en el camino, como doscientos hombres, y persiguieron a Azdrúbal hijo de Angeas que había huido con su padre, y hirieron a veinte de sus hombres en el camino, y Azdrúbal escapó de los hijos de Quitim, y no lo mataron.
35 Y Angeas y Lucus su hermano huyeron con el resto de sus hombres, y escaparon y llegaron a África con terror y consternación, y Angeas temió todos los días que Zepho, hijo de Elifaz, fuera a la guerra con él.

CAPÍTULO 64

1 Y Balaam hijo de Beor estaba en aquel tiempo con Angeas en la batalla, y cuando vio que Zefo prevalecía sobre Angeas, huyó de allí y vino a Quitim.
2 Y Zefo y los hijos de Quitim lo recibieron con gran honor, porque Zefo conocía la sabiduría de Balaam, y Zefo le dio a Balaam muchos regalos y permaneció con él.
3 Y cuando Zefo regresó de la guerra, mandó contar a todos los hijos de Quitim que habían ido con él a la batalla, y he aquí que no faltó ninguno.
4 Y Zefo se regocijó por esto, y renovó su reino, e hizo un banquete para todos sus súbditos.
5 Pero Zefo no se acordó del Señor ni consideró que el Señor lo había ayudado en la batalla, y que lo había librado a él y a su pueblo de la mano del rey de África, sino que todavía anduvo en los caminos de los hijos de Quitim y de los malvados hijos de Esaú, para servir a otros dioses que sus hermanos los hijos de Esaú le habían enseñado; por eso se dice: De los malvados procede la maldad.
6 Y reinó Zefo con seguridad sobre todos los hijos de Quitim, pero no conocía al Señor que lo había librado a él y a todo su pueblo de la mano del rey de África; y las tropas de África no vinieron más a Quitim para saquear como de costumbre, porque conocían el poder de Zefo que los había herido a todos a filo de espada, por lo que Angeas tuvo miedo de Zefo hijo de Elifaz, y de los hijos de Quitim todos los días.
7 En aquel tiempo, cuando Zefo regresó de la guerra, y cuando Zefo vio cómo prevalecía sobre todos los pueblos de África y los había herido en batalla a filo de espada, entonces Zefo aconsejó con los hijos de Quitim, ir a Egipto para pelear contra los hijos de Jacob y contra Faraón rey de Egipto.
8 Porque Zefo oyó que los valientes de Egipto habían muerto, y que José y sus hermanos, los hijos de Jacob, habían muerto, y que todos sus descendientes, los hijos de Israel, habían quedado en Egipto.
9 Y Zefo consideró ir a pelear contra ellos y contra todo Egipto, para vengar la causa de sus hermanos los hijos de Esaú, a quienes José y sus hermanos y todo Egipto habían herido en la tierra de Canaán, cuando subieron a sepultar a Jacob en Hebrón.
10 Y Zefo envió mensajeros a Hadad hijo de Bedad, rey de Edom, y a todos sus hermanos, los hijos de Esaú, diciendo:
11 ¿No dijisteis que no pelearíais contra el rey de África porque él es miembro de vuestro pacto? He aquí que yo peleé con él y lo herí a él y a todo su pueblo.
12 Ahora, pues, he resuelto pelear contra Egipto y contra los hijos de Jacob que están allí, y me vengaré de ellos por lo que José, sus hermanos y sus antepasados nos hicieron en la tierra de Canaán, cuando subieron a sepultar a su padre en Hebrón.
13 Ahora pues, si estáis dispuestos a venir a mí para ayudarme a pelear contra ellos y contra Egipto, entonces vengaremos la causa de nuestros hermanos.
14 Y los hijos de Esaú oyeron las palabras de Zefo, y los hijos de Esaú se juntaron, un pueblo muy grande, y fueron para ayudar a Zefo y a los hijos de Quitim en la batalla.

15 Y Zefo envió a todos los hijos del oriente y a todos los hijos de Ismael palabras como éstas, y ellos se reunieron y vinieron en ayuda de Zefo y de los hijos de Quitim en la guerra contra Egipto.
16 Y todos estos reyes, el rey de Edom, y los hijos del oriente, y todos los hijos de Ismael, y Zefo rey de Quitim, salieron y ordenaron todos sus ejércitos en Hebrón.
17 Y el campamento era muy pesado, y se extendía a lo largo una distancia de tres días de camino; un pueblo tan numeroso como la arena que está a la orilla del mar, que no se puede contar.
18 Y todos estos reyes y sus ejércitos descendieron y vinieron contra todo Egipto en batalla, y acamparon juntos en el valle de Patros.
19 Y todo Egipto oyó su noticia, y también se reunieron todos los habitantes de la tierra de Egipto, y de todas las ciudades pertenecientes a Egipto, como trescientos mil hombres.
20 Y los hombres de Egipto enviaron también a los hijos de Israel que estaban en aquellos días en la tierra de Gosén, para que viniesen a ellos para ir a pelear contra aquellos reyes.
21 Y los hombres de Israel se juntaron, y eran como ciento cincuenta hombres, y entraron en batalla para ayudar a los egipcios.
22 Y salieron los hombres de Israel y de Egipto, como trescientos mil hombres y ciento cincuenta hombres, y fueron hacia aquellos reyes para pelear, y se pusieron fuera de la tierra de Gosén, frente a Patros.
23 Y los egipcios no creyeron a Israel para ir juntos con ellos en sus campamentos a la batalla, porque todos los egipcios decían: Quizá los hijos de Israel nos entregarán en manos de los hijos de Esaú y de Ismael, porque son sus hermanos.
24 Y todos los egipcios dijeron a los hijos de Israel: Quedaos aquí juntos en vuestras posiciones, y nosotros iremos y pelearemos contra los hijos de Esaú y de Ismael; y si estos reyes prevalecen sobre nosotros, venid vosotros todos contra ellos y ayudadnos. Y así lo hicieron los hijos de Israel.
25 Y Zefo hijo de Elifaz hijo de Esaú, rey de Quitim, y Hadad hijo de Bedad rey de Edom, y todos sus campamentos, y todos los hijos del oriente y los hijos de Ismael, un pueblo numeroso como la arena, acamparon juntos en el valle de Patros, frente a Tafnes.
26 Y Balaam hijo de Beor el sirio estaba allí en el campamento de Zefo, porque él vino con los hijos de Quitim a la batalla; y Balaam era hombre muy respetado a los ojos de Zefo y de sus hombres.
27 Y Zefo dijo a Balaam: Pruébanos por adivinación, para que sepamos quién prevalecerá en la batalla, si nosotros o los egipcios.
28 Y se levantó Balaam, y probó el arte de la adivinación, y era diestro en el conocimiento de ella; pero quedó aturdido, y la obra se desbarató en su mano.
29 Y lo intentó de nuevo, pero no tuvo éxito; y Balaam se desesperó y lo dejó y no lo terminó, porque esto era de parte de Jehová, para hacer que Zefo y su pueblo cayeran en manos de los hijos de Israel, los cuales habían confiado en Jehová, el Dios de sus padres, en su guerra.
30 Y Zefo y Hadad pusieron sus fuerzas en orden de batalla, y todos los egipcios marcharon solos contra ellos, como trescientos mil hombres, y ningún hombre de Israel estaba con ellos.
31 Y todos los egipcios pelearon contra estos reyes frente a Patros y Tacapnes, y la batalla fue encarnizada contra los egipcios.
32 Y los reyes fueron más fuertes que los egipcios en aquella batalla, y como ciento ochenta hombres de Egipto cayeron en aquel día, y como treinta hombres de las fuerzas de los reyes, y todos los hombres de Egipto huyeron delante de los reyes; y los hijos de Esaú y de Ismael persiguieron a los egipcios, y continuaron hiriéndolos hasta el lugar donde estaba el campamento de los hijos de Israel.
33 Y todos los egipcios clamaron a los hijos de Israel, diciendo: Venid a nosotros apresurados y ayudadnos, y líbranos de la mano de Esaú, de Ismael y de los hijos de Quitim.
34 Y los ciento cincuenta hombres de los hijos de Israel corrieron de sus puestos a los campamentos de estos reyes, y los hijos de Israel clamaron a Jehová su Dios para que los librara.
35 Y Jehová escuchó a Israel, y Jehová entregó en sus manos a todos los hombres de los reyes; y los hijos de Israel pelearon contra aquellos reyes, y los hijos de Israel hirieron a unos cuatro mil hombres de los reyes.
36 Y Jehová puso gran consternación en el campamento de los reyes, y el temor de los hijos de Israel cayó sobre ellos.
37 Y todos los ejércitos de los reyes huyeron delante de los hijos de Israel, y los hijos de Israel los persiguieron y los hirieron hasta los límites de la tierra de Cus.
38 Y los hijos de Israel mataron de ellos en el camino dos mil hombres más, y de los hijos de Israel no murió ni uno.
39 Y cuando los egipcios vieron que los hijos de Israel habían peleado con tan pocos hombres contra los reyes, y que la batalla había sido tan reñida contra ellos,
40 Todos los egipcios temieron en gran manera por sus vidas a causa de la fuerte batalla, y todo Egipto huyó, escondiéndose cada uno de los hombres de las tropas dispuestas, y se escondieron en el camino, y dejaron a los israelitas pelear.
41 Y los hijos de Israel infligieron un golpe terrible a los hombres del rey, y éstos se volvieron después de haberlos expulsado hasta el límite de la tierra de Cus.
42 Y todo Israel supo lo que los hombres de Egipto les habían hecho, pues habían huido delante de ellos en batalla, y los habían dejado pelear solos.
43 Así también los hijos de Israel obraron con astucia, y cuando los hijos de Israel regresaban de la batalla, encontraron a algunos egipcios en el camino y los hirieron allí.
44 Y mientras los mataban, les dijeron estas palabras:
45 ¿Por qué os marchasteis de nosotros, y nos dejasteis, siendo un pueblo pequeño, para pelear contra estos reyes que tenían un pueblo tan grande para derrotarnos, a fin de librar así vuestras vidas?
46 Y de alguno que los hijos de Israel encontraron en el camino, los hijos de Israel hablaron unos a otros, diciendo: Hiere, hiere, porque es ismaelita o edomita, o de los hijos de Quitim. Y se acercaron a él y lo mataron; y supieron que era egipcio.

47 Y los hijos de Israel hicieron estas cosas astutamente contra los egipcios, porque ellos los habían abandonado en la batalla y habían huido de ellos.
48 Y los hijos de Israel mataron de los egipcios en el camino de esta manera, como doscientos hombres.
49 Y vieron todos los hombres de Egipto el mal que los hijos de Israel les habían hecho, y todo Egipto temió en gran manera a los hijos de Israel, porque vieron su gran poder, y que ninguno de ellos había caído.
50 Así todos los hijos de Israel volvieron con alegría por su camino a Gosén, y el resto de Egipto volvió cada uno a su lugar.

CAPÍTULO 65

1 Aconteció después de estas cosas, que todos los consejeros de Faraón rey de Egipto, y todos los ancianos de Egipto, se reunieron y vinieron delante del rey, y se inclinaron a tierra, y se sentaron delante de él.
2 Y los consejeros y los ancianos de Egipto hablaron al rey, diciendo:
3 He aquí que el pueblo de los hijos de Israel es mayor y más poderoso que nosotros, y tú sabes todo el mal que nos hicieron en el camino, cuando volvíamos de la batalla.
4 Y también has visto su gran poder, porque este poder les es de sus padres, pues sólo unos pocos hombres se levantaron contra un pueblo numeroso como la arena, y los hirieron a filo de espada, y de ellos ninguno cayó, de modo que si hubieran sido numerosos, los habrían destruido por completo.
5 Ahora pues, danos consejo sobre qué hacer con ellos, hasta que los destruyamos poco a poco de entre nosotros, para que no se vuelvan demasiado numerosos para nosotros en la tierra.
6 Porque si los hijos de Israel se multiplican en la tierra, serán para nosotros un obstáculo; y si acontece guerra, ellos con su gran fuerza se unirán a nuestros enemigos contra nosotros, y pelearán contra nosotros, y nos destruirán de la tierra y se irán de ella.
7 Entonces el rey respondió a los ancianos de Egipto, y les dijo: Este es el plan que se ha acordado contra Israel, del cual no nos apartaremos,
8 He aquí que en la tierra están Pitón y Ramesés, ciudades no fortificadas para la batalla; a ti y a nosotros nos corresponde reedificarlas y fortificarlas.
9 Ahora pues, id también vosotros, y obrad astutamente contra ellos, y proclamad en Egipto y en Gosén, al mandato del rey, diciendo:
10 ¡Vosotros todos los egipcios, Gosén, Patros y todos sus moradores! El rey nos ha ordenado que reedifiquemos a Pitón y a Ramsés, y que las fortifiquemos para la batalla. ¿Quién de vosotros, de todo Egipto, de los hijos de Israel y de todos los moradores de las ciudades, esté dispuesto a edificar con nosotros? Cada uno recibirá su salario diario, por orden del rey. Id, pues, vosotros los primeros, y obrad con astucia, y reunios y venid a Pitón y a Ramsés para edificar.
11 Y mientras edifiques, haz que se haga una proclamación de este tipo en todo Egipto cada día, por orden del rey.
12 Y cuando algunos de los hijos de Israel vinieren contigo para edificar, les darás su jornal cada día por algunos días.
13 Y después que hayan edificado contigo por su jornal, apártate de ellos cada día uno por uno en secreto, y entonces te levantarás y serás su capataz y sus oficiales, y los dejarás después para que edifiquen sin salario, y si se niegan, entonces oblígalos con todas tus fuerzas a edificar.
14 Y si hacéis esto, nos irá bien para fortalecer nuestra tierra contra los hijos de Israel, pues a causa de la fatiga de la construcción y de la obra, los hijos de Israel disminuirán, porque los privaréis de sus mujeres día tras día.
15 Y todos los ancianos de Egipto oyeron el consejo del rey, y el consejo pareció bien a ellos, y a los siervos de Faraón, y a los ojos de todo Egipto; e hicieron conforme a la palabra del rey.
16 Y todos los siervos se fueron de delante del rey, e hicieron pregonar por todo Egipto, en Tafnes y en Gosén, y en todas las ciudades que estaban alrededor de Egipto, diciendo:
17 Vosotros habéis visto lo que nos hicieron los hijos de Esaú y de Ismael, los cuales vinieron a hacer guerra contra nosotros y querían destruirnos.
18 Ahora pues, el rey nos mandó que fortificáramos la tierra, y que reedificáramos las ciudades de Pitón y Ramsés, y las fortificáramos para la batalla, si volvían contra nosotros.
19 Cualquiera de vosotros, de todo Egipto y de los hijos de Israel, que venga a edificar con nosotros, recibirá el salario de un día, dado por el rey, conforme a lo que él nos ha ordenado.
20 Y cuando Egipto y todos los hijos de Israel oyeron todas las cosas que los siervos de Faraón habían dicho, vinieron de los egipcios y de los hijos de Israel para edificar con los siervos de Faraón, Pitón y Ramsés; pero no vino de los hijos de Leví con sus hermanos para edificar.
21 Y todos los siervos de Faraón y de sus príncipes vinieron al principio con engaño, para edificar con todo Israel como jornaleros, y dieron a Israel su jornal al principio.
22 Y los siervos de Faraón edificaron con todo Israel, y estuvieron empleados en aquella obra con Israel durante un mes.
23 Y a finales del mes, todos los siervos de Faraón comenzaron a retirarse secretamente del pueblo de Israel cada día.
24 E Israel continuó con la obra en ese tiempo, pero entonces recibieron su jornal diario, porque algunos de los hombres de Egipto todavía estaban realizando la obra con Israel en ese tiempo; por tanto, los egipcios dieron a Israel su jornal en aquellos días, para que ellos, los egipcios sus colaboradores, también pudieran tomar el pago de su trabajo.
25 Y al cabo de un año y cuatro meses, todos los egipcios se habían retirado de los hijos de Israel, y los hijos de Israel quedaron solos en la obra.
26 Y después que todos los egipcios se habían retirado de los hijos de Israel, volvieron y fueron opresores y gobernadores sobre ellos, y algunos de ellos estuvieron sobre los hijos de Israel como cuadrilleros, para recibir de ellos todo lo que les daban por el pago de su trabajo.
27 Y así hacían los egipcios con los hijos de Israel cada día, para afligirlos en sus trabajos.

28 Y todos los hijos de Israel estaban solos trabajando, y los egipcios se abstuvieron de dar pago alguno a los hijos de Israel desde entonces en adelante.
29 Y cuando algunos de los hombres de Israel rehusaron trabajar por causa de que no se les daba el jornal, entonces los recaudadores de impuestos y los siervos de Faraón los oprimieron y los hirieron con fuertes golpes, y los obligaron a volver por fuerza para trabajar con sus hermanos; así hacían todos los egipcios con los hijos de Israel todos los días.
30 Y todos los hijos de Israel tuvieron gran temor de los egipcios por este asunto, y todos los hijos de Israel regresaron y trabajaron solos, sin paga.
31 Y los hijos de Israel edificaron Pitón y Ramesés, y todos los hijos de Israel hicieron la obra, unos haciendo ladrillos, y otros edificando, y los hijos de Israel edificaron y fortificaron toda la tierra de Egipto y sus muros, y los hijos de Israel estuvieron ocupados en la obra por muchos años, hasta que llegó el tiempo cuando Jehová se acordó de ellos, y los sacó de Egipto.
32 Pero los hijos de Leví no fueron empleados en la obra con sus hermanos de Israel, desde el principio hasta el día de su salida de Egipto.
33 Porque todos los hijos de Leví sabían que los egipcios habían hablado todas estas palabras con engaño a los israelitas; por tanto, los hijos de Leví se abstuvieron de acercarse a la obra con sus hermanos.
34 Y los egipcios no volvieron a prestar atención a hacer trabajar a los hijos de Leví después, ya que ellos no habían estado con sus hermanos al principio; por tanto, los egipcios los dejaron solos.
35 Y las manos de los hombres de Egipto se dirigieron con continua severidad contra los hijos de Israel en aquella obra, y los egipcios hicieron trabajar a los hijos de Israel con rigor.
36 Y los egipcios amargaron la vida de los hijos de Israel con dura servidumbre, en hacer barro y ladrillos, y también en toda labor del campo.
37 Y los hijos de Israel llamaron a Melol rey de Egipto, Meror, rey de Egipto; porque en sus días los egipcios habían amargado su vida con toda clase de trabajos.
38 Y toda la obra que los egipcios hacían trabajar a los hijos de Israel, la exigían con rigor, para afligir a los hijos de Israel; pero cuanto más los afligían, tanto más crecían y se multiplicaban; y los egipcios estaban disgustados a causa de los hijos de Israel.

CAPÍTULO 66

1 En aquel tiempo murió Hadad hijo de Bedad, rey de Edom, y reinó en su lugar Samla de Mesreca, de la tierra de los hijos del oriente.
2 En el año trece del reinado de Faraón rey de Egipto, que era el año ciento veinticinco de la bajada de los hijos de Israel a Egipto, Samla reinó dieciocho años sobre Edom.
3 Y cuando él reinó, sacó sus ejércitos para ir y pelear contra Zefo hijo de Elifaz y los hijos de Quitim, porque habían hecho guerra contra Angeas rey de África, y destruyeron todo su ejército.
4 Pero él no se enfrentó a él, porque los hijos de Esaú se lo prohibieron, diciendo: Era su hermano. Entonces Samla escuchó la voz de los hijos de Esaú, y regresó con todas sus fuerzas a la tierra de Edom, y no procedió a pelear contra Zefo hijo de Elifaz.
5 Y Faraón rey de Egipto oyó esto, diciendo: Samla rey de Edom ha resuelto pelear contra los hijos de Quitim, y después vendrá a pelear contra Egipto.
6 Y cuando los egipcios oyeron este asunto, aumentaron el trabajo sobre los hijos de Israel, para que los israelitas no les hicieran como les hicieron en su guerra contra los hijos de Esaú en los días de Hadad.
7 Y los egipcios dijeron a los hijos de Israel: Apresuraos, haced vuestra obra, y acabad vuestra tarea, y fortaleced la tierra, para que los hijos de Esaú vuestros hermanos no vengan a pelear contra nosotros; porque por causa de vosotros vendrán contra nosotros.
8 Y los hijos de Israel hacían cada día la obra de los hombres de Egipto, y los egipcios afligían a los hijos de Israel para disminuirlos en la tierra.
9 Pero a medida que los egipcios aumentaron el trabajo sobre los hijos de Israel, así los hijos de Israel crecieron y se multiplicaron, y todo Egipto se llenó de los hijos de Israel.
10 Y en el año ciento veinticinco de la bajada de Israel a Egipto, todos los egipcios vieron que su consejo no había tenido éxito contra Israel, sino que se multiplicaron y crecieron, y la tierra de Egipto y la tierra de Gosén se llenaron de los hijos de Israel.
11 Entonces todos los ancianos de Egipto y sus sabios vinieron delante del rey, y se inclinaron ante él y se sentaron delante de él.
12 Y todos los ancianos de Egipto y sus sabios dijeron al rey: Viva el rey para siempre; tú nos aconsejaste el consejo contra los hijos de Israel, y nosotros hicimos con ellos conforme a la palabra del rey.
13 Pero a medida que aumenta el trabajo, así aumentan y crecen en la tierra, y he aquí que todo el país está lleno de ellos.
14 Ahora pues, señor nuestro rey, los ojos de todo Egipto están sobre ti, para que les des consejo con tu sabiduría, con el cual puedan prevalecer sobre Israel, para destruirlos o para disminuirlos de la tierra; y el rey les respondió, diciendo: Dados consejo en este asunto, para que sepamos qué hemos de hacerles.
15 Y un oficial, uno de los consejeros del rey, llamado Job, de Mesopotamia, en la tierra de Uz, respondió al rey, diciendo:
16 Si place al rey, oiga el consejo de su siervo. Y el rey le dijo: Habla.
17 Y habló Job delante del rey, de los príncipes y de todos los ancianos de Egipto, diciendo:
18 He aquí, el consejo del rey que dio anteriormente acerca del trabajo de los hijos de Israel, es muy bueno; no debes apartar de ellos ese trabajo para siempre.
19 Pero éste es el consejo que os aconsejamos para que podáis disminuirlos, si al rey le parece bien afligirlos.
20 He aquí, desde hace mucho tiempo hemos temido la guerra, y dijimos: Cuando Israel haya fructificado en la tierra, nos echarán de la tierra, si hubiere guerra.
21 Si place al rey, salga un edicto real, y se escriba en la ley de Egipto, que no sea revocado, que todo varón que nazca de los hijos de Israel, su sangre sea derramada sobre la tierra.

22 Y si vosotros hacéis esto, cuando todos los hijos varones de Israel hayan muerto, cesará el mal de sus guerras; que el rey haga así, y envíe por todas las parteras de los hebreos, y les ordene que lo ejecuten en este asunto; y esto agradó al rey y a los príncipes, y el rey hizo conforme a la palabra de Job.
23 Y el rey mandó llamar a las parteras hebreas, la una se llamaba Sefra, y la otra Fúa.
24 Y las parteras vinieron delante del rey, y estuvieron en su presencia.
25 Y el rey les dijo: Cuando hagáis de parteras a las hebreas, y las veáis sobre las camillas, si es hijo, lo mataréis; pero si es hija, vivirá.
26 Pero si no hacéis esto, os quemaré a vosotros y a todas vuestras casas.
27 Pero las parteras temían a Dios, y no escuchaban al rey de Egipto ni sus palabras; y cuando las hebreas daban a luz un hijo o una hija a la partera, entonces la partera hacía todo lo que era necesario con el niño y lo dejaba vivir; así hacían las parteras todos los días.
28 Y fue informado el rey, y él envió a llamar a las parteras, y les dijo: ¿Por qué habéis hecho esto, que habéis preservado la vida a los niños?
29 Y las parteras respondieron y hablaron todas delante del rey, diciendo:
30 No piense el rey que las hebreas son como las egipcias, porque todos los hijos de Israel son sanos, y antes que la partera venga a ellos, dan a luz; y en cuanto a nosotras tus siervas, hace muchos días que ninguna hebrea ha dado a luz sobre nosotros, pues todas las hebreas son sus propias parteras, porque son sanas.
31 Y oyó Faraón sus palabras, y les creyó en este asunto; y las parteras se fueron de delante del rey, y Dios les hizo bien, y el pueblo se multiplicó y creció en gran manera.

CAPÍTULO 67

1Hubo en la tierra de Egipto un hombre de la descendencia de Leví, cuyo nombre era Amram, hijo de Kehat, hijo de Leví, hijo de Israel.
2 Y este hombre fue y tomó mujer: Jocabed, hija de Leví, hermana de su padre, la cual tenía ciento veintiséis años; y se llegó a ella.
3 Y la mujer concibió, y dio a luz una hija, y llamó su nombre María, porque en aquellos días los egipcios habían amargado el alma de los hijos de Israel.
4 Y concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Aarón, porque desde los días de su concepción comenzó Faraón a derramar la sangre de los hijos varones de Israel.
5 En aquellos días murió Zefo hijo de Elifaz, hijo de Esaú, rey de Quitim, y reinó en su lugar Janeas.
6 Y el tiempo que reinó Zefo sobre los hijos de Quitim fue cincuenta años; y murió y fue sepultado en la ciudad de Nabna, en la tierra de Quitim.
7 Después de él reinó Janeas, uno de los valientes de los hijos de Quitim, y reinó cincuenta años.
8 Aconteció después de la muerte del rey de Quitim, que Balaam hijo de Beor huyó de la tierra de Quitim, y fue y vino a Egipto, a Faraón rey de Egipto.
9 Y Faraón le recibió con gran honor, porque había oído de su sabiduría; y le dio presentes, y le hizo consejero, y le engrandeció.
10 Y Balaam habitó en Egipto, honrado con todos los nobles del rey; y los nobles le ensalzaban, porque todos codiciaban aprender su sabiduría.
11 Y en el año ciento treinta de la bajada de Israel a Egipto, Faraón soñó que estaba sentado en su trono real, y alzó sus ojos y vio a un anciano de pie delante de él, y en las manos del anciano había una balanza, como las que usan los mercaderes.
12 Y el anciano tomó la balanza y la colgó delante de Faraón.
13 Y el anciano tomó a todos los ancianos de Egipto, a todos sus nobles y grandes, y los ató todos juntos, y los puso en una balanza.
14 Y tomó un cabrito lechero y lo puso en el otro platillo; y el cabrito pesaba más que todo.
15 Y Faraón se asombró de esta terrible visión, de que el cabrito predominara sobre todo; y despertó Faraón, y he aquí que era un sueño.
16 Y Faraón se levantó muy de mañana, y llamó a todos sus siervos, y les contó el sueño; y los hombres tuvieron gran temor.
17 Y el rey dijo a todos sus sabios: Os ruego que interpretéis el sueño que he soñado, para que yo lo sepa.
18 Y Balaam hijo de Beor respondió al rey, y le dijo: Esto no significa otra cosa que un gran mal que se levantará sobre Egipto en los postreros días.
19 Porque a Israel le nacerá un hijo que destruirá a todo Egipto y a sus moradores, y sacará de Egipto a los hijos de Israel con mano poderosa.
20 Ahora pues, oh rey, toma consejo sobre este asunto, para que destruyas la esperanza de los hijos de Israel y su esperanza, antes que levante este mal sobre Egipto.
21 Y el rey dijo a Balaam: ¿Qué haremos con Israel? Ciertamente de cierta manera aconsejamos contra ellos al principio, pero no pudimos vencerlos.
22 Ahora pues, os daremos también a vosotros consejos contra ellos, para que podamos prevalecer sobre ellos.
23 Y Balaam respondió al rey, diciendo: Envía ahora y llama a tus dos consejeros, para que veamos cuál es su consejo sobre este asunto, y después hablará tu siervo.
24 Y el rey envió a llamar a sus dos consejeros, Reuel madianita y Job uzita, los cuales vinieron y se sentaron delante del rey.
25 Y el rey les dijo: He aquí, vosotros habéis oído el sueño que he soñado, y su interpretación; ahora, pues, dad consejo, e instruíos y ved lo que se ha de hacer con los hijos de Israel, para que podamos prevalecer sobre ellos, antes que su maldad surja contra nosotros.
26 Y Reuel madianita respondió al rey, y dijo: Viva el rey, viva el rey para siempre.
27 Si al rey le parece bien, desista de los hebreos y déjelos, y no extienda su mano contra ellos.
28 Porque éstos son los que el Señor escogió en los días antiguos, y tomó como suerte para su herencia de entre todas las naciones de la tierra y los reyes de la tierra; ¿y quién hay que haya extendido contra ellos su mano impunemente, sin que su Dios haya sido vengado?
29 Ciertamente tú sabes que cuando Abraham descendió a Egipto, Faraón, el primer rey de Egipto, vio a Sara su

mujer, y tomóla por mujer, porque Abraham dijo: Es mi hermana; porque tuvo miedo que los egipcios lo mataran por causa de su mujer.
30 Y cuando el rey de Egipto tomó a Sara, Dios le hirió a él y a su casa con grandes plagas, hasta que devolvió a Abraham a Sara su mujer; entonces él quedó sano.
31 Y a Abimelec gerarita, rey de los filisteos, Dios castigó a causa de Sara mujer de Abraham, cerrando toda matriz, desde el hombre hasta la bestia.
32 Cuando su Dios vino a Abimelec en sueños de noche, y lo aterrorizó, para que devolviera a Abraham a Sara, la cual había tomado (después de esto, todos los habitantes de Gerar fueron castigados por causa de Sara); y Abraham oró por ellos a su Dios, y éste le respondió, y los sanó.
33 Y temió Abimelec todo este mal que vino sobre él y sobre su pueblo, y volvió a Abraham su mujer Sara, y le dio junto con ella muchos regalos.
34 Así hizo también con Isaac, cuando lo echó de Gerar; y Dios hizo con él maravillas, que todos los cauces de las aguas de Gerar se secaron, y sus árboles fructíferos no produjeron fruto.
35 Hasta que vinieron a él Abimelec de Gerar, y Ahuzat uno de sus amigos, y Picol general de su ejército, y se inclinaron ante él hasta el suelo.
36 Y le pidieron que orase por ellos, y él oró al Señor por ellos, y el Señor le fue concedido, y los sanó.
37 También Jacob, el hombre sencillo, fue librado por su integridad de la mano de su hermano Esaú, y de la mano de Labán el sirio, hermano de su madre, que procuraban matarlo; asimismo de la mano de todos los reyes de Canaán que se habían unido contra él y sus hijos para destruirlos; y el Señor los libró de sus manos, de las cuales se volvieron contra ellos y los hirieron; porque ¿quién había extendido jamás su mano contra ellos con impunidad?
38 Ciertamente Faraón el primero, padre de tu padre, enalteció a José hijo de Jacob sobre todos los príncipes de la tierra de Egipto, cuando vio su sabiduría; y con su sabiduría libró del hambre a todos los moradores de la tierra.
39 Después de lo cual ordenó a Jacob y a sus hijos que descendieran a Egipto, para que por su virtud, la tierra de Egipto y la tierra de Gosén fueran libradas del hambre.
40 Ahora pues, si te parece bien, deja de destruir a los hijos de Israel; pero si no quieres que habiten en Egipto, échalos de aquí, para que vayan a la tierra de Canaán, a la tierra donde habitaron sus padres.
41 Y cuando Faraón oyó las palabras de Jetro, se enojó mucho contra él, y se levantó avergonzado de la presencia del rey, y fue a Madián, su tierra, y tomó consigo el palo de José.
42 Y el rey dijo a Job uzita: ¿Qué dices tú, Job, y qué aconsejas acerca de los hebreos?
43 Entonces Job respondió al rey: He aquí todos los habitantes de la tierra están en tu mano; haga el rey como bien le pareciere.
44 Y el rey dijo a Balaam: ¿Qué dices, Balaam? Di tu palabra, y la oiremos.
45 Y Balaam dijo al rey: De todo lo que el rey ha aconsejado contra los hebreos, ellos serán librados, y el rey no podrá prevalecer sobre ellos con ningún consejo.
46 Porque si piensas destruirlos con llama de fuego, no podrás vencerlos; porque ciertamente su Dios libró a Abraham su padre, de Ur de los caldeos; y si piensas destruirlos con espada, ciertamente Isaac su padre fue librado de ella, y un carnero fue puesto en su lugar.
47 Y si con duro y riguroso trabajo piensas disminuirlos, ni aun en esto prosperarás, porque su padre Jacob sirvió a Labán en toda clase de trabajos duros, y prosperó.
48 Ahora pues, oh rey, escucha mis palabras, porque éste es el consejo que se aconseja contra ellos, por el cual prevalecerás sobre ellos, y del cual no te apartarás.
49 Si le place al rey, ordene que todos los hijos que nazcan de hoy en adelante sean arrojados al agua, pues con esto puedes borrar su nombre, pues ninguno de ellos ni de sus padres fueron probados de esta manera.
50 Y el rey oyó las palabras de Balaam, y el asunto agradó al rey y a los príncipes, y el rey hizo conforme al dicho de Balaam.
51 Y el rey mandó decretar un pregón y poner una ley en toda la tierra de Egipto, diciendo: Todo varón que nazca a los hebreos de aquí en adelante será echado al agua.
52 Entonces Faraón llamó a todos sus siervos, diciendo: Id ahora y buscad en la tierra de Gosén dónde están los hijos de Israel; y echad al río a todo hijo que nazca a los hebreos, pero dejad con vida a toda hija.
53 Y cuando los hijos de Israel oyeron esta cosa que Faraón había ordenado de arrojar a sus hijos varones al río, algunos del pueblo se separaron de sus mujeres, y otros se unieron a ellas.
54 Y desde aquel día en adelante, cuando llegaba el tiempo del parto para aquellas mujeres de Israel que habían permanecido con sus maridos, ellas iban al campo para dar a luz allí, y daban a luz en el campo, y dejaban a sus hijos en el campo y regresaban a sus casas.
55 Y el Señor que había jurado a sus padres que los multiplicaría, envió a uno de sus ángeles ministradores que están en el cielo para lavar a cada niño con agua, ungirlo y envolverlo, y poner en sus manos dos piedras lisas, de las cuales chupaba leche y de la otra miel, e hizo que le creciera el pelo hasta las rodillas, con el cual se cubriera, para consolarlo y adherirse a él, por su compasión hacia él.
56 Y cuando Dios tuvo compasión de ellos y quiso multiplicarlos sobre la faz de la tierra, ordenó a su tierra que los recibiera para que fueran preservados en ella hasta el tiempo de su crecimiento, después de lo cual la tierra abrió su boca y los vomitó y brotaron de la ciudad como la hierba de la tierra y la hierba del bosque, y regresaron cada uno a su familia y a la casa de su padre, y permanecieron con ellos.
57 Y los niños de los hijos de Israel fueron sobre la tierra como la hierba del campo, por la gracia que Dios les dio.
58 Y cuando todos los egipcios vieron esto, salieron cada uno a su campo con su yunta de bueyes y su reja de arado, y lo araron como se ara la tierra en tiempo de sembrar.
59 Y cuando araban, no podían hacer daño a los niños de los hijos de Israel; y el pueblo aumentó y creció en gran manera.
60 Y ordenó Faraón a sus oficiales que fueran cada día a Gosén a buscar a los niños de los hijos de Israel.
61 Y cuando la buscaron, la hallaron, y la tomaron del seno de su madre, y la echaron al río; pero a la niña la dejaron con su madre; así hacían los egipcios con los israelitas todos los días.

CAPÍTULO 68

1 Aconteció en aquel tiempo que el Espíritu de Dios estuvo sobre María, hija de Amram, hermana de Aarón; y ella salió y profetizó alrededor de la casa, diciendo: He aquí, esta vez nos nacerá un hijo de mi padre y de mi madre, el cual salvará a Israel de mano de Egipto.
2 Y cuando Amram oyó las palabras de su hija, fue y trajo a su mujer de vuelta a casa, después que la había echado fuera en el tiempo en que Faraón ordenó que todo hijo varón de la casa de Jacob fuera arrojado al agua.
3 Así Amram tomó a Jocabed su mujer, tres años después que la había despedido, y se unió a ella, la cual concibió.
4 Y al cabo de siete meses desde su concepción, dio a luz un hijo, y toda la casa se llenó de gran luz, como la luz del sol y de la luna en el momento de su resplandor.
5 Y cuando la mujer vio que el niño era bueno y agradable a la vista, lo escondió durante tres meses en un aposento interior.
6 En aquellos días los egipcios conspiraron para destruir a todos los hebreos que estaban allí.
7 Y las mujeres egipcias vinieron a Gosén, donde estaban los hijos de Israel, y trajeron sobre sus hombros a sus niños, a sus infantes que aún no sabían hablar.
8 Y en aquellos días, cuando las mujeres de los hijos de Israel daban a luz, cada una escondía su hijo de delante de los egipcios, para que los egipcios no supiesen de sus partos, y no los destruyesen de la tierra.
9 Y las mujeres egipcias vinieron a Gosén con sus niños mudos sobre sus hombros; y cuando una mujer egipcia entró en la casa de una mujer hebrea, su niño comenzó a llorar.
10 Y cuando el niño clamó, le respondió; entonces fueron las mujeres egipcias y lo hicieron saber en casa de Faraón.
11 Y Faraón envió sus oficiales para tomar a los niños y matarlos; así hacían los egipcios con las mujeres hebreas todo el tiempo.
12 Y aconteció en aquel tiempo, como a los tres meses de haber Jocabed ocultado a su hijo, que el asunto fue conocido en la casa de Faraón.
13 Y la mujer se apresuró a tomar a su hijo antes que viniesen los guardias; y tomó para él un arca de juncos, y la calafateó con asfalto y pez, y puso en ella al niño, y lo puso en un tejado a la orilla del río.
14 Y su hermana María estaba a lo lejos, para ver qué le sucedería, y qué sería de sus palabras.
15 Y envió Dios en aquel tiempo un calor terrible en la tierra de Egipto, el cual quemó las carnes de los hombres, como el sol en su órbita, y afligió enormemente a los egipcios.
16 Y todos los egipcios descendieron a bañarse en el río, a causa del calor consumidor que quemaba sus carnes.
17 También Batía, hija de Faraón, fue a bañarse en el río, a causa del calor abrasador; y sus doncellas se pasearon por la orilla del río, y también todas las mujeres de Egipto.
18 Y alzó Bathia sus ojos hacia el río, y vio el arca sobre las aguas; y envió a su criada a buscarla.
19 Y ella la abrió, y vio al niño; y he aquí que el niño lloraba; y tuvo compasión de él, y dijo: De los niños hebreos es éste.
20 Y todas las mujeres de Egipto que se paseaban por la orilla del río deseaban darle de mamar, pero él no quería mamar; porque esto venía del Señor, para hacerlo volver a los pechos de su madre.
21 Y María su hermana estaba en aquel tiempo entre las mujeres egipcias a la orilla del río, y vio esto y dijo a la hija de Faraón: ¿Iré a buscar una nodriza de las hebreas, para que te críe este niño?
22 Y la hija de Faraón le respondió: Ve. Y fue la joven y llamó a la madre del niño.
23 Y la hija de Faraón dijo a Jocabed: Lleva este niño, y críamelo, y yo te pagaré tu salario, dos siclos de plata al día. Y la mujer tomó al niño y lo crió.
24 Y al cabo de dos años, cuando el niño creció, ella lo trajo a la hija de Faraón, y fue para ella como un hijo, y llamó su nombre Moisés, porque dijo: Porque lo saqué de las aguas.
25 Y Amram su padre le puso por nombre Chabar, porque dijo: Por él se unió a su mujer, a la cual había repudiado.
26 Y su madre Jocabed le puso por nombre Jecutiel, porque dijo: Le esperé en el Todopoderoso, y Dios me lo ha restaurado.
27 Y María su hermana le puso por nombre Jered, porque descendió tras él al río para saber cómo sería su fin.
28 Y su hermano Aarón le puso por nombre Abi-zanuc, diciendo: Mi padre dejó a mi madre, y volvió a ella por su causa.
29 Y Kehat padre de Amram llamó su nombre Abigdor, porque por él Dios cerró la brecha en la casa de Jacob, para que no pudieran volver a echar a sus hijos varones en las aguas.
30 Y su nodriza le llamó Abi Soco, diciendo: Estuvo escondido en su tabernáculo tres meses, a causa de los hijos de Cam.
31 Y todo Israel llamó su nombre Semaías hijo de Natanael, porque dijeron: En sus días oyó Dios el clamor de ellos, Y los libró de sus opresores.
32 Y Moisés estaba en la casa de Faraón, y era como un hijo para Batía hija de Faraón; y Moisés crecía entre los hijos del rey.

CAPÍTULO 69

1 Y murió el rey de Edom en aquellos días, en el año dieciocho de su reinado, y fue sepultado en su templo que él había edificado para sí como residencia real en la tierra de Edom.
2 Y los hijos de Esaú enviaron a Petor, que está junto al río, y trajeron de allí un joven de hermosos ojos y apuesto aspecto, el cual se llamaba Saúl, y lo pusieron por rey sobre ellos en lugar de Samla.
3 Y reinó Saúl sobre todos los hijos de Esaú en la tierra de Edom cuarenta años.
4 Y viendo Faraón rey de Egipto que el consejo que Balaam había dado acerca de los hijos de Israel no había tenido éxito, sino que ellos seguían fructificando y multiplicándose y crecían en toda la tierra de Egipto,
5 Entonces mandó Faraón en aquellos días que se hiciese pregonar por todo Egipto a los hijos de Israel, diciendo: Nadie disminuya nada de su trabajo diario.
6 Y el hombre que fuere hallado deficiente en el trabajo que hace cada día, ya sea de hacer barro o de hacer ladrillos, entonces su hijo menor será puesto en su lugar.

7 Y el trabajo de Egipto se fortaleció sobre los hijos de Israel en aquellos días, y he aquí que si faltaba un ladrillo en el trabajo diario de alguno, los egipcios tomaban a la fuerza a su hijo menor de su madre, y lo ponían en el edificio en el lugar del ladrillo que su padre había dejado faltante.
8 Y así hicieron los hombres de Egipto con todos los hijos de Israel cada día, todos los días por largo tiempo.
9 Pero la tribu de Leví no trabajó en ese tiempo con los israelitas sus hermanos, desde el principio, porque los hijos de Leví conocían la astucia de los egipcios que ellos ejercieron al principio hacia los israelitas.

CAPÍTULO 70

1 Y en el tercer año desde el nacimiento de Moisés, estaba Faraón sentado a un banquete, y la reina Alparanit estaba sentada a su derecha, y Batía a su izquierda, y el muchacho Moisés estaba acostado sobre su seno, y Balaam hijo de Beor con sus dos hijos, y todos los príncipes del reino estaban sentados a la mesa en presencia del rey.
2 Y el muchacho extendió su mano sobre la cabeza del rey, y tomó la corona de la cabeza del rey, y la puso sobre su cabeza.
3 Y cuando el rey y los príncipes vieron la obra que el muchacho había hecho, se aterrorizaron; y cada uno expresó asombro a su vecino.
4 Y el rey dijo a los príncipes que estaban delante de él a la mesa: ¿Qué habláis y qué decís, oh príncipes, sobre este asunto, y qué juicio debe hacerse contra el muchacho por causa de este hecho?
5 Y Balaam hijo de Beor el mago respondió delante del rey y de los príncipes, y dijo: Acuérdate ahora, oh mi señor y rey, del sueño que soñaste hace muchos días, y lo que tu siervo te declaró.
6Ahora pues, éste es un niño de los niños hebreos, en quien está el Espíritu de Dios; y no piense mi señor el rey que este joven hizo esto sin conocimiento.
7 Porque es un muchacho hebreo, y la sabiduría y la inteligencia están con él, aunque es todavía niño; y con sabiduría ha hecho esto, y ha escogido para sí el reino de Egipto.
8 Porque esta es la costumbre de todos los hebreos: engañar a los reyes y a sus nobles, haciendo todas estas cosas astutamente, para hacer temblar a los reyes de la tierra y a sus hombres.
9 Ciertamente tú sabes que así hizo Abraham su padre, quien engañó al ejército de Nimrod rey de Babilonia, y a Abimelec rey de Gerar, y se apoderó de la tierra de los hijos de Het y de todos los reinos de Canaán.
10 Y descendió a Egipto, y dijo de Sara su mujer: Mi hermana es, para engañar a Egipto y a su rey.
11 También lo hizo su hijo Isaac, cuando fue a Gerar y habitó allí, y su fuerza prevaleció sobre el ejército de Abimelec, rey de los filisteos.
12 También pensó en hacer tropezar el reino de los filisteos, diciendo que Rebeca su mujer era su hermana.
13 Jacob también procesó contra su hermano, y tomó de su mano su primogenitura y su bendición.
14 Entonces fue a Padan-aram, a casa de Labán, hermano de su madre, y con astucia le arrebató su hija, su ganado y todo lo que tenía; y huyó y regresó a la tierra de Canaán, a su padre.
15 Sus hijos vendieron a su hermano José, el cual descendió a Egipto, y fue hecho esclavo, y estuvo en prisión durante doce años.
16 Hasta que el primer Faraón soñó sueños, y lo sacó de la cárcel, y lo engrandeció sobre todos los príncipes de Egipto, porque le declaraba sus sueños.
17 Y cuando Dios hizo que hubiera hambre en la tierra, mandó traer a su padre, a todos sus hermanos y a toda la casa de su padre, y los sostuvo sin precio ni recompensa, y compró a los egipcios como esclavos.
18 Ahora pues, mi señor rey, he aquí que este niño se ha levantado en lugar de ellos en Egipto, para hacer conforme a las obras de ellos, y para jugar con todo rey, príncipe y juez.
19 Si le place al rey, derramemos ahora su sangre sobre la tierra, no sea que crezca y arrebate el gobierno de tu mano, y perezca la esperanza de Egipto después que él haya reinado.
20 Y Balaam dijo al rey: Llamemos además a todos los jueces de Egipto, y a sus sabios, y sepamos si a este muchacho le corresponde la sentencia de muerte, como tú dices, y entonces lo mataremos.
21 Entonces Faraón envió a llamar a todos los sabios de Egipto, y ellos vinieron delante del rey; y un ángel de Jehová vino entre ellos, y era como uno de los sabios de Egipto.
22 Y el rey dijo a los sabios: Ciertamente vosotros habéis oído lo que ha hecho ese muchacho hebreo que está en casa, y así ha juzgado Balaam en el asunto.
23 Ahora juzgad también vosotros y ved lo que le corresponde al muchacho según la acción que ha cometido.
24 Y el ángel, que parecía uno de los sabios de Faraón, respondió y dijo así, delante de todos los sabios de Egipto, y delante del rey y de los príncipes:
25 Si le place al rey, que el rey envíe hombres que traigan delante de él una piedra de ónice y un carbón encendido, y los pongan delante del niño; y si el niño extiende su mano y toma la piedra de ónice, entonces sabremos que el joven ha hecho con sabiduría todo lo que ha hecho, y debemos matarlo.
26 Pero si extiende su mano sobre el carbón, entonces sabremos que no hizo esto con conocimiento, y vivirá.
27 Y el asunto pareció bien a los ojos del rey y de los príncipes, y el rey hizo conforme a la palabra del ángel de Jehová.
28 Y el rey ordenó que trajeran la piedra de ónice y el carbón y que los pusieran delante de Moisés.
29 Y pusieron al muchacho delante de ellos, y el muchacho intentó extender su mano hacia la piedra de ónice, pero el ángel del Señor tomó su mano y la puso sobre el carbón, y el carbón se extinguió en su mano, y él lo levantó y lo puso en su boca, y quemó parte de sus labios y parte de su lengua, y se le hizo pesada la boca y la lengua.
30 Y cuando el rey y los príncipes vieron esto, conocieron que Moisés no había obrado con sabiduría al quitar la corona de la cabeza del rey.
31 Así que el rey y los príncipes se abstuvieron de matar al niño, y Moisés permaneció en la casa de Faraón y creció, y el Señor estaba con él.

32 Y mientras el niño estaba en la casa del rey, estaba vestido de púrpura, y crecía entre los hijos del rey.
33 Y cuando Moisés creció en la casa del rey, Batía, hija de Faraón, lo consideró como a un hijo, y toda la casa de Faraón lo honraba, y todos los hombres de Egipto tenían miedo de él.
34 Y él salía y venía cada día a la tierra de Gosén, donde estaban sus hermanos, los hijos de Israel; y Moisés los veía cada día con fatiga y trabajos forzados.
35 Y Moisés les preguntó, diciendo: ¿Por qué se os impone este trabajo cada día?
36 Y le contaron todo lo que les había sucedido, y todos los mandamientos que Faraón les había dado antes de su nacimiento.
37 Y le contaron todos los consejos que Balaam hijo de Beor había aconsejado contra ellos, y lo que también había aconsejado contra él para matarlo, cuando había quitado la corona del rey de su cabeza.
38 Y cuando Moisés oyó estas cosas, se encendió su ira contra Balaam, y procuraba matarlo, y le tendía emboscadas cada día.
39 Y Balaam tuvo miedo de Moisés, y se levantó él y sus dos hijos y salieron de Egipto, y huyeron y libraron sus vidas, y se dirigieron a la tierra de Cus, a Cikiano rey de Cus.
40 Y Moisés estaba en la casa del rey saliendo y entrando, y Jehová le dio gracia en los ojos de Faraón, y en los ojos de todos sus siervos, y en los ojos de todo el pueblo de Egipto, los cuales amaban mucho a Moisés.
41 Y llegó el día en que Moisés fue a Gosén para ver a sus hermanos, y vio a los hijos de Israel en sus cargas y en sus duros trabajos, y Moisés se entristeció por ellos.
42 Y Moisés volvió a Egipto, y vino a la casa de Faraón, y vino delante del rey, y Moisés se inclinó delante del rey.
43 Y Moisés dijo a Faraón: Yo te ruego, señor mío, que he venido a verte una pequeña petición; no me des mi rostro con las manos vacías. Y Faraón le respondió: Habla.
44 Y Moisés dijo a Faraón: Que se dé a tus siervos los hijos de Israel que están en Gosén un día para que descansen allí de sus labores.
45 Y el rey respondió a Moisés, y dijo: He aquí yo he alzado tu rostro en esto, para concederte tu petición.
46 Y Faraón mandó que se hiciera proclamar por todo Egipto y por Gosén, diciendo:
47 A vosotros, todos los hijos de Israel, así dice el rey: Seis días haréis vuestra obra y trabajaréis, pero el séptimo día descansaréis, y no haréis obra alguna; así haréis todos los días, como lo ha mandado el rey y Moisés hijo de Batía.
48 Y Moisés se alegró por aquello que el rey le había concedido, y todos los hijos de Israel hicieron como Moisés les ordenó.
49 Porque esto fue de parte de Jehová para los hijos de Israel, pues Jehová había comenzado a acordarse de los hijos de Israel, para salvarlos por amor de sus padres.
50 Y Jehová estaba con Moisés, y su fama se difundió por todo Egipto.
51 Y Moisés se engrandeció ante los ojos de todos los egipcios, y ante los ojos de todos los hijos de Israel, procurando el bien para su pueblo Israel, y hablando palabras de paz acerca de ellos al rey.

CAPÍTULO 71

1 Y cuando Moisés tenía dieciocho años, deseó ver a su padre y a su madre, y fue a ellos en Gosén; y cuando Moisés se acercó a Gosén, llegó al lugar donde los hijos de Israel estaban trabajando, y observó sus cargas, y vio a un egipcio que golpeaba a uno de sus hermanos hebreos.
2 Y cuando el hombre que había sido golpeado vio a Moisés, corrió a él para pedirle ayuda, porque aquel hombre Moisés era muy respetado en la casa de Faraón, y le dijo: Señor mío, escúchame, este egipcio vino a mi casa de noche, y me ató, y se llegó a mi mujer en mi presencia, y ahora procura quitarme la vida.
3 Y cuando Moisés oyó esta mala cosa, se encendió su ira contra el egipcio, y se volvió a un lado y a otro; y cuando vio que no había allí nadie, hirió al egipcio, y lo escondió en la arena, y libró al hebreo de mano del que lo hería.
4 Y el hebreo se fue a su casa, y Moisés volvió a su casa, y salió y volvió a la casa del rey.
5 Y cuando el hombre regresó a casa, pensó en repudiar a su mujer, porque no estaba bien en la casa de Jacob que un hombre se acercara a su mujer después de que ella se había contaminado.
6 Y la mujer fue y lo contó a sus hermanos; y los hermanos de la mujer procuraron matarlo, pero él huyó a su casa y escapó.
7 Y el segundo día salió Moisés a sus hermanos, y miró, y he aquí dos hombres que riñeban; y dijo al maligno: ¿Por qué golpeas a tu prójimo?
8 Y él le respondió, y le dijo: ¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Piensas matarme como mataste al egipcio? Y Moisés tuvo miedo, y dijo: ¿De veras es notorio el asunto?
9 Y oyó Faraón de este asunto, y ordenó matar a Moisés. Entonces Dios envió su ángel, el cual se apareció a Faraón con forma de capitán de la guardia.
10 Y el ángel de Jehová tomó la espada de la mano del capitán de la guardia, y con ella le quitó la cabeza; porque la imagen del capitán de la guardia se había convertido en la imagen de Moisés.
11 Y el ángel de Jehová tomó la mano derecha de Moisés, y lo sacó de Egipto, y lo puso fuera del territorio de Egipto, a cuarenta días de camino.
12 Y quedó solo Aarón su hermano en la tierra de Egipto, el cual profetizó a los hijos de Israel, diciendo:
13 Así dice Jehová el Dios de vuestros padres: Cada uno eche de sí las abominaciones de delante de sus ojos, y no os contaminéis con los ídolos de Egipto.
14 Y los hijos de Israel se rebelaron, y no quisieron escuchar a Aarón en aquella ocasión.
15 Y el Señor pensó destruirlos, si el Señor no se hubiera acordado del pacto que había hecho con Abraham, Isaac y Jacob.
16 En aquellos días la mano de Faraón siguió siendo severa contra los hijos de Israel, y los aplastó y oprimió hasta el tiempo en que Dios envió su palabra y los tomó en cuenta.

CAPÍTULO 72

1 Aconteció en aquellos días que hubo una gran guerra entre los hijos de Cus y los hijos del oriente y de Aram, y se rebelaron contra el rey de Cus en cuyas manos estaban.

2 Entonces salió Kikiano rey de Cus con todos los hijos de Cus, un pueblo numeroso como la arena, y fue a pelear contra Aram y los hijos del oriente, para someterlos.
3 Y cuando Kikian salió, dejó a Balaam el mago, y a sus dos hijos, para custodiar la ciudad, y a la clase más baja del pueblo de la tierra.
4 Entonces Kikian salió contra Aram y los hijos del oriente, y peleó contra ellos y los hirió, y todos cayeron heridos delante de Kikian y de su pueblo.
5 Y tomó a muchos de ellos cautivos, y los sometió como al principio, y acampó en su tierra para cobrarles tributo como de costumbre.
6 Y Balaam hijo de Beor, cuando el rey de Cus lo dejó para vigilar la ciudad y a los pobres de la ciudad, se levantó y aconsejó con el pueblo de la tierra rebelarse contra el rey Cikiano, para no dejarle entrar en la ciudad cuando regresara.
7 Y el pueblo de la tierra le escuchó, y le juraron, y le pusieron por rey sobre ellos, y a sus dos hijos por capitanes del ejército.
8 Entonces se levantaron y levantaron los muros de la ciudad en las dos esquinas, y edificaron un edificio muy fuerte.
9 Y en la tercera esquina cavaron zanjas sin número entre la ciudad y el río, que rodeaba toda la tierra de Cus, e hicieron brotar allí las aguas del río.
10 En la cuarta esquina juntaron numerosas serpientes con sus encantamientos y encantamientos, y fortificaron la ciudad y habitaron en ella, y nadie salía ni entraba delante de ellos.
11 Y Kikian peleó contra Aram y los hijos del oriente, y los sometió como antes, y ellos le dieron su tributo acostumbrado, y él se fue y regresó a su tierra.
12 Y cuando Kikianus rey de Cus se acercó a su ciudad y todos los capitanes de las fuerzas que estaban con él, alzaron los ojos y vieron que los muros de la ciudad estaban edificados y muy elevados, por lo que los hombres se asombraron de esto.
13 Y se dijeron el uno al otro: Porque vieron que nos deteníamos en la batalla, y tuvieron gran temor de nosotros, por eso hicieron esto, y levantaron los muros de la ciudad y los fortificaron, para que los reyes de Canaán no vinieran en batalla contra ellos.
14 Entonces el rey y el ejército se acercaron a la puerta de la ciudad, y miraron, y he aquí que todas las puertas de la ciudad estaban cerradas; y gritaron a los centinelas, diciendo: Abridnos, y entraremos en la ciudad.
15 Pero los centinelas no quisieron abrirles, por orden de Balaam, el mago, su rey, y no les permitieron entrar en su ciudad.
16 Entonces levantaron batalla contra ellos frente a la puerta de la ciudad, y ciento treinta hombres del ejército cayeron aquel día en Cikiano.
17 Y al día siguiente continuaron peleando y pelearon a la orilla del río; se esforzaron por pasar, pero no pudieron; por lo que algunos de ellos se hundieron en los hoyos y murieron.
18 Entonces el rey les ordenó que cortasen árboles para hacer balsas en las que pudieran pasar hasta allí, y así lo hicieron.
19 Y cuando llegaron al lugar de las zanjas, las aguas se agitaron como molinos, y se ahogaron doscientos hombres en diez balsas.
20 Y al tercer día vinieron a pelear al lado donde estaban las serpientes, pero no pudieron llegar allí, porque las serpientes mataron a ciento setenta hombres de ellos, y dejaron de pelear contra Cus, y sitiaron a Cus por nueve años, ninguna persona salía ni entraba.
21 En aquel tiempo, mientras había guerra y asedio contra Cus, Moisés huyó de Egipto, delante de Faraón, quien procuraba matarlo por haber dado muerte al egipcio.
22 Y Moisés tenía dieciocho años cuando huyó de Egipto, de la presencia de Faraón, y huyó y se escapó al campamento de Ciciano, que en aquel tiempo tenía sitiado a Etiopía.
23 Y estuvo Moisés nueve años en el campamento de Ciciano rey de Cus, todo el tiempo que ellos sitiaron a Cus; y Moisés salía y entraba con ellos.
24 Y el rey, los príncipes y todos los hombres de guerra amaban a Moisés, porque era grande y digno, y su estatura como la de un magnífico león, su rostro como el sol, y su fuerza como la de un león; y era consejero del rey.
25 Y al cabo de nueve años, Kikianus fue presa de una enfermedad mortal, y su enfermedad prevaleció sobre él, y murió al séptimo día.
26 Entonces sus siervos lo embalsamaron, lo llevaron y lo sepultaron frente a la puerta de la ciudad, al norte de la tierra de Egipto.
27 Y edificaron sobre él un edificio alto, fuerte y elegante, y colocaron grandes piedras debajo.
28 Y los escribas del rey grabaron en aquellas piedras todo el poderío de su rey Ciciano, y todas las batallas que había peleado; he aquí que están escritas allí hasta hoy.
29 Después de la muerte de Kikiano, rey de Cus, sus hombres y sus tropas se sintieron muy tristes a causa de la guerra.
30 Y se dijeron el uno al otro: Danos consejo sobre lo que hemos de hacer en este tiempo, ya que hemos estado nueve años en el desierto lejos de nuestras casas.
31 Si decimos que pelearemos contra la ciudad, muchos de nosotros caeremos heridos o muertos, y si permanecemos aquí en el sitio, también moriremos.
32 Porque ahora todos los reyes de Siria y de los hijos del oriente oirán que nuestro rey ha muerto, y nos atacarán de repente de manera hostil, y pelearán contra nosotros y no dejarán remanente alguno de nosotros.
33 Ahora pues, vayamos y nombremos un rey sobre nosotros, y permanezcamos en el sitio hasta que la ciudad sea entregada en nuestras manos.
34 Y quisieron elegir aquel día un hombre para rey del ejército de Cikiano, pero no hallaron entre ellos a nadie como Moisés para que reinara sobre ellos.
35 Y se apresuraron y despojaron a cada uno de sus vestidos, y los echaron en tierra; é hicieron un gran montón, y pusieron sobre él a Moisés.
36 Y se levantaron y tocaron las trompetas, y dieron voces delante de él, y dijeron: ¡Viva el rey, viva el rey!
37 Y todo el pueblo y los nobles le juraron que le darían por mujer a la reina Adonías etíope, mujer de Ciciano; y aquel día pusieron a Moisés por rey sobre ellos.

38 Y todo el pueblo de Cus hizo proclamar aquel día, diciendo: Cada uno dará a Moisés algo de lo que tiene en su poder.
39 Y extendieron una sábana sobre el montón, y cada uno echó en ella algo de lo que tenía: uno un pendiente de oro, y el otro una moneda.
40 También los hijos de Cus arrojaron a Moisés piedras de ónice, bedelio, perlas y mármol sobre un montón, y plata y oro en gran abundancia.
41 Y tomó Moisés toda la plata y el oro, todos los utensilios, y las piedras de bedelio y de ónice, que todos los hijos de Cus le habían dado, y los puso entre sus tesoros.
42 Y reinó Moisés sobre los hijos de Cus en aquel día, en lugar de Cikiano rey de Cus.

CAPÍTULO 73

1 En el año cincuenta y cinco del reinado de Faraón rey de Egipto, es decir, el año ciento cincuenta y siete de la bajada de los hijos de Israel a Egipto, Moisés comenzó a reinar en Cus.
2 Moisés tenía veintisiete años cuando comenzó a reinar sobre Cus, y reinó cuarenta años.
3 Y el Señor concedió a Moisés favor y gracia ante los ojos de todos los hijos de Cus, y los hijos de Cus le amaron mucho, y Moisés fue favorecido delante del Señor y delante de los hombres.
4 Y en el séptimo día de su reinado, todos los hijos de Cus se reunieron y vinieron delante de Moisés, y se inclinaron ante él hasta el suelo.
5 Y todos los hijos hablaron juntos en presencia del rey, diciendo: Danos consejo para que veamos lo que se ha de hacer a esta ciudad.
6 Porque ya hace nueve años que estamos sitiando la ciudad, y no hemos visto a nuestros hijos ni a nuestras mujeres.
7 Y el rey les respondió, diciendo: Si escucháis mi voz en todas las cosas que yo os mandare, el Señor entregará la ciudad en nuestras manos, y la someteremos.
8 Porque si peleamos contra ellos como en la primera batalla que tuvimos antes de la muerte de Kikianus, muchos de nosotros caeremos heridos como antes.
9 Ahora pues, he aquí os doy consejo sobre este asunto: si escucháis mi voz, la ciudad será entregada en nuestras manos.
10 Y todo el ejército respondió al rey, diciendo: Todo lo que nuestro señor nos mandare, eso haremos.
11 Y Moisés les dijo: Pasad, y dad la voz por todo el campamento a todo el pueblo, diciendo:
12 Así dice el rey: Ve al bosque, y toma contigo de los polluelos de la cigüeña, cada uno un polluelo en su mano.
13 Y cualquiera que traspasare la palabra del rey, y no trajere su hijo, morirá, y el rey tomará todo lo que le pertenezca.
14 Y cuando los traigas, estarán bajo tu cuidado, los criarás hasta que crezcan, y les enseñarás a volar como hacen las crías del gavilán.
15 Y oyeron todos los hijos de Cus las palabras de Moisés, y se levantaron e hicieron pregonar por el campamento, diciendo:
16 A todos vosotros, hijos de Cus, os ha mandado el rey que vayáis todos juntos al bosque, y toméis allí crías de cigüeña, y cada uno su cría en su mano, y las llevéis a casa.
17 Y cualquiera que viole la orden del rey morirá, y el rey tomará todo lo que le pertenece.
18 Y todo el pueblo lo hizo así, y salieron al bosque, y subieron a los abetos, y cogieron cada uno un polluelo en su mano, todos los polluelos de las cigüeñas, y los llevaron al desierto, y los criaron por orden del rey, y les enseñaron a volar como los polluelos de los halcones.
19 Y después que las cigüeñas jóvenes fueron criadas, el rey ordenó que se las dejara morir de hambre durante tres días, y todo el pueblo lo hizo así.
20 Y al tercer día les dijo el rey: Fortaleced y sed hombres valientes; y vestid cada uno su armadura, y ceñid su espada; montad cada uno en su caballo, y llevad cada uno su cría de cigüeña en su mano.
21 Y nos levantamos y peleamos contra la ciudad en el lugar donde están las serpientes; y todo el pueblo hizo como el rey había ordenado.
22 Y tomaron cada uno su cría en su mano, y se fueron; y cuando llegaron al lugar de las serpientes, el rey les dijo: Enviad cada uno su cría sobre las serpientes.
23 Y enviaron cada uno su cría de cigüeña, por orden del rey; y las crías se abalanzaron sobre las serpientes, y ellas las devoraron a todas, y las destruyeron de aquel lugar.
24 Y cuando el rey y el pueblo vieron que todas las serpientes habían sido destruidas en aquel lugar, todo el pueblo levantó un gran grito.
25 Y se acercaron y pelearon contra la ciudad, y la tomaron y la sometieron, y entraron en la ciudad.
26 Y murieron aquel día mil cien hombres del pueblo de la ciudad, todos los que habitaban en la ciudad; pero del pueblo que la sitiaba no murió uno.
27 Entonces todos los hijos de Cus volvieron cada uno a su casa, a su mujer y a sus hijos, y a todo lo que tenía.
28 Y Balaam el mago, cuando vio que la ciudad estaba tomada, abrió la puerta, y él, sus dos hijos y sus ocho hermanos, huyeron y volvieron a Egipto, a Faraón rey de Egipto.
29 Estos son los hechiceros y magos que se mencionan en el libro de la ley, y que se opusieron a Moisés cuando el Señor trajo las plagas sobre Egipto.
30 Entonces Moisés tomó la ciudad con su sabiduría, y los hijos de Cus lo pusieron en el trono en lugar de Cikiano rey de Cus.
31 Y pusieron la corona real sobre su cabeza, y le dieron por mujer a Adonías reina etíope, mujer de Cikiano.
32 Y temió Moisés a Jehová el Dios de sus padres, y no vino a ella, ni volvió a ella sus ojos.
33 Porque Moisés se acordó de cómo Abraham había hecho jurar a su siervo Eliezer, diciéndole: No tomarás mujer de las hijas de Canaán para mi hijo Isaac.
34 También lo que hizo Isaac, cuando Jacob huyó de su hermano, y éste le mandó, diciendo: No tomarás mujer de las hijas de Canaán, ni harás alianza con ninguna de las hijas de Cam.
35 Porque Jehová nuestro Dios dio a Cam hijo de Noé, y a sus hijos y a toda su descendencia, por siervos a los hijos de Sem, a los hijos de Jafet y a su descendencia después de ellos por siervos para siempre.

36 Por eso Moisés no inclinó su corazón ni sus ojos hacia la mujer de Ciciano todo el tiempo que él reinó sobre Cus.
37 Y temió Moisés a Jehová su Dios toda su vida, y anduvo Moisés delante de Jehová con verdad, con todo su corazón y con toda su alma; no se apartó del camino recto todos los días de su vida, ni se apartó del camino ni a la derecha ni a la izquierda, en que anduvieron Abraham, Isaac y Jacob.
38 Y Moisés se fortaleció en el reino de los hijos de Cus, y gobernó a los hijos de Cus con su sabiduría usual, y Moisés prosperó en su reino.
39 En aquel tiempo oyeron Aram y los hijos del oriente que Kikianus rey de Cus había muerto; por eso Aram y los hijos del oriente se rebelaron contra Cus en aquellos días.
40 Y reunió Moisés a todos los hijos de Cus, pueblo muy poderoso, como treinta mil hombres, y salió a pelear contra Aram y contra los hijos del oriente.
41 Y fueron primeramente a los hijos del oriente, y cuando los hijos del oriente oyeron su informe, salieron a recibirlos y entraron en batalla con ellos.
42 Y la guerra fue reñida contra los hijos del oriente, y Jehová entregó en mano de Moisés a todos los hijos del oriente, y cayeron muertos como trescientos hombres.
43 Y todos los hijos del oriente se volvieron atrás y se retiraron; y Moisés y los hijos de Cus los siguieron, y los sometieron, y les impusieron un impuesto, conforme a su costumbre.
44 De allí pasaron Moisés y todo el pueblo que estaba con él a la tierra de Siria, para la guerra.
45 Y los hijos de Siria salieron también a su encuentro, y pelearon contra ellos; y Jehová los entregó en mano de Moisés, y muchos de los hombres de Siria cayeron heridos.
46 También Aram fue sometido por Moisés y por los hijos de Cus, y también les dieron su impuesto acostumbrado.
47 Y Moisés sometió a Siria y a los hijos del oriente a los hijos de Cus; y Moisés y todo el pueblo que con él estaba se volvieron a la tierra de Cus.
48 Y Moisés se fortaleció en el reino de los hijos de Cus; y Jehová estaba con él, y todos los hijos de Cus le temían.

CAPÍTULO 74

1 Aconteció que aconteció que murió Saúl rey de Edom, y reinó en su lugar Baal-canán hijo de Acbor.
2 En el año dieciséis del reinado de Moisés sobre Cus, Baal-canán hijo de Acbor reinó en la tierra de Edom sobre todos los hijos de Edom, durante treinta y ocho años.
3 En sus días se rebeló Moab contra el poder de Edom, el cual había estado bajo Edom desde los días de Hadad hijo de Bedad, quien los derrotó a ellos y a Madián, y sometió a Moab a Edom.
4 Y cuando Baal-canán hijo de Acbor reinó sobre Edom, todos los hijos de Moab se apartaron de Edom.
5 En aquellos días murió Angeas rey de África, y reinó en su lugar Azdrúbal su hijo.
6 En aquellos días murió Janeas rey de los hijos de Quitim, y lo sepultaron en su templo que él había edificado para sí en el campo de Canopia para residencia; y reinó en su lugar Latino.
7 En el año veintidós del reinado de Moisés sobre los hijos de Cus, Latino reinó sobre los hijos de Quitim cuarenta y cinco años.
8 Y se edificó también una torre grande y poderosa, y edificó allí un templo elegante para su residencia, para ejercer su gobierno, como era la costumbre.
9 En el tercer año de su reinado hizo convocar a todos sus hombres hábiles, quienes le construyeron muchas naves.
10 Y Latino reunió todas sus fuerzas, y vinieron en naves, y fueron allí a pelear contra Azdrúbal hijo de Angeas, rey de África, y llegaron a África y entraron en batalla con Azdrúbal y su ejército.
11 Y Latino prevaleció sobre Azdrúbal, y Latino tomó de Azdrúbal el acueducto que su padre había traído de los hijos de Quitim, cuando tomó a Janías hija de Uzi por esposa; así Latino derribó el puente del acueducto, e hirió a todo el ejército de Azdrúbal con un duro golpe.
12 Y los hombres fuertes que quedaban de Azdrúbal se fortalecieron, y sus corazones se llenaron de envidia, y cortejaron a la muerte, y nuevamente entraron en batalla con Latino rey de Quitim.
13 Y la batalla fue severa para todos los hombres de África, y todos cayeron heridos delante de Latino y su pueblo, y Azdrúbal el rey también cayó en esa batalla.
14 Y el rey Azdrúbal tenía una hija muy hermosa, cuyo nombre era Ushpezena, y todos los hombres de África bordaban su imagen en sus vestidos, a causa de su gran belleza y agradable apariencia.
15 Y los hombres de Latino vieron a Ushpezena, hija de Azdrúbal, y la alabaron delante de Latino su rey.
16 Y Latino ordenó que se la trajeran, y Latino tomó a Ushpezena por esposa, y regresó por su camino a Quitim.
17 Y fue después de la muerte de Azdrúbal hijo de Angeas, cuando Latino había regresado a su tierra después de la batalla, que todos los habitantes de África se levantaron y tomaron a Aníbal hijo de Angeas, el hermano menor de Azdrúbal, y lo hicieron rey en lugar de su hermano sobre toda la tierra de África.
18 Y cuando reinó, decidió ir a Quitim para pelear contra los hijos de Quitim, para vengar la causa de Azdrúbal su hermano, y la causa de los habitantes de África, y así lo hizo.
19 E hizo muchas naves, y vino allí con todo su ejército, y llegó a Quitim.
20 Entonces Aníbal peleó contra los hijos de Quitim, y los hijos de Quitim cayeron heridos delante de Aníbal y de su ejército, y Aníbal vengó la causa de su hermano.
21 Y Aníbal continuó la guerra dieciocho años contra los hijos de Quitim, y Aníbal habitó en la tierra de Quitim y acampó allí por mucho tiempo.
22 Y Aníbal hirió a los hijos de Quitim muy severamente, y mató a sus grandes y a sus príncipes, y del resto del pueblo hirió a unos ochenta mil hombres.
23 Y al cabo de los días y de los años, Aníbal volvió a su tierra de África, y reinó seguro en lugar de Azdrúbal su hermano.

CAPÍTULO 75

1 En aquel tiempo, en el año ciento ochenta de la bajada de los hijos de Israel a Egipto, salieron de Egipto treinta mil hombres valientes de a pie, de los hijos de Israel, todos de la tribu de José, de los hijos de Efraín hijo de José.

2 Porque decían: Se había cumplido el tiempo que el Señor había ordenado a los hijos de Israel en los tiempos antiguos, el cual había hablado a Abraham.
3 Y estos hombres se ciñeron, y pusieron cada uno su espada a su cintura, y cada uno su armadura, y confiaron en su fuerza, y salieron juntos de Egipto con mano fuerte.
4 Pero ellos no trajeron ninguna provisión para el camino, sino solamente plata y oro, y ni aun pan para aquel día trajeron en sus manos; porque pensaban recibir de los filisteos su provisión a cambio de dinero, y si no, tomarla por la fuerza.
5 Y estos hombres eran hombres muy fuertes y valientes, un hombre podía perseguir a mil y dos podían derrotar a diez mil, así que confiaron en su fuerza y marcharon juntos como estaban.
6 Y se dirigieron hacia la tierra de Gat, y descendieron, y hallaron a los pastores de Gat apacentando el ganado de los hijos de Gat.
7 Y dijeron a los pastores: Dadnos algunas de las ovejas a cambio, para que comamos; porque tenemos hambre, pues no hemos comido pan hoy.
8 Y los pastores respondieron: ¿Son nuestras ovejas o nuestras vacas, para que os las demos a cambio? Y vinieron los hijos de Efraín para tomarlas por la fuerza.
9 Y los pastores de Gat gritaron por ellos, y su grito se oyó de lejos; y todos los hijos de Gat salieron a ellos.
10 Y cuando los hijos de Gat vieron las malas acciones de los hijos de Efraín, volvieron y reunieron a los hombres de Gat, y se vistieron cada uno con su armadura, y salieron a la batalla contra los hijos de Efraín.
11 Y atacaron a ellos en el valle de Gat, y la batalla fue reñida, y se hirieron unos a otros muchos aquel día.
12 Y el segundo día los hijos de Gat enviaron avisos a todas las ciudades de los filisteos para que viniesen en su ayuda, diciendo:
13 Subid a nosotros y ayudadnos, para que ataquemos a los hijos de Efraín que han salido de Egipto para tomar nuestros ganados, y para pelear contra nosotros sin causa.
14 Los hijos de Efraín estaban hambrientos y sedientos, pues hacía tres días que no comían pan. De las ciudades de los filisteos salieron cuarenta mil hombres para ayudar a los de Gat.
15 Y estos hombres entraron en batalla contra los hijos de Efraín, y el Señor entregó a los hijos de Efraín en manos de los filisteos.
16 Y derrotaron a todos los hijos de Efraín, a todos los que habían salido de Egipto; no quedaron sino diez hombres que huyeron de la batalla.
17 Porque este mal vino de parte de Jehová contra los hijos de Efraín, porque ellos transgredieron la palabra de Jehová, saliendo de Egipto antes de que viniese el tiempo que Jehová había señalado a Israel en los días antiguos.
18 Y de los filisteos cayeron también muchos, como veinte mil hombres, y sus hermanos los tomaron y los sepultaron en sus ciudades.
19 Y los muertos de los hijos de Efraín quedaron abandonados en el valle de Gat por muchos días y años, y no fueron llevados a sepultura; y el valle se llenó de huesos humanos.
20 Y los que escaparon de la batalla vinieron a Egipto, y contaron a todos los hijos de Israel todo lo que les había sucedido.
21 Y su padre Efraín estuvo de duelo por ellos muchos días, y vinieron sus hermanos a consolarlo.
22 Y llegó a su mujer, la cual dio a luz un hijo, y llamó su nombre Bería, porque ella era infeliz en su casa.

CAPÍTULO 76

1 Y Moisés hijo de Amram aún reinaba en la tierra de Cus en aquellos días, y prosperó en su reino, y gobernó a los hijos de Cus con juicio, con justicia y con integridad.
2 Y todos los hijos de Cus amaron a Moisés todo el tiempo que él reinó sobre ellos, y todos los moradores de la tierra de Cus le temían en gran manera.
3 Y en el año cuarenta del reinado de Moisés sobre Cus, Moisés estaba sentado en el trono real, y la reina Adonías estaba delante de él, y todos los nobles estaban sentados alrededor de él.
4 Y la reina Adonías dijo delante del rey y de los príncipes: ¿Qué es esto que vosotros, hijos de Cus, habéis hecho durante tanto tiempo?
5 Seguramente tú sabes que durante los cuarenta años que este hombre ha reinado sobre Cus, no se ha acercado a mí, ni ha servido a los dioses de los hijos de Cus.
6 Ahora pues, oíd, hijos de Cus, y no reine más este hombre sobre vosotros, porque no es de nuestra carne.
7 He aquí, mi hijo Menacro ha crecido; que él reine sobre vosotros; porque mejor os es servir al hijo de vuestro señor, que servir a un extranjero, siervo del rey de Egipto.
8 Y todo el pueblo y los nobles de los hijos de Cus oyeron las palabras que la reina Adonías había hablado en sus oídos.
9 Y todo el pueblo se preparó hasta la tarde; y a la mañana siguiente se levantaron de madrugada, y designaron rey sobre ellos a Menacro hijo de Cikiano.
10 Y todos los hijos de Cus tuvieron miedo de extender su mano contra Moisés, porque Jehová estaba con Moisés, y los hijos de Cus se acordaron del juramento que habían hecho a Moisés, y por tanto no le hicieron mal.
11 Pero los hijos de Cus dieron muchos presentes a Moisés, y lo enviaron de parte de ellos con gran honor.
12 Entonces Moisés salió de la tierra de Cus, y regresó a su casa, y dejó de reinar sobre Cus. Era Moisés de sesenta y seis años cuando salió de la tierra de Cus. Porque la cosa era de parte del Señor, pues había llegado el tiempo que él había señalado en los días antiguos para sacar a Israel de la aflicción de los hijos de Cam.
13 Entonces Moisés fue a Madián, porque tenía miedo de volver a Egipto a causa de Faraón; y fue y se sentó junto a un pozo de agua en Madián.
14 Y las siete hijas de Reuel madianita salieron a apacentar las ovejas de su padre.
15 Y llegaron al pozo y sacaron agua para abrevar el rebaño de su padre.
16 Vinieron, pues, los pastores de Madián y las echaron; y se levantó Moisés y las ayudó, y abrevó las ovejas.
17 Y vinieron a casa de su padre Reuel, y le contaron lo que Moisés había hecho por ellos.
18 Y ellos respondieron: Un egipcio nos ha librado de manos de los pastores; él nos sacó agua, y abrevó las ovejas.
19 Y Reuel dijo a sus hijas: ¿Y dónde está él? ¿Por qué habéis dejado a ese hombre?

20 Y Reuel mandó llamarlo, y lo trajo, y lo trajo a casa, y comió pan con él.
21 Y Moisés contó a Reuel que él había huido de Egipto, y que había reinado sobre Cus cuarenta años, y que después le habían quitado el gobierno, y lo habían enviado en paz, con honores y con presentes.
22 Y cuando Reuel oyó las palabras de Moisés, dijo dentro de sí: Yo pondré a este hombre en casa de la cárcel, y así me reconciliaré con los hijos de Cus, porque ha huido de delante de ellos.
23 Y lo tomaron y lo pusieron en la cárcel, y Moisés estuvo en la cárcel diez años. Y estando Moisés en la cárcel, Séfora hija de Reuel tuvo compasión de él, y lo sustentaba con pan y agua todo el tiempo.
24 Y todos los hijos de Israel estaban aún en la tierra de Egipto, sirviendo a los egipcios en toda clase de trabajos forzados; y la mano de Egipto continuaba con severidad sobre los hijos de Israel en aquellos días.
25 En aquel tiempo Jehová hirió a Faraón, rey de Egipto, y lo hirió con una plaga de lepra desde la planta del pie hasta la coronilla; plaga que Jehová envió entonces sobre Faraón, rey de Egipto, a causa del mal trato infligido a los hijos de Israel.
26 Porque el Señor había escuchado la oración de su pueblo, los hijos de Israel, y el clamor de ellos llegó hasta él a causa de su duro trabajo.
27 Pero su ira no se apartó de ellos, y la mano de Faraón volvió a extenderse contra los hijos de Israel; y Faraón endureció su cerviz delante de Jehová, y aumentó su yugo sobre los hijos de Israel, y amargó sus vidas con toda clase de servidumbre.
28 Y cuando el Señor hubo hecho venir la plaga sobre Faraón, rey de Egipto, éste pidió a sus sabios y a sus hechiceros que lo sanaran.
29 Y sus sabios y hechiceros le dijeron: Si se pusiera sangre de niños en sus heridas, sanaría.
30 Y Faraón los escuchó, y envió sus ministros a Gosén, a los hijos de Israel, para recoger a sus niños.
31 Y los ministros de Faraón fueron y tomaron por la fuerza a los niños de los hijos de Israel de los senos de sus madres, y los trajeron a Faraón cada día, un niño cada día; y los médicos los mataron y los aplicaron a la plaga; así hicieron todos los días.
32 Y el número de los hijos que mató Faraón fue trescientos setenta y cinco.
33 Pero el Señor no escuchó a los médicos del rey de Egipto, y la plaga siguió aumentando poderosamente.
34 Y Faraón estuvo diez años afligido con aquella plaga; y el corazón de Faraón se endureció más contra los hijos de Israel.
35 Y al cabo de diez años el Señor continuó afligiendo a Faraón con plagas destructoras.
36 Y el Señor lo hirió con un tumor maligno, y con una enfermedad en el estómago, y la plaga se convirtió en una úlcera maligna.
37 En aquel tiempo los dos ministros de Faraón vinieron de la tierra de Gosén, donde estaban todos los hijos de Israel, y fueron a la casa de Faraón, y le dijeron: Hemos visto a los hijos de Israel negligentes en sus trabajos y negligentes en sus labores.
38 Y cuando Faraón oyó las palabras de sus ministros, se encendió su ira contra los hijos de Israel en gran manera, porque estaba muy angustiado a causa del dolor corporal.
39 Y él respondió y dijo: Ahora pues, que los hijos de Israel saben que estoy enfermo, se vuelven y se burlan de nosotros; ahora pues, unceme mi carro, y yo iré a Gosén, y veré la burla de los hijos de Israel con que se burlan de mí. Entonces sus siervos le uncieron el carro.
40 Y lo tomaron y lo hicieron montar a caballo, porque no podía montar por sí mismo;
41 Y tomó consigo diez hombres de a caballo y diez hombres de a pie, y fue a los hijos de Israel en Gosén.
42 Y cuando llegaron a la frontera de Egipto, el caballo del rey pasó por un lugar estrecho, elevado en la parte baja de la viña, cercado por ambos lados, estando la tierra baja y llana al otro lado.
43 Y los caballos corrían velozmente en aquel lugar, y se apretaban unos a otros, y los otros caballos apretaban al caballo del rey.
44 Y el caballo del rey cayó en la llanura mientras el rey iba montado en él, y cuando cayó, el carro se volcó sobre el rostro del rey, y el caballo quedó tendido sobre el rey, y el rey gritó, porque su carne estaba muy dolorida.
45 Y la carne del rey fue desgarrada de él, y sus huesos fueron quebrados y no pudo andar; porque esto era de parte de Jehová para él, porque Jehová había oído el clamor de su pueblo, los hijos de Israel, y su aflicción.
46 Y sus siervos lo llevaron sobre sus hombros, poco a poco, y lo llevaron de regreso a Egipto; y la gente de a caballo que estaba con él también regresó a Egipto.
47 Y lo pusieron en su cama, y el rey supo que su fin había llegado: morir; entonces Aparanit, la reina su esposa, vino y lloró delante del rey; y el rey lloró mucho con ella.
48 Y vinieron aquel día todos sus nobles y sus siervos, y vieron al rey en aquella angustia, y lloraron con él gran llanto.
49 Y los príncipes del rey y todos sus consejeros aconsejaron al rey que hiciese reinar en su lugar en la tierra a quien él escogiese de entre sus hijos.
50 Y el rey tuvo tres hijos y dos hijas que le había dado a luz la reina Aparanit su mujer, además de los hijos que el rey tuvo de sus concubinas.
51 Y estos fueron sus nombres: el primogénito Otri, el segundo Adikam, el tercero Morión, y sus hermanas: el nombre de la mayor, Bathia, y el de la otra, Acuzi.
52 Y Otri, el primogénito del rey, era necio, precipitado y apresurado en sus palabras.
53 Pero Adikam era un hombre astuto y sabio, entendido en toda la sabiduría de Egipto, pero de aspecto indecoroso, grueso de carne y muy bajo de estatura; su altura era de un codo.
54 Y cuando el rey vio a Adikam su hijo inteligente y sabio en todas las cosas, el rey decidió que él sería rey en su lugar después de su muerte.
55 Y tomó por mujer a Gedurá, hija de Abilot, siendo él de diez años, la cual le dio a luz cuatro hijos.
56 Después fue y tomó tres mujeres, y engendró ocho hijos y tres hijas.
57 Y el desorden se apoderó en gran manera del rey, y su carne apestaba como la carne de un cadáver tirado en el campo en verano, durante el calor del sol.

58 Y cuando el rey vio que su enfermedad se había agravado mucho, ordenó que le trajeran a su hijo Adikam, y lo hicieron rey sobre la tierra en su lugar.
59 Y al cabo de tres años murió el rey avergonzado, humillado y disgustado; y sus siervos lo llevaron y lo sepultaron en el sepulcro de los reyes de Egipto, en Zoán-mizraim.
60 Pero no lo embalsamaron como era costumbre entre los reyes, porque su carne estaba podrida, y no podían acercarse a embalsamarlo a causa del hedor, así que lo sepultaron apresuradamente.
61 Porque este mal venía de parte de Jehová para con él, pues Jehová le había pagado con mal por el mal que en sus días había hecho a Israel.
62 Y murió con terror y con vergüenza, y su hijo Adikam reinó en su lugar.

CAPÍTULO 77

1 Adikam tenía veinte años cuando reinó sobre Egipto; reinó cuatro años.
2 En el año doscientos seis de la bajada de Israel a Egipto, Adikam reinó sobre Egipto; pero su reinado sobre Egipto no fue tan prolongado como el de sus padres.
3 Porque Melol su padre reinó noventa y cuatro años en Egipto, y estuvo diez años enfermo y murió, por cuanto había sido impío ante el Señor.
4 Y todos los egipcios llamaron el nombre de Adikam Faraón, como el nombre de sus padres, como solían hacerlo en Egipto.
5 Y todos los sabios de Faraón lo llamaron Adikam Ahuz, porque en egipcio se abrevia Ahuz.
6 Y Adikam era extremadamente feo, y medía un codo y un palmo, y tenía una gran barba que le llegaba hasta las plantas de los pies.
7 Y Faraón se sentó en el trono de su padre para reinar sobre Egipto, y gobernó a Egipto con su sabiduría.
8 Y mientras reinó, superó en maldad a su padre y a todos los reyes que le habían precedido, y aumentó su yugo sobre los hijos de Israel.
9 Y fue con sus siervos a Gosén, a los hijos de Israel, y les fortaleció en el trabajo, y les dijo: Acabemos con vuestra obra cada día, y no descuiden vuestras manos de nuestro trabajo de aquí en adelante, como lo hicieron en los días de mi padre.
10 Y puso sobre ellos oficiales de entre los hijos de Israel, y sobre estos oficiales puso comisarios de entre sus siervos.
11 Y puso sobre ellos una medida de ladrillos, para que hiciesen conforme a aquel número cada día; y volvió y vino a Egipto.
12 En aquel tiempo los cuadrilleros de Faraón dieron órdenes a los capataces de los hijos de Israel conforme al mandato de Faraón, diciendo:
13 Así dice Faraón: Haz cada día tu obra, y acaba tu tarea, y observa la medida de los ladrillos para cada día, y no disminuyas nada.
14 Y sucederá que si tenéis escasez de ladrillos para cada día, pondré a vuestros niños pequeños en su lugar.
15 Y los cuadrilleros de Egipto hicieron en aquellos días como Faraón les había ordenado.
16 Y siempre que se hallaba algún déficit en la medida de los ladrillos de cada día de los hijos de Israel, los capataces de Faraón iban a las mujeres de los hijos de Israel y tomaban a los niños de los hijos de Israel hasta el número de los ladrillos que faltaba, los tomaban por fuerza del regazo de sus madres y los ponían en el edificio en lugar de los ladrillos;
17 Mientras sus padres y sus madres lloraban por ellos y lloraban al oír las voces de llanto de sus niños en la pared del edificio.
18 Y los cuadrilleros prevalecieron sobre Israel, para que los hijos de Israel metieran a sus hijos en el edificio; y un hombre puso a su hijo en la pared, y puso mortero sobre él, mientras sus ojos lloraban sobre él, y sus lágrimas corrían sobre su hijo.
19 Y los capataces de Egipto hicieron lo mismo con los niños de Israel por muchos días, y no hubo quien tuviese compasión de los niños de los hijos de Israel.
20 Y el número de todos los niños muertos en el edificio fue de doscientos setenta; algunos de ellos habían edificado sobre ellos en lugar de los ladrillos que habían dejado faltantes sus padres, y algunos de ellos habían sacado muertos del edificio.
21 Y el trabajo impuesto a los hijos de Israel en los días de Adikam fue mayor en penurias que el que realizaron en los días de su padre.
22 Y los hijos de Israel suspiraban cada día a causa de su pesado trabajo, porque decían en su corazón: He aquí que cuando Faraón muera, su hijo se levantará, y alivianará nuestro trabajo.
23 Pero aumentaron esta última obra más que la primera; y por esto gimieron los hijos de Israel, y su clamor ascendió a Dios a causa de su trabajo.
24 Y oyó Dios la voz de los hijos de Israel, y su clamor en aquellos días, y se acordó Dios de su pacto que había hecho con Abraham, Isaac y Jacob.
25 Y vio Dios la carga que pesaba sobre los hijos de Israel, y su duro trabajo en aquellos días, y determinó librarlos.
26 Y Moisés hijo de Amram estaba aún preso en la cárcel en aquellos días, en casa de Reuel madianita; y Séfora hija de Reuel le proveía de alimento secretamente cada día.
27 Y Moisés estuvo preso en la cárcel de la casa de Reuel durante diez años.
28 Y al cabo de diez años, que fue el primer año del reinado de Faraón sobre Egipto en lugar de su padre,
29 Y Séfora respondió a su padre Reuel: No haya quien inquiera ni pregunte por el hebreo al cual has puesto en la cárcel hace diez años.
30 Ahora pues, si bien te parece, enviemos a ver si vive o está muerto; pero su padre no sabía que ella lo había mantenido.
31 Y respondió Reuel su padre, y le dijo: ¿Se ha hecho jamás cosa semejante que un hombre esté encerrado en la cárcel durante diez años sin comer, y que sobreviva?
32 Y Séfora respondió a su padre, diciendo: Ciertamente tú has oído que el Dios de los hebreos es grande y terrible, y que hace maravillas con ellos siempre.
33 Él fue quien libró a Abraham de Ur de los caldeos, a Isaac de la espada de su padre, y a Jacob del ángel del Señor que luchó con él en el vado de Jaboc.
34 También con este hombre ha hecho muchas cosas: lo ha librado del río en Egipto, y de la espada de Faraón, y de los hijos de Cus; así también lo puede librar del hambre, y hacerle vivir.

35 Y el asunto pareció bien a Reuel, e hizo conforme al dicho de su hija, y envió a la cárcel para saber qué había sucedido con Moisés.
36 Y miró, y he aquí que el hombre Moisés estaba morando en la cárcel, de pie, alabando y orando al Dios de sus padres.
37 Y mandó Reuel que sacasen a Moisés de la cárcel, y lo raparon, y él se cambió sus ropas de prisión, y comió pan.
38 Después entró Moisés en el huerto de Reuel, que estaba detrás de la casa, y allí oró a Jehová su Dios, que había hecho grandes maravillas con él.
39 Y aconteció que mientras oraba, miró hacia lo opuesto, y he aquí una vara de zafiro estaba colocada en la tierra, la cual estaba plantada en medio del jardín.
40 Y se acercó al palo y miró, y he aquí que el nombre del Señor Dios de los ejércitos estaba grabado en él, escrito y desarrollado sobre el palo.
41 Y él lo leyó, y extendió su mano, y lo arrancó de entre la espesura, como un árbol del bosque; y la vara estaba en su mano.
42 Y esta es la vara con la que fueron realizadas todas las obras de nuestro Dios, después que hubo creado los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos, los mares, los ríos y todos sus peces.
43 Y cuando Dios echó a Adán del huerto de Edén, éste tomó la vara en su mano, y fue y labró la tierra de que fue tomado.
44 Y la vara descendió hasta Noé, y fue dada a Sem y a su descendencia, hasta que llegó a manos de Abraham el hebreo.
45 Y cuando Abraham dio todo lo que tenía a su hijo Isaac, le dio también esta vara.
46 Y cuando Jacob hubo huido a Padan-aram, la tomó en su mano, y cuando volvió a su padre, no la dejó tras de sí.
47Y cuando descendió a Egipto, tomó la tierra en su mano, y se la dio a José, una porción más que a sus hermanos, porque Jacob la había tomado por fuerza de su hermano Esaú.
48 Después de la muerte de José, los nobles de Egipto entraron en la casa de José, y la vara vino a mano de Reuel madianita, el cual cuando salió de Egipto la tomó en su mano y la plantó en su huerto.
49 Y todos los valientes de los kinitas intentaron arrancarla cuando procuraron apoderarse de Séfora su hija, pero no tuvieron éxito.
50 Y aquella vara quedó plantada en el huerto de Reuel, hasta que vino aquel que tenía el derecho sobre ella y la tomó.
51 Y cuando Reuel vio la vara en la mano de Moisés, se maravilló de ello, y le dio su hija Séfora por mujer.

CAPÍTULO 78

1 En aquel tiempo murió Baal-canán hijo de Acbor, rey de Edom, y fue sepultado en su casa, en la tierra de Edom.
2 Y después de su muerte los hijos de Esaú enviaron a la tierra de Edom, y tomaron de allí un hombre que estaba en Edom, el cual se llamaba Hadad, y lo pusieron por rey sobre ellos en lugar de Baal-canán, su rey.
3 Y reinó Hadad sobre los hijos de Edom cuarenta y ocho años.
4 Y cuando él reinó, resolvió pelear contra los hijos de Moab, para ponerlos bajo el poder de los hijos de Esaú como estaban antes, pero no pudo, porque los hijos de Moab oyeron esta cosa, y se levantaron y se apresuraron a elegir un rey sobre ellos de entre sus hermanos.
5 Después reunieron un gran pueblo, y enviaron a los hijos de Amón sus hermanos para que los ayudaran a pelear contra Hadad rey de Edom.
6 Y oyó Hadad lo que habían hecho los hijos de Moab, y tuvo gran temor de ellos, y se abstuvo de pelear contra ellos.
7 En aquellos días Moisés hijo de Amram, que estaba en Madián, tomó por mujer a Séfora, hija de Reuel madianita.
8 Y anduvo Séfora en los caminos de las hijas de Jacob, y no llegó a ser tan justa como Sara, Rebeca, Raquel y Lea.
9 Y concibió Séfora, y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Gersom, porque dijo: Forastero fui en tierra ajena; pero no circuncidó su prepucio, por mandato de Reuel su suegro.
10 Y concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y circuncidó su prepucio, y llamó su nombre Eliezer, porque Moisés dijo: Por cuanto el Dios de mis padres me ayudó, y me libró de la espada de Faraón.
11 Y Faraón rey de Egipto aumentó mucho en aquellos días el trabajo de los hijos de Israel, y continuó agravando su yugo sobre los hijos de Israel.
12 Y mandó hacer pregonar en Egipto, diciendo: No deis más paja al pueblo para hacer ladrillos; vayan ellos y recojan ellos mismos la paja que encuentren.
13 También la cantidad del ladrillo que harán, la darán cada día, y no les disminuirán nada, porque están ociosos en su trabajo.
14 Y los hijos de Israel oyeron esto, y lamentaron y gemieron, y clamaron a Jehová a causa de la amargura de sus almas.
15 Y Jehová oyó el clamor de los hijos de Israel, y vio la opresión con que los egipcios los oprimían.
16 Y Jehová tuvo celos de su pueblo y de su heredad, y oyó su voz, y decidió sacarlos de la aflicción de Egipto, para darles en posesión la tierra de Canaán.

CAPÍTULO 79

1 En aquellos días Moisés apacentaba las ovejas de Reuel, su suegro, el madianita, al otro lado del desierto de Sin; y la vara que había tomado de su suegro estaba en su mano.
2 Y aconteció un día que un cabrito se extravió del rebaño, y Moisés lo persiguió, y llegó hasta el monte de Dios, a Horeb.
3 Y cuando llegó a Horeb, el Señor se le apareció allí en la zarza; y halló la zarza ardiendo en fuego; pero el fuego no tuvo poder sobre la zarza para consumirla.
4 Y Moisés se asombró en gran manera de esta visión; por eso la zarza no se consumía; y se acercó para ver aquella cosa poderosa; y Jehová llamó a Moisés de en medio del fuego, y le ordenó que descendiese a Egipto, a Faraón rey de Egipto, para despedir a los hijos de Israel de su servicio.
5 Y Jehová dijo a Moisés: Ve, vuélvete a Egipto, porque han muerto todos aquellos que procuraban tu muerte; pero tú hablarás a Faraón para que deje salir de su tierra a los hijos de Israel.

6 Y el Señor le mostró que hiciera señales y prodigios en Egipto ante los ojos de Faraón y ante los ojos de sus siervos, para que creyeran que el Señor lo había enviado.
7 Y Moisés escuchó todo lo que Jehová le había mandado, y volvió a su suegro, y le contó el asunto. Y Reuel le respondió: Ve en paz.
8 Y Moisés se levantó para ir a Egipto, y tomó consigo su mujer y sus hijos; y estando en un mesón en el camino, descendió un ángel de Dios, y procuraba ofenderlo.
9 Y quiso matarlo a causa de su hijo primogénito, porque no lo había circuncidado, y había quebrantado el pacto que el Señor había hecho con Abraham.
10 Porque Moisés había atendido a las palabras que su suegro le había dicho, de no circuncidar a su hijo primogénito; por tanto, no lo circuncidó.
11 Y vio Séfora que el ángel del Señor buscaba ocasión contra Moisés, y supo que esto era por causa de que él no había circuncidado a su hijo Gersom.
12 Entonces Séfora se apresuró y tomó de las piedras afiladas que había allí, y circuncidó a su hijo, y libró a su marido y a su hijo de la mano del ángel de Jehová.
13 Y Aarón hijo de Amram, hermano de Moisés, estaba en Egipto paseándose junto al río aquel día.
14 Y Jehová se le apareció en aquel lugar, y le dijo: Ve ahora a Moisés en el desierto. Y él fue y le encontró en el monte de Dios, y le besó.
15 Y alzó Aarón sus ojos, y vio a Séfora la mujer de Moisés, y a sus hijos, y dijo a Moisés: ¿Quiénes son éstos para ti?
16 Y Moisés le respondió: Son mi mujer y mis hijos que Dios me dio en Madián. Y a Aarón le disgustó esto a causa de la mujer y de sus hijos.
17 Y Aarón dijo a Moisés: Deja ir a la mujer y a sus hijos, para que vayan a la casa de su padre. Y Moisés escuchó las palabras de Aarón, y lo hizo así.
18 Y volvió Séfora con sus hijos, y fueron a casa de Reuel, y estuvieron allí hasta que llegó el tiempo en que Jehová visitó a su pueblo, y los sacó de Egipto de mano de Faraón.
19 Y vinieron Moisés y Aarón a Egipto, a la comunidad de los hijos de Israel, y les hablaron todas las palabras de Jehová; y el pueblo se alegró con gran regocijo.
20 Y Moisés y Aarón se levantaron de mañana al día siguiente, y vinieron a la casa de Faraón, y tomaron en sus manos la vara de Dios.
21 Y cuando llegaron a la puerta del rey, dos leones jóvenes estaban encerrados allí con instrumentos de hierro, y ninguna persona salía ni entraba delante de ellos, excepto aquellos a quienes el rey ordenaba que vinieran, cuando los encantadores vinieron y retiraron a los leones con sus encantamientos, y esto los trajo al rey.
22 Entonces Moisés se apresuró, y alzó la vara sobre los leones, y los desató; y Moisés y Aarón vinieron a la casa del rey.
23 Los leones también vinieron con ellos con alegría, y los siguieron y se regocijaron como se regocija un perro por su amo cuando vuelve del campo.
24 Y cuando Faraón vio esto, se asombró, y se llenó de gran temor por aquel rumor; porque su aspecto era como el aspecto de los hijos de Dios.
25 Y Faraón dijo a Moisés: ¿Qué pides? Y ellos le respondieron, diciendo: Jehová el Dios de los hebreos nos ha enviado a ti, para decirte: Envía a mi pueblo para que me sirva.
26 Y cuando Faraón oyó sus palabras, temió mucho delante de ellos, y les dijo: Andad hoy, y volved a mí mañana. Y ellos hicieron conforme a la palabra del rey.
27 Y cuando ellos se fueron, Faraón envió a buscar a Balaam el mago, y a Janes y a Jambres sus hijos, y a todos los magos, encantadores y consejeros que estaban delante del rey; y todos vinieron y se sentaron delante del rey.
28 Y el rey les contó todas las palabras que Moisés y su hermano Aarón le habían dicho; y los magos dijeron al rey: ¿Cómo llegaron aquellos hombres a ti, a causa de los leones que estaban encerrados a la puerta?
29 Y el rey respondió: Porque alzaron su vara contra los leones, y los soltaron, y vinieron a mí; y también los leones se regocijaron sobre ellos, como se regocija el perro cuando va al encuentro de su amo.
30 Y Balaam hijo de Beor el mago respondió al rey, diciendo: Éstos no son sino magos como nosotros.
31 Ahora pues, manda llamarlos, y que vengan, y los probaremos. Y el rey lo hizo así.
32 Y a la mañana siguiente Faraón mandó llamar a Moisés y a Aarón para que viniesen delante del rey, y ellos tomaron la vara de Dios, y vinieron al rey y le hablaron, diciendo:
33 Así dijo el Señor, el Dios de los hebreos: Envía mi pueblo para que me sirva.
34 Y el rey les dijo: ¿Quién os creerá a vosotros, que sois mensajeros de Dios, y que por orden suya venís a mí?
35 Ahora pues, da algún prodigio o señal en este asunto, y entonces serán creídas las palabras que hables.
36 Y Aarón se apresuró y arrojó la vara de su mano delante de Faraón y delante de sus siervos, y la vara se convirtió en serpiente.
37 Y los hechiceros vieron esto, y echaron cada uno su vara en tierra, y se convirtieron en serpientes.
38 Y la serpiente de la vara de Aarón levantó su cabeza, y abrió su boca para tragar las varas de los magos.
39 Y Balaam el mago respondió y dijo: Esto es desde el principio, que la serpiente traga a su compañera, y que los seres vivientes se devoran unos a otros.
40 Ahora pues, restáuralo a vara como era al principio, y nosotros también restauraremos nuestras varas como eran al principio, y si tu vara tragare nuestras varas, entonces sabremos que el Espíritu de Dios está en ti, y si no, sólo eres un artífice como nosotros.
41 Y Aarón se apresuró y extendió su mano, y asió la cola de la serpiente, la cual se convirtió en una vara en su mano; y los hechiceros hicieron lo mismo con sus varas, y cada uno asió la cola de su serpiente, y se convirtieron en varas como al principio.
42 Y cuando fueron restituidos a las varas, la vara de Aarón devoró las varas de ellos.
43 Y cuando el rey vio esto, ordenó que trajeran el libro de las crónicas de los reyes de Egipto, y trajeron el libro de las crónicas de los reyes de Egipto, en el cual estaban inscritos todos los ídolos de Egipto; porque pensaron hallar allí el nombre de Jehová, pero no lo hallaron.
44 Y Faraón dijo a Moisés y a Aarón: He aquí no he hallado el nombre de vuestro Dios escrito en este libro, ni sé su nombre.

45 Y los consejeros y los sabios respondieron al rey: Hemos oído que el Dios de los hebreos es hijo de sabios, hijo de reyes antiguos.
46 Y se volvió Faraón a Moisés y a Aarón, y les dijo: Yo no conozco al Señor de quien habláis, ni tampoco enviaré a su pueblo.
47 Y ellos respondieron y dijeron al rey: Jehová el Dios de los dioses es su nombre, el cual ha invocado su nombre sobre nosotros desde los días de nuestros padres, y nos envió a decir: Id a Faraón, y decidle: Envía a mi pueblo, para que me sirva.
48 Ahora pues, envíanos, y hagamos un viaje de tres días por el desierto, y le ofrezcamos allí sacrificios; porque desde los días que descendimos a Egipto, él no ha aceptado de nuestras manos ni holocausto, ni ofrenda, ni sacrificio; y si no nos envías, su ira se encenderá contra ti, y herirá a Egipto con plaga o con espada.
49 Y Faraón les dijo: Declaradme ahora su poder y su fortaleza. Y ellos le respondieron: Él creó los cielos y la tierra, los mares y todos los peces que hay en ellos; formó la luz, creó las tinieblas, hizo llover sobre la tierra y la regó, e hizo brotar la hierba y la hierba; creó al hombre y a la bestia y a los animales del bosque, las aves de los cielos y los peces del mar; y por su boca viven y mueren.
50 Ciertamente él te creó en el vientre de tu madre, y puso en ti aliento de vida, y te crió, y te puso sobre el trono real de Egipto; y te quitará el aliento y el alma, y te hará volver a la tierra de donde fuiste tomado.
51 Y el rey se enojó por sus palabras, y les dijo: ¿Quién, pues, entre todos los dioses de las naciones podrá hacer esto? Mi río es mío, y yo lo hice para mí.
52 Y los echó de sí, y ordenó que el trabajo sobre Israel fuera más severo que el de ayer y el de antes.
53 Y salieron Moisés y Aarón de delante del rey, y vieron a los hijos de Israel en mal estado, porque los capataces habían hecho su trabajo muy pesado.
54 Y Moisés volvió a Jehová, y dijo: ¿Por qué has maltratado a tu pueblo? Pues desde que vine a decir a Faraón lo que me enviaste a pedir, él ha maltratado mucho a los hijos de Israel.
55 Y Jehová dijo a Moisés: He aquí tú verás que con mano extendida, y con plagas grandes, Faraón dejará ir de su tierra a los hijos de Israel.
56 Y Moisés y Aarón habitaron entre sus hermanos los hijos de Israel en Egipto.
57 Y a los hijos de Israel los egipcios amargaron su vida con la servidumbre que les impusieron.

CAPÍTULO 80

1 Y al cabo de dos años, Jehová volvió a enviar a Moisés a Faraón, para sacar a los hijos de Israel, y enviarlos fuera de la tierra de Egipto.
2 Y Moisés fue y vino a la casa de Faraón, y le habló las palabras de Jehová que lo había enviado; pero Faraón no quiso escuchar la voz de Jehová; y Dios despertó su poder en Egipto sobre Faraón y sobre sus siervos, y Dios hirió a Faraón y a su pueblo con plagas muy grandes y dolorosas.
3 Y Jehová envió por mano de Aarón, y convirtió en sangre todas las aguas de Egipto, todos sus arroyos y ríos.
4 Y vino un egipcio a beber y a sacar agua, y miró dentro de su cántaro, y he aquí que toda el agua se había convertido en sangre; y cuando vino a beber de su copa, el agua de la copa se convirtió en sangre.
5 Y cuando una mujer amasaba su masa y cocinaba sus alimentos, el aspecto de éstos se tornó como el de la sangre.
6 Y Jehová volvió a enviar ranas, e hizo que todas sus aguas produjeran ranas, y todas las ranas entraron en las casas de los egipcios.
7 Y cuando los egipcios bebieron, se les llenó el vientre de ranas, y danzaron en sus vientres como se danza cuando se está en el río.
8 Y toda el agua que bebían y el agua que usaban para cocinar se convertía en ranas, y también cuando yacían en sus camas, su sudor criaba ranas.
9 Con todo esto la ira del Señor no se apartó de ellos, sino que su mano se extendió contra todos los egipcios para herirlos con toda plaga grave.
10 Y envió a convertir el polvo de ellos en piojos, los cuales crecieron en Egipto hasta dos codos de altura sobre la tierra.
11 Los piojos también fueron muy numerosos, en la carne de los hombres y de los animales, en todos los habitantes de Egipto; asimismo sobre el rey y sobre la reina envió Jehová piojos, y afligió Egipto en gran manera a causa de los piojos.
12 Con todo esto, la ira del Señor no se calmó, y su mano volvió a extenderse sobre Egipto.
13 Y envió Jehová toda clase de bestias del campo a Egipto, las cuales vinieron y destruyeron todo Egipto, hombres y bestias, árboles y todo lo que había en Egipto.
14 Y el Señor envió serpientes ardientes, escorpiones, ratones, comadrejas, sapos y otras bestias que se arrastraban en el polvo.
15 Moscas, avispones, pulgas, chinches y mosquitos, cada uno pulula según su especie.
16 Y toda clase de reptiles y animales alados vinieron a Egipto, y afligieron a los egipcios en gran manera.
17 Y las pulgas y las moscas entraron en los ojos y en los oídos de los egipcios.
18 Y la avispa vino sobre ellos, y los ahuyentó; y ellos se apartaron de ella a sus aposentos, y la avispa los siguió.
19 Y cuando los egipcios se escondieron a causa de la multitud de bestias, cerraron sus puertas tras sí, y Dios ordenó al sultán que estaba en el mar que subiera y entrara en Egipto.
20 Y tenía los brazos largos, de diez codos de longitud del codo de un hombre.
21 Y subió sobre los tejados, y descubrió las vigas y los solados, y los cortó; y extendió su brazo dentro de la casa, y quitó la cerradura y el cerrojo, y abrió las casas de Egipto.
22 Después vino la plaga de fieras a las casas de Egipto, y la plaga de fieras destruyó a los egipcios, y los dolió en gran manera.
23 Con todo esto, la ira del Señor no se apartó de los egipcios, y su mano volvió a extenderse contra ellos.
24 Y envió Dios la peste, y la peste invadió a Egipto, en los caballos, en los asnos, en los camellos, en las manadas de bueyes, en las ovejas, y en los hombres.
25 Y cuando los egipcios se levantaron muy de mañana para llevar sus ganados a pastar, hallaron todos sus ganados muertos.
26 Y del ganado de los egipcios sólo quedó uno de cada diez, y del ganado de Israel en Gosén no murió uno.

27 Y envió Dios una inflamación ardiente en la carne de los egipcios, la cual reventó su piel, y hubo una sarna maligna en todos los egipcios desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza.
28 Y había muchas llagas en su carne, y su carne se fue envejeciendo hasta corromperse y pudrirse.
29 Con todo esto, la ira del Señor no se calmó, y su mano siguió extendida sobre todo Egipto.
30 Y Jehová envió un granizo muy fuerte, el cual hirió sus viñas, y quebró sus árboles frutales, y los secó, y cayó sobre ellos.
31 También toda hierba verde se secó y pereció, porque en medio del granizo descendió un fuego mezclado; y el granizo y el fuego consumieron todo.
32 También los hombres y las bestias que se hallaban fuera perecieron por las llamas del fuego y por el granizo, y todos los leoncillos quedaron exhaustos.
33 Y el Señor envió y trajo muchas langostas a Egipto, langostas de Chacel, de Salom, de Chargol y de Chagole, langostas según su especie, que devoraron todo lo que el granizo había dejado.
34 Entonces los egipcios se alegraron de las langostas, aunque consumían el producto del campo; y las cogieron en abundancia, y las salaron para comer.
35 Y Jehová trajo un recio viento del mar, y se llevó todas las langostas, aun las que estaban saladas, y las arrojó al Mar Rojo; no quedó ni una langosta dentro de los límites de Egipto.
36 Y envió Dios oscuridad sobre Egipto, y toda la tierra de Egipto y de Patros quedó oscura por tres días, tanto que el hombre no podía ver su mano cuando la llevaba a la boca.
37 En aquel tiempo murieron muchos del pueblo de Israel que se habían rebelado contra el Señor y que no quisieron escuchar a Moisés y a Aarón, ni creyeron en los que Dios los había enviado.
38 Y los que habían dicho: No saldremos de Egipto, para que no perezcamos de hambre en un desierto desolado; y no quisieron escuchar la voz de Moisés.
39 Y Jehová los hirió en tres días de oscuridad, y los israelitas los sepultaron en aquellos días, sin que los egipcios lo supieran ni se alegraran por ello.
40 Y la oscuridad fue muy grande en Egipto por tres días, y cualquiera que estaba de pie cuando la oscuridad vino, permaneció de pie en su lugar, y el que estaba sentado permaneció sentado, y el que estaba acostado continuó acostado en el mismo estado, y el que estaba caminando permaneció sentado en el suelo en el mismo lugar; y esto sucedió a todos los egipcios, hasta que la oscuridad pasó.
41 Y pasaron los días de las tinieblas, y Jehová envió a Moisés y a Aarón a los hijos de Israel, diciendo: Celebrad vuestra fiesta y haced vuestra pascua; porque he aquí yo vengo en medio de la noche entre todos los egipcios, y heriré a todo primogénito de ellos, desde el primogénito de hombre hasta el primogénito de animal; y veré vuestra pascua y pasaré de vosotros.
42 Y los hijos de Israel hicieron conforme a todas las cosas que Jehová había mandado a Moisés y a Aarón; así lo hicieron aquella noche.
43 Y aconteció que a mitad de la noche salió Jehová por en medio de Egipto, e hirió a todo primogénito de los egipcios, desde el primogénito de hombre hasta el primogénito de animal.
44 Y se levantó aquella noche Faraón, él y todos sus siervos y todos los egipcios; y hubo un gran clamor en todo Egipto aquella noche; porque no había casa donde no hubiese algún cadáver.
45 También las imágenes de los primogénitos de Egipto, que estaban esculpidas en las paredes de sus casas, fueron destruidas y cayeron al suelo.
46 Aun los huesos de sus primogénitos que habían muerto antes de esto y que habían enterrado en sus casas, fueron recogidos por los perros de Egipto aquella noche y arrastrados delante de los egipcios y arrojados delante de ellos.
47 Y todos los egipcios vieron este mal que había venido repentinamente sobre ellos, y todos los egipcios clamaron a gran voz.
48 Y todas las familias de Egipto lloraron aquella noche, cada uno por su hijo, y cada uno por su hija, siendo ésta la primogénita; y el tumulto de Egipto se oyó a lo lejos aquella noche.
49 Y Batía hija de Faraón salió aquella noche con el rey a buscar a Moisés y a Aarón a sus casas; y los hallaron allí comiendo y bebiendo y regocijándose con todo Israel.
50 Y Batía dijo a Moisés: ¿Es ésta la retribución por el bien que te he hecho, habiendo yo te criado y te he cuidado, y has traído este mal sobre mí y sobre la casa de mi padre?
51 Y Moisés le respondió: Ciertamente diez plagas trajo Jehová sobre Egipto; ¿te ha sobrevenido algún mal de alguna de ellas? ¿Te ha sobrevenido alguno de ellos? Y ella respondió: No.
52 Y Moisés le respondió: Aunque tú eres la primogénita de tu madre, no morirás, ni te alcanzará ningún mal en medio de Egipto.
53 Y ella dijo: ¿Qué provecho tengo yo, viendo al rey, a mi hermano, y a toda su casa y a sus siervos en esta desgracia, cuyos primogénitos perecen con todos los primogénitos de Egipto?
54 Y Moisés le respondió: Ciertamente tu hermano y su casa, y sus siervos, las familias de Egipto, no escucharon las palabras de Jehová; por eso vino sobre ellos este mal.
55 Y se acercó Faraón rey de Egipto a Moisés y a Aarón, y a algunos de los hijos de Israel que estaban con ellos en aquel lugar, y les oró, diciendo:
56 Levántate y toma a tus hermanos, a todos los hijos de Israel que están en la tierra, con sus ovejas y sus vacas, y todo lo que les pertenece; no dejen nada; solamente orad por mí a Jehová vuestro Dios.
57 Y Moisés dijo a Faraón: He aquí que tú eres el primogénito de tu madre, no temas, pues no morirás; pues Jehová ha mandado que vivas, para mostrarte su grandeza, y la fuerza de su brazo extendido.
58 Y Faraón ordenó que los hijos de Israel fueran enviados, y todos los egipcios se esforzaron para enviarlos, porque decían: Todos perecemos.
59 Y todos los egipcios enviaron a los israelitas con grandes riquezas, ovejas y bueyes y cosas preciosas, conforme al juramento de Jehová entre él y nuestro padre Abraham.
60 Y los hijos de Israel tardaban en salir de noche; y cuando los egipcios vinieron a ellos para sacarlos, les dijeron: ¿Somos ladrones, para que salgamos de noche?

61 Y los hijos de Israel pidieron a los egipcios vasos de plata, vasos de oro y vestidos; y los hijos de Israel despojaron a los egipcios.
62 Y Moisés se apresuró y se levantó y fue al río de Egipto, y tomó de allí el féretro de José, y lo tomó consigo.
63 Y los hijos de Israel trajeron cada uno consigo el féretro de su padre, y cada uno los féretros de su tribu.

CAPÍTULO 81

1 Y partieron los hijos de Israel de Ramesés a Sucot, como seiscientos mil hombres de a pie, sin contar los niños y sus mujeres.
2 Subió también con ellos una multitud mixta, y ovejas y vacas, y mucho ganado.
3 Y el tiempo que los hijos de Israel habitaron en la tierra de Egipto con dura servidumbre, fue doscientos diez años.
4 Y al cabo de doscientos diez años, Jehová sacó a los hijos de Israel de Egipto con mano fuerte.
5 Y los hijos de Israel partieron de Egipto, de Gosén y de Ramesés, y acamparon en Sucot a los quince días del mes primero.
6 Y los egipcios enterraron a todos sus primogénitos que Jehová había herido, y todos los egipcios enterraron a sus muertos durante tres días.
7 Y los hijos de Israel partieron de Sucot y acamparon en Etom, al final del desierto.
8 Y al tercer día después que los egipcios hubieron enterrado a sus primogénitos, muchos hombres se levantaron de Egipto y fueron tras Israel para hacerlos volver a Egipto, porque se arrepintieron de haber echado a los israelitas de su servidumbre.
9 Y un hombre dijo a su compañero: Ciertamente Moisés y Aarón hablaron a Faraón, diciendo: Camino de tres días iremos por el desierto, y ofreceremos sacrificios a Jehová nuestro Dios.
10 Ahora pues, levantémonos de mañana y hagámoslos volver; y si ellos vuelven con nosotros a Egipto, a sus amos, entonces sabremos que hay fe en ellos; pero si no vuelven, entonces pelearemos con ellos, y los haremos volver con gran poder y con mano fuerte.
11 Y todos los nobles de Faraón se levantaron por la mañana, y con ellos como setecientos mil hombres, y salieron de Egipto aquel día, y llegaron al lugar donde estaban los hijos de Israel.
12 Y todos los egipcios vieron, y he aquí que Moisés y Aarón y todos los hijos de Israel estaban sentados delante de Pi-hahirot, comiendo y bebiendo, y celebrando la fiesta de Jehová.
13 Y todos los egipcios respondieron a los hijos de Israel: ¿Seguro que dijisteis: Camino de tres días haremos por el desierto, y ofreceremos sacrificios a nuestro Dios, y volveremos?
14 Ahora pues, hoy se cumplen cinco días desde que os fuisteis; ¿por qué no volvéis a vuestros amos?
15 Y Moisés y Aarón les respondieron, diciendo: Porque Jehová nuestro Dios nos ha testificado, diciendo: No volveréis más a Egipto, sino que nosotros nos iremos a una tierra que fluye leche y miel, como Jehová nuestro Dios juró a nuestros padres que nos la había de dar.
16 Y cuando los nobles de Egipto vieron que los hijos de Israel no los escuchaban para volver a Egipto, se prepararon para pelear contra Israel.
17 Y Jehová fortaleció el corazón de los hijos de Israel sobre los egipcios, y les dieron una gran paliza; y la batalla fue encarnizada sobre los egipcios, y todos los egipcios huyeron delante de los hijos de Israel, porque muchos de ellos perecieron a mano de Israel.
18 Y los nobles de Faraón fueron a Egipto, y lo hicieron saber a Faraón, diciendo: Los hijos de Israel han huido, y no volverán más a Egipto. Y así nos dijeron Moisés y Aarón.
19 Y oyó Faraón esto, y su corazón y el corazón de todos sus súbditos se volvió contra Israel, y se arrepintieron de haber enviado a Israel; y todos los egipcios aconsejaron a Faraón que persiguiera a los hijos de Israel, para hacerlos volver a sus tareas.
20 Y dijeron cada uno a su hermano: ¿Qué es esto que hemos hecho, que hemos echado a Israel de nuestra servidumbre?
21 Y el Señor fortaleció el corazón de todos los egipcios para perseguir a los israelitas, porque el Señor deseaba derrotar a los egipcios en el Mar Rojo.
22 Entonces Faraón se levantó, enganchó su carro, y mandó reunir a todos los egipcios; no quedó ni un solo hombre, excepto los niños y las mujeres.
23 Y salieron todos los egipcios con Faraón para perseguir a los hijos de Israel; y el campamento de Egipto era un campamento muy grande y pesado, como diezcientos mil hombres.
24 Y todo este campamento salió y persiguió a los hijos de Israel para hacerlos volver a Egipto, y los alcanzaron acampando junto al Mar Rojo.
25 Y los hijos de Israel alzaron sus ojos, y vieron que todos los egipcios los perseguían; y los hijos de Israel tuvieron gran temor a causa de ellos, y clamaron a Jehová.
26 Y a causa de los egipcios, los hijos de Israel se dividieron en cuatro divisiones, y estaban divididos en sus opiniones, porque tenían miedo de los egipcios; y Moisés habló a cada uno de ellos.
27 La primera división estaba formada por los hijos de Rubén, Simeón e Isacar, y resolvieron arrojarse al mar, porque tenían mucho miedo de los egipcios.
28 Y Moisés les respondió: No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros.
29 La segunda división estaba formada por los hijos de Zabulón, Benjamín y Neftalí, y resolvieron regresar a Egipto con los egipcios.
30 Y Moisés les respondió: No temáis; porque como habéis visto hoy a los egipcios, nunca más para siempre los veréis.
31 La tercera división estaba formada por los hijos de Judá y de José, y resolvieron ir al encuentro de los egipcios para pelear contra ellos.
32 Y Moisés les dijo: Estad en vuestros puestos, porque Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos.
33 Y la cuarta división era de los hijos de Leví, Gad y Aser, y ellos resolvieron entrar en medio de los egipcios para confundirlos, y Moisés les dijo: Permaneced en vuestros puestos y no temáis, solamente clamad al Señor, para que os salve de sus manos.
34 Después de esto Moisés se levantó de en medio del pueblo y oró al Señor, y dijo:

35 Oh Señor, Dios de toda la tierra, salva ahora a tu pueblo que sacaste de Egipto, y no se gloríen los egipcios diciendo que tienen poder y fortaleza.
36 Entonces Jehová dijo a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen; y extiende tú tu vara sobre el mar, y divídelo, para que pasen por él los hijos de Israel.
37 Y Moisés lo hizo así, y alzó su vara sobre el mar, y lo partió.
38 Y las aguas del mar se dividieron en doce partes, y los hijos de Israel pasaron a pie, con zapatos, como se pasa por un camino preparado.
39 Y Jehová manifestó sus maravillas a los hijos de Israel en Egipto y en el mar por mano de Moisés y de Aarón.
40 Y cuando los hijos de Israel entraron en el mar, los egipcios vinieron tras ellos, y las aguas del mar volvieron sobre ellos, y todos se hundieron en el agua, y no quedó ni un hombre excepto Faraón, quien dio gracias al Señor y creyó en él, por lo cual el Señor no lo hizo perecer en esa ocasión con los egipcios.
41 Y el Señor ordenó a un ángel que lo tomara de entre los egipcios, y lo arrojó a la tierra de Nínive, y reinó sobre ella muchos días.
42 Y aquel día salvó Jehová a Israel de mano de Egipto, y todos los hijos de Israel vieron que los egipcios habían perecido, y vieron la gran mano de Jehová, en lo que había hecho en Egipto y en el mar.
43 Entonces cantaron Moisés y los hijos de Israel este cántico a Jehová, el día que Jehová hizo caer a los egipcios delante de ellos.
44 Y todo Israel cantó a una, diciendo: Cantaré yo a Jehová, porque es muy exaltado; ha echado en el mar al caballo y al jinete; he aquí está escrito en el libro de la ley de Dios.
45 Después de esto los hijos de Israel prosiguieron su viaje, y acamparon en Mara; y Jehová dio a los hijos de Israel estatutos y decretos en aquel lugar en Mara, y mandó Jehová a los hijos de Israel que anduviesen en todos sus caminos, y que le sirviesen.
46 Partieron de Mara y llegaron a Elim; y en Elim había doce fuentes de aguas, y setenta árboles de dátiles; y los hijos acamparon allí junto a las aguas.
47 Partieron de Elim y llegaron al desierto de Sin, a los quince días del segundo mes después de su salida de Egipto.
48 En aquel tiempo el Señor dio el maná a los hijos de Israel para comer, e hizo llover del cielo alimento para los hijos de Israel cada día.
49 Y los hijos de Israel comieron el maná cuarenta años, todos los días que estuvieron en el desierto, hasta que llegaron a la tierra de Canaán para tomar posesión de ella.
50 Y salieron del desierto de Sin y acamparon en Alús.
51 Y partieron de Alús y acamparon en Refidim.
52 Y cuando los hijos de Israel estaban en Refidim, Amalec hijo de Elifaz, hijo de Esaú, hermano de Zefo, vino para pelear contra Israel.
53 Y trajo consigo ochocientos un mil hombres, magos y encantadores, y se preparó para la batalla contra Israel en Refidim.
54 Y ellos hicieron una batalla grande y reñida contra Israel, y el Señor entregó a Amalec y a su pueblo en manos de Moisés y de los hijos de Israel, y en manos de Josué hijo de Nun, efrateo, siervo de Moisés.
55 Y los hijos de Israel hirieron a Amalec y a su pueblo a filo de espada; y la batalla fue muy dura para los hijos de Israel.
56 Y Jehová dijo a Moisés: Escribe esto para memoria tuya en un libro, y ponlo en mano de Josué hijo de Nun, tu siervo, y manda a los hijos de Israel diciendo: Cuando hayas entrado en la tierra de Canaán, raerás completamente la memoria de Amalec de debajo del cielo.
57 Y Moisés lo hizo así; y tomó el libro y escribió en él estas palabras, diciendo:
58 Acuérdate de lo que te hizo Amalec en el camino, cuando salías de Egipto.
59 ¿Quién te salió al encuentro en el camino y te golpeó por la retaguardia? Y los que iban detrás de ti, cuando tú estabas cansado y fatigado.
60 Por tanto, cuando Jehová tu Dios te haya dado descanso de todos tus enemigos alrededor, en la tierra que Jehová tu Dios te da por heredad para que la poseas, raerás la memoria de Amalec de debajo del cielo; no te olvidarás de ella.
61 Y al rey que tuviere misericordia de Amalec, o de su memoria, o de su descendencia, he aquí yo lo demandaré de él, y lo cortaré de entre su pueblo.
62 Y Moisés escribió todas estas cosas en un libro, y mandó a los hijos de Israel acerca de todos estos asuntos.

CAPÍTULO 82

1 Y los hijos de Israel partieron de Refidim y acamparon en el desierto de Sinaí, en el mes tercero desde que salieron de Egipto.
2 En aquel tiempo vino Reuel madianita, suegro de Moisés, con Séfora su hija y sus dos hijos, porque había oído las maravillas que Jehová había hecho con Israel, al librarlo de mano de Egipto.
3 Y vino Reuel a Moisés al desierto, donde él estaba acampado, donde estaba el monte de Dios.
4 Y salió Moisés a recibir a su suegro con gran honra, y todo Israel estaba con él.
5 Y Reuel y sus hijos permanecieron entre los hijos de Israel durante muchos días, y Reuel conoció al Señor desde aquel día en adelante.
6 Y en el mes tercero desde la salida de los hijos de Israel de Egipto, el día sexto, el Señor dio a Israel los diez mandamientos en el monte Sinaí.
7 Y todo Israel oyó todos estos mandamientos, y todo Israel se regocijó mucho en Jehová aquel día.
8 Y la gloria de Jehová reposó sobre el monte Sinaí; y llamó a Moisés, y Moisés vino en medio de una nube, y subió al monte.
9 Y estuvo Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches; no comió pan ni bebió agua; y Jehová le instruyó en los estatutos y decretos, para que enseñase a los hijos de Israel.
10 Y escribió Jehová los diez mandamientos que había prescrito a los hijos de Israel en dos tablas de piedra, las cuales dio a Moisés para que las mandase a los hijos de Israel.
11 Al cabo de cuarenta días y cuarenta noches, cuando el Señor acabó de hablar a Moisés en el monte Sinaí, el Señor dio a Moisés las tablas de piedra escritas con el dedo de Dios.

12 Y viendo los hijos de Israel que Moisés tardaba en descender del monte, se acercaron a Aarón, y dijeron: A este hombre Moisés, no sabemos qué le haya acontecido.
13 Ahora pues, levántate y haznos un dios que vaya delante de nosotros, para que no mueras.
14 Y Aarón tuvo gran temor del pueblo, y mandó que le trajeran oro, e hizo con él un becerro de fundición para el pueblo.
15 Y Jehová dijo a Moisés, antes que descendiese del monte: Desciende, porque tu pueblo que sacaste de Egipto se ha corrompido.
16 Se han hecho un becerro de fundición, y se han inclinado ante él; ahora, pues, déjame, y los consumiré de la tierra, porque son pueblo de dura cerviz.
17 Y Moisés imploró la presencia de Jehová, y oró a Jehová por el pueblo, a causa del becerro que habían hecho; y después descendió del monte, y en sus manos estaban las dos tablas de piedra que Dios le había dado para mandar a los hijos de Israel.
18 Y cuando Moisés se acercó al campamento, y vio el becerro que el pueblo había hecho, se encendió la ira de Moisés, y quebró las tablas al pie del monte.
19 Y Moisés vino al campamento, y tomó el becerro, y lo quemó en el fuego, y lo molió hasta reducirlo a polvo, y lo esparció sobre las aguas, y dio a beber a los hijos de Israel.
20 Y del pueblo murieron a espada unos de otros como tres mil hombres de los que habían hecho el becerro.
21 Aconteció que el día siguiente Moisés dijo al pueblo: Yo subiré a Jehová, para quizá expiar vuestros pecados con que habéis cometido contra Jehová.
22 Y Moisés volvió a subir a Jehová, y estuvo con Jehová cuarenta días y cuarenta noches.
23 Y durante los cuarenta días oró Moisés al Señor por los hijos de Israel, y el Señor escuchó la oración de Moisés, y el Señor le fue pedido por Israel.
24 Entonces el Señor le ordenó a Moisés que labrara dos tablas de piedra y las trajera ante el Señor, y él escribiría en ellas los diez mandamientos.
25 Moisés lo hizo así; descendió, cortó las dos tablas y subió al monte Sinaí donde el Señor estaba; y el Señor escribió los diez mandamientos en las tablas.
26 Y Moisés permaneció aún con Jehová cuarenta días y cuarenta noches; y Jehová le dio estatutos y decretos para que los impartiese a Israel.
27 Y le mandó Jehová acerca de los hijos de Israel, que hiciesen un santuario a Jehová, para que su nombre reposara en él; y le mostró Jehová la imagen del santuario, y la imagen de todos sus vasos.
28 Y al cabo de los cuarenta días, Moisés descendió del monte con las dos tablas en su mano.
29 Y vino Moisés a los hijos de Israel, y les habló todas las palabras de Jehová, y les enseñó las leyes, estatutos y decretos que Jehová le había enseñado.
30 Y Moisés refirió a los hijos de Israel la palabra de Jehová, que le había de ser hecho santuario, para que habitase entre los hijos de Israel.
31 Y el pueblo se alegró mucho por todo el bien que Jehová les había dicho por medio de Moisés, y dijeron: Haremos todas las cosas que Jehová te ha dicho.
32 Y el pueblo se levantó como un solo hombre, y ofrecieron ofrendas generosas al santuario de Jehová, y cada uno trajo ofrenda a Jehová para la obra del santuario y para todo su servicio.
33 Y todos los hijos de Israel trajeron cada uno de todo lo que se halló en su poder para la obra del santuario de Jehová, oro, plata, bronce y todo lo que servía para el santuario.
34 Y vinieron todos los sabios que eran expertos en obra, e hicieron el santuario de Jehová, conforme a todo lo que Jehová había mandado, cada uno en la obra en que había sido experto; y todos los sabios de corazón hicieron el santuario, y sus utensilios, y todos los utensilios para el servicio santo, como Jehová había mandado a Moisés.
35 Y la obra del santuario del tabernáculo fue acabada al cabo de los cinco meses; y los hijos de Israel hicieron todas las cosas que Jehová había mandado a Moisés.
36 Y trajeron el santuario y todos sus utensilios a Moisés; conforme a la representación que Jehová había mostrado a Moisés, así hicieron los hijos de Israel.
37 Y vio Moisés la obra, y he aquí que la hacían como Jehová le había mandado; y los bendijo Moisés.

CAPÍTULO 83

1 Y en el mes duodécimo, a los veintitrés días del mes, Moisés tomó a Aarón y a sus hijos, y los vistió con sus vestiduras, y los ungió, e hizo con ellos como Jehová le había mandado; y presentó Moisés todas las ofrendas que Jehová le había mandado aquel día.
2 Después Moisés tomó a Aarón y a sus hijos, y les dijo: Siete días estaréis a la puerta del tabernáculo, porque así me he mandado.
3 Y Aarón y sus hijos hicieron todas las cosas que Jehová les había mandado por medio de Moisés, y estuvieron siete días a la puerta del tabernáculo.
4 Y el octavo día, el primero del primer mes, en el segundo año desde la salida de los hijos de Israel de Egipto, Moisés erigió el santuario, y Moisés montó todos los utensilios del tabernáculo y todos los utensilios del santuario, e hizo todas las cosas que Jehová le había mandado.
5 Y Moisés llamó a Aarón y a sus hijos, y ellos ofrecieron el holocausto y la expiación por el pecado por ellos y por los hijos de Israel, como Jehová lo había mandado a Moisés.
6 Aquel día los dos hijos de Aarón, Nadab y Abiú, tomaron fuego extraño y lo trajeron delante de Jehová, quien no les había mandado; y salió fuego de delante de Jehová, y los consumió, y murieron delante de Jehová aquel día.
7 El día en que Moisés acabó de erigir el santuario, los príncipes de los hijos de Israel comenzaron a traer sus ofrendas delante del Señor para la dedicación del altar.
8 Y cada príncipe presentó su ofrenda un día, un príncipe por cada día, durante doce días.
9Y todas las ofrendas que trajeron cada uno en su día, una fuente de plata de ciento treinta siclos de peso, un jarro de plata de setenta siclos, al siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite para ofrenda.
10 Una cuchara de diez siclos de oro de peso, llena de incienso.
11 Un becerro, un carnero y un cordero de un año para holocausto.
12 y un macho cabrío para ofrenda por el pecado.

13 Y para sacrificio de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año.
14 Así hacían los doce príncipes de Israel cada día, cada uno en su día.
15 Después de esto, en el día trece del mes, Moisés mandó a los hijos de Israel que celebrasen la Pascua.
16 Y los hijos de Israel celebraron la pascua a su tiempo, a los catorce del mes, como Jehová lo mandó a Moisés; así lo hicieron los hijos de Israel.
17 Y en el mes segundo, el primer día del mismo, habló Jehová a Moisés, diciendo:
18 Cuenta las cabezas de todos los varones de los hijos de Israel de veinte años arriba, tú y tu hermano Aarón, y los doce príncipes de Israel.
19 Y Moisés lo hizo así; y vino Aarón con los doce príncipes de Israel, y contaron a los hijos de Israel en el desierto de Sinaí.
20 Y los números de los hijos de Israel según las casas de sus padres, de veinte años arriba, fueron seiscientos tres mil quinientos cincuenta.
21 Pero los hijos de Leví no fueron contados entre sus hermanos, los hijos de Israel.
22 Y el número de todos los varones de los hijos de Israel de un mes arriba fue veintidós mil doscientos setenta y tres.
23 Y el número de los hijos de Leví de un mes arriba fue veintidós mil.
24 Y puso Moisés a los sacerdotes y a los levitas, cada uno en su servicio y en su cargo, para servir en el santuario del tabernáculo, como Jehová lo había mandado a Moisés.
25 Y el día veinte del mes la nube se apartó del tabernáculo del testimonio.
26 En aquel tiempo los hijos de Israel continuaron su viaje desde el desierto de Sinaí, y anduvieron un camino de tres días, y la nube se detuvo sobre el desierto de Parán; allí se encendió la ira de Jehová contra Israel, porque habían provocado a Jehová pidiéndole carne para comer.
27 Y Jehová escuchó su voz, y les dio carne, y comieron durante un mes.
28 Pero después de esto se encendió la ira del Señor contra ellos, y los hirió con gran mortandad, y fueron sepultados allí en aquel lugar.
29 Y los hijos de Israel llamaron aquel lugar Kebroth-hattaava, porque allí sepultaron al pueblo apasionado por la carne.
30 Y partieron de Kebrot-hataava y acamparon en Hazerot, que está en el desierto de Parán.
31 Y estando los hijos de Israel en Hazerot, la ira de Jehová se encendió contra María, a causa de Moisés, y ella quedó leprosa, blanca como la nieve.
32 Y ella estuvo confinada fuera del campamento por siete días, hasta que fue recibida de nuevo, de su lepra.
33 Después los hijos de Israel partieron de Hazerot y acamparon en el extremo del desierto de Parán.
34 En aquel tiempo, el Señor le ordenó a Moisés que enviara doce hombres de entre los hijos de Israel, un hombre por cada tribu, para que fueran a explorar la tierra de Canaán.
35 Y Moisés envió doce hombres, los cuales vinieron a la tierra de Canaán para reconocerla y reconocerla, y exploraron toda la tierra desde el desierto de Sin hasta Recab, llegando a Hamot.
36 Y al cabo de cuarenta días vinieron a Moisés y a Aarón, y le trajeron respuesta como estaba en sus corazones; y diez de aquellos hombres trajeron mal informe a los hijos de Israel, acerca de la tierra que habían explorado, diciendo: Mejor nos es volver a Egipto, que ir a esta tierra, tierra que devora a sus moradores.
37 Pero Josué hijo de Nun y Caleb hijo de Jefone, que eran de los que reconocieron la tierra, dijeron: La tierra es muy buena.
38 Si el Señor se agrada de nosotros, nos llevará a esta tierra y nos la entregará, porque es una tierra que mana leche y miel.
39 Pero los hijos de Israel no los escucharon, sino que escucharon las palabras de los diez hombres que habían hablado mal de la tierra.
40 Y oyó Jehová las murmuraciones de los hijos de Israel, y se enojó, y juró, diciendo:
41 Ciertamente ningún hombre de esta mala generación de veinte años arriba verá la tierra, excepto Caleb hijo de Jefone, y Josué hijo de Nun.
42 Pero ciertamente esta generación malvada perecerá en este desierto, y sus hijos entrarán en la tierra y la poseerán; por eso la ira del Señor se encendió contra Israel, y los hizo vagar por el desierto durante cuarenta años hasta el fin de aquella generación malvada, porque no siguieron al Señor.
43 Y el pueblo habitó en el desierto de Parán por mucho tiempo, y después prosiguieron hacia el desierto por el camino del Mar Rojo.

CAPÍTULO 84

1 En aquel tiempo Coré hijo de Jeter, hijo de Kehat, hijo de Leví, tomó muchos hombres de los hijos de Israel, y se levantaron y riñeron contra Moisés, Aarón y toda la congregación.
2 Y Jehová se enojó contra ellos, y la tierra abrió su boca y los tragó a ellos, a sus casas y a todo lo que tenían, y a todos los varones de Coré.
3 Después de esto hizo Dios que el pueblo siguiera dando vueltas por el camino del monte de Seir durante mucho tiempo.
4 En aquel tiempo Jehová dijo a Moisés: No provoques guerra contra los hijos de Esaú, porque no te daré nada de lo que es de ellos, ni aun lo que alcanza la planta de un pie; pues a Esaú he dado por heredad el monte de Seir.
5 Por eso los hijos de Esaú pelearon contra los hijos de Seir en tiempos pasados, y el Señor entregó a los hijos de Seir en manos de los hijos de Esaú, y los destruyó de delante de ellos; y los hijos de Esaú habitaron en lugar de ellos hasta hoy.
6 Por tanto, Jehová dijo a los hijos de Israel: No peleéis contra los hijos de Esaú vuestros hermanos, porque nada de lo que hay en su tierra os pertenece; mas podréis comprar de ellos por dinero alimentos, y comed; y podréis comprar de ellos agua por dinero, y beberla.
7 Y los hijos de Israel hicieron conforme a la palabra de Jehová.
8 Y los hijos de Israel anduvieron por el desierto, dando vueltas por el camino del monte Sinaí por mucho tiempo, y no tocaron a los hijos de Esaú; y estuvieron en aquella región diecinueve años.

9 En aquel tiempo murió Latino, rey de los hijos de Quitim, en el año cuarenta y cinco de su reinado, que es el año catorce de la salida de los hijos de Israel de Egipto.
10 Y lo sepultaron en el lugar que él había edificado para sí en la tierra de Quitim; y reinó Abimnas en su lugar treinta y ocho años.
11 Y los hijos de Israel pasaron el límite de los hijos de Esaú en aquellos días, al cabo de diecinueve años, y vinieron, y pasaron por el camino del desierto de Moab.
12 Y Jehová dijo a Moisés: No sitiéis a Moab, ni peleéis contra ellos, porque no os daré nada de su tierra.
13 Y los hijos de Israel anduvieron por el camino del desierto de Moab diecinueve años, y no pelearon contra ellos.
14 Y aconteció que en el año treinta y seis de la salida de los hijos de Israel de Egipto, Jehová hirió el corazón de Sehón rey de los amorreos, y éste hizo guerra, y salió a pelear contra los hijos de Moab.
15 Y envió Sehón mensajeros a Beor hijo de Janeas, hijo de Balaam, consejero del rey de Egipto, y a Balaam su hijo, para que maldijeran a Moab, a fin de que fuese entregado en mano de Sehón.
16 Y los mensajeros fueron y trajeron a Beor hijo de Janeas, y a Balaam su hijo, de Petor de Mesopotamia; y llegaron Beor y Balaam su hijo a la ciudad de Sehón, y maldijeron a Moab y a su rey delante de Sehón rey de los amorreos.
17 Salió, pues, Sehón con todo su ejército, y vino a Moab, y peleó contra ellos, y los sometió; y Jehová los entregó en sus manos, y Sehón mató al rey de Moab.
18 Y tomó Sehón todas las ciudades de Moab en la batalla, y también les tomó a Hesbón, porque Hesbón era una de las ciudades de Moab; y puso Sehón sus príncipes y sus nobles en Hesbón; y Hesbón pertenecía a Sehón en aquellos días.
19 Entonces Beor y Balaam su hijo, los que hablaban en parábolas, hablaron estas palabras, diciendo: Venid a Hesbón; la ciudad de Sehón será reedificada y establecida.
20 ¡Ay de ti, Moab! ¡Estás perdido, pueblo de Quemós! He aquí, está escrito en el libro de la ley de Dios.
21 Y cuando Sehón hubo conquistado Moab, puso guardias en las ciudades que había tomado de Moab, y un número considerable de los hijos de Moab cayeron en batalla en manos de Sehón, e hizo una gran captura de ellos, hijos e hijas, y mató a su rey; y Sehón regresó a su propia tierra.
22 Y dio Sehón numerosos presentes de plata y oro a Beor y a Balaam su hijo, y los despidió, y ellos regresaron a Mesopotamia, a su tierra y a su hogar.
23 En aquel tiempo todos los hijos de Israel se apartaron del camino del desierto de Moab, y volvieron y rodearon el desierto de Edom.
24 Llegó, pues, toda la congregación al desierto de Sin, en el primer mes del año cuarenta después de su salida de Egipto; y los hijos de Israel habitaron allí, en Cades, junto al desierto de Sin; y allí murió María, y allí fue sepultada.
25 En aquel tiempo Moisés envió mensajeros a Hadad rey de Edom, diciendo: Así dice Israel tu hermano: Te ruego que me dejes pasar por tu tierra; no pasaremos por labranza ni por viña, ni beberemos agua de pozo; por el camino del rey andaremos.
26 Y Edom le respondió: No pasarás por mi tierra. Y salió Edom al encuentro de los hijos de Israel con un pueblo poderoso.
27 Y los hijos de Esaú rehusaron dejar pasar a los hijos de Israel por su tierra, y los israelitas se apartaron de ellos y no pelearon contra ellos.
28 Porque antes de esto el Señor había ordenado a los hijos de Israel, diciendo: No peleaéis contra los hijos de Esaú; por eso los hijos de Israel se apartaron de ellos, y no pelearon contra ellos.
29 Partieron, pues, los hijos de Israel de Cades, y todo el pueblo llegó al monte Hor.
30 En aquel tiempo Jehová dijo a Moisés: Di a tu hermano Aarón que morirá allí, porque no entrará en la tierra que yo he dado a los hijos de Israel.
31 Y subió Aarón, por mandato de Jehová, al monte Hor, en el año cuarenta, en el mes quinto, el día primero del mes.
32 Y Aarón tenía ciento veintitrés años cuando murió en el monte Hor.

CAPÍTULO 85

1 Y el rey Arad el cananeo, que habitaba en el Neguev, oyó que los israelitas habían venido por el camino de los espías, y dispuso sus fuerzas para pelear contra los israelitas.
2 Y los hijos de Israel le tenían gran temor, porque tenía un ejército grande y pesado; por lo que los hijos de Israel decidieron regresar a Egipto.
3 Y los hijos de Israel regresaron aproximadamente tres días de camino hasta Maserat-beni-jaacón, porque tuvieron gran temor a causa del rey de Arad.
4 Y los hijos de Israel no quisieron volver a sus lugares, por lo que permanecieron en Beni-jaacón durante treinta días.
5 Y cuando los hijos de Leví vieron que los hijos de Israel no se volvían atrás, tuvieron celos por amor de Jehová, y se levantaron y pelearon contra los israelitas sus hermanos, y mataron a un gran número de ellos, y los obligaron a volverse a su lugar, al monte Hor.
6 Cuando regresaron, el rey Arad todavía estaba preparando su ejército para la batalla contra los israelitas.
7 E Israel hizo voto, diciendo: Si entregas este pueblo en mis manos, yo destruiré completamente sus ciudades.
8 Y Jehová escuchó la voz de Israel, y entregó al cananeo en sus manos, y los destruyó por completo, a ellos y a sus ciudades; y llamó aquel lugar Horma.
9 Y los hijos de Israel partieron del monte de Hor y acamparon en Obot, y partieron de Obot y acamparon en Ije-abarim, en el territorio de Moab.
10 Y los hijos de Israel enviaron a decir a Moab: Permítenos pasar ahora por tu tierra a nuestro lugar. Pero los hijos de Moab no quisieron dejar pasar a los hijos de Israel por su tierra, porque los hijos de Moab tenían gran temor de que los hijos de Israel les hicieran como les había hecho Sehón rey de los amorreos, que se había apoderado de su tierra y había matado a muchos de ellos.
11 Por eso Moab no permitió que los hijos de Israel pasaran por su tierra; y Jehová mandó a los hijos de Israel, diciendo: No peleasen contra Moab; y los hijos de Israel se apartaron de Moab.
12 Y los hijos de Israel partieron del límite de Moab, y llegaron al otro lado de Arnón, límite de Moab, entre Moab y el amorreo, y acamparon en el límite de Sehón rey de los amorreos, en el desierto de Cademot.

13 Y los hijos de Israel enviaron mensajeros a Sehón rey de los amorreos, diciendo:
14 Déjanos pasar por tu tierra; no nos desviaremos por los campos ni por las viñas; iremos por el camino real, hasta que pasemos tu territorio; pero Sehón no permitió que los hijos de Israel pasaran.
15 Entonces Sehón reunió a todo el pueblo de los amorreos y salió al desierto para enfrentarse a los hijos de Israel, y peleó contra Israel en Jahaza.
16 Y Jehová entregó a Sehón rey de los amorreos en mano de los hijos de Israel, e Israel hirió a filo de espada a todos los hijos de Sehón, y vengó la causa de Moab.
17 Y los hijos de Israel tomaron posesión de la tierra de Sehón, desde Aram hasta Jabuc, a los hijos de Amón, y tomaron todo el botín de las ciudades.
18 E Israel tomó todas estas ciudades, y habitó Israel en todas las ciudades de los amorreos.
19 Y todos los hijos de Israel resolvieron pelear contra los hijos de Amón, para tomar también su tierra.
20 Entonces Jehová dijo a los hijos de Israel: No sitiéis a los hijos de Amón, ni les provoquéis guerra, porque no os daré nada de su tierra. Y los hijos de Israel obedecieron a la palabra de Jehová, y no pelearon contra los hijos de Amón.
21 Y los hijos de Israel se volvieron y subieron por el camino de Basán a la tierra de Og rey de Basán; y salió Og rey de Basán al encuentro de los hijos de Israel en batalla, y tenía consigo muchos hombres valientes, y un ejército muy poderoso del pueblo de los amorreos.
22 Y Og rey de Basán era hombre muy poderoso, pero Naarón su hijo era muy poderoso, más fuerte que él.
23 Y dijo Og en su corazón: He aquí ahora todo el campamento de Israel ocupa un espacio de tres parsas; ahora los heriré de una vez, sin espada ni lanza.
24 Y subió Og al monte de Jahaz, y tomó de allí una gran piedra, cuya longitud era de tres parsas, y la puso sobre su cabeza, y decidió arrojarla sobre el campamento de los hijos de Israel, para herir a todos los israelitas con aquella piedra.
25 Y vino el ángel de Jehová, y traspasó la piedra en la cabeza de Og, y la piedra cayó sobre el cuello de Og, y Og cayó a tierra por el peso de la piedra sobre su cuello.
26 En aquel tiempo el Señor dijo a los hijos de Israel: No tengáis miedo de él, porque yo lo he entregado en vuestras manos a él y a todo su pueblo y toda su tierra; y haréis con él lo mismo que hicisteis con Sehón.
27 Y descendió Moisés a él con un pequeño grupo de los hijos de Israel, y Moisés hirió a Og con un palo en los tobillos de sus pies, y lo mató.
28 Después los hijos de Israel persiguieron a los hijos de Og y a todo su pueblo, y los derrotaron y los destruyeron hasta que no quedó remanente de ellos.
29 Después Moisés envió a algunos de los hijos de Israel a reconocer a Jazer, porque Jazer era una ciudad muy famosa.
30 Y los espías fueron a Jazer y la exploraron; y los espías confiaron en Jehová, y pelearon contra los de Jazer.
31 Y estos hombres tomaron a Jazer y sus aldeas, y el Señor los entregó en sus manos, y ellos expulsaron al amorreo que había estado allí.
32 Y los hijos de Israel tomaron la tierra de los dos reyes de los amorreos, sesenta ciudades que estaban al otro lado del Jordán, desde el arroyo de Arnón hasta el monte de Hernán.
33 Y los hijos de Israel partieron, y llegaron a los campos de Moab, que están a este lado del Jordán, junto a Jericó.
34 Y los hijos de Moab oyeron todo el mal que los hijos de Israel habían hecho a los dos reyes de los amorreos, a Sehón y a Og; y todos los hombres de Moab tuvieron gran temor de los hijos de Israel.
35 Y los ancianos de Moab dijeron: He aquí los dos reyes de los amorreos, Sehón y Og, que eran más poderosos que todos los reyes de la tierra, no pudieron hacer frente a los hijos de Israel; ¿cómo, pues, podremos nosotros estar delante de ellos?
36 Ciertamente ellos nos enviaron un mensaje antes de ahora para que pasaran por nuestra tierra en su camino, y no los permitimos, ahora ellos se volverán contra nosotros con sus espadas pesadas y nos destruirán; y Moab estaba angustiado a causa de los hijos de Israel, y tuvieron gran temor de ellos, y consultaron juntos qué se había de hacer a los hijos de Israel.
37 Y los ancianos de Moab decidieron tomar de entre sus hombres a Balac hijo de Zippor moabita, y lo pusieron por rey sobre ellos en aquel tiempo; y Balac era un hombre muy sabio.
38 Y los ancianos de Moab se levantaron y enviaron mensajes a los hijos de Madián para hacer la paz con ellos; porque en aquellos días había habido una gran batalla y enemistad entre Moab y Madián, desde los días de Hadad hijo de Bedad, rey de Edom, el cual derrotó a Madián en el campo de Moab, hasta estos días.
39 Y los hijos de Moab enviaron mensajes a los hijos de Madián, y éstos hicieron paz con ellos; y los ancianos de Madián vinieron a la tierra de Moab para hacer la paz en favor de los hijos de Madián.
40 Y los ancianos de Moab consultaron con los ancianos de Madián sobre lo que debían hacer para salvar sus vidas delante de Israel.
41 Y todos los hijos de Moab dijeron a los ancianos de Madián: Ahora pues, los hijos de Israel lamen todo lo que está en derredor nuestro, como lame el buey la hierba del campo; porque así hicieron a los dos reyes de los amorreos, que son más fuertes que nosotros.
42 Y los ancianos de Madián dijeron a Moab: Hemos oído que en el tiempo en que Sehón rey de los amorreos peleó contra vosotros, cuando os venció y tomó vuestra tierra, él envió a Beor hijo de Janeas y a Balaam su hijo desde Mesopotamia, los cuales vinieron y os maldijeron; por eso la mano de Sehón prevaleció sobre vosotros, y tomó vuestra tierra.
43 Ahora pues, enviad también vosotros a Balaam su hijo, pues él aún está en su tierra, y dadle su jornal, para que venga y maldiga a todo el pueblo de cuya presencia tenéis temor. Y oyeron esto los ancianos de Moab, y les pareció bien enviar a Balaam hijo de Beor.
44 Entonces Balac hijo de Zipor, rey de Moab, envió mensajeros a Balaam, diciendo:
45 He aquí un pueblo que ha salido de Egipto, he aquí que cubre la faz de la tierra, y está delante de mí.
46 Ahora pues, ven y maldice a este pueblo por mí, porque son más fuertes que yo; quizá yo pueda pelear contra ellos y echarlos; porque he oído que el que tú bendigas será bendito, y el que tú maldigas será maldito.
47 Entonces los mensajeros de Balac fueron a Balaam y lo llevaron para maldecir al pueblo y pelear contra Moab.

48 Y vino Balaam a Balac para maldecir a Israel; y Jehová dijo a Balaam: No maldigas a este pueblo, porque es bendito.
49 Y Balac instaba cada día a Balaam a maldecir a Israel; pero Balaam no escuchó a Balac a causa de la palabra de Jehová que él había hablado a Balaam.
50 Y viendo Balac que Balaam no accedía a su deseo, se levantó y se fue a su casa; y Balaam también regresó a su tierra, y de allí se fue a Madián.
51 Y los hijos de Israel partieron de los campos de Moab, y acamparon junto al Jordán, desde Bet-jesimot hasta Abel-sitim, al extremo de los campos de Moab.
52 Y aconteció que cuando los hijos de Israel se establecieron en la llanura de Sitim, comenzaron a fornicar con las hijas de Moab.
53 Y los hijos de Israel se acercaron a Moab, y los hijos de Moab acamparon frente al campamento de los hijos de Israel.
54 Y los hijos de Moab tuvieron miedo de los hijos de Israel, y los hijos de Moab tomaron a todas sus hijas y a sus mujeres de hermoso aspecto y de atractiva apariencia, y las vistieron de oro y plata y de vestidos costosos.
55 Y los hijos de Moab hicieron sentar a aquellas mujeres a la puerta de sus tiendas, para que las vieran los hijos de Israel, y se volvieran a ellas, y no pelearan contra Moab.
56 Y todos los hijos de Moab hicieron esto con los hijos de Israel, y cada uno puso su mujer y su hija a la puerta de su tienda; y todos los hijos de Israel vieron el acto de los hijos de Moab, y los hijos de Israel se volvieron a las hijas de Moab, y las codiciaron, y fueron a ellas.
57 Y aconteció que cuando un hebreo llegaba a la puerta de la tienda de Moab, y veía a una hija de Moab y la deseaba en su corazón, y hablaba con ella a la puerta de la tienda lo que deseaba, mientras hablaban juntos, los hombres de la tienda salían y hablaban al hebreo como estas palabras:
58 Ciertamente sabéis que somos hermanos, que todos somos descendientes de Lot y descendientes de Abraham su hermano, ¿por qué, pues, no queréis permanecer con nosotros, y por qué no queréis comer nuestro pan y nuestros sacrificios?
59 Y cuando los hijos de Moab lo hubieron abrumado de esta manera con sus discursos, y lo sedujeron con sus palabras lisonjeras, lo sentaron en la tienda, y cocinaron y sacrificaron para él, y él comió de sus sacrificios y de su pan.
60 Entonces le dieron vino, y bebió, y se embriagó; y le pusieron delante una hermosa doncella, e hizo con ella lo que quiso, porque no sabía lo que hacía, pues había bebido mucho vino.
61 Así hicieron los hijos de Moab contra Israel en aquel lugar, en la llanura de Sitim; y la ira del Señor se encendió contra Israel por este asunto, y envió pestilencia entre ellos, y murieron de los hijos de Israel veinticuatro mil hombres.
62 Y hubo un hombre de los hijos de Simeón, llamado Zimri hijo de Salú, el cual se alió con Cosbi madianita, hija de Zur, rey de Madián, a la vista de todos los hijos de Israel.
63 Y vio Finees hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, esta mala cosa que Zimri había hecho, y tomó una lanza, se levantó y fue tras ellos, y los traspasó a ambos, y los mató; y la peste cesó de los hijos de Israel.

CAPÍTULO 86

1 En aquel tiempo, después de la peste, el Señor habló a Moisés y a Eleazar hijo del sacerdote Aarón, diciendo:
2 Haz un censo de los jefes de toda la comunidad de los hijos de Israel, de veinte años arriba, todos los que salían en el ejército.
3 Y Moisés y Eleazar contaron a los hijos de Israel por sus familias; y el número de todo Israel fue setecientos mil setecientos treinta.
4 Y el número de los hijos de Leví, de un mes arriba, fue veintitrés mil; y entre éstos no había ninguno de los contados por Moisés y Aarón en el desierto de Sinaí.
5 Porque el Señor les había dicho que morirían en el desierto, y así murieron todos, y no quedó ni uno de ellos, excepto Caleb hijo de Jefone, y Josué hijo de Nun.
6 Después de esto dijo Jehová a Moisés: Di a los hijos de Israel que venguen de Madián la causa de sus hermanos, los hijos de Israel.
7 Y Moisés lo hizo así, y los hijos de Israel escogieron de entre ellos doce mil hombres, mil por tribu, y fueron a Madián.
8 Y los hijos de Israel pelearon contra Madián, y mataron a todo varón; asimismo mataron a espada a los cinco príncipes de Madián, y a Balaam hijo de Beor.
9 Y los hijos de Israel tomaron cautivas a las mujeres de Madián, con sus niños, sus ganados y todo lo que les pertenecía.
10 Y tomaron todo el despojo y todo el botín, y lo trajeron a Moisés y a Eleazar a los campos de Moab.
11 Y Moisés y Eleazar y todos los príncipes de la congregación salieron a recibirlos con alegría.
12 Y se repartieron todo el botín de Madián; y los hijos de Israel se vengaron de Madián por la causa de sus hermanos, los hijos de Israel.

CAPÍTULO 87

1En aquel tiempo Jehová dijo a Moisés: He aquí tus días se acercan a su fin; toma ahora a Josué hijo de Nun tu siervo, y colócalo en el tabernáculo, y yo le mandaré. Y Moisés lo hizo así.
2 Y Jehová se apareció en el tabernáculo en una columna de nube; y la columna de nube estaba a la puerta del tabernáculo.
3 Y mandó Jehová a Josué hijo de Nun, y le dijo: Esfuérzate y sé valiente, porque tú meterás a los hijos de Israel en la tierra que juré darles, y yo estaré contigo.
4 Y Moisés dijo a Josué: Esfuérzate y sé valiente, porque tú darás a los hijos de Israel la tierra por heredad; y Jehová estará contigo; no te dejará, ni te desamparará; no temas, ni desmayes.
5 Y Moisés llamó a todos los hijos de Israel, y les dijo: Vosotros habéis visto todo el bien que Jehová vuestro Dios ha hecho con vosotros en el desierto.
6 Ahora, pues, guardad todas las palabras de esta ley, y andad en el camino de Jehová vuestro Dios, y no os apartéis ni a la derecha ni a la izquierda del camino que Jehová os ha mandado.
7 Y Moisés enseñó a los hijos de Israel estatutos, decretos y leyes, para que los cumplieran en la tierra como Jehová le había mandado.

8 Y les enseñó el camino de Jehová y sus leyes; he aquí están escritas en el libro de la ley de Dios, que él dio a los hijos de Israel por mano de Moisés.
9 Y acabó Moisés de dar órdenes a los hijos de Israel, y Jehová le dijo: Sube al monte Abarim, y muere allí, y sé reunido a tu pueblo, como fue reunido Aarón tu hermano.
10 Y Moisés subió como el Señor le había mandado, y murió allí en la tierra de Moab, conforme al mandato del Señor, en el año cuarenta desde que los hijos de Israel salieron de la tierra de Egipto.
11 Y los hijos de Israel lloraron a Moisés en los campos de Moab durante treinta días; y se cumplieron los días del llanto y del duelo por Moisés.

CAPÍTULO 88

1 Después de la muerte de Moisés, el Señor le habló a Josué hijo de Nun, diciendo:
2 Levántate y pasa el Jordán a la tierra que yo he dado a los hijos de Israel, y tú entregarás la tierra a los hijos de Israel por heredad.
3 Todo lugar que pise la planta de vuestro pie os pertenecerá; desde el desierto del Líbano hasta el gran río, el río de Perat será vuestro límite.
4 Nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida; como estuve con Moisés, así estaré contigo, solamente que te esfuerces y seas valiente para cumplir toda la ley que Moisés te mandó, y no te apartes del camino ni a la derecha ni a la izquierda, para que seas prosperado en todo lo que emprendas.
5 Y Josué mandó a los oficiales de Israel, diciendo: Pasad por el campamento, y mandad al pueblo, diciendo: Preparaos víveres, porque dentro de tres días pasaréis el Jordán para poseer la tierra.
6 Y los oficiales de los hijos de Israel lo hicieron así, y ellos mandaron al pueblo, y ellos hicieron todas las cosas que Josué les mandó.
7 Y Josué envió dos hombres a reconocer la tierra de Jericó; los cuales fueron y reconocieron a Jericó.
8 Y al cabo de siete días vinieron a Josué en el campamento, y le dijeron: Jehová ha entregado toda la tierra en nuestras manos, y sus moradores están desmayados de temor delante de nosotros.
9 Aconteció después de esto, que Josué se levantó de mañana, y todo Israel con él, y partieron de Sitim, y Josué y todo Israel con él pasaron el Jordán; y Josué era de edad de ochenta y dos años cuando pasó el Jordán con Israel.
10 Y el pueblo subió del Jordán el día diez del mes primero, y acamparon en Gilgal, al oriente de Jericó.
11 Y los hijos de Israel celebraron la pascua en Gilgal, en los llanos de Jericó, a los catorce días del mes, como está escrito en la ley de Moisés.
12 Y el maná cesó en aquel tiempo el día siguiente de la pascua, y no hubo más maná para los hijos de Israel, y comieron del producto de la tierra de Canaán.
13 Y Jericó estaba completamente cerrada para los hijos de Israel; nadie salía ni entraba.
14 Y aconteció en el mes segundo, el día primero del mes, que Jehová dijo a Josué: Levántate, he aquí yo he entregado en tu mano a Jericó y a todo su pueblo; y todos tus hombres de guerra darán vuelta a la ciudad una vez cada día; así haréis durante seis días.
15 Y los sacerdotes tocarán las trompetas, y cuando oigáis el sonido de la trompeta, todo el pueblo gritará a gran voz, y caerán los muros de la ciudad; subirá todo el pueblo, cada uno contra su adversario.
16 Y Josué hizo así conforme a todo lo que Jehová le había mandado.
17 Y el séptimo día dieron siete vueltas a la ciudad, y los sacerdotes tocaron las trompetas.
18 Y en la séptima vuelta, Josué dijo al pueblo: Gritad, porque Jehová ha entregado toda la ciudad en nuestras manos.
19 Solamente la ciudad y todo lo que hay en ella será anatema para Jehová, y guardaos del anatema, para que no hagáis anatema el campamento de Israel, y lo turbéis.
20 Pero toda la plata y el oro y el bronce y el hierro serán consagrados al Señor y entrarán en el tesoro del Señor.
21 Y el pueblo tocó trompetas e hizo gran alarido, y los muros de Jericó cayeron; y subió todo el pueblo, cada uno derecho hacia delante, y tomaron la ciudad, y destruyeron a filo de espada todo lo que había en ella: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, bueyes, ovejas y asnos.
22 Y quemaron a fuego toda la ciudad; solamente los utensilios de plata y de oro, de bronce y de hierro pusieron en el tesoro de Jehová.
23 Y Josué juró entonces, diciendo: Maldito el hombre que reedifique Jericó; sobre su primogénito pondrá los cimientos de ella, y sobre su hijo menor asentará sus puertas.
24 Y Acán hijo de Carmi, hijo de Zabdi, hijo de Zera, hijo de Judá, prevaricó en el anatema, pues tomó del anatema y lo escondió en la tienda; y el furor de Jehová se encendió contra Israel.
25 Después de esto, cuando los hijos de Israel volvieron de quemar a Jericó, Josué envió hombres para reconocer también a Hai y para pelear contra ella.
26 Y aquellos hombres subieron y reconocieron a Hai, y volvieron y dijeron: No suba todo el pueblo contigo a Hai; suban solamente como tres mil hombres, y ataquen la ciudad, porque sus hombres son pocos.
27 Y Josué lo hizo así, y subieron con él de los hijos de Israel como tres mil hombres, y pelearon contra los de Hai.
28 Y la batalla fue reñida contra Israel, y los de Hai hirieron a treinta y seis hombres de Israel, y los hijos de Israel huyeron delante de los de Hai.
29 Y cuando Josué vio esto, rasgó sus vestidos, y se postró sobre su rostro en tierra delante de Jehová, él y los ancianos de Israel, y echaron polvo sobre sus cabezas.
30 Y Josué dijo: ¿Por qué, oh Jehová, hiciste pasar a este pueblo el Jordán? ¿Qué diré después que los hijos de Israel se hayan vuelto atrás ante sus enemigos?
31 Ahora pues, todos los cananeos habitantes de la tierra oirán esto, y nos sitiarán, y raerán nuestro nombre.
32 Y Jehová dijo a Josué: ¿Por qué te postras sobre tu rostro? Levántate, apártate, porque los hijos de Israel han pecado, y han tomado del anatema; no estaré más con ellos, si no destruyen el anatema de en medio de ellos.
33 Y se levantó Josué y reunió al pueblo, e hizo traer el Urim conforme al mandato de Jehová, y fue tomada la tribu de Judá, y también fue tomado Acán hijo de Carmi.
34 Y Josué dijo a Acán: Descúbreme, hijo mío, qué has hecho. Y Acán respondió: Yo vi entre el botín un manto de Sinar muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un lingote

de oro de peso de cincuenta siclos; todo lo cual codicié y lo tomé; y he aquí todo está escondido bajo tierra en medio de la tienda.
35 Y Josué envió hombres que fueron y los tomaron de la tienda de Acán, y los trajeron a Josué.
36 Y tomó Josué a Acán, y estos utensilios, y a sus hijos, y a sus hijas, y todo lo que le pertenecía, y los llevó al valle de Acor.
37 Y Josué los quemó allí con fuego, y todos los hijos de Israel apedrearon a Acán, y levantaron sobre él un montón de piedras; por lo cual llamó aquel lugar el valle de Acor. Y se apaciguó la ira de Jehová, y después Josué vino a la ciudad y peleó contra ella.
38 Y Jehová dijo a Josué: No temas ni desmayes; he aquí yo he entregado en tu mano a Hai, su rey y su pueblo, y harás con ellos como hiciste con Jericó y con su rey; solamente tomaréis para vosotros su botín y sus ganados; poned emboscada a la ciudad detrás de ella.
39 Josué hizo conforme a la palabra de Jehová, y escogió de entre los hijos de la guerra treinta mil hombres valientes, y los envió y pusieron emboscadas contra la ciudad.
40 Y les mandó, diciendo: Cuando nos veáis, huiremos delante de ellos con astucia, y ellos nos perseguirán; entonces os levantaréis de la emboscada y tomaréis la ciudad. Y así lo hicieron.
41 Y Josué peleó, y los hombres de la ciudad salieron contra Israel, sin saber que les estaban tendiendo emboscadas a espaldas de la ciudad.
42 Y Josué y todos los hijos de Israel se fingieron cansados delante de ellos, y huyeron por el camino del desierto con astucia.
43 Y los hombres de Hai reunieron a todo el pueblo que estaba en la ciudad para perseguir a los israelitas; y ellos salieron y fueron alejados de la ciudad, no quedó ni uno; y dejaron la ciudad abierta, y persiguieron a los israelitas.
44 Y los que estaban emboscados se levantaron de sus lugares, y se apresuraron a venir a la ciudad, y la tomaron y le prendieron fuego; y los hombres de Hai se volvieron, y he aquí que el humo de la ciudad subía a los cielos, y no tenían medios de retirarse ni en un sentido ni en el otro.
45 Y todos los hombres de Hai estaban en medio de Israel, unos de un lado y otros de otro, y los hirieron hasta no quedar ni uno de ellos.
46 Y los hijos de Israel tomaron vivo a Melos rey de Hai, y lo trajeron a Josué; y Josué lo colgó en un madero, y murió.
47 Y los hijos de Israel volvieron a la ciudad, después de haberla quemado, e hirieron a filo de espada a todos los que en ella había.
48 Y el número de los que cayeron de los hombres de Hai, así hombres como mujeres, fue doce mil; solamente tomaron para sí el ganado y el botín de la ciudad, conforme a la palabra de Jehová a Josué.
49 Y todos los reyes de este lado del Jordán, todos los reyes de Canaán, oyeron el mal que los hijos de Israel habían hecho a Jericó y a Hai, y se reunieron para pelear contra Israel.
50 Solamente los habitantes de Gabaón tuvieron gran temor de pelear contra los israelitas, por temor a que perecieran, por lo que actuaron astutamente, y vinieron a Josué y a todo Israel, y les dijeron: Nosotros venimos de una tierra lejana; ahora, pues, haced un pacto con nosotros.
51 Y los habitantes de Gabaón se adelantaron a los hijos de Israel, y los hijos de Israel hicieron con ellos pacto, e hicieron paz con ellos, y los príncipes de la congregación les juraron; pero después los hijos de Israel supieron que eran sus vecinos y que habitaban entre ellos.
52 Pero los hijos de Israel no los mataron, porque les habían jurado por Jehová; y ellos fueron leñadores y aguadores.
53 Y Josué les dijo: ¿Por qué me habéis engañado, haciéndonos esto? Y ellos le respondieron, diciendo: Porque fue sabido a tus siervos todo lo que habías hecho a todos los reyes de los amorreos, y temimos en gran manera por nuestras vidas, e hicimos esto.
54 Y Josué los designó aquel día para cortar leña y sacar agua, y los distribuyó por siervos entre todas las tribus de Israel.
55 Y oyendo Adonisedec rey de Jerusalén todo lo que los hijos de Israel habían hecho a Jericó y a Hai, envió a decir a Hoham rey de Hebrón, a Piream rey de Jarmut, a Jafía rey de Laquis y a Deber rey de Eglón:
56 Subid a mí y ayudadme, para que ataquemos a los hijos de Israel y a los moradores de Gabaón que han hecho paz con los hijos de Israel.
57 Y se juntaron, y subieron los cinco reyes de los amorreos con todos sus campamentos, un pueblo poderoso, numeroso como la arena de la orilla del mar.
58 Y todos estos reyes vinieron y acamparon delante de Gabaón, y comenzaron a pelear contra los moradores de Gabaón; y todos los hombres de Gabaón enviaron a decir a Josué: Sube pronto a nosotros y ayúdanos, porque todos los reyes de los amorreos se han reunido para pelear contra nosotros.
59 Y Josué y todo el pueblo guerrero subieron de Gilgal, y Josué vino de repente a ellos, e hirió a estos cinco reyes con una gran mortandad.
60 Y Jehová los confundió delante de los hijos de Israel, los cuales los hirieron con terrible mortandad en Gabaón, y los persiguieron por el camino que sube a Bet-horón hasta Maceda; y huyeron delante de los hijos de Israel.
61 Y mientras ellos huían, Jehová envió sobre ellos granizo del cielo; y murieron más por el granizo que por la matanza de los hijos de Israel.
62 Y los hijos de Israel los persiguieron, y los hirieron nuevamente en el camino, y siguieron adelante y los hirieron.
63 Y mientras ellos atacaban, el día declinaba hacia la tarde, y Josué dijo en presencia de todo el pueblo: Sol, detente en Gabaón, y tú luna en el valle de Ajalón, hasta que la nación se haya vengado de sus enemigos.
64 Y Jehová escuchó la voz de Josué, y el sol se detuvo en medio del cielo, y se detuvo treinta y seis momentos, y la luna también se detuvo, y no se apresuró a ponerse en todo un día.
65 Y nunca hubo día como aquel, ni antes ni después de él, en que Jehová escuchó la voz de un hombre; porque Jehová peleaba por Israel.

CAPÍTULO 89

1 Entonces Josué pronunció este cántico el día que Jehová entregó al amorreo en mano de Josué y de los hijos de Israel, y dijo en presencia de todo Israel:

2 Has hecho proezas, oh Jehová, has hecho grandes cosas; ¿quién como tú? Cantarán mis labios a tu nombre.
3 Oh bondad mía, fortaleza mía, mi alto refugio, Te cantaré cántico nuevo, Te cantaré con alabanza; Tú eres la fortaleza de mi salvación.
4 Todos los reyes de la tierra te alabarán, los príncipes del mundo te cantarán; los hijos de Israel se alegrarán en tu salvación, cantarán y alabarán tu poder.
5 En ti, oh Señor, confiamos; dijimos: Tú eres nuestro Dios, porque fuiste nuestro refugio y nuestra torre fuerte contra nuestros enemigos.
6 A ti clamamos, y no fuimos avergonzados; en ti confiamos, y fuimos librados; cuando a ti clamamos, oíste nuestra voz; libraste nuestras almas de la espada, nos mostraste tu gracia, nos diste tu salvación, alegraste nuestros corazones con tu poder.
7 Saliste para salvarnos, con tu brazo redimiste a tu pueblo; nos respondiste desde los cielos de tu santidad, nos salvaste de diez millares de pueblos.
8 El sol y la luna se detuvieron en el cielo, y tú permaneciste en tu ira contra nuestros opresores, y ordenaste sobre ellos tus juicios.
9 Todos los príncipes de la tierra se levantaron, los reyes de las naciones se reunieron; no temieron tu presencia, ansiaron tus batallas.
10 Te levantaste contra ellos en tu furor, y descargaste sobre ellos tu ira; los destruiste en tu furor, y los cortaste en tu corazón.
11 Las naciones fueron consumidas por tu furor, los reinos decayeron a causa de tu ira; Heriste a reyes en el día de tu ira.
12 Derramaste sobre ellos tu furor, se apoderó de ellos el ardor de tu ira; hiciste volver sobre ellos su iniquidad, y los destruyeste en su maldad.
13 Tejieron trampa, en ella cayeron; En la red se escondieron, quedó preso su pie.
14 Tu mano estuvo preparada contra todos tus enemigos, los cuales decían: Con su espada poseyeron la tierra, con su brazo habitaron la ciudad. Llenaste de vergüenza sus rostros, humillaste su cuerno a tierra; los aterrorizaste en tu furor, y los destruiste en tu furor.
15 La tierra tembló y se estremeció al estruendo de tu tormenta sobre ellos; no negaste la muerte de sus almas, e hiciste descender sus vidas al sepulcro.
16 Los perseguiste en tu tormenta, los consumiste en tu torbellino, convertiste su lluvia en granizo; cayeron en hoyos profundos, y no pudieron levantarse.
17 Sus cadáveres eran como escombro tirado en medio de las calles.
18 Fueron consumidos y destruidos en tu ira; Salvaste a tu pueblo con tu poder.
19 Por eso nuestro corazón se regocija en ti, y nuestra alma se exalta en tu salvación.
20 Nuestras lenguas contarán tu poderío; cantaremos y alabaremos tus maravillas.
21 Porque nos salvaste de nuestros enemigos, nos libraste de los que se levantaron contra nosotros; los destruiste de delante de nosotros, y los humillaste debajo de nuestros pies.
22 Así perecerán todos tus enemigos, oh Señor, y los malos serán como tamo arrastrado por el viento, y tus amados como árboles plantados junto a las aguas.
23 Josué, y todo Israel con él, regresó al campamento en Gilgal, después de haber derrotado a todos los reyes, sin que quedara de ellos remanente alguno.
24 Y los cinco reyes huyeron solos a pie de la batalla, y se escondieron en una cueva; y Josué los buscó en el campo de batalla, y no los halló.
25 Después fue dado aviso a Josué, diciendo: Los reyes han sido hallados, y he aquí están escondidos en una cueva.
26 Y Josué dijo: Poned hombres a la entrada de la cueva para que los guarden, para que no escapen. Y los hijos de Israel lo hicieron así.
27 Y Josué convocó a todo Israel, y dijo a los capitanes de la guerra: Poned vuestros pies sobre los cuellos de estos reyes. Y Josué dijo: Así hará Jehová a todos vuestros enemigos.
28 Después de esto Josué mandó que matasen a los reyes y los echasen en la cueva, y que pusieran grandes piedras a la entrada de la cueva.
29 Después Josué fue con todo el pueblo que estaba con él aquel día a Maceda, y la hirió a filo de espada.
30 Y destruyó por completo las almas y todo lo que pertenecía a la ciudad, e hizo con el rey y su pueblo lo mismo que había hecho con Jericó.
31 Y de allí pasó a Libna, y peleó contra ella; y Jehová la entregó en su mano, y Josué la hirió a filo de espada, y a todas sus almas; e hizo a ella y a su rey como había hecho a Jericó.
32 Y de allí pasó a Laquis para pelear contra ella, y Horam rey de Gaza subió para ayudar a los hombres de Laquis, y Josué lo hirió a él y a su pueblo hasta que no le quedó ninguno.
33 Y Josué tomó a Laquis y a todo su pueblo, e hizo con ella como había hecho con Libna.
34 Y Josué pasó de allí a Eglón, y también la tomó, y la hirió a filo de espada, con todo su pueblo.
35 Y de allí pasó a Hebrón, y peleó contra ella, y la tomó, y la destruyó por completo; y de allí volvió con todo Israel a Debir, y peleó contra ella, y la hirió a filo de espada.
36 Y destruyó toda alma que había en ella, no dejó sobreviviente ninguno; e hizo a ella y a su rey como había hecho a Jericó.
37 Y Josué derrotó a todos los reyes de los amorreos desde Cades-barnea hasta Azah, y tomó luego su tierra; porque Jehová había peleado por Israel.
38 Y Josué vino con todo Israel al campamento en Gilgal.
39 En aquel tiempo, cuando Jabín, rey de Hazor, oyó todo lo que Josué había hecho a los reyes de los amorreos, envió a decir a Jobat, rey de Madián, a Labán, rey de Simrón, a Jefal, rey de Acsaf, y a todos los reyes de los amorreos:
40 Venid pronto a nosotros y ayudadnos, para que podamos derrotar a los hijos de Israel, antes que vengan sobre nosotros y nos hagan como hicieron a los otros reyes de los amorreos.
41 Y todos estos reyes escucharon las palabras de Jabín, rey de Hazor, y salieron con todos sus campamentos, diecisiete reyes, y su pueblo era tan numeroso como la arena a la orilla del mar, junto con caballos y carros innumerables, y vinieron y acamparon juntos junto a las aguas de Merom, y se reunieron para pelear contra Israel.
42 Y Jehová dijo a Josué: No tengas miedo de ellos, porque mañana a esta hora yo los entregaré, a todos muertos

delante de ti; desjarretarás sus caballos, y sus carros quemarás a fuego.
43 Y Josué y todos los hombres de guerra vinieron de repente contra ellos, y los hirieron, y cayeron en sus manos; porque Jehová los había entregado en manos de los hijos de Israel.
44 Y los hijos de Israel persiguieron a todos estos reyes y a sus campamentos, y los hirieron hasta no quedar ninguno de ellos; y Josué hizo con ellos como Jehová le había dicho.
45 Y Josué volvió en aquel tiempo a Jazor, y la hirió a espada, y destruyó toda alma que había en ella, y la quemó a fuego; y de Jazor pasó Josué a Simrón, y la hirió, y la destruyó por completo.
46 De allí pasó a Acsaf, y le hizo lo mismo que había hecho a Simrón.
47 De allí pasó a Adulam, e hirió a todo el pueblo que estaba en ella, e hizo a Adulam como había hecho a Acsaf y a Simrón.
48 Y pasó de ellos a todas las ciudades de los reyes que había derrotado, e hirió a todo el pueblo que había quedado de ellos, y los destruyó por completo.
49 Los israelitas sólo tomaron como botín su botín y su ganado, pero a todo ser humano que mataron no dejaron con vida ni una sola persona.
50 Tal como el Señor había ordenado a Moisés, así lo hicieron Josué y todo Israel; en nada fallaron.
51 Josué, pues, y todos los hijos de Israel derrotaron toda la tierra de Canaán, como Jehová les había mandado, y derrotaron a todos sus reyes, treinta y un reyes; y los hijos de Israel tomaron todo su país.
52 Además de los reinos de Sehón y de Og, que están al otro lado del Jordán, de los cuales Moisés había destruido muchas ciudades, las cuales dio a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés.
53 Y Josué derrotó a todos los reyes que estaban al otro lado del Jordán al occidente, y los dio por heredad a las nueve tribus, y a la media tribu de Israel.
54 Josué hizo guerra contra estos reyes durante cinco años, y entregó sus ciudades a los israelitas, y la tierra quedó tranquila después de la batalla en todas las ciudades de los amorreos y de los cananeos.

CAPÍTULO 90

1 En aquel tiempo, en el quinto año después que los hijos de Israel pasaron el Jordán, después que los hijos de Israel descansaron de su guerra contra los cananeos, en aquel tiempo se suscitaron grandes y reñidas batallas entre Edom y los hijos de Quitim; y los hijos de Quitim pelearon contra Edom.
2 Y salió Abiano rey de Quitim en aquel año, es decir, en el año treinta y uno de su reinado, y con él una gran fuerza de los valientes de los hijos de Quitim, y fue a Seir para pelear contra los hijos de Esaú.
3 Y oyó Hadad rey de Edom su noticia, y salió a recibirlo con mucho pueblo y fuerte ejército, y trabó batalla con él en el campo de Edom.
4 Y la mano de Quitim prevaleció sobre los hijos de Esaú, y los hijos de Quitim mataron a los hijos de Esaú, veintidós mil hombres; y todos los hijos de Esaú huyeron delante de ellos.
5 Y los hijos de Quitim los persiguieron, y llegaron hasta Hadad rey de Edom, que corría delante de ellos, y lo capturaron vivo, y lo llevaron ante Abián rey de Quitim.
6 Y Abiano mandó matarlo, y Hadad rey de Edom murió en el año cuarenta y ocho de su reinado.
7 Y los hijos de Quitim continuaron persiguiendo a Edom, y los hirieron con una gran matanza, y Edom quedó sometido a los hijos de Quitim.
8 Y los hijos de Quitim dominaron sobre Edom, y Edom quedó bajo la mano de los hijos de Quitim, y llegaron a ser un solo reino desde aquel día.
9 Y desde entonces no pudieron más alzar cabeza, y su reino vino a ser uno con los hijos de Quitim.
10 Y Abiano puso oficiales en Edom y todos los hijos de Edom llegaron a ser sujetos y tributarios de Abiano, y Abiano regresó a su propia tierra, Quitim.
11 Y cuando regresó, renovó su gobierno y se edificó un palacio espacioso y fortificado para residencia real, y reinó con seguridad sobre los hijos de Quitim y sobre Edom.
12 En aquellos días, después que los hijos de Israel hubieron expulsado a todos los cananeos y a los amorreos, Josué era ya viejo y avanzado en años.
13 Y Jehová dijo a Josué: Tú eres viejo, avanzado en años, y aún queda gran parte de la tierra por poseer.
14 Ahora pues, reparte esta tierra en herencia a las nueve tribus y a la media tribu de Manasés. Y Josué se levantó e hizo como el Señor le había dicho.
15 Y repartió toda la tierra a las tribus de Israel como herencia según sus divisiones.
16 Pero a la tribu de Leví no le dio heredad; las ofrendas al Señor son su heredad, como el Señor lo había dicho de ellos por medio de Moisés.
17 Y Josué dio a Caleb hijo de Jefone el monte de Hebrón, una porción más que a sus hermanos, como Jehová lo había dicho por medio de Moisés.
18 Así que Hebrón fue herencia de Caleb y de sus hijos hasta hoy.
19 Y Josué repartió por suertes toda la tierra a todo Israel como heredad, como Jehová le había mandado.
20 Y los hijos de Israel dieron a los levitas ciudades de su heredad, y ejidos para sus ganados, y tierras, como Jehová lo mandó a Moisés; así hicieron los hijos de Israel, y repartieron la tierra por suertes, así la grande como la chica.
21 Y fueron a heredar la tierra según sus límites, y los hijos de Israel dieron a Josué hijo de Nun heredad entre ellos.
22 Por palabra de Jehová le dieron la ciudad que él pedía, Timnat-seraquí, en el monte de Efraín; y él reedificó la ciudad, y habitó en ella.
23 Éstas son las heredades que repartieron por suertes a los hijos de Israel el sacerdote Eleazar, Josué hijo de Nun y los jefes de las familias de las tribus en Silo, delante del Señor, a la puerta del tabernáculo; y dejaron de repartir la tierra.
24 Y el Señor dio la tierra a los hijos de Israel, y ellos la poseyeron, como el Señor les había dicho, y como el Señor había jurado a sus padres.
25 Y Jehová dio a los hijos de Israel descanso de todos sus enemigos que los rodeaban, y nadie les hizo frente; y Jehová entregó a todos sus enemigos en sus manos, y no faltó nada de todo el bien que Jehová había dicho a los hijos de Israel; Jehová todo lo cumplió.

26 Y Josué llamó a todos los hijos de Israel, y los bendijo, y les mandó que sirvieran a Jehová; y después los despidió, y se fueron cada uno a su ciudad, y cada uno a su heredad.
27 Y los hijos de Israel sirvieron a Jehová todos los días de Josué, y Jehová les dio descanso de todos sus en derredor, y habitaron seguros en sus ciudades.
28 Y aconteció en aquellos días, que murió Abiano rey de Quitim, en el año treinta y ocho de su reinado, es decir, el año séptimo de su reinado sobre Edom, y lo sepultaron en el lugar que él había edificado para sí, y reinó Latino en su lugar cincuenta años.
29 Y durante su reinado sacó un ejército, y fue y peleó contra los habitantes de Britania y de Kernania, hijos de Eliseo hijo de Javán, y prevaleció sobre ellos y los hizo tributarios.
30 Entonces oyó que Edom se había rebelado contra Quitim, y Latino fue a ellos y los hirió y los sometió, y los puso bajo la mano de los hijos de Quitim, y Edom llegó a ser un reino con los hijos de Quitim todos los días.
31 Y durante muchos años no hubo rey en Edom, y su gobierno estaba con los hijos de Quitim y su rey.
32 Y aconteció que en el año veintiséis después que los hijos de Israel pasaron el Jordán, es decir, en el año sesenta y seis después que los hijos de Israel salieron de Egipto, Josué era ya viejo, avanzado en años, siendo de ciento ocho años en aquellos días.
33 Y Josué convocó a todo Israel, a sus ancianos, a sus jueces y a sus oficiales, después que Jehová había dado descanso a todo el pueblo de Israel de todos sus enemigos alrededor, y Josué dijo a los ancianos de Israel y a sus jueces: He aquí yo soy viejo, avanzado en años, y vosotros habéis visto lo que ha hecho Jehová con todas las naciones que ha echado de delante de vosotros; porque Jehová ha peleado por vosotros.
34 Ahora, pues, esforzaos para guardar y poner por obra todas las palabras de la ley de Moisés, y no os apartéis de ella ni a diestra ni a siniestra, ni os metáis entre las naciones que han quedado en la tierra, ni hagáis mención del nombre de sus dioses, sino al Señor vuestro Dios os allegaréis, como lo habéis hecho hasta hoy.
35 Y Josué exhortó mucho a los hijos de Israel a que sirvieran a Jehová todos sus días.
36 Y todos los hijos de Israel dijeron: A Jehová nuestro Dios serviremos todos nuestros días, nosotros, nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos, y nuestra descendencia, para siempre.
37 Y Josué hizo pacto con el pueblo aquel día, y envió a los hijos de Israel, y cada uno se fue a su heredad y a su ciudad.
38 Y fue en aquellos días, cuando los hijos de Israel habitaban seguros en sus ciudades, que enterraron los ataúdes de las tribus de sus padres, que habían traído de Egipto, cada hombre en la herencia de sus hijos, los doce hijos de Jacob enterraron los hijos de Israel, cada hombre en la posesión de sus hijos.
39 Y estos son los nombres de las ciudades donde sepultaron a los doce hijos de Jacob, que los hijos de Israel habían sacado de Egipto.
40 Y sepultaron a Rubén y a Gad de este lado del Jordán, en Romía, la cual Moisés había dado a sus hijos.
41 Y sepultaron a Simeón y a Leví en la ciudad de Mauda, la cual él había dado a los hijos de Simeón; y el ejido de la ciudad quedó para los hijos de Leví.
42 Y sepultaron a Judá en la ciudad de Benjamín, frente a Belén.
43 Y enterraron los huesos de Isacar y de Zabulón en Sidón, en la parte que correspondió a sus hijos.
44 Y Dan fue sepultado en la ciudad de sus hijos en Estael, y a Neftalí y a Aser los sepultaron en Cades-neftalí, cada uno en el lugar que había dado a sus hijos.
45 Y enterraron los huesos de José en Siquem, en la parte del campo que Jacob había comprado a Hamor, la cual fue heredad de José.
46 Y sepultaron a Benjamín en Jerusalén, enfrente del jebuseo, que había sido dada a los hijos de Benjamín; los hijos de Israel sepultaron cada uno a sus padres en la ciudad de sus hijos.
47 Y al cabo de dos años murió Josué hijo de Nun, de ciento diez años; y el tiempo que Josué juzgó a Israel fue veintiocho años; y sirvió Israel a Jehová todos los días de su vida.
48 Y los demás asuntos de Josué, y sus batallas, y sus reprensiones con que reprendió a Israel, y todo lo que les había mandado, y los nombres de las ciudades que los hijos de Israel poseyeron en sus días, he aquí están escritos en el libro de las palabras de Josué a los hijos de Israel, y en el libro de las guerras de Jehová, que escribieron Moisés, Josué y los hijos de Israel.
49 Y los hijos de Israel sepultaron a Josué en el territorio de su heredad, en Timnat-seraque, que le fue dada en el monte de Efraín.
50 Y murió en aquellos días Eleazar hijo de Aarón, y lo sepultaron en el collado de Finees su hijo, que le fue dado en el monte de Efraín.

CAPÍTULO 91

1 En aquel tiempo, después de la muerte de Josué, los hijos de los cananeos todavía estaban en la tierra, y los israelitas resolvieron expulsarlos.
2 Y los hijos de Israel preguntaron a Jehová, diciendo: ¿Quién de nosotros subirá primero a Canaán, para pelear contra él? Y Jehová respondió: Judá subirá.
3 Y los hijos de Judá dijeron a Simeón: Sube con nosotros a nuestra suerte, y pelearemos contra el cananeo; y nosotros también subiremos contigo a tu suerte. Y fueron los hijos de Simeón con los hijos de Judá.
4 Y subieron los hijos de Judá y pelearon contra los cananeos; y Jehová entregó a los cananeos en manos de los hijos de Judá, los cuales los derrotaron en Bezec, diez mil hombres.
5 Y pelearon contra Adoni-bezec en Bezec, y él huyó delante de ellos; y ellos lo persiguieron, y lo prendieron, y le cortaron los pulgares de las manos y de los pies.
6 Y dijo Adonibezec: Setenta reyes, que tenían cortados los pulgares de sus manos y de sus pies, cogieron su comida debajo de mi mesa, como yo he hecho; así me ha pagado Dios; y lo trajeron a Jerusalén, y allí murió.
7 Y los hijos de Simeón fueron con los hijos de Judá, y hirieron a los cananeos a filo de espada.

8 Y Jehová estaba con los hijos de Judá, y poseyeron el monte; y los hijos de José subieron a Bet-el, que es Luz; y Jehová estaba con ellos.
9 Y los hijos de José reconocieron a Bet-el, y los atalayas vieron a un hombre que salía de la ciudad; y le prendieron, y le dijeron: Muéstranos ahora la entrada de la ciudad, y te haremos misericordia.
10 Y aquel hombre les mostró la entrada de la ciudad, y vinieron los hijos de José y atacaron la ciudad a filo de espada.
11 Y enviaron al hombre con su familia, el cual fue a los hititas, y edificó una ciudad, y llamó su nombre Luz; y todos los hijos de Israel habitaron en sus ciudades, y los hijos de Israel habitaron en sus ciudades; y los hijos de Israel sirvieron a Jehová todos los días de Josué, y todos los días de los ancianos que habían prolonguado sus días después de Josué, y vieron la gran obra de Jehová que había hecho por Israel.
12 Y los ancianos juzgaron a Israel después de la muerte de Josué durante diecisiete años.
13 Y todos los ancianos también pelearon las batallas de Israel contra los cananeos, y el Señor expulsó a los cananeos de delante de los hijos de Israel, para poner a los israelitas en su tierra.
14 Y cumplió todas las palabras que había hablado a Abraham, a Isaac y a Jacob, y el juramento que había hecho que les daría a ellos y a sus hijos la tierra de los cananeos.
15 Y Jehová dio a los hijos de Israel toda la tierra de Canaán, como lo había jurado a sus padres; y Jehová les dio descanso de sus alrededores, y los hijos de Israel habitaron seguros en sus ciudades.
16 Bendito sea el Señor por siempre. Amén y amén.
17 Fortaleced vuestros corazones, y reavive el ánimo de todos los que esperáis en el Señor. Fin.